
JURAMENTO de
TRAICION
UN ROMANCE OSCURO DE LA MAFIA
LISA CULLEN

JURAMENTO DE TRAICIÓN

UN ROMANCE OSCURO DE LA MAFIA

SPANISH TRANSLATION - DESTRUCTIVE TIES

LISA CULLEN

ÍNDICE

Sinopsis
1. Sora
2. Leo
3. Sora
4. Leo
5. Sora
6. Leo
7. Sora
8. Leo
9. Sora
10. Leo
11. Sora
12. Leo
13. Sora
14. Leo
15. Sora
16. Leo
17. Sora
18. Leo
19. Sora
20. Leo
21. Sora
22. Leo
23. Sora
24. Leo
25. Sora
26. Leo
27. Sora
28. Leo
29. Sora
30. Leo
31. Sora
32. Leo
33. Sora

34. Leo
35. Sora
36. Leo
37. Sora
Epílogo
Epílogo Extendido

Copyright © 2026 by Lisa Cullen

All rights reserved.

No part of this book may be reproduced in any form or by any electronic or mechanical means, including information storage and retrieval systems, without written permission from the author, except for the use of brief quotations in a book review.

Formateado con Vellum

SINOPSIS

¿Cómo sé que mi marido me desprecia?
Me llama enemiga antes que esposa.

Leonardo Chiaroscuro se casa conmigo como si fuera una ejecución.
Ojos fríos. Manos despiadadas.
Un príncipe playboy obligado a acostarse con la hija de su rival.

Me humilla en privado.
Me reclama en público.
Y cuando pierde el control, es aterrador lo mucho que me desea.

Descubro demasiado tarde que este matrimonio nunca estuvo destinado a durar.

Vuelvo a casa en busca de respuestas.
Y quedo encerrada en una traición.
Me dicen que mi bebé fue un error.
Uno que planean borrar en cuanto mi marido muera.

Escapo para advertirle.
En su lugar, me recibe un tiroteo.

Su padre ha muerto.
Su imperio son cenizas.
Y Leonardo me mira como si yo hubiera apretado el gatillo.

Él desaparece.
A mí me secuestran.

Y mientras el enemigo presiona mi vientre con su mano, sonríe…
Porque sabe exactamente qué es lo que llevo dentro.

1

SORA

—No me gusta su pelo —le dice mi padre a mi madre, con una mirada inquisitiva y severa mientras me inspecciona de arriba abajo —. Se supone que debe parecer una joven y prometedora novia, no una solterona.

Repanchingado con desdén sobre el murete del jardín, mi hermano resopla; muestra una sonrisa de suficiencia mientras se apoya en un codo, claramente divertido por la evaluación de nuestro padre.

No es que esperase otra cosa de Kenji.

No estamos precisamente unidos.

Hace tiempo que decidí dejar de tomármelo como algo personal.

A mi hermano mayor no le gusta nadie.

¿Por qué iba a ser yo especial?

A la única persona a la que respeta es a mi padre, y cuando este le lanza una mirada afilada, mi hermano guarda silencio rápidamente.

—Puede que no nos gusten los Chiaroscuro, pero tenemos que impresionarlos si queremos consolidar este acuerdo —nos recuerda nuestro padre con brusquedad. Agarrándome la mandíbula, me inclina la barbilla hasta que me obliga a sostenerle la mirada, y el

corazón me da un vuelco de ansiedad—. Eso significa que debes estar perfecta, Sora. ¿Ha quedado claro?

—Sí, *Otosama* —susurro.

Nací y me criaron para esta vida, educada para ser la esposa perfecta de un yakuza, para dirigir una casa de modo que mi marido pueda encargarse de los negocios.

Nunca imaginé que podría verme obligada a casarme con un jefe de la mafia italiana; y mucho menos con el peor enemigo de nuestra familia.

El único pensamiento más aterrador que ese es el de enfurecer a mi padre.

Y soy lo bastante lista como para no presentar objeciones.

No otra vez.

Su mirada afilada se vuelve más intensa, sus cejas se fruncen y sus dedos se aprietan dolorosamente alrededor de mi mandíbula. —Solo recuerda, Sora, que eres una Tanaka... incluso después de casarte, nosotros somos tu familia. Siempre nos pertenecerás. No debes perder eso de vista.

Algo en su tono dota a sus palabras de un peso extra, como si estuviera impartiendo alguna verdad crítica de la que dependiera mi propia supervivencia, y un escalofrío me recorre la espalda.

Mi padre no es de los que malgastan el aliento con sentimentalismos, así que sé que no lo dice en ese sentido.

Pero esto podría ser lo más cerca que jamás estaré de oírle decir: «Te quiero».

O quizá me está advirtiendo de que no le traicione de alguna manera.

Sinceramente, no sabría decirlo.

Con el corazón a mil, parece que no puedo hablar por el miedo gélido que me oprime la garganta, así que asiento para confirmar que le he oído.

Él da un único e inquieto tirón de cabeza, reconociendo mi respuesta antes de soltarme.

Y solo después de que me libera, el nudo que me oprime el pecho se afloja lo suficiente como para que pueda volver a respirar.

Sus ojos se desvían para mirar por encima de mi hombro izquierdo. —Arréglale el pelo. Algo seductor pero que siga siendo apropiado para una mujer joven. Nuestros invitados llegarán dentro de una hora.

—Sí, Tanaka-sama. —Mi doncella hace una reverencia respetuosa, siguiéndome mientras mi madre me agarra por el codo para guiarme de vuelta al interior de la casa.

Las mejillas me arden de humillación.

La idea de que me acicalen y me preparen para ser la novia perfecta resulta mucho más insultante cuando sé que mi padre detesta positivamente a la familia Chiaroscuro, para quienes estamos montando toda esta función.

Eso sí que es ser vendida como mercancía.

Hoy me he convertido en poco más que ganado, solo apta para la cría o el matadero.

Una moneda de cambio destinada a apaciguar su sed de sangre.

Cuando Kenji cumplió dieciocho años, recibió como regalo el legado de mi padre: todo su imperio yakuza junto con todos los hombres y el territorio que lo integran.

Una semana después de mi decimoctavo cumpleaños, se me informó de que me casaría con Leonardo Chiaroscuro, un renombrado playboy que no solo es catorce años mayor que yo, sino que

casualmente es el heredero de la Mafia más brutal y despiadada de Chicago.

Me están vendiendo a la familia con la que hemos estado enfrentados desde antes de que yo naciera.

¿Qué podría salir mal? No es que mi padre me esté enviando a sabiendas a la boca del lobo, ¿verdad? Sin duda, solo está velando por mis intereses.

Tengo que reprimir un bufido ante los pensamientos cínicos que inundan mi cabeza mientras entramos en mi dormitorio.

Dejándome caer en la silla de mi tocador, suelto un suspiro pesado, permitiendo que mi doncella retire la larga aguja de mis mechones y empiece de nuevo.

—No pongas mala cara, Sora —dice mi madre mientras se mira en el espejo para comprobar su propio e impecable recogido.

—No veo por qué no puedo lamentarme hasta que lleguen —afirmo tajante—. Si voy a casarme en contra de mi voluntad, ¿no debería tener al menos la libertad de expresar mis sentimientos a puerta cerrada?

—Estás siendo egoísta. Esto es por el bien de la familia. A tu padre y a mí no nos gusta más que a ti, pero tienes que confiar en que él tiene en mente el panorama general. Deberías estar agradecida por la oportunidad de apoyar la supervivencia de tu familia de una forma tan crítica.

Apretando los labios, levanto la vista para encontrarme con la mirada de mi madre en el espejo.

Está radiante, incluso a sus cuarenta años, con su piel impecable y sus ojos oscuros, claros y enmarcados por espesas pestañas.

Su cabello negro como el azabache le cae casi hasta la cintura cuando se lo suelta, e incluso si no se maquillara, sería una belleza natural, pero su maquillaje es una obra de arte en sí misma.

La gente me dice que he sido bendecida con la belleza de mi madre, pero yo no diría que estoy de acuerdo.

Para mí es más como una maldición.

Si fuera más corriente, dudo que mi padre pudiera venderme tan fácilmente.

Al volver a mirar mi propio rostro, siento que se me hunde un fardo de plomo en el estómago.

Han hecho un trabajo precioso con mi maquillaje, con una base jugosa y sombra de ojos brillante en tonos melocotón, un delineado dramático y un suave rubor rosa a juego con mi brillo de labios.

Todo para hacerme lucir naturalmente radiante y resaltar mis rasgos.

Pero siento los labios pegajosos por el brillo, y las pestañas postizas hacen que me ardan los ojos, así que tengo que luchar contra el impulso de parpadear repetidamente.

Mi doncella cambia mi *kanzashi* por un peine más decorativo.

Deja algunos mechones sueltos cerca de mis sienes antes de recoger el resto en un moño trenzado grueso que enrolla en un nudo en la parte posterior de mi cabeza y sujeta en su sitio con el adorno floral rojo y dorado.

Luego me riza los mechones alrededor de la cara, domándolos con suficiente producto para que duren más de una hora.

—Los bárbaros... perdón... quiero decir, tu futuro marido y nuestros honorables invitados han llegado —dice Kenji desde el umbral, con una sutil sonrisa de suficiencia que dice en silencio que cree que tengo tantas posibilidades de sobrevivir a esta unión como él.

Un punto en el que de hecho podemos estar de acuerdo, aunque mi hermano nunca hablaría en mi defensa ni intentaría persuadir a mi padre para que cambie de opinión, a pesar de todo.

—Será mejor que ambos os portéis bien hoy —advierte nuestra madre, mirándonos fijamente a los dos—. Necesitamos esta alianza para asegurar que el nombre Tanaka sobreviva. Con nuestras fuerzas mermando, no podemos seguir de brazos cruzados sin hacer nada. Por eso tenemos que seguir adelante con esto. ¿Entendido?

Es la primera vez que mi madre habla tan abiertamente de nuestra situación.

Sabía que mi padre estaba luchando por reclutar suficientes hombres para compensar las bajas que hemos estado sufriendo.

No me había dado cuenta de que la situación se había vuelto tan grave como para que pudiéramos estar en peligro como familia.

Por mucho que me pese admitirlo, si los apuros son tan extremos, no quiero ser yo quien arruine nuestras posibilidades de supervivencia.

—Sí, *Okaasan* —murmuro, bajando la vista hacia mis manos mientras empiezan a temblar.

Odio este mundo en el que nací, las tradiciones, las obligaciones, la expectativa de que debo servir a mi familia casándome con un marido que beneficie nuestro apellido.

Pero si no tengo lealtad hacia mi familia, ¿qué me queda?

Esta vida es todo lo que conozco y, sin mi familia, no sobreviviré.

—Bien. —Mi madre tira de la parte posterior de mi vestido, alisando los pliegues mientras me pongo en pie y, juntos, nos unimos a Kenji mientras se dirige hacia la parte delantera de la casa.

Al mirar a través del ventanal que recorre el pasillo de nuestra modernizada casa de estilo japonés, me tomo un momento para apreciar el tranquilo verde del jardín Zen, poblado de plantas de hoja perenne que pueden sobrevivir a los agotadores inviernos de Chicago dentro de los altos muros que rodean nuestro hogar.

Respirando profundamente, absorbo algo de esa calma y quietud en un esfuerzo por estabilizarme. Por lo que he oído sobre Leonardo Chiaroscuro, voy a necesitarla.

El sonido de profundas voces masculinas llega desde la esquina del pasillo, destacando la de mi padre con su marcado acento inglés.

Mi corazón se agita cuando responde otro hombre con acento italiano.

—Espero con interés las oportunidades que esta unión abrirá entre nuestras familias —dice el hombre—. Aunque, para ser sincero, me sorprendió un poco que solicitara una reunión en primer lugar.

El ronco sonido de la risa de mi padre me eriza el vello de la nuca.

Es un sonido que solo he oído un puñado de veces en mi vida, y nunca de forma cálida o afectuosa.

Eso hace que lo que se juega en esta reunión parezca aún más importante.

Componiendo una expresión de calma y compostura, doblo la esquina con mi madre y mi hermano, siguiéndolos hasta la entrada justo cuando diviso por primera vez a mi prometido y a su familia.

He oído mucho sobre los Chiaroscuro a lo largo de los años. He oído hablar de su arrogancia, su crueldad, sus tendencias violentas e incivilizadas... por no mencionar su reputación de mujeriegos.

Pero no esperaba que fueran tan... elegantes.

O imponentes.

Tres hombres llenan la entrada de nuestra casa, cada uno de ellos alto, con hombros anchos y músculos que tensan sus trajes italianos de excelente corte.

Los dos hombres más jóvenes —ambos de entre treinta y treinta y cinco años, si tuviera que adivinar— superan al hombre mayor por casi quince centímetros, y a mi padre por incluso más que eso.

Los tres italianos se giran como un solo bloque para evaluarme, y de repente parece que el oxígeno ha sido succionado de la habitación.

Los ojos del don son tan fríos y penetrantes como los de mi padre; su intenso color castaño no oculta en absoluto su escrutinio, aunque su expresión indicaría que está satisfecho con la futura novia de su hijo.

A su derecha se yergue un hombre con una espesa melena de rizos oscuros y unos ojos de un azul gélido que sugieren que no es enteramente de ascendencia italiana.

Lo mismo ocurre con su nariz recta y refinada y el matiz pelirrojo en las raíces de su barba oscura de pocos días.

Ese debe de ser el hermano Chiaroscuro adoptado, aquel de quien he oído decir que puede acabar con la vida de un hombre en un abrir y cerrar de ojos... y que no necesita una pistola para hacerlo.

Son cinco hermanos en total, pero la reputación del mayor, el hermano adoptado, indica que es con diferencia el más letal.

Eso significa que el hombre situado a la izquierda del don debe de ser mi prometido.

Mi corazón da un vuelco al lanzar la primera mirada a Leonardo Chiaroscuro.

Alto y pulcro, podría ser la encarnación perfecta de un dios romano, con hombros musculosos que se estrechan en una cintura delgada, pelo negro y espeso cortado corto y peinado con esmero hacia atrás, y una frente marcada que transmite sus emociones sin esfuerzo.

Su nariz orgullosa y sus labios carnosos se asientan en un rostro de rasgos afilados, y el matiz oliváceo de su piel dorada lo hace casi resplandecer como metal noble bajo la suave luz natural de la entrada.

Podría ser el hombre más guapo que he visto nunca.

Y a pesar de las cosas aterradoras que he oído sobre él y su familia desde que tengo memoria, parece no solo elegante sino civilizado y posiblemente incluso capaz de ser un caballero.

A pesar de mi repulsa hacia la tradición mafiosa de los matrimonios concertados, o del hecho de que sea un hombre en la flor de la vida y me saque más de una década, el primer destello de esperanza se enciende en mi vientre.

Leonardo Chiaroscuro y yo nacimos enemigos —nuestras familias llevan décadas enfrentadas—, pero quizá no tenga por qué ser así con nosotros.

Quizá Leonardo y yo podamos empezar de cero.

Quizá incluso podamos ser el puente para construir una mejor relación entre nuestros clanes enfrentados, como espera mi padre.

Con las manos entrelazadas a la espalda, Leonardo parece perfectamente a gusto mientras estudia el interior de nuestra casa familiar con un interés moderado.

Pero cuando su mirada oscura me encuentra, parece de todo menos casual.

Se me sube el corazón a la garganta, mientras un escalofrío me recorre por su intensidad.

Sus ojos son del color del chocolate derretido, y el fuego que hay en ellos me advierte de que podría quemarme si me acerco demasiado.

Mariposas echan a volar en mi estómago mientras mi cuerpo responde con una inesperada oleada de anticipación.

El calor se enciende en mi piel mientras su mirada recorre perezosamente mi cuerpo; no con aire inquisitivo como la de su padre, sino más bien como si ya hubiera empezado a desvestirme en su mente.

Sus labios se curvan en una sonrisa de confianza y siento un hormigueo en la espalda.

El hambre en sus ojos, el apetito lobuno de un cazador que acaba de divisar a su presa, confirma los rumores que he oído sobre Leonardo Chiaroscuro.

Sabe cómo apreciar el cuerpo de una mujer... aunque solo la conserve por una noche.

Ser el objeto de su deseo podría ser un regalo inesperado.

O podría suponer que me deseche rápidamente mientras hace desfilar ante mis narices una hilera interminable de amantes.

No debería precipitarme.

He oído demasiadas advertencias sobre los hermanos Chiaroscuro como para creer que este matrimonio será otra cosa que una prueba de la que tendré que sobrevivir.

—Ah, aquí estás, Sora —dice mi padre, reclamando mi atención mientras me hace un gesto para que me coloque a su lado.

Obligando a mis extremidades, rígidas por la ansiedad, a moverse, entro en la sala; mi madre y Kenji se sitúan detrás de mi padre mientras formamos un frente unido ante los hombres Chiaroscuro.

—Chiaroscuro-sama, creo que ya conoce a mi hijo, Kenji, y a mi esposa, Aya. Permítame presentarle a su futura nuera, Sora Tanaka. Sora, estos son Don Augusta Chiaroscuro-sama y sus hijos Leonardo Chiaroscuro-san y Michaelangelo Chiaroscuro-san.

—Es un honor —digo, inclinándome en una respetuosa reverencia.

—Los rumores sobre su belleza apenas le hacen justicia, Signorina Tanaka —dice Don Augusta. Sus palabras son formales, incluso ensayadas, pero su tono está cargado de aprobación—. Es un privilegio y un placer conocer finalmente a la joya más preciada de los Yakuza.

Un bufido amenaza con escapárseme, y mantengo los ojos fijos en el suelo mientras lucho por mantener mi expresión impasible. *«Joya», tal vez, ¿pero «preciada»?*

Nunca llegaría a pensar que tengo ese tipo de valor en mi familia.

Me han tallado y pulido hasta la perfección para que mi padre pudiera venderme al precio más alto, pero eso no significa que me vea como algo más que la alianza que puedo negociar.

—Gracias, Don Chiaroscuro-sama. Me halaga —murmuro cuando confío en que mi voz no delatará mi cinismo.

—¿Quizá pueda interesarles a usted y a Michaelangelo Chiaroscuro-san un poco de té mientras Sora le enseña nuestros jardines a su prometido? —sugiere mi madre—. Hoy hace un tiempo inusualmente cálido, y la nieve del camino se ha derretido.

Encogiéndome por dentro, intento ignorar la sensación de que esta tradición de presentar a los futuros novios parece sacada de la Edad Oscura, cuando los matrimonios concertados estaban de moda y a las jóvenes de reputación no se les permitía estar sin compañía en presencia de un hombre.

Como si no se pudiera confiar en que mantuviera mi virginidad a menos que mi familia me vigilara en todo momento.

Es arcaico.

—Me parece una idea estupenda —dice el don, haciendo un gesto a mi madre para que le indique el camino.

Leonardo se gira, extendiendo su brazo hacia mí, y mi corazón da un vuelco al reconocer el gesto, aunque en mi cultura, el simple hecho de tocarle sería una exhibición física de afecto y, por tanto, estaría mal visto.

La ansiedad florece en mi pecho y lanzo una mirada hacia mi padre.

Puede que me hayan criado para ser la novia yakuza perfecta, pero navegar por el territorio entre nuestras costumbres y las de la mafia italiana podría ser más complicado de lo que imaginaba.

El gesto de mi padre es sutil, tanto que estoy segura de que los Chiaroscuro no lo captan, pero aunque aprieta los labios en señal de desaprobación, me indica que siga el ejemplo de Leonardo y acepte su brazo.

Con el aliento atrapado en los pulmones, deslizo mis dedos por el hueco de su codo para apoyarlos ligeramente contra la tela de calidad de su chaqueta azul marino.

Mi corazón martillea ante el contacto inocuo; el seductor aroma a ciprés y limón me hace cosquillas en la nariz al encontrarme más cerca de un hombre que no es mi padre ni mi hermano de lo que he estado en toda mi vida.

El hombre irradia poder y control.

Decir que Leonardo Chiaroscuro es guapo sería quedarse corta.

Siento como si su presencia hubiera hecho que el mundo desapareciera a nuestro alrededor, abrumando mis sentidos hasta el punto de que el calor de mi atracción debe de estar irradiando de mi piel.

De repente, estoy intensamente agradecida por la base de maquillaje que oculta mi rubor, y entreabro ligeramente los labios para intentar recuperar sutilmente el aliento mientras sigo sus pasos hacia el otro lado de la casa.

Me siento tonta por estar tan afectada, sobre todo cuando considero que todo el planteamiento de nuestro compromiso es francamente insultante.

Mientras caminamos por el pasillo hacia la parte trasera de la casa, intento recuperar la compostura, pero mi cuerpo parece estar en una sintonía completamente distinta a la de mi mente.

Puede que no quiera casarme con Leonardo Chiaroscuro, pero hay algo en él que innegablemente me atrae.

Con una reverencia, uno de los miembros del servicio desliza la puerta de cristal que da a nuestro jardín de la tranquilidad.

La grava cruje suavemente bajo nuestros pies, y un pájaro canta alegremente en un árbol cercano, llamando a la primavera.

—¿Tiene un estanque de kois? —pregunta Leonardo, con un matiz de humor en su tono mientras se desvía por el sendero hacia él, lejos del patio cubierto donde mi madre servirá el té.

Le miro de reojo, intentando descifrar el significado tras su diversión y, aunque estoy segura de haber captado bien su tono, no acabo de entenderlo. —¿Tiene algo de gracioso? —pregunto, con voz comedida.

—Supongo que no —dice, mirando por encima del hombro mientras nos separamos de nuestros escoltas, que resultan ser poco sutiles.

Don Augusta y el hermano Chiaroscuro adoptado, Michaelangelo, parecen prestar atención a mis padres, enfrascados en una conversación, pero mi hermano nos observa, con su sonrisa de suficiencia cada vez más marcada, y se me hace un nudo en el estómago.

¿Por qué tengo la sensación de que Kenji sabe algo que yo no sé?

Obligándome a centrarme en Leonardo y en conocer a mi prometido antes de casarnos, me doy la vuelta deliberadamente para ignorar la escena que queda atrás.

Los zapatos de vestir de cuero italiano de Leonardo golpean con fuerza contra el puente que nos lleva sobre el estanque de kois, y vuelvo a lanzarle otra mirada de reojo.

—¿Su casa tiene un jardín bonito, Chiaroscuro-san? —pregunto a la ligera, buscando puntos en común.

Sus ojos se clavan en los míos, esa misma mirada intensa que hace que mi corazón dé un vuelco, y se me corta la respiración mientras una nueva oleada de anticipación me recorre.

¿Cómo puede ser tan atractivo?

No debería afectarme como lo hace.

—Dejemos una cosa clara —dice, con voz fría ahora que estamos fuera del alcance del oído de nuestras familias—. No me interesan las banalidades ni fingir que me importa quién es usted. Es una herramienta, un medio para un fin para mi familia, y me casaré con usted porque es lo que se requiere de mí. Pero no tiene por qué gustarme. Y me importa un bledo si yo le gusto a usted. Así que háganos un favor a los dos, Signorina Tanaka, y no me hable. Con suerte, esta farsa acabará pronto.

Sus palabras son como una bofetada, y esa familiar bola de plomo se hunde en la boca de mi estómago al darme cuenta de que el pequeño destello de esperanza que había sentido sobre nuestro matrimonio no era más que un sueño irreal.

Esta unión va a ser la pesadilla que siempre pensé que sería.

2

LEO

La grieta momentánea en la apariencia inmaculada de Sora Tanaka me llena las venas de una sensación de vindicación.

Puede que sea una de las mujeres más impresionantes que he visto en mi vida, una novia de postal, pero ese fugaz atisbo de emoción me ha dicho todo lo que necesitaba saber.

Ella no quiere esta unión más de lo que la quiero yo, y tengo la intención de usar eso en mi beneficio.

Aun así, me impresiona la rapidez con la que vuelve a suavizar sus facciones hasta recuperar una expresión de apacible complacencia.

Sus labios rosados, carnosos y brillantes, son los últimos en retomar su máscara impasible; se aprietan en un mohín de insatisfacción durante apenas un suspiro antes de relajarse y sumirse en el silencio, tal como le he pedido.

Desde luego, hace honor a su reputación.

Se rumorea que es la joya de la corona de Chicago, una mujer de elegancia, compostura y belleza que ha sido moldeada desde su nacimiento para ser la esposa perfecta de la Yakuza; una mujer codiciada por todos los hombres poderosos que dirigen los bajos fondos de la ciudad, además de por un buen número de políticos y magnates de los negocios.

Como novia, es un activo de valor incalculable para la familia Tanaka.

En otras palabras, no es más que otra mercancía sin voluntad propia que se vende a cambio de una alianza, que es lo que se supone que estamos formando entre mi familia y la suya al casarnos.

No es que crea que este contrato tenga la más mínima posibilidad de lograr tal cosa.

Pero mi padre se niega a entrar en razón, a pesar de que creo que está cometiendo un error garrafal al considerar un alto el fuego con la Tanaka-kai.

Se ha derramado demasiada mala sangre entre nosotros.

Tienen innumerables razones para faltar a su palabra.

Y si bajamos la guardia, eso les dará la oportunidad de apuñalarnos por la espalda cuando menos lo esperemos.

A mis ojos, esta unión solo me aboca al fracaso justo cuando se supone que debo hacerme cargo del legado de mi padre.

¿Pero quién me ha preguntado a mí?

Nadie.

Ni siquiera quiero ser Don.

¿Quién en su sano juicio elegiría heredar un reino de alcantarillas y ratas?

Pero «no» no es una palabra que figure en el vocabulario de mi padre, y no hay una salida fácil de este mundo que me corresponde por derecho de nacimiento.

Da igual que sea el hijo legítimo mayor de Don Augusta.

Me mataría sin vacilar si intentara dejar atrás esta vida, así que mi única opción es heredar su imperio.

Eso significa que gobernaré a regañadientes como él considere oportuno mientras viva.

Quizá Sora no sea la única mercancía sin voluntad propia en esta negociación.

Apretando la mandíbula, aparto esos pensamientos amargos al fondo de mi mente.

Puede que no tenga la libertad de desafiar abiertamente al don, pero me condenaré antes de quedarme de brazos cruzados, callarme y dejar que mi padre me encasquete a una mujer que no quiero.

Estoy medio convencido de que hace esto para darme una lección.

Sé que odia cómo he manchado el apellido de mi familia, ganándome una reputación de playboy sin ambiciones.

Pero mantenerme soltero es la única forma en que he logrado posponer mi destino durante tanto tiempo.

La grava cruje bajo nuestros pies una vez más mientras Sora y yo llegamos al otro lado del puente y empezamos a serpentear entre los árboles por el sendero del jardín.

Incluso a principios de primavera, el espacio rebosa de una vegetación serena, y me pregunto cuánto debe de costar mantener este pequeño paraíso japonés que el *Oyabun* Tatsuo Tanaka ha cultivado en medio del ajetreado paisaje urbano de Chicago.

Esto, junto con el estanque de carpas koi que debe de tener que calentar durante todo el invierno para mantener vivos a los peces, es solo otro ejemplo de la espectacular fachada de la familia Tanaka.

Irradian riqueza y poder.

Se esconden tras la integridad de su linaje japonés, tras las tradiciones de honor profundamente arraigadas sobre las que se construyó la Yakuza, pero yo no me fío de los Tanaka.

Su moral es fina como el papel, su palabra tan endeble como el ala de una polilla. Y su jardín zen no los hace menos traicioneros.

—¿Siente tal desdén por todos los matrimonios concertados, Chiaroscuro-san, o solo por este? —La inesperada pregunta de Sora rompe la espiral de mis pensamientos y me pilla desprevenido.

Es más directa de lo que creía que se atrevería a ser y tiene la suficiente mordacidad para demostrar que tiene veneno.

—¿Acaso importa? —le pregunto.

Sora se detiene, obligándome a hacer lo mismo, y me giro para mirarla por instinto.

En cuanto me encuentro con su mirada, sé que he cometido un error, porque me cautiva al instante.

Su color inusual está más cerca del ónice que del marrón, un tono profundo que me atrae como un espejo negro hasta que parezco incapaz de apartar la vista.

El destello de mercurio que hay en ellos insinúa una inteligencia superior a la que le había atribuido y, aunque es considerablemente más joven que yo, con solo dieciocho años, me basta una mirada para saber que su cabeza dista mucho de estar vacía.

—A mí me importa —dice—. Puede que a usted no le interese saber quién soy, pero prefiero entrar en este acuerdo sabiendo qué clase de hombre es aquel con quien se supone que voy a vivir el resto de mi vida.

Levanta ligeramente la barbilla, con apenas un deje de desafío, aunque su tono se mantiene cuidadosamente educado y respetuoso.

No puedo negar que Sora es la viva imagen de la belleza femenina, con su vestido cruzado de seda azul cielo, modesto pero favorecedor para su esbelta figura, y su largo cabello oscuro suavemente recogido en un moño que me tienta a deshacerlo.

Hasta ahora, sus miradas habían sido recatadas, incluso tímidas.

Pero al abandonar las cortesías, de repente tengo la sensación de que bajo su máscara de amabilidad se esconde una voluntad de hierro.

Y, pese a mi determinación de no bajar la guardia, un arrebato de interés se enciende en lo bajo de mi vientre.

Sí, es preciosa, y muy probablemente virgen, algo por lo que la mayoría de los hombres en mi posición perderían la cabeza ante la oportunidad de reclamarla para sí.

Si su apellido fuera cualquier otro que no fuese Tanaka, incluso podría sentirme tentado.

Pero me dije a mí mismo que no dejaría que una cara bonita me engañara para que bajara la guardia. Lo que no esperaba es que Sora fuera también testaruda; una tentación mucho mayor contra la que debo protegerme.

Tendré que ser más agresivo si quiero acabar con esto antes de que llegue demasiado lejos.

—Supongo que ambas cosas —afirmo, dando medio paso hacia ella para aprovechar mejor nuestra diferencia de estatura.

Ahora Sora tiene que estirar el cuello para mirarme, y entrecierra los ojos, con los párpados cayendo de forma casi seductora mientras se esfuerza por protegerse del sol sin retroceder.

—¿Por qué? —exige saber.

—No necesito una esposa —declaro con frialdad—. Hay montones de mujeres más que dispuestas a calentar mi cama. Tengo todo un personal para gestionar mi casa, cuatro hermanos para entretenerme cuando quiero y un imperio que me mantiene ocupado. No veo ningún beneficio en dejar entrar a una víbora en mi hogar. Soy de la opinión de que, cuando se ve una serpiente donde

no debe estar, se le corta la cabeza antes de que pueda morder a alguien.

Sora traga saliva visiblemente, atrayendo mi mirada hacia abajo, y me fijo en su delicado cuello, notando cómo su pulso salta bajo su piel pálida. Eso hace que mi polla se agite con una anticipación inesperada.

La garganta de una mujer no debería resultar tan sensual.

No después de haber visto a tantas mujeres desnudas, de haberlas tenido dobladas y atadas en todo tipo de posturas comprometidas, abiertas de piernas para mi placer y rellenas de mi polla.

Pero, por alguna razón, saber que puedo hacer que el pulso de Sora se acelere me pone duro.

—Odiaría tener que separar su cabeza de ese cuello tan bonito —ronroneo, inclinándome más—. Así que, ¿por qué no nos hace un favor a los dos y rompe el compromiso?

Mis ojos suben para captar su lengua rosada mientras sale disparada para humedecer sus labios, y luego me obligo a encontrarme con sus ojos oscuros enmarcados por unas pestañas increíblemente espesas y largas.

—¿Y qué le hace pensar que yo podría hacer tal cosa aunque quisiera? —murmura ella, con su voz suave y sensual por la falta de aliento.

Un toque de melocotón y jazmín impregna el aire cuando inhalo profundamente, y me pregunto si es ella la fuente de ese aroma embriagador.

Es demasiado pronto para que las flores hayan brotado, así que creo que debe de ser ella, y me enderezo, dándome espacio suficiente para mantener la cabeza despejada mientras me esfuerzo por intimidarla.

—No se subestime, Signorina Tanaka. Estoy seguro de que su padre respetaría sus deseos si se opusiera con firmeza, y le prometo que, si no se echa atrás en este pequeño acuerdo, haré de su vida un auténtico infierno.

Si consigo que Sora le ponga fin, entonces no importará si el trato de mi padre pone en riesgo a nuestra familia.

Y si son los Tanaka los que se retiran, tampoco podrán arremeter contra nosotros.

Es la forma más segura de desactivar la situación antes de acabar con un cuchillo entre los omóplatos o con el cuello rebanado mientras duermo.

—Si no quiere casarse, cancélelo *usted* —dice Sora, y sus labios se curvan en una dulce sonrisa—. Pero le prometo que yo no haré nada parecido.

Con un aleteo de pestañas, se da la vuelta para empezar a caminar de nuevo, y yo aprieto los dientes mientras la sigo, haciendo todo lo posible por controlar mi genio mientras ella consigue sacarme de quicio.

Aún tenemos tiempo antes de la boda, y tengo la firme intención de hacer que cambie de opinión.

Porque de una forma u otra, esta alianza no durará.

De eso estoy seguro.



—¡Ah, el rey ha vuelto! —suelta Rafael, enderezándose junto a la mesa de billar con una sonrisa pícara mientras Michelangelo —más conocido cariñosamente como Miko— y yo cruzamos la puerta de la sala de billar.

Hemos pasado gran parte de la tarde en la finca de los Tanaka.

Para cuando hemos llegado a casa, el sol ya empezaba a ponerse tras la línea de árboles que rodea nuestra extensa propiedad a las afueras de la ciudad.

—Déjalo en paz, Raf —advierte Giovanni mientras Miko cierra la puerta tras nosotros.

Después del día que he tenido, estoy listo para desahogarme con mi hermanos —probablemente las únicas personas en este mundo en las que puedo confiar de verdad— y nuestro padre es la última persona que necesito que oiga lo que estoy dispuesto a soltar.

Casi agradezco que Miko estuviera allí para presenciarlo todo, para que sepa lo cerca que estoy de estallar.

—¿Cómo ha ido? —pregunta Gio antes de preparar su tiro y meter una bola rayada en una tronera lateral.

Yendo directo al mueble bar, me sirvo un buen vaso de whisky y me lo bebo de un trago antes de servirme otro.

—¿Tan bien, eh? —comenta Gio con suavidad, enderezándose tras fallar su segundo tiro.

Capto la mirada que mi hermano mediano comparte con Miko mientras Raf se inclina para ejecutar un tiro combinado.

Demasiado irritable para que me importe su partida, me desplomo en el sofá Chesterfield de cuero rojo capitoné cerca del bar y doy un sorbo a mi segunda copa.

Abandonando el juego que claramente va ganando para sentarse en el sofá frente a mí, Raf me dedica una sonrisa de medio lado.

—¿Era tan fea? —bromea para animarme mientras me muevo para dejar sitio a Miko en el sofá a mi lado.

—Fea no es, desde luego —confirma nuestro hermano adoptivo con su barítono profundo.

—Simplemente no veo por qué tengo que casarme —refunfuño, mirando mi vaso de whisky.

—Claro que no —le reprende Gio, dándome una palmadita en el hombro al pasar por detrás del sofá para servirse él también una copa—. No es que los jefes de la mafia necesiten herederos ni nada de eso.

—Raf está casado. ¿Por qué no puedo simplemente nombrar heredero a su hijo cuando Genevieve y él se pongan a ello? —exijo, señalando a mi hermano pequeño.

—Creo que ya estoy a medio paso de ser desheredado por casarme con una mujer que mi padre no aprobaba —dice Raf, y su sonrisa se vuelve seca—. Dudo que él, o cualquiera de las familias más tradicionales que nos rinden tributo, consideren eso un heredero legítimo.

—Creo que eso tiene más que ver con que te casaras con una puta y menos con que te fugaras —observa Miko con frialdad; la falta de emoción en su tono suaviza el golpe solo ligeramente.

Si cualquier otro hubiera llamado puta a Genevieve, no dudo que Raf lo mataría en el acto —incluso a mí—, pero Miko no lo dice como un insulto. Simplemente dice las cosas tal como las ve.

—Oye, no era ninguna puta —dice Raf—. La conocí en el Portentia's.

—Las prostitutas *precisamente* trabajan en clubes de sexo —señalo.

—Que os den, tíos. Mi mujer *no* es una prostituta. —Cogiendo un puñado de pistachos del cuenco de la mesita auxiliar, Raf nos los lanza a Miko y a mí, haciéndome reír.

—Tranquilízate. Sabemos que no lo es… —le lanzo una sonrisa—. Ya no.

—Te voy a saltar los dientes —gruñe Raf, levantándose del sofá.

—Calma, Raf —dice Gio, interviniendo para hacer de pacificador, como de costumbre—. Leo solo está fastidiándote porque tiene envidia de que tú pudieras elegir a la mujer con la que te casaste.

—A ver, no se equivoca —admito, terminándome la copa y dejando el vaso en la mesa a mi lado—. Aunque preferiría no elegir a nadie en absoluto.

—Eres un puto golfo. —Gio sonríe mientras niega con la cabeza.

Bufando, Raf se deja caer de nuevo en el sofá; Gio ocupa el lugar a su lado ahora que la situación se ha calmado.

—Oye, en la variedad está el gusto —digo con indiferencia—. No veo nada malo en probar todas las opciones mientras se ofrezcan con tanta voluntad.

—No cuenta cuando tienes que pagarles —suelta Raf, intentando picarme.

Pero aunque las pullas suenen bruscas, esto es exactamente lo que necesitaba.

Un poco de combate verbal para recordarme que las penas con pan son menos y que mis hermanos son las únicas personas en el mundo que podrían entender la cruz que cargo.

Esto es lo que hacemos: nos chinchamos unos a otros porque nos recuerda que no estamos solos en esto.

—¿Es por eso por lo que te casaste con Genevieve? —pregunto—. ¿Para no tener que seguir pagándole?

—Se acabó. Estás muerto —suelta Raf, saltando del sofá por segunda vez.

De nuevo, Gio tira de él hacia abajo.

—No empieces algo que no puedas terminar —advierto a mi hermano menor—. Especialmente cuando tu otra mitad peleona está ausente.

—Hablando de eso, ¿dónde está Sandro? —pregunta Miko, mirando alrededor de la habitación buscando al gemelo de Rafael como si acabara de notar que no están los dos presentes.

—¿Dónde crees tú? —pregunta Raf, librándose del agarre de Gio y repantingándose en su asiento.

Suspirando profundamente, apoyo los codos en las rodillas y bajo la cabeza para frotarme las sienes con los pulgares.

Sin duda anda metido en territorio de la mafia irlandesa, echando unos asaltos en los picaderos de lucha a puño descubierto de los Murray. Más vale que vayamos a buscarlo antes de que las cosas se desmadren. Lo último que necesito es una segunda familia con la que tener que hacer las paces.

3

SORA

Mientras nuestra limusina sigue el sinuoso camino de entrada tras pasar las puertas principales de la propiedad de los Chiaroscuro, no puedo evitar observar la belleza abierta de sus tierras.

Como un pequeño reino a las afueras de Chicago, tiene espacio suficiente para perderse, y la mansión que se alza al final del largo camino parece más un castillo que un hogar.

Supongo que necesitarían tanto espacio si los cinco hermanos adultos y su padre comparten la misma ubicación.

Cada uno podría tener una planta entera de la casa; tal vez incluso un ala completa.

Y aunque mi casa familiar es lujosa para los estándares normales, no es nada comparado con la opulencia del hogar de los Chiaroscuro.

La fachada es de piedra de color crema con amplios ventanales que se extienden por las plantas superiores para dejar pasar la luz.

Y entre los empinados aleros del imponente tejado hay ventanales en voladizo diseñados como torreones que le dan un aspecto aún más de castillo.

La alta fuente circular al final del camino lanza agua desde el centro hacia el aire antes de caer en cascada sobre el estanque de aguas

cristalinas, rematando el aspecto fastuoso.

Es una mezcla perfecta de estilo moderno y una exhibición clásica europea de poder.

—Hortera, ¿verdad? —pregunta Kenji, inclinándose sobre el asiento central que nos separa para mirar por mi ventana mientras el chófer da la vuelta.

—Sí, hortera —digo, pero el tono entrecortado de mi voz no logra ocultar mi verdadera opinión. Es impresionante.

—Acabemos con esto de una vez —dice mi padre mientras el coche se detiene al pie de la escalinata y uno de los empleados de los Chiaroscuro, vestido con traje negro, abre la puerta.

Me ofrece una mano enguantada y, como mi vestido de satén blanco de cuello alto tiene un dobladillo ajustado por las rodillas que podría dificultar la salida del coche, la acepto, saliendo de la limusina sin apartar la vista de la casa de los Chiaroscuro.

Una música suave se filtra desde la casa, junto al sonido distante de una charla que indica que la fiesta ya ha comenzado.

Sintiéndome fatal por dentro, intento no pensar en el insulto que supone presentarse con «retraso de cortesía», como lo llama mi hermano.

—Signor Tanaka, Signora Tanaka, bienvenidos —el mayordomo de los Chiaroscuro saluda a mis padres con una sutil inclinación de cintura cuando llegamos a lo alto de los escalones de piedra arenisca; luego nos reconoce a mi hermano y a mí con una mirada y una inclinación de cabeza—. Si son tan amables de seguirme...

Varios miembros del personal uniformados ocupan la planta principal de la casa, prácticamente fundiéndose con el paisaje mientras se mezclan con la fastuosa decoración mientras atienden sus asuntos.

Suspendida del techo de la entrada abovedada hay una lámpara de araña que gotea cristales que proyectan arcoíris de colores sobre las

paredes color crema.

El arco abierto al fondo del vestíbulo conduce a un gran salón con puertas de cristal que cerrarían el espacio, pero hoy las han plegado para unirlo a la amplia terraza que da al otro lado de la propiedad de los Chiaroscuro.

Invitados ataviados con trajes de fiesta de jardín se mezclan por el espacio.

No es difícil encontrar al anfitrión de la fiesta, ya que Don Augusta conversa con el patriarca de la familia Caprinelli, quien debe de haber viajado desde Nueva York para la ocasión.

Detrás de él, sus cinco imponentes hijos se yerguen como sombras silenciosas.

Parece que todos los hermanos Chiaroscuro están presentes para las festividades de hoy y, por primera vez, alcanzo a verlos a todos juntos.

Es fácil ver el parecido. Todos parecen refinados y bastante civilizados en sus elegantes trajes italianos, a pesar de las impresionantes cantidades de músculo que tensan la tela y los tatuajes que asoman por encima de los cuellos y bajo los puños de las mangas.

Han salido a su padre con su pelo oscuro y sus marcados rasgos faciales; todos excepto Michelangelo, que parece seguir pareciéndose a sus hermanos adoptivos a pesar de sus ojos más claros y su tez pálida.

Los dos hermanos a la izquierda de Michelangelo deben de ser los gemelos. Aparte de un pequeño tatuaje de una estrella náutica que adorna la mejilla de uno de ellos, justo debajo de la comisura exterior del ojo, son idénticos.

Y ambos tienen la sonrisa pícara de alguien capaz de provocar problemas con los irlandeses, algo por lo que son tristemente

célebres.

El quinto hermano, que solo puedo suponer que es el mediano de quien no he oído casi nada, se mantiene un poco apartado del grupo, con expresión vaga mientras mira a lo lejos, como si su mente estuviera a kilómetros de distancia.

Cuando mis ojos aterrizan finalmente en Leonardo, mi corazón da un vuelco de ansiedad.

Nuestro primer encuentro hace varias semanas no fue nada bien, y no me imagino que hoy vaya a ser mejor.

Nunca le conté a mi padre la amenaza de Leonardo de hacerme la vida imposible a menos que cancelara la boda.

Independientemente de lo que mi prometido pueda creer, no importarían mis razones para romper el compromiso.

Conozco a mi padre lo suficiente como para estar segura de que insistiría en que siguiera adelante de todos modos. Y lo último que quiero es darle a mi padre un motivo para culparme si esto se va al traste.

—Señor, los Tanaka han llegado —anuncia nuestro escolta cuando alcanzamos al don y a su séquito.

—Ah, los invitados de honor —dice Don Augusta, dándose la vuelta para saludarnos con una sonrisa empalagosa—. Empezaba a preguntarme si la joven prometida de Leonardo faltaría a su propia fiesta de compromiso.

Sigo el ejemplo de mi madre, riendo ligeramente ante el chiste indirecto del don, y el calor aflora a mis mejillas cuando la mirada de chocolate fundido de Leonardo se posa en mí, provocando que ese mismo fuego haga temblar mi estómago.

—No me perdería esto por nada del mundo, Don Chiaroscuro-sama —le aseguro—. Siento haber llegado tarde.

—No hay por qué disculparse. Es su día, querida. Debería disfrutarlo. Leo, ¿por qué no le buscas una bebida a tu hermosa prometida y la presentas a nuestros invitados?

—Por supuesto.

De nuevo, Leonardo me ofrece su brazo, con una sonrisa cortés rozándole las comisuras de los labios, y una nueva punzada de emoción recorre mi pecho.

No debería afectarme como lo hace, especialmente cuando ha dejado perfectamente claro que no quiere este matrimonio, pero algo en él me atrae incluso cuando, lógicamente, sé lo peligroso que podría ser.

Aun así, su colonia de ciprés y limón hace que mi corazón se acelere cuando respiro hondo para calmar mis nervios, creando el efecto contrario.

—¿Se está arrepintiendo? —pregunta Leonardo mientras me guía hacia la barra exterior instalada junto a la barandilla trasera de la terraza.

—En absoluto —digo dulcemente.

—¿Entonces por qué ha llegado tarde? —insiste, deteniéndose ante la limonada de autoservicio y sirviéndome un vaso de plástico transparente con el líquido amarillento que parece zumo artesanal recién exprimido.

Al aceptar el vaso, doy un pequeño sorbo y disfruto de la bebida ácida y refrescante. —Esto está maravilloso. Gracias —digo, levantando el vaso para indicar a qué me refiero—. Y hemos llegado tarde porque quería asegurarme de estar lo bastante presentable para ser digna de mi futuro marido.

Miro de reojo a Leonardo preguntándome si captará mi sarcasmo. Ha sido un poco evidente.

Por el arqueo de su ceja, diría que lo ha captado perfectamente. Pero a medida que nos acercamos a una pareja que está de pie junto al poste de la balaustrada al principio de los escalones de la terraza, su rostro se suaviza adoptando el aspecto de un hombre encantador que acaba de ver a alguien querido.

—Signor y Signora Lombardi, es un placer veros. Gracias por venir —dice Leonardo, con voz baja y cálida de una manera que me hace darme cuenta de la poca consideración que debe de tenerme—. ¿Conoce a mi prometida? Es la Signorina Sora Tanaka.

—Es un placer conocerla, Signorina —dice el Signor Lombardi, con una amplia sonrisa de dientes blancos que resalta contra su piel bronceada—. Y nos sentimos honrados de haber sido invitados a una ocasión tan especial, Signor Chiaroscuro. Teníamos la esperanza de que nuestra propia hija, Evelina, tuviera la suerte de convertirse en su esposa cuando cumpla la mayoría de edad este verano, pero veo por qué quedaría usted cautivado por una belleza como la señorita Sora y sencillamente no pudo resistirse.

Leonardo suelta una risa baja que despierta mariposas en mi estómago, y se me cierra la garganta al preguntarme si él también habría preferido casarse con la chica Lombardi.

Pero cuando vuelve a hablar, su voz es más tensa que antes, habiéndose desvanecido parte de su calidez. —Estoy seguro de que su Evelina será una esposa maravillosa. ¿Y quién sabe? Los Lombardi siempre han sido una familia muy leal a la nuestra. Con tres de mis hermanos aún solteros, aún podría convertirse en una Chiaroscuro. Ahora, si nos disculpa... tenemos más invitados que saludar que minutos tiene el día. —Colocando la palma de la mano sobre el botón de su chaqueta y apoyando la otra en la parte baja de mi espalda, Leonardo inclina la cabeza respetuosamente mientras me aleja de allí.

—Por supuesto —dice el Signor Lombardi—. Y felicidades a ambos. Les deseamos una vida llena de felicidad.

Apretando los labios para guardar silencio mientras bajamos los escalones y llegamos al sendero del jardín, percibo la irritación que emana de Leonardo en oleadas.

No alcanzo a distinguir si esa frustración es por la conversación reciente o por tener que estar a mi lado todo el día, pero quiero llegar al fondo del asunto.

—¿Deseaba haber tenido una joven novia italiana en su lugar? —sugiero cuando tenemos un momento de privacidad entre los invitados.

Una punzada de celos inexplicable me atraviesa ante el pensamiento, a pesar de que no quiero este matrimonio más que Leonardo.

Él bufa, mirándome de reojo con incredulidad. —Si algo bueno pudiera salir de casarme contigo, sería el placer de no tener que soportar nunca más otra conversación como esa: padres abalanzándose sobre mí como una bandada de gansos en cada evento público para desfilar a sus hijas delante de mí porque una de ellas sería la esposa perfecta para la Mafia.

Resulta extrañamente tranquilizador oír que no soy la única esposa que tiene poco interés en adquirir, y el inicio de una risa brota de mis labios antes de que pueda evitarlo.

Cubriéndome la boca con las yemas de los dedos, miro hacia el camino para ocultar mi diversión hasta que consiga recomponerme.

Cuando finalmente vuelvo a levantar la vista, me encuentro con que Leonardo me observa, con esa mirada ardiente clavada en mi alma, con curiosidad y sospecha presentes a partes iguales.

—Has pintado un cuadro muy cómico —explico, sintiendo el calor acumulándose en mis mejillas, y de nuevo agradezco el maquillaje que mi madre insiste en que llevemos para las ocasiones públicas.

—Al menos uno de los dos puede reírse de ello —dice, guiándome hacia nuestro siguiente grupo de invitados: nada menos que el gobernador de Chicago y su esposa.

La variedad de personas que componen la lista de invitados para nuestra fiesta de compromiso abarca desde la élite de la ciudad que ocupa los áticos de la Milla de Oro hasta los jefes de las mafias irlandesa y rusa, junto con los miembros más destacados que rinden tributo a la familia de Leonardo o a la mía.

Cada persona nos colma de elogios, felicitándonos por la hermosa pareja que formaremos y comentando que nuestra unión constituirá una alianza impresionante.

Pero puedo ver la verdad tras sus halagos, oír los susurros una vez que nos alejamos: comentarios sobre la «pobre chica» que no tendría posibilidad alguna de domesticar a un playboy tan notorio como Leonardo Chiaroscuro.

A sus ojos, sin duda él ya me ha sido infiel, y les doy lástima por ello.

Probablemente tengan razón, lo que hace que esta celebración sea aún más humillante.

Especialmente cuando no puedo librarme de esa desconcertante sensación de celos que se retuerce en mi interior cada vez que una mujer parpadea coqueta ante mi futuro marido o le toca el brazo con afecto.

Leonardo parece ajeno a todo, su encanto y carisma arrancan sonrisas incluso a los invitados más estoicos.

Y representa el papel de prometido adorador con una delicadeza asombrosa, llegando incluso a insistir en que lo llame Leo —aunque todavía no estemos casados— mientras hablamos con el alcalde Henacey y un grupo de damas de la alta sociedad.

Yo le sigo el juego, sabiendo que mi trabajo es parecer una joven novia embelesada que está ansiosa por estar con un hombre así.

Río ligeramente ante los comentarios indirectos sobre lo impactante que a algunas personas les resulta que podamos casarnos cuando nuestras familias tienen fama de enemistarse tan terriblemente como los Montesco y los Capuleto.

Ignoro las miradas de reojo y los juicios susurrados de que Leo me devorará y me escupirá en cuanto le dé un heredero.

Y reclamo sutilmente a mi prometido cada vez que las mujeres intentan entrometerse con mi hombre.

Apenas tengo tiempo o energía para registrar los kilómetros de senderos de jardín por los que caminamos mientras me exhibe ante nuestros invitados.

Y cuando por fin encontramos un momento de paz en una zona más apartada, siento que estoy a segundos de asfixiarme.

El seto alto es suficiente para limitar el número de invitados a la vista, y aunque mi familia nos ha seguido a una distancia respetuosa, esto es lo más cerca de estar a solas que hemos estado Leo y yo en todo el día.

—¿Nos tomamos un respiro? —sugiere como si me leyera el pensamiento, señalando la hermosa fuente de tres niveles que ocupa el centro del espacio.

—Me parece bien —asiento, deteniéndome y girándome para admirar el agua que corre y ahoga el sonido de las conversaciones lejanas.

Tomando de mi mano mi vaso de limonada ahora vacío, Leo lo apila con el suyo y lo deja en el borde de la fuente, luego centra toda su atención en mí por primera vez desde que llegué.

—Bueno, señorita Tanaka, ahora que ha tenido más tiempo para pensar en mi propuesta, ¿ha reconsiderado su posición? —El tono de

Leo es ligero, sus ojos marrones intensos mientras me mira, con una sonrisa burlona asomando a las comisuras de sus labios.

De respiro, nada. Va directo al grano, y sé que no le va a gustar lo que tengo que decir.

—Lo he considerado —digo dulcemente, mirándolo a través de mis pestañas.

—¿Y? —insiste, dando medio paso más hacia mí—. ¿Está lista para retirarse de nuestro compromiso?

Levanta una mano para apartar un mechón rebelde de mi mejilla; sus dedos siguen la curva de mi oreja mientras lo coloca con suavidad.

El toque es tan suave que raya en lo íntimo y, a pesar de mi convicción de no dejar que me afecte, hace que se me escape el aliento.

El calor inunda mis mejillas y miro hacia mi familia, que se ha detenido junto al padre de Leo cerca de la entrada de los setos para vigilarnos discretamente.

Ya me ha caído un sermón de mi padre sobre qué tipo de contacto físico me está permitido con mi «novio incivilizado» y qué no hasta el día de mi boda, y esto definitivamente roza el límite de lo inaceptable.

Pero llevar a cabo esta alianza es más importante para mi familia que el hecho de que deje que Leo me toque. Todo lo que sé es que sus dedos prenden fuego a mi piel y, de repente, no puedo pensar con claridad.

—No —susurro, intentando no sonar tan nerviosa como me siento—. Tengo toda la intención de encontrarme con usted en el altar.

Un destello de advertencia se enciende en los ojos de Leo, y suelto un grito ahogado cuando me rodea la cintura con un brazo, pegándome a él mientras me acaricia la mejilla con la mano libre.

Puedo sentir cada centímetro de él duro como una roca contra mí, los músculos cincelados de su pecho y abdomen, su bíceps tenso sujetándome con fuerza férrea y, aunque levanto las palmas de las manos, arqueando la espalda para que no pueda robarme un beso, estoy en verdadero peligro de desearlo.

—Leo —susurro, con el pánico tiñendo mi tono mientras miro a mi alrededor una vez más.

La expresión de mi padre dice claramente que no le gusta nada cómo me está tocando Leo. Pero con el ceño fruncido, aparta la vista deliberadamente, y mi corazón empieza a acelerarse ante la muda pero clara comunicación.

No me va a ayudar.

Necesito salir de esta situación, y necesito hacerlo sin montar una escena.

Por desgracia, no tardo nada en darme cuenta de que no lograré forzar distancia entre Leo y yo físicamente.

Es demasiado fuerte. Y antes de que pueda insistir en que me suelte, él ya está hablando.

—Te advertí que te arrepentirías. Cancélalo antes de que sea demasiado tarde, Princesa —ronronea, inclinándose más hasta que los aromas a ciprés y limón hacen que mi pulso flaquee.

Cubriendo mi gemido con un bufido, hago todo lo posible por levantar la barbilla con expresión imperiosa. —¿O qué? ¿Va a besarme? —lo provoco, pero estoy demasiado falta de aire para que suene a desafío.

—Te arruinaré —susurra Leo, enviando un escalofrío por mi columna vertebral.

Tomando aire bruscamente, me armo de valor y le devuelvo la mirada directamente a sus ojos oscuros. —No me conoce en absoluto si cree que puede intimidarme para que me eche atrás. Soy

leal a mi familia, y cumpliré el acuerdo que hizo mi padre si eso trae la paz. Incluso si tengo que casarme contigo.

—No me hagas reír. Conozco a los Tanaka-kai lo suficiente como para saber que no serán más tolerables después de la boda. La paz no durará, y si cree que puede marcar la diferencia, entonces es aún más ingenua de lo que pensaba.

Se inclina más, con sus labios a escasos centímetros de los míos, y su proximidad hace que me sea casi imposible articular un argumento coherente. Quizá tenga razón. Quizá esta alianza estaba condenada al fracaso desde el principio. Pero yo no seré la razón por la que se desmorone.

—Tu padre aceptó esta unión —señalo—. Así que, ¿quién vive ahora en una fantasía? Sabe tan bien como yo que esta boda va a celebrarse, la queramos o no.

Ya hemos superado con creces la zona gris en nuestra exhibición pública, y estoy segura de que mi padre estará furioso conmigo por permitir que esto llegue tan lejos, aunque no pueda evitarlo.

Mi corazón martillea mientras Leo se inclina sobre mí, envolviendo su cuerpo alrededor del mío hasta que mi peso se apoya contra su poderoso brazo, con mis palmas atrapadas inútilmente contra su pecho.

La atracción recorre mis venas como un relámpago, y la sensación es tan completamente inesperada que no sé cómo combatirla.

—Más te vale esperar que no sea así, *Cattiva* —murmura, inclinándome aún más hacia atrás.

Sus ojos bajan a mis labios, su sonrisa es perversa y, por una fracción de segundo, estoy segura de que va a besarme.

Entonces, sin previo aviso, me suelta, y suelto un grito ahogado ante la repentina sensación de ingravidez antes de que el agua gélida me trague por completo.

4

LEO

La expresión de puro asombro en el rostro de Sora hace que me ría mientras cae de espaldas a la fuente.

Sea cual sea el resultado que esperaba de nuestra breve e íntima conversación, no era este.

Sé que ha sido cruel, una broma inmadura, pero ha valido totalmente la pena por el momento de satisfacción de ver su máscara perfecta completamente hecha añicos.

Y cuando sale a la superficie un momento después, con el pelo oscuro pegado a la cabeza y chorreando agua, es la viva imagen de la ruina que le prometí.

Sin embargo, lo que no tuve en cuenta antes de decidir empujarla fue la forma en que su vestido de satén blanco se volvería casi transparente.

Se adhiere con la humedad a cada centímetro de sus curvas, exhibiendo su cuerpo perfecto y el fino encaje blanco de su sujetador, que no hace nada por ocultar la punta afilada de sus pezones endurecidos.

La sangre me sube de golpe a la polla ante tan tentadora visión, y mi risa muere al darme cuenta de que no puedo apartar la mirada

de sus pechos, que suben y bajan mientras ella jadea por la impresión.

Los hombros de Sora se tensan, y una mirada de absoluta humillación la hace palidecer bajo el maquillaje perfecto que empieza a correrse por su rostro.

Largas manchas oscuras forman ríos por sus mejillas y, de algún modo, incluso ahora, cuando está ante mí completamente destrozada, es la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

Sus ojos se encuentran con los míos, y la furia que hay en ellos envía una descarga eléctrica por todo mi cuerpo, seguida de la intensa necesidad de arreglar lo que he hecho.

De protegerla de la humillación, aunque haya sido yo quien la ha causado.

Un escalofrío recorre su cuerpo, erizándole la piel, y se me encoge el estómago al pensar en lo gélida que debe de estar el agua a principios de la primavera.

Antes de tener tiempo para reflexionar sobre lo que estoy haciendo, mis pies me impulsan hacia delante y alargo la mano para ayudarla a salir de la fuente.

—¡Sora! —El Oyabun Tanaka pasa por mi lado, quitándose ya la chaqueta del traje para envolver con ella los hombros de su hija en cuanto alcanza el borde de la fuente.

Sus delicadas yemas de los dedos están azuladas por el frío cuando acepta su mano, y la culpa me quema en el estómago mientras el padre de Sora la ayuda a pasar el borde de la fuente, manteniendo su brazo firmemente alrededor de sus hombros mientras lo hace.

—¿Qué significa esto? —exige él con una mirada fría y furiosa mientras nos observa a mi padre y a mí, que ha llegado a nuestra altura al mismo tiempo que la madre y el hermano de Sora.

—Leo, vas a pedir perdón ahora mismo...

—Ha sido un accidente. —La voz temblorosa es la última que esperaba oír diciendo eso.

El silencio cae sobre la multitud que se ha ido congregando mientras todos los ojos se vuelven hacia Sora. He debido de oír mal.

O quizá dudo de mis propios oídos por haberla oído interrumpir a mi padre. Pero aunque sus labios tiemblan, levanta la barbilla con ese aire de autoridad incuestionable que me deja descolocado.

La chica Tanaka tiene mucha más garra de la que hubiera imaginado, y hace que me piquen las manos por tocarla una vez más.

—¿Un accidente? —pregunta Kenji con incredulidad.

—Sí, un accidente —insiste Sora—. Es culpa mía, de verdad. Solo ha sido una torpeza. No me he dado cuenta de lo cerca que estaba de la fuente y he tropezado.

Mi padre levanta las cejas y mira hacia los Tanaka como para calibrar su respuesta.

Kenji parece dispuesto a discutir, y la madre de Sora mantiene sus emociones ocultas mientras mira hacia Tatsuo, quien me observa con aire especulativo.

—¿Eso es lo que ha pasado? —pregunta él, con voz pausada, pero el brillo de sus ojos me da la sensación de que, aunque haya sido mi plan desde el principio, de alguna manera he caído directamente en su trampa.

Mirando hacia Sora, valoro su postura, y la mirada que me lanza me pilla totalmente desprevenido.

Me ha dado una salida fácil, una forma de librarme de cualquier consecuencia. *Entonces, ¿por qué parece tener... miedo?*

—Eh, sí, básicamente ha sido eso. —Al desviar la mirada de nuevo al oyabun, capto el asomo de una sonrisa de suficiencia en la comisura

de sus labios antes de que niegue con la cabeza.

—Bueno, entonces creo que lo mejor será que me lleve a mi hija a casa para que se ponga algo seco —declara Tatsuo, y su tono rígido me advierte de que se cree la mentira tan poco como Kenji.

Pero está dispuesto a seguirle el juego, lo que significa que he caído de lleno en su trampa.

Mi preocupación momentánea por Sora me ha dejado vulnerable, y he respondido a su miedo sin pensar, aceptando porque he dejado de ver el panorama general.

Ahora ella no tiene motivos para cancelar la boda, porque nadie me acusa de haberla maltratado.

Apretando la mandíbula, refreno mi frustración mientras fuerzo una sonrisa.

—Desde luego —asiento. Pero no me rindo. Encontraré el modo de doblegarla antes de casarnos.

—Tal vez sería mejor que limitáramos las interacciones de la feliz pareja antes de la boda —sugiere Tatsuo, como si pudiera leer mis pensamientos.

—Me parece una idea excelente —confirma mi padre y, aunque tiene que estirarse para hacerlo, me agarra de la nuca como solía hacer cuando era pequeño, hundiendo los dedos en mis músculos con la fuerza suficiente para asegurarse de que mantenga la boca cerrada —. Hará que el gran día sea aún más especial. ¿Verdad, hijo?

Rechinando los dientes, asiento con brusquedad.

—Bien. Entonces, si nos disculpan… —Tatsuo Tanaka inclina la cabeza antes de guiar a Sora de vuelta por el camino hacia la casa, seguido de cerca por su esposa y su hijo.

En cuanto nos dan la espalda, me quito de encima la mano de mi padre y observo cómo se marchan.

Cualquier sentimiento de remordimiento ha desaparecido tras ver cómo han acabado las cosas.

Sora puede parecer delicada e ingenua, pero me acaba de tocar como si fuera un violín, manipulando la situación a su favor.

Haberla metido en agua helada no parece un castigo adecuado en comparación, y ahora se me ha acabado el tiempo para convencerla de que rompa el compromiso.

—¿En qué cojones estabas pensando? —gruñe mi padre entre dientes, volviéndose hacia mí en cuanto los Tanaka se pierden de vista.

Bueno, ya que he cavado mi propia tumba, mejor será que la use. —¿Qué? —pregunto con falsa inocencia—. Se ha resbalado.

—Tú y yo sabemos muy bien que eso no es verdad. Puede que no haya visto lo que ha pasado, pero te conozco, Leo. Y sé qué opinas de esta alianza. Esa chica no ha acabado en la fuente ella solita.

—Ella parece creer que sí —señalo.

Mi padre suelta un bufido mientras me señala con el dedo a la cara. —Tienes que madurar y asumir tus responsabilidades. Esta boda se va a celebrar tanto si quieres como si no, así que te sugiero que dejes de intentar que tu mujer te odie antes siquiera de haber llegado al altar.

—Ya me odia. Toda la familia me odia. ¿Cómo puedes pensar lo contrario? —exijo—. No entiendo cómo puedes creer que una boda vaya a solucionar las peleas que llevan produciéndose todo este tiempo.

—*Ellos* vinieron a *nosotros*. Eso significa que los números de la Tanaka-kai se están resintiendo igual que los nuestros. Los tenemos contra las cuerdas ahora mismo, lo cual nos da una ventana de oportunidad muy estrecha. Esta alianza es importante, Leo. Lo creas o no, estoy haciendo esto por ti.

Bufando con escepticismo, empiezo a dar vueltas. —¿Cómo puede ser nada de esto por mí? Esperas que me case con una mujer a la que su padre probablemente le ha dicho que me rane el cuello mientras duermo.

—No seas absurdo. Si dejas que esa mujer te mate, entonces sería tu maldita culpa. Por lo que parece, tendrías que ayudarla tú a levantar el cuchillo —se mofa mi padre—. Tienes que empezar a ver el panorama general, Leonardo. Si no controlamos a los Tanaka ahora, vamos a tener problemas. Nos enfrentamos a enemigos en múltiples frentes; aparte de la Yakuza, los irlandeses se han vuelto cada vez más hostiles, y la codicia de los rusos los hace más peligrosos cada año. Puede que ahora controlemos Chicago, pero tú vas a hundir nuestro negocio antes de que tomes el mando al ritmo que vas. Necesitamos aliados, y los Tanaka son los únicos dispuestos a llegar a un acuerdo.

—¿Y de quién es la culpa? —exijo, deteniéndome para fulminar a mi padre con la mirada—. No parecía que te preocupara pisar los talones a la gente antes, mientras expandías nuestro territorio e invadías el de los que nos rodeaban. ¿Ahora quieres fingir que soy yo el que no ve el panorama general?

—No se puede hacer crecer un imperio sin pisar unos cuantos talones, hijo. Somos los Chiaroscuro. Cogemos lo que queremos, y yo he logrado mantener nuestras fronteras durante más de una década. La gente teme nuestro nombre. Han aprendido a respetarnos por encima de todo, pero tú no puedes seguir follándote a todo Chicago en los clubs de alterne y esperar que este imperio se dirija solo.

—¿Y si no quiero dirigir tu imperio? —lo desafío, bajando la voz mientras me planto frente a él.

—Entonces nuestra sangre manchará tus manos. Nuestros enemigos *vendrán* a por su venganza, a menos que tengamos los medios para aplastar su resistencia. Movimientos y contramovimientos, Leo. Eso es lo que hace falta para sobrevivir en nuestro mundo. Ahora mismo,

tu trabajo es proteger a esta familia asegurando nuestra alianza con los Tanaka. —Su tono es calmado y frío, sus ojos oscuros imponen autoridad mientras pasa de padre irritado a don calculador—. Puede que yo no te importe, Leonardo, ¿pero condenarías a tus hermanos solo para salirte con la tuya?

El hielo me recorre las venas mientras mi padre se aleja, con sus palabras resonando en mis oídos.

No me cabe duda de que los Tanaka serán nuestros enemigos a pesar de este matrimonio.

Pero tiene razón.

No quiero ser su excusa para empezar una guerra.

5

SORA

CUATRO MESES DESPUÉS

Los meses sin ver a Leo solo han servido para que el gran día me provoque más ansiedad si cabe.

Con el mañana acechando como un ominoso nubarrón negro, mis nervios vibran como la cuerda de un piano, y suelto un suspiro lento y pausado mientras mi doncella extiende la funda de mi ropa para la cena de ensayo de esta noche.

—Gracias, Himari-san —digo con una sonrisa.

—No hay de qué, Tanaka-san. ¿Quiere que la ayude a vestirse?

—En realidad, si no le importa, preferiría estar un momento a solas —respondo.

—Por supuesto. Iré a ver cómo está su madre, entonces. —Con una rápida reverencia, sale de la habitación a cortos pasos.

Me siento a kilómetros de la civilización en una de las muchas habitaciones de invitados de la finca de los Chiaroscuro.

Han invitado a mi familia a prepararse para la cena aquí, ya que acabamos de terminar el ensayo.

La boda se celebrará mañana en su fastuosa terraza.

Es lo más lógico, teniendo en cuenta que su casa se diseñó para albergar eventos de esta magnitud; ahora que se acerca el calor del verano, sus jardines son una explosión de color. El telón de fondo perfecto para una ocasión tan trascendental.

Al mirar la funda que contiene mi vestido para esta noche, siento que se me hace un nudo en el estómago.

Leo me lo envió como regalo, pero, salvo de pasada durante el día de hoy, no lo he vuelto a ver desde que me hundió en la fuente en nuestra fiesta de compromiso, así que mi confianza está bajo mínimos.

Si tiene preparada otra broma pesada para mí, no quiero tener testigos cuando abra el obsequio. Ni siquiera a Himari.

Limpiándome las manos con nerviosismo en el albornoz de rizo que me he puesto después de la ducha, calmo mis nervios mientras me acerco a la funda oscura.

No me extrañaría que Leo hubiera metido una serpiente ahí dentro después de llamarme víbora, así que, en lugar de abrir la cremallera, deslizo las manos por la superficie para comprobar si hay algún movimiento o bultos extraños.

Nada.

Seguro que soy una tonta; me río para liberar la tensión y el aire que no me había dado cuenta de que estaba reteniendo.

Entonces abro la cremallera de la funda y descubro un hermoso terciopelo carmesí. A diferencia de mi estilo habitual de telas sueltas y fluidas, este se siente algo pesado y lo bastante elástico como para amoldarse a mis manos mientras saco el vestido de gala.

Las mangas largas del vestido parecen bastante discretas, y mi pulso acelerado empieza a calmarse al darme cuenta de que esto podría ser, en realidad, una ofrenda de paz después de lo ocurrido.

Lo dudo, pero no veo qué daño puede hacerme ponerme el vestido que me ha regalado.

Atreviéndome a quitarme el albornoz, paso por la generosa abertura del cuello y guío el sinuoso terciopelo por mis caderas y brazos.

Por suerte, tiene un cuello de barco que queda justo por debajo de las clavículas, cubriéndome el pecho.

Pero el escote drapeado de la espalda llega hasta la base de la columna, revelando más de lo que estoy acostumbrada a mostrar y haciendo que sea imposible llevar sujetador.

Mordiéndome el labio, me giro hacia el espejo de cuerpo entero para evaluar el vestido.

Es impresionante.

Se me ciñe como un guante y resalta cada curva y ángulo; la pesada tela tiene matices dorados y azul medianoche.

La falda, de caída suave, se ensancha bajo mis caderas como una cascada de rubíes, y el suave tejido se balancea con el más mínimo movimiento; la abertura hasta el muslo deja ver brevemente mi rodilla y mi pantorrilla izquierdas.

Odio admitir cuánto me gusta, pero al girarme para mirar la espalda del vestido, me quedo hipnotizada por el color y por la confianza que me da, a pesar de que estoy segura de que mi padre nunca lo aprobaría.

Recogiéndome el pelo, reflexiono sobre la cantidad de piel desnuda que estaría exhibiendo y se me acelera el pulso.

Leo no puede creerse de verdad que pueda ponerme esto, ¿verdad?

Quizá una de las muchas mujeres que ha llevado a su cama podría lucirlo, pero no la hija de un Yakuza la noche antes de su boda. En mi mundo, hasta una rodilla o un hombro al descubierto podrían considerarse una vulgaridad.

La puerta se abre de par en par sin llamar; doy un grito y me suelto el pelo mientras me giro bruscamente, apartándome de mi reflejo, segura de no querer que mi madre me pille admirando el elegante vestido.

Se me cae el alma a los pies.

El intruso no es alguien de mi familia.

Es Leonardo Chiaroscuro.

Con un brazo rodeando la cintura de una mujer, tiene la otra mano presionada contra la puerta, junto a la cabeza de ella, mientras la inmoviliza con su cuerpo. Ella suelta una risita nerviosa por la forma inesperada en que él ha irrumpido en la habitación, y él ríe con voz ronca mientras sigue devorándole los labios.

Sus gemidos de placer mientras él la besa con lengua me hielan la sangre.

Siento un nudo en la garganta mientras observo en silencio, atónita, cómo mi prometido se lía con otra justo delante de mí, a menos de una hora de la cena de ensayo de nuestra boda.

Me sentiría humillada si no estuviera tan conmocionada por el aguijonazo del rechazo, que me trae lágrimas a los ojos.

Los celos ardientes que suben como fuego por mi garganta se mezclan con el sabor salado de mis lágrimas contenidas, y un ahogo entrecortado escapa de mí antes de que pueda controlar mis emociones. —¿Leo?

Él se queda helado, con una mano firmemente posada sobre el pecho de la empleada y la otra apretando las caderas de ella con más fuerza contra su entrepierna; interrumpe su conquista para girar la cabeza, como si acabara de darse cuenta de que tenían público.

—Sora... Quiero decir, señorita Tanaka —dice, sonriendo con descaro por haber usado una forma de tratamiento tan familiar mientras está manoseando a otra mujer—. No te había visto ahí... —Sus ojos

recorren mi cuerpo como si me viera de verdad por primera vez y, al fijarse en el vestido que llevo, nace tras ellos un ardor que me hace hervir la sangre.

¿Está retozando con otra mujer y tiene la desfachatez de examinarme de esa manera?

¿Pero qué *demonios* ocurre? —exijo, con la compostura hecha añicos mientras hago todo lo posible por contener las lágrimas—. Se supone que tienes que estar preparándote para *el ensayo de nuestra boda*. ¿O es que se te ha olvidado?

—No te preocupes, princesa. Todavía tenemos tiempo de sobra. —Sonríe con malicia mientras vuelve a mirar a la mujer que sigue entre sus brazos, señalando con ese «tenemos» a quién se refería—. Allí estaré. Solo estoy... saboreando mis últimos momentos de libertad.

Un dolor punzante me atraviesa y me cruzo de brazos defensivamente sobre el torso. *Odio* este mundo en el que nací.

Solo en la mafia mi familia podría venderme a un mujeriego italiano con solo un contrato y una licencia matrimonial, ¿y para qué? El hombre al que me entregarán ni siquiera me quiere.

Puedo ver la miseria que me aguarda tan clara como el día: toda una vida de crueldad y traición, un papel en el que mi valor se medirá directamente por cuántos herederos pueda engendrar y por la perfección con la que sepa obedecer en silencio las órdenes de mi marido.

Odio esta vida en la que estoy atrapada.

Pero no puedo simplemente marcharme.

No hay ningún lugar a donde pudiera huir en el que no me encontraran. Valgo demasiado como moneda de cambio, como una mercancía a la que sacar provecho. Mi padre no dejaría que un caballo de carreras abandonara sus establos del mismo modo.

—Fuera —susurro, con las manos temblando de ira; cierro los puños a los costados mientras avanzo decidida hacia Leo.

—Oh, cálmate. No es que esperaras algo diferente, ¿verdad, *Cattiva*? —se burla Leo en tono juguetón, pero retrocede un paso, arrastrando consigo a su mujer del momento.

—Es un alivio saber que, al menos, puedes estar a la altura de una expectativa —siseo—. ¡Ahora hazme el favor de irte a tirar a tu fulana a un sitio donde no tenga que verlo!

Agarrando la puerta, la cierro de un portazo con tal fuerza que los cuadros de la pared de mi dormitorio tiemblan. Entonces las lágrimas brotan con fuerza y rapidez.

Me permito tres minutos para llorar mi destino antes de tener que recomponerme.

Porque lo único más humillante que tener que casarme con Leonardo Chiaroscuro es llorar por él.

Sí, es guapísimo. E inteligente. Y capaz de ser increíblemente encantador... con todo el mundo menos conmigo, por lo visto.

Pero está decidido a castigarme simplemente porque preferiría irse a la cama con media Chicago antes que casarse conmigo, y empiezo a temer este «infierno en vida» de matrimonio que me tiene preparado.

Respirando hondo para calmarme, entro en el baño para echarme agua en la cara y, para cuando me he aclarado las lágrimas saladas, he recuperado el pulso firme de mi autocontrol. No dejaré que me rompa. Me niego a participar en los juegos de Leo.

En cuanto pienso esa palabra, tengo la intensa sensación de que irrumpió en mi cuarto con esa mujer a propósito.

Quizá todavía esté intentando que me eche atrás en la boda. Si es así, ha fracasado. No voy a retroceder.

Mi familia se juega demasiado. Su supervivencia —y la mía— recae directamente sobre mis hombros.

—¿Sora? —llama mi madre suavemente desde mi habitación prestada.

Me seco la cara rápidamente, alegrándome de que llevaré maquillaje para ocultar cualquier rastro residual de llanto. —Ya voy —digo, saliendo del cuarto de baño para reunirme con ella.

—¿De dónde has sacado eso? —pregunta ella, abriendo mucho los ojos al ver el terciopelo carmesí que se ciñe a mis curvas como un guante a la mano.

—Oh, esto... —El calor inunda mis mejillas mientras bajo la mirada hacia el ajustado vestido—. Lo envió Leonardo. Es un regalo... pero puedo quitármelo. Sé que es inapropiado —añado rápidamente al ver la desaprobación escrita en su rostro.

Mi madre aprieta los labios, pero niega con la cabeza. —No, si es un regalo, debes aceptarlo. Solo desearía que estos italianos tuvieran un poco más de... clase.

Asiento con la cabeza, mordiéndome el interior del labio para quedarme callada porque, por muy enfadada que esté con Leo, el vestido me encanta de verdad. Pero decirlo solo serviría para distanciarme de mi madre.

—Bueno, tendremos que dejarte el pelo suelto esta noche —dice ella —. Al menos eso te cubrirá algo de espalda. —Me indica el tocador con la cabeza para que empecemos con el maquillaje. Entonces su mirada cae sobre la cajita de terciopelo negro que hay allí—. ¿Otro regalo de tu prometido?

—Ese todavía no lo he abierto —admito, con las mejillas aún más encendidas.

Ella me hace un gesto para que lo haga, y mi pulso se acelera mientras me preparo para otra posible catástrofe.

Con el aliento contenido, recojo la caja, que es más o menos del tamaño de mi palma, y la abro despacio.

El suave suspiro de asombro de mi madre se une al mío.

—Bueno, al menos tiene buen gusto para las joyas —dice ella, pasando el dedo por la almohadilla que rodea los racimos de rubíes.

La variedad de gemas con corte de pera y marquesa son lo bastante grandes como para garantizar que cuestan una fortuna, y han sido engarzadas en un elegante diseño asimétrico pensado para curvarse siguiendo el contorno de mis orejas.

Captan incluso la tenue luz del dormitorio, bailando como llamas.

Son el regalo más hermoso que he recibido nunca, y me produce un dolor en el pecho.

¿Cómo puede Leo tratarme de forma tan monstruosa y luego hacerme un regalo así?

6

LEO

—¿Dónde me quieres? —murmura la rubia de curvas generosas de forma seductora mientras nos encierro en la primera habitación disponible. Su aliento ansioso me roza, tiene los ojos azules muy abiertos y acogedores, y sus manos vagan libremente por mi pecho, explorándome ahora que estamos solos.

Pero tras ver lo mucho que he logrado sacar a Sora de sus casillas, me cuesta sacar placer de este momento. Mi única misión ha sido encontrar grietas en la compostura de mi futura prometida, pero hoy, cuando hemos irrumpido en su habitación, me ha parecido más bien haber destrozado algo más profundo.

De repente, mi conquista rubia me resulta demasiado entusiasta, demasiado ansiosa para resultar interesante. Ni siquiera sé su nombre, pero ya ha empezado a desabotonar la impoluta camisa blanca que forma parte de su uniforme de camarera.

—Para —insisto, apartando sus manos de los botones antes de que llegue demasiado lejos.

—¿Prefieres que empiece contigo? —pregunta, hincando las rodillas en el suelo y deslizando sus manos por mis abdominales hacia el cinturón.

Me mira a través de sus pestañas cargadas de máscara, con los labios entreabiertos en un gesto sensual que dice que está lista para

envolver mi polla con ellos, pero ahora mismo, nada podría interesarme menos.

—No, simplemente… levántate. Sal de aquí. —Cogiéndola por el brazo, la obligo a ponerse en pie y la giro hacia la puerta.

La duda y la confusión cruzan su rostro, y se vuelve hacia mí con expresión dolida. —¿Ni siquiera quieres correrte en mi boca? —ofrece—. O podría montarte un numerito si te sientes tímido. —Sus labios se curvan en una sonrisa coqueta al creer que me ha calado —. Siempre he soñado con experimentar al famoso playboy de los Chiaroscuro.

Gruñendo de irritación, paso por su lado de un sopetón y abro la puerta de par en par. —Vuelve al trabajo —ordeno por encima del hombro antes de caminar por el pasillo para ir a prepararme.

Estoy acostumbrado a que las mujeres se lancen a mis pies. No es difícil conseguir un poco de sexo cuando eres el heredero de un imperio como el nuestro.

Y, la mayoría de las veces, no me importa usar eso a mi favor.

Acostarme con quien quiero y cuando quiero mantiene las cosas interesantes.

Si empiezo a aburrirme, siempre puedo aumentar el número de chicas con las que me follo a la vez.

Pero mentiría si dijera que no he dejado que Sora se me meta un poco en la cabeza.

Comprarle un vestido bonito para esta noche fue idea de mi padre: una ofrenda de paz porque sabe que me he portado como un capullo con ella, aunque no sepa precisar qué es exactamente lo que he hecho.

Aun así, ver a Sora con el vestido que yo sospechaba que le parecería demasiado revelador incluso para probárselo me ha puesto

duro como una roca; mucho más de lo que me puso besarme con la camarera rubia o recibir su oferta de chupármela.

Además, ha sido la primera vez que veo a Sora sin maquillaje, y su belleza natural tiene algo cautivador.

De algún modo, parece incluso más delicada y tentadora sin su máscara de perfección; no es una cualidad común.

Pero ahora que estoy lejos de la rubia pechugona y totalmente centrado en la visión de Sora con ese vestido rojo ceñido, mi polla presiona contra la cremallera del pantalón.

Es una lástima que acostarme con Sora vaya a ser el último clavo de mi ataúd, el último eslabón de la cadena que me atará a mi destino.

Nuestra boda me encerrará en este mundo para siempre y pondrá en marcha los planes de mi padre para cederme el título de Don; gran parte del motivo por el que nunca me ha interesado casarme hasta ahora.

Esperaba evitar el título el mayor tiempo posible, pero parece que mi padre se ha cansado de esperar.

Supongo que follarse a Sora no será el peor premio de consolación.

He pasado cuatro meses convenciéndome de que nada en este mundo podría hacerme desear eso —independientemente de lo atractiva que sea Sora—, porque su familia ha sido la ruina de mi existencia desde antes de que yo supiera quiénes eran los Yakuza o por qué peleábamos.

Sin embargo, ha conseguido echar por tierra todo ese esfuerzo en el momento en que ha pronunciado mi nombre con un jadeo.

Parecía horrorizada al verme con la lengua en la garganta de una mujer cualquiera, pero en ese instante, escuchar mi nombre en los labios de Sora ha hecho que quiera que lo grite de una forma *muy* distinta.

¿Le di ese regalo a su doncella para averiguar en qué habitación estaba Sora?

Sí.

¿Entré intencionadamente en esa habitación con otra mujer para convencer a mi prometida de que cancelara la boda?

Cien por cien.

Entonces, ¿qué debería importar si me hubiera acostado con la rubia después?

Conteniendo un gruñido, me dirijo hacia el vestíbulo y casi choco con Miko al doblar la esquina.

—Ahí estás —dice con voz suave, deteniéndose en seco—. El Don me ha enviado a buscarte para que vayas con él.

—Sin duda para soltarme su charla previa a la fiesta sobre las consecuencias de portarse mal en la cena de esta noche.

Poniendo los ojos en blanco, me pongo a caminar al paso de mi hermano mayor, el único hijo de los Chiaroscuro a quien mi padre parece respetar; probablemente porque no comparte nuestra sangre.

Y como el Don recogió a Miko de la calle cuando era demasiado joven para recordarlo, mi hermano adoptivo siempre se ha sentido en deuda con mi padre.

Hará cualquier cosa que el Don le encomiende, incluso recibir una bala sin rechistar.

Aunque me resultaría fácil guardar rencor a Miko por comportarse como un perro faldero de lujo, en realidad le estoy enormemente agradecido.

Aligera la carga de las expectativas del Don, y aunque la mitad del tiempo Miko solo está cerca porque mi padre lo crió para ser mi guardaespaldas personal, es mi mejor amigo.

Puede que no seamos hermanos de sangre, pero Miko lo es para mí tanto como los otros tres; solo que es muchísimo más letal con los cuchillos.

Llama a las puertas dobles que conducen a la suite personal de mi padre en cuanto llegamos, y abre un lado en cuanto nos dicen que entremos. En lugar de seguirme al interior, Miko murmura un "Buena suerte" en voz baja y cierra la puerta tras de mí.

Conteniendo un suspiro de resignación, espero a que mi padre me reconozca mientras se ajusta la corbata en el espejo. Luego se vuelve hacia mí.

—Te estaré vigilando de cerca esta noche —advierte—. Si te pasas un solo pelo de la raya, te prometo que te arrepentirás.

—Me portaré de maravilla —prometo con una sonrisa de suficiencia.

—Ya estás fallando. Ve a ponerte presentable. La cena de ensayo empezará pronto. —Me despacha con la mano, cortando la conversación mientras vuelve a prestar atención al espejo.

Puede que haya sido la reprimenda más fácil que he recibido de mi padre en la vida y, al salir al pasillo, Miko levanta las cejas con sorpresa silenciosa. Encogiéndome de hombros, me dirijo a mi habitación para cambiarme y mi hermano me sigue sin decir palabra.

—Ni me lo preguntes —murmuro, respondiendo a su pregunta no formulada—. Al parecer, mientras me porte bien, mi padre no tiene nada más que decirme.

—Te recomiendo que no te quites los zapatos, entonces —afirma Miko con total seriedad, logrando que su forma de hablar realce su humor seco.

Resoplando, niego con la cabeza. —Lo tendré en cuenta.

Me doy una ducha rápida y me pongo uno de mis trajes a medida, añadiendo una corbata dorada al conjunto antes de dirigirme al

salón social, donde nuestros invitados acaban de empezar a reunirse para tomar una copa antes de la cena.

Mañana, la recepción se celebrará en nuestro gran salón, pero esta noche el grupo es lo bastante pequeño como para usar el comedor formal.

En cuanto entro en la sala, mis ojos se clavan en una figura pequeña de pelo negro azabache vestida de un intenso terciopelo carmesí.

Para mi sorpresa, Sora se ha puesto el vestido que le regalé.

Se me seca la boca al ver la espalda descubierta bajo su larga melena oscura, que le cae casi hasta la cintura.

Parece como si hubiera intentado ocultar la piel expuesta con la densa cortina de sus mechones, pero lo único que consigue es atraer mi mirada hacia la firme línea de su columna y el atisbo de los hoyuelos de su espalda que asoman por encima del bajo escote posterior del vestido.

Con este vestido, sus caderas parecen más anchas de lo que yo le habría atribuido, y se estrechan en una cintura fina que la tela roja ajustada resalta a la perfección.

—¿Eso es baba, hermano? —se burla Raf mientras él y Sandro se detienen a mi lado.

—No —suelto, apartando la mirada de la figura perfecta de Sora para fulminarlos con la mirada.

—Pues quizá quieras cerrar la boca —sugiere Gio con ligereza mientras se une a nosotros, pasándome una copa.

Poniendo los ojos en blanco, acepto el vaso de cristal tallado y me lo llevo a los labios. Me hace falta todo mi autocontrol para no comprobar las comisuras de mi boca en busca de cualquier resto de saliva.

Sé que mis hermanos solo me están tomando el pelo, pero para ser sincero, es difícil no admirar a mi futura esposa con ese vestido.

Gira la cabeza cuando me acerco y el brillo de sus pendientes de rubí me llama la atención, resaltando sus delicados rasgos y la suave curva de su cuello antes de que me vea.

Excusándose de su conversación actual con una sonrisa educada, se encara conmigo y se aleja de los invitados para que podamos dar una vuelta por la sala.

En cuanto lo hace, el fuego de sus ojos se enciende, advirtiéndome de que, independientemente de lo que pasara después de que la dejara, soy culpable ante sus ojos.

Quizá acabe cancelando la boda, después de todo.

Incluso cuando mis esperanzas se elevan prematuramente, un inesperado matiz de decepción tiñe mi sabor de victoria.

—Me alegra ver que has podido sacar la lengua de la boca de esa mujer el tiempo suficiente para unirte a nosotros —dice con una dulzura empalagosa.

—Cuidado, princesa, casi pareces celosa —bromeo.

—Solo espero que hayas usado preservativo para que no se me pegue cualquier enfermedad a la que hayas estado expuesto —dice con el veneno suficiente para herir.

Puede que tenga mucho sexo, pero soy muy cuidadoso con el uso de protección y a la hora de elegir parejas sexuales limpias.

Ningún placer vale un hijo accidental o una ETS. Pero no voy a decirle eso a Sora.

Sonriendo con sorna, me inclino para bajar la voz de forma seductora, dispuesto a provocarla más. —¿No te has enterado, *Cattiva*? Mañana nos casamos. Después de eso, lo mío es tuyo.

Por primera vez, Sora ni siquiera intenta ocultar su asco mientras levanta la barbilla con fiera rebeldía, y me pregunto si por fin la he empujado más allá de su límite. Admito que ha sido más difícil de lo que anticipé.

—Eres un cerdo —sisea, pasando por mi lado mientras sale de la estancia hecha una furia.

La sigo con la mirada y, cuando me topo con la mirada afilada de mi padre, sé que tendré que ir tras ella para «calmar las aguas». No importa. Si es necesario, puedo darle un último empujón.

Tirando de las solapas de mi chaqueta para enderezarla, me mantengo a varios pasos de distancia, caminando con naturalidad para que no resulte obvio que nos vamos de la fiesta al mismo tiempo.

El sonido nítido de los pasos de Sora sobre el suelo de mármol me indica hacia dónde va antes de que la vea doblar la esquina al final del pasillo.

Se mueve rápido para ser una mujer con tacones.

Aun así, logro alcanzarla antes de que pueda cerrar la puerta del baño de invitados.

—¿Qué haces? —jadea ella cuando agarro la madera y me abro paso hacia el interior.

Cerrando la puerta tras nosotros, me encaro con ella mientras la acorralo contra la madera con mis brazos.

Un calor eléctrico salta entre nosotros cuando mi rostro queda a escasos centímetros del suyo y su respiración agitada me envuelve.

Sora me clava la mirada y el dulce aroma a melocotón y jazmín me tienta la nariz, invitándome a acercarme más.

—No puedes estar aquí conmigo —sisea, y su voz empieza a temblar.

—Como tu marido, tendré el derecho de hacer contigo lo que quiera —le aseguro, y la idea me inunda de excitación, a pesar de que me estoy esforzando al máximo por convencerla de que rompa el compromiso—. Después de mañana, serás poco más que mi propiedad, así que más vale que te vayas acostumbrando a la idea.

—Tal vez sea así, pero *todavía* no. Si alguien nos viera…—

—¿De verdad crees que alguien va a montar una escena por esto? En menos de veinticuatro horas serás mi esposa. ¿Qué le importa a nadie si pruebo un poco ahora? —susurro.

—Ni se te ocurra tocarme después de lo que acabas de hacer —advierte, con sus ojos de ónice echando chispas de un resentimiento más potente que cualquier cosa que me haya lanzado antes, incluso después de que la enviara a nadar a la fuente.

—¿Y qué es lo que acabo de hacer? —la provoco, inclinándome para invadir su espacio.

Estar así de cerca de ella es embriagador.

El pensamiento me pilla desprevenido mientras mis sentidos se disparan.

El calor emana de la figura menuda de Sora, calentando el estrecho espacio entre nosotros. Puedo sentir la puerta vibrar bajo mis palmas mientras ella tiembla contra la madera, pero no sé si es de miedo o de rabia.

Un deseo abrumador de tocarla inunda mi cuerpo, un impulso de estrecharla entre mis brazos y calmar sus temblores.

Dios, la deseo.

La necesidad me golpea de forma tan inesperada que, por un segundo, pierdo el hilo de nuestra conversación, mis motivaciones, la razón por la que la estoy torturando.

Pierdo el hilo de todo excepto del ansia incontenible de probar sus labios, pintados de un rojo seductor a juego con su provocativo vestido; un vestido que, en cualquier otra mujer, probablemente parecería perfectamente recatado.

Pero, de alguna manera, Sora lo hace arrebatador hasta que lo único que quiero hacer es arrancárselo.

—Acabas de acostarte con otra mujer —escupe—. *La noche antes de nuestra boda.* Ni siquiera estás *intentando* ser discreto con tu falta de fidelidad.

No estoy preparado para el dolor en sus ojos, un cóctel potente de rechazo y traición que no había previsto en mi novia. No después de cómo la he tratado.

Le he dado a Sora todos los motivos para odiarme, para dar media vuelta y cancelar esta boda fársica.

Pero no lo ha hecho, y mientras sus ojos brillan con lágrimas contenidas, no puedo dejar que siga creyendo que estuve con otra mujer.

—No lo hice —afirmo con rotundidad, con una voz tan baja que no estoy seguro de que me haya oído.

Pero sus cejas se fruncen en un gesto afligido y traga saliva visiblemente mientras se debate entre la confusión y la incredulidad. —¿No hiciste el qué?

Suspirando, cierro los ojos mientras se desmorona el último ápice de mi convicción por alejarla. —No me acosté con ella.

—¿Hablas en *serio* ahora mismo? —sisea, sonando incluso más furiosa que antes mientras su voz sube una octava, y abro los ojos de golpe para leer su expresión—. ¿Vas a ponerte tiquismiquis con mi elección de palabras porque no he querido decir que te la *follaste*?

Ese destello de fuego airado vuelve a estar en su mirada, y suelto una risita porque verla así me llena de alivio.

—Aléjate de mí —exige, empujándome el pecho con más fuerza de la que imaginé que podría tener—. Ni siquiera puedo mirarte ahora mismo.

—Sora, para, *para* —insisto, agarrándole las muñecas y atrapándolas contra mi pecho cuando continúa con su esfuerzo por escapar.

La electricidad chisporrotea a través de mí allí donde nos tocamos, y de repente soy intensamente consciente del hecho de que la tengo inmovilizada contra la puerta con mi cuerpo para evitar que huya.

Puedo sentir cada centímetro tembloroso de ella debajo de mí, y eso me roba el oxígeno de la habitación. Nunca he deseado tanto a una mujer.

Pero para mi horror, cuando Sora levanta la barbilla para fulminarme con la mirada, una sola lágrima se escapa de su ojo.

—No tuve sexo con ella —insisto, presionando ambas palmas de sus manos contra mi pecho con una mano para poder acunar su mejilla y secarle la lágrima con el pulgar.

—De *verdad* que no quiero oír los detalles escabrosos sobre lo que hicisteis o dejasteis de hacer —dice ella con la voz entrecortada por la emoción.

—No hicimos nada —aclaro, porque no parece estar captando lo que intento decirle.

—¿No lo hicisteis?

—No, lo dejamos justo después de que nos echaras de tu habitación.

El silencio se prolonga entre nosotros, agudizando mi percepción de lo cerca que estamos, pero Sora parece demasiado atónita para darse cuenta.

—¿Por qué? —murmura finalmente, enarcando las cejas con incredulidad y, aunque no le he dado motivos para confiar en mí, su duda todavía me desgarra el corazón.

Mis ojos bajan hacia su vestido rojo y luego vuelven a su rostro. —Porque te deseo a ti.

A Sora se le corta la respiración, sus labios se entreabren y sus ojos se oscurecen de forma imposible.

Luego se agrandan mientras baja la mirada hacia la falta de espacio entre nosotros, como si acabara de notar lo íntimo que es esto.

Cuando vuelve a mirarme, puedo ver el deseo ahí.

A pesar de todo, ella también me desea.

La necesidad de besarla se intensifica cuando su lengua rosada asoma para humedecer sus labios rubí.

La atracción es magnética, el impulso irresistible, y siento que me inclino incluso antes de haber tomado la decisión consciente de hacerlo.

¿Sería el fin del mundo besarla ahora?

7

SORA

Mi corazón martillea con tanta fuerza contra mis costillas que estoy segura de que va a estallar y, durante una fracción de segundo, no sé si tendré fuerzas para detener a Leo.

No porque él no vaya a parar, sino porque no estoy segura de querer que lo haga. Y ese descubrimiento me aterra más que el hecho de que me pillen a solas con un hombre antes de casarnos.

—Deberíamos volver a la fiesta antes de que la gente note que nos hemos ido —murmuro, aferrándome a los últimos restos de autocontrol, aun cuando el calor que recorre mi piel hace que me sienta aturdida y mareada.

Los labios de Leo se detienen a escasos centímetros de los míos, sus ojos oscuros se elevan para encontrarse con mi mirada y se me corta la respiración mientras el tiempo se detiene; la tensión vibra como una corriente eléctrica entre nosotros.

Es sofocante, embriagador, adictivo. Casi le digo que he cambiado de opinión, que quiero que me bese y rompa este hechizo.

Entonces, su nuez se mueve al tragar saliva y Leo se retira con un seco asentimiento, haciendo añicos el momento.

Soltando un suspiro tembloroso, intento calmar mi corazón acelerado, pero parece incapaz de recuperar un ritmo constante.

—Tienes razón —conviene él, soltándome las muñecas para darme espacio.

La piel me hormiguea donde me ha tocado, y mi cuerpo se siente extrasensible bajo la pesada tela de mi vestido mientras me lo arreglo y me yergo de nuevo.

Después me giro para salir del aseo.

Al darme la vuelta, alcanzo a ver mi reflejo en el espejo y, a pesar de la espesa capa de maquillaje, mis mejillas parecen encendidas y mis ojos brillan de emoción.

Un escalofrío me recorre la espalda y no miro atrás mientras regreso a la fiesta, rezando para que Leo tenga el juicio de darme unos minutos de ventaja.

—Sora, ahí estás —dice mi madre en cuanto entro de nuevo en el salón—. Acaban de servir la cena. Vamos a pasar al comedor. —Lanza una mirada detrás de mí con un sutil ceño fruncido que hace que se me anude el estómago—. ¿Y dónde está tu prometido?

—¿No está aquí? —pregunto con ligereza, fingiendo inocencia mientras miro a mi alrededor.

—Seguro que no pasa nada —dice ella, restando importancia a su pregunta con un gesto—. No dudo que nos encontrará.

Manteniéndose a mi lado, mi madre sigue de cerca a mi padre y a mi hermano mientras el cortejo nupcial y la familia directa se retiran al comedor.

Don Augusta encabeza el grupo, ocupa su lugar a la cabecera de la mesa y nos hace un gesto para que tomemos asiento.

En algún momento del trayecto, Leo se ha unido al séquito sin que yo me diera cuenta, y cuando se instala en la silla frente a mí, un zumbido de hormigueo me llena el cerebro, entumeciéndome los oídos hasta que apenas puedo oír el brindis del don celebrando nuestras inminentes nupcias.

Durante toda la cena, mi cuerpo se siente como si me hubieran inyectado novocaína, mi mente está ligeramente desconectada del mundo que me rodea mientras intento dar sentido a lo que acaba de pasar entre Leo y yo.

Pensaba que me odiaba.

He pasado los últimos cuatro meses convencida de que no quería tener nada que ver conmigo, considerando los extremos a los que ha llegado para intentar que yo rompiera el compromiso.

Pero lo que ha ocurrido en el baño casi podría convencerme de lo contrario.

Estoy segura de que tenía la intención de besarme. Y Dios, yo quería que lo hiciera.

Ha dicho que me desea.

¿Qué demonios significa eso siquiera?

Por ley de vida, ya soy prácticamente suya.

Mañana lo seré.

Y, sin embargo, no puedo pasar por alto el esfuerzo que ha puesto en cambiar eso.

Entonces, ¿por qué no puedo quitarme esta sensación de encima?

Siento como si el aire entre nosotros se hubiera electrificado, y cada vez que nuestras miradas se encuentran, mi piel se prende fuego.

Apenas saboreo el menú de cinco platos que nos han servido.

La conversación es un murmullo constante de fondo en el que no logro concentrarme durante mucho tiempo.

Y antes de que me dé cuenta, la velada llega a su fin; la cena de ensayo termina poco antes de las ocho para que todos podamos descansar bien de cara al gran día.

En todo este tiempo, Leo no me ha dirigido más de tres palabras; un muro invisible se alza entre nosotros ahora que tenemos una mesa que le impide tocarme, y una pizca de duda reciente se abre paso en mi mente.

Quizá su deseo por mí ha sido momentáneo, una necesidad fugaz creada porque esta noche es la última noche en la que podía querer lo que no podía tener.

Los hermanos Chiaroscuro se unen a su padre en el vestíbulo para despedir a sus invitados, y al pasar entre ellos, el don me dedica un cortés asentimiento, y sus hijos menores hacen lo mismo.

Cuando paso junto a Leo, apenas me mira para reconocerme, y se me encoge el corazón al darme cuenta de que he dejado que mi atracción por él se me volviera a ir de las manos.

Entonces, una sacudida eléctrica recorre la punta de mis dedos y sube por mi brazo cuando él me atrapa la mano con un agarre ligero, impidiéndome marcharme.

Me giro, con el aliento atrapado en la garganta al encontrarme con los ojos de chocolate fundido de Leo, y presiento más que veo que mi familia se detiene a mi lado; mi hermano se eriza en silencio.

—Disfruta de tu última noche de libertad, señorita Tanaka —dice Leo cuando la tensión llega a su punto crítico—. Te veré en el altar.

Casi suena más a pregunta que a promesa, y sostiene mi mirada con intención mientras se lleva mis nudillos a los labios como si fuera un caballero de la corte inglesa.

Me rozan la piel con tanta suavidad que un escalofrío me recorre la espina dorsal, y ese mismo calor que me inundó en el baño con él vuelve a concentrarse en lo más profundo de mi vientre.

—Te veré en el altar —confirmo, dotando a mi voz de tanta convicción como puedo cuando me siento completamente sin aliento.

Me suelta la mano y yo prácticamente la retiro de golpe mientras me giro para retirarme a nuestro coche, con el pulso rugiendo en mis oídos.

De verdad que no consigo encontrar el equilibrio cerca de ese hombre. Es grosero, tosco e irritante.

La mitad del tiempo, creo que me detesta solo por existir, pero siempre que me toca, le hace a mi cuerpo cosas que no sé explicar.

Odio que me afecte como lo hace. Me parece autodestructivo cuando, la mayor parte del tiempo, él se muestra tan indiferente conmigo.

Pero cada vez que se acerca, no puedo pensar con claridad.

Quizá es porque mi familia me ha tenido protegida toda la vida.

Al fin y al cabo, Leo es el único hombre que se ha atrevido siquiera a tocarme.

Ojalá tuviera más autocontrol a su alrededor, pero no puedo negar que Leo es guapísimo e, incluso cuando se porta como un imbécil, me toca de formas que hacen que me dé un vuelco el corazón.

—No me gusta que esta noche fueras vestida como una de sus fulanas —dice mi padre en cuanto la puerta de la limusina se cierra tras nosotros.

—¿Entonces debería haber rechazado el regalo de Leo? —replico con suavidad, saliendo de mi ensimismamiento mientras las mejillas me arden.

—Tenemos mejor educación que eso. Pero si los Chiaroscuro no fueran conocidos por ser tan vulgares, casi pensaría que lo hizo a propósito para jugar con nosotros.

—Y no creas que no nos hemos dado cuenta de tu pequeña escenita de desaparición esta noche —añade Kenji—. Más vale que no estés dando la leche gratis antes de que hayamos vendido la vaca.

Me cuesta todo lo que tengo no soltar una réplica mordaz, pero sé lo que pasará si respondo y, además, será culpa mía si mi piel no está impecable para la ceremonia de mañana.

De modo que me muerdo la lengua y obligo a mi rostro a adoptar una expresión pasiva.

—No sé de qué estás hablando —afirmo con calma, y luego me giro para mirar por la ventana y que no vean la mentira en mis ojos.

Porque no pueden saber lo cerca que he estado de hacer exactamente eso esta noche.

No sé hasta dónde habría llegado Leo si yo le hubiera permitido besarme, pero solo de pensarlo, la piel se me calienta y el estómago me da un vuelco.

—Déjala en paz, Kenji —dice mi madre—. Todo habrá terminado para mañana. Sora se ha portado bien esta noche.

Me sorprende un poco que mi madre dé la cara por mí. No lo hace a menudo, pero cuando lo hace, significa mucho.

El resto del trayecto en coche transcurre en silencio y, cuando llegamos a casa, me dirijo a mi habitación, al fondo de la casa, para prepararme para dormir y realizar mi rutina nocturna de cuidado de la piel que dejará mi rostro suave y radiante para mañana.

Solo entonces, después de meterme bajo las sábanas y estar segura de que estoy completamente sola, soy capaz de procesar todo lo que ha pasado esta noche y la montaña rusa de emociones que ha conllevado.

Nunca esperé sentir celos por Leo.

He pasado todo este tiempo preparándome para un marido que sabía que no me sería fiel.

Pero ver sus manos sobre otra mujer ha sido más devastador de lo que habría podido anticipar.

Aún más sorprendente, sin embargo, es que Leo *eligiera* no acostarse con ella.

Basándome en su reputación, no me lo imaginaba mostrando esa clase de autocontrol.

¿Y encima oír que no siguió adelante porque me desea a mí?

Todavía no estoy segura de creérmelo.

No tiene ningún sentido. No cuando, contractualmente, le perteneceré por completo después de mañana.

Pero no puedo negar la atracción que sentí cuando me miró a los ojos y me lo dijo.

Aún puedo sentir su contacto abrasador alrededor de mis muñecas, el calor de su cuerpo fuerte y firme contra el mío, la erección palpitante entre nosotros que indicaba que no mentía.

Mi estómago tiembla con una anticipación nerviosa ante el recuerdo de su excitación.

Un calor húmedo late entre mis muslos.

He oído mucho más de lo que me corresponde sobre la clase de amante que se supone que es Leonardo Chiaroscuro.

Y por cada rumor aterrador sobre él y su familia, debe de haber el doble sobre el tipo de placer que es capaz de dar.

Al menos puedo esperar que *una* parte de nuestro matrimonio no sea una pesadilla completa.

Si lo de esta noche sirve de indicio, puede que incluso tenga la oportunidad de disfrutar de nuestra noche de bodas.

Mi centro palpita cuando pienso en ello, y la voz profunda de Leo resuena, sombría, en mi mente, amenazando con hacer lo que quiera conmigo.

De alguna manera, me resulta peligrosamente excitante en lugar de simplemente aterrador.

Sé que es retorcido, cuando en el mismo suspiro hablaba de tratarme como a su propiedad.

Pero incluso sabiendo eso, no puedo detener la emoción que me recorre las venas al pensar en cómo me tocó.

Todavía puedo sentir su calor envolviéndome, su aroma masculino venciendo mi resistencia mientras el oxígeno desaparecía de la habitación.

Ese momento en el que Leo presionó su cuerpo con firmeza contra el mío inunda mi mente, sus labios flotando a escasos centímetros, su mirada fundida quemando lo más profundo de mi alma.

Me acarició la mejilla con tal ternura que pensé que se me rompería el corazón.

Y cuando se inclinó…

Mi mano se desliza hacia el dobladillo de mi camisón de seda como si tuviera vida propia y, cuando las yemas de mis dedos rozan la piel desnuda de mi muslo, cierro los ojos ante la fantasía de que es la mano de Leo en lugar de la mía.

La electricidad baila sobre mi carne, se me pone la piel de gallina mientras deslizo los dedos por la parte interna del muslo, imaginando su mano deslizándose bajo aquel vestido rojo mientras me mantiene inmovilizada contra la puerta.

Jadeo cuando mis dedos rozan mi punto sensible; mi clítoris late con vida ante la idea de que Leo me toque ahí, de que descubra lo mojada que estoy, lo desesperadamente que lo deseaba en aquel momento.

Lentamente, acaricio en círculos la carne sensible, extendiendo esa humedad sedosa mientras dejo que mis instintos tomen el control.

El calor palpita en mi centro cuando imagino la propia excitación de Leo presionando contra mí, ansioso por reclamarme como suya.

Nunca he tenido relaciones sexuales, pero solo pensarlo hace que mi estómago de un vuelco y mi pulso se dispare.

Mis labios húmedos se sienten hinchados y tensos bajo mis dedos, y aprieto los míos mientras un gemido de placer sube por mi garganta.

—*Te deseo* —murmura Leo en mi mente; mi subconsciente trae a la superficie su voz suave y ronca para mí en el momento justo.

Y en cuestión de segundos, me despeño por el borde hacia el olvido ante la idea del contacto de Leonardo Chiaroscuro.

8

LEO

Con la corbata colgando floja del cuello y varios botones de la camisa desabrochados, echo una pierna por encima del reposabrazos del sillón de cuero mullido en el que estoy recostado.

Con un martini cargado en la mano, agradezco que, mientras mi padre se ha retirado a descansar después de que se fueran los invitados de la cena de ensayo, Miko, Gio y los gemelos se hayan unido a mí para una última copa... o tres.

—No me puedo creer que te cases mañana —dice Raf, con los labios curvados en una sonrisa pícara mientras hace girar el vodka en su vaso—. Sinceramente, pensaba que te perderíamos por un ataque al corazón a los ochenta años, con tres tías buenas desnudas en tu cama y una de ellas con los labios envueltos en tu polla.

—Eres un asco —dice Miko, lanzándole un cojín que Raf atrapa al vuelo.

—En serio, ¿qué diablos haces imaginando mi muerte *o* mi vida sexual? Estás mal de la cabeza —añado.

—Solo decía —suelta él—. No pensé que el viejo fuera a conseguir llevarte al altar con tanta facilidad.

—No es que tenga mucha elección —gruño, apurando el resto de mi copa y sentándome para apoyar los codos en las rodillas—. ¿Te

sientes generoso? —pregunto, inclinando mi vaso vacío hacia Gio.

—Deberías ir más despacio a menos que quieras estar borracho para la ceremonia de mañana —advierte, pero aun así, Giovanni se levanta de su silla para prepararme otro.

—No me tientes —sentencio con tono sombrío.

—De verdad que no la quieres, ¿verdad? —pregunta Sandro, ladeando la cabeza mientras me estudia con curiosidad—. Es bastante guapa. Será bueno para la familia, así que ¿cuál es el problema?

—No se trata de lo guapa que sea, Sandro —dice Raf, dándole un ligero golpe en el hombro a su gemelo idéntico.

Si Raf es el cerebro, Sandro es el músculo de mis dos hermanos menores, dos mitades de un todo indestructible; y a pesar de toda la inteligencia y la lógica fría y dura de Raf, Sandro es el que tiene suficiente emoción para ambos.

Normalmente, se manifiesta en explosiones masivas de rabia violenta que ha aprendido a canalizar un poco... razón por la cual pasa tanto tiempo en los fosos de lucha.

Pero cuando se trata de Raf, Sandro nunca le ha puesto la mano encima.

Ni siquiera se entrena con su gemelo, aunque él y Miko practican juntos con regularidad, y por eso son los hermanos con los que nadie quiere meterse.

—Leo quiere la libertad de elegir a su propia esposa... o más bien, de no elegir ninguna. ¿Para qué sentar la cabeza cuando tienes una fuente constante de coño fresco a tu disposición? ¿A que sí, hermano? —concluye Raf.

—Déjale en paz, Raf. Sabes que no es por eso por lo que lo hace —interviene Gio.

Juraría que la mediación está grabada en su ADN, pero esta noche se lo agradezco, porque mi mente está demasiado ocupada como para mantener a raya a mis hermanos menores.

Y lo que es más molesto: se trata de una novia japonesa en concreto a la que no parezco poder sacar de mi cabeza.

—Si te sirve de consuelo, estoy de acuerdo en que sería mejor ir a la guerra que aceptar esta alianza con la Yakuza —dice Miko—. No confío en ellos más que tú.

Lanzándole una mirada de reojo, asiento con gratitud. —Gracias. —Luego acepto mi siguiente copa de manos de Gio—. Es que no veo cómo esto puede arreglar las cosas. Llevamos décadas peleando con la Yakuza.

—Y ya hemos visto a dónde nos lleva pelear —señala Gio, dejándose caer de nuevo en el sofá donde estaba sentado.

Un silencio pesado se instala en la habitación porque Gio sabe mejor que ninguno de nosotros lo que puede pasar si la familia equivocada decide que eres su enemigo.

Hubo un tiempo en que pensé que él sería el primero de mis hermanos en casarse.

De todos nosotros, es el único del que puedo creer sinceramente que se enamoró.

Claro, Raf está casado y encandilado con su nueva esposa, pero lo que Gio y Stephanie tenían era algo que incluso yo podía apoyar.

Por eso su muerte lo destrozó por completo.

Desde entonces, nunca ha vuelto a ser el mismo.

Por supuesto que apoyaría una solución pacífica si estuviera disponible.

Pero no veo que eso vaya a suceder con los Tanaka-kai.

—Muy bien, ya que todo el mundo está dando su opinión, ¿os importa decir algo vosotros dos? —pregunto, señalando a los gemelos.

Sandro se limita a encogerse de hombros, una respuesta típica de mi hermano de pocas palabras. —Como he dicho, es bastante guapa, y podría funcionar.

—¿Raf? ¿Algo que ofrecer aparte de tu opinión sobre mi vida sexual?

Se toma un minuto para considerarme, con su mirada aguda y pensativa. —Tiendo a estar de acuerdo en que los Tanaka no son de fiar. Por otra parte, si no hacemos nada, o peor, seguimos luchando, tarde o temprano alguien acabará con nosotros... porque los Yakuza no son los únicos que tienen el ojo puesto en nuestro territorio. —Luego imita a su gemelo encogiéndose de hombros—. Pero también entiendo por qué querrías tomar tus propias decisiones sobre con quién te casas o si siquiera quieres hacerlo. Puede que papá te desherede por ello, pero no llegó tan lejos conmigo. Y si lo hace, quedamos otros cuatro que podemos ocupar tu lugar. Yo digo que elijas tu propio camino en la vida. Siempre nos las apañaremos. Somos familia.

—Tres —interviene Miko antes de que pueda procesar del todo el discurso sorprendentemente sentido de mi hermano de lengua afilada—. Hay otros tres hermanos Chiaroscuro que podrían ocupar el lugar de Leo. Seamos sinceros, todos sabemos que el don no me daría el imperio a mí. Está claro que no soy una opción, ni siquiera siendo el mayor. Puede que me haya adoptado, pero eso no me hace digno de heredar su título.

La tensión llena el aire mientras da voz a un hecho del que nunca habíamos hablado antes.

Odio que sea verdad porque, francamente, Miko sería un Don mucho mejor que yo. Es inteligente, sereno y despiadado.

Sabe cómo hacer que los hombres lo respeten y, si no lo hacen, sabe cómo hacer que le teman; dos talentos clave necesarios para gobernar un imperio como el nuestro.

Desde luego, no querría ser Don sin él como mi mano derecha.

Pero tiene razón.

Mi padre nunca lo nombraría heredero.

La culpa que me corroe solidifica extrañamente mi determinación, y brindo por mis hermanos antes de dar otro trago largo. —Cualquiera de vosotros sería mejor Don de lo que yo podría ser jamás. Afrontémoslo, nunca he querido el puesto. Pero me casaré con la chica Tanaka porque es por la familia. Y, ¿quién sabe? Quizá esto arregle de verdad este desastre en el que estamos.

—¡Ahí está! —bromea Raf, mientras mis otros hermanos chocan sus vasos con el suyo antes de que todos beban también—. Empezaba a preocuparme que fueses a estar quejándote todo el camino hasta el altar.

Gio se ríe entre dientes. —A este paso, todavía podría hacerlo —añade, señalando mi copa.

—Estaré bien —insisto y doy otro trago.

Al menos Sora es hermosa y será divertido jugar con ella, pienso con una sonrisa burlona.

No puedo dejar de pensar en nuestro acalorado intercambio en el baño, y en cómo el hecho de que no se lance a mis pies como hacen la mayoría de las mujeres la hace diez veces más atractiva.

Tengo la sensación de que va a ser mucho más difícil de manejar de lo que imaginaba.

Y no puedo esperar a comprobarlo.



Gio tenía razón. Ese es mi primer pensamiento a la mañana siguiente mientras me despierto con un gemido.

Me late la cabeza, tengo la boca seca y, cuando abro los ojos, la brillante luz del sol que entra por la ventana me golpea el cráneo como un martillo neumático.

Debería haberme detenido al menos dos martinis antes. Pero he sobrevivido a resacas peores, y la visión de dos aspirinas y un vaso grande de agua en mi mesilla de noche me recuerda que hoy no tengo el lujo de quedarme en la cama para que se me pase.

—Arriba. Vete a dar una ducha —dice Gio, golpeando la planta de mi pie que asoma por debajo de las mantas.

—¿Qué hora es? —pregunto con voz ronca, incorporándome y tomándome los analgésicos.

Los acompaño con un trago de agua con sabor que confirma que está llena de electrolitos.

Gracias a Dios por Gio, que de alguna manera se las arregla para mantenernos a todos vivos. No sé qué haría sin él.

Por otra parte, él es también el que siguió preparándome copas cuando debería haberme cortado el grifo.

Pero solo Giovanni me conocería lo suficiente como para darse cuenta de que una resaca sería el menor de dos males si anoche no hubiera podido dormir nada.

Y eso es exactamente lo que habría pasado si me hubiera ido a la cama sobrio.

—Las once. Deberías tener el tiempo justo para ducharte y afeitarte. He dicho en la cocina que suban algo de desayuno y un Bloody Mary.

—Eres un santo —gruño, dejándome caer de espaldas y mirando al techo mientras contemplo la posibilidad de arañar otros cinco

minutos de sueño.

Gio resopla. —Ni de broma. Y ni se te ocurra volver a la cama. Miko no tiene tiempo para hacer de niñera y nuestro padre te matará directamente si llegas tarde hoy, así que no me voy de aquí hasta que estés en la ducha. Vamos. No puedes hacer esperar a tu prometida.

Sorprendentemente, el pensamiento de Sora consigue darme el empujón para salir de la cama y, con otro gemido, hago lo que dice mi hermano menor.

No sé en qué momento se volvió más maduro que yo.

Quizá sea porque no se ha pasado la vida empeñado en cabrear a nuestro padre, pero quienquiera que lo haya puesto a mi cargo hoy ha tomado la decisión correcta.

Una vez que estoy aseado y vestido, y con algo de comida en el estómago, vuelvo a sentirme vivo, y posiblemente solo un poco menos agotado que si no hubiera dormido.

Aun así, siento los pies como de plomo mientras mis últimos momentos de libertad se escabullen con cada paso hacia el gran salón.

No hay mucho tramo que recorrer —y el camino parece aún más corto hoy— mientras Gio y yo nos reunimos con Miko y los gemelos en el camino.

Todos van vestidos de esmoquin, como yo, y salimos a la terraza como una unidad, con mis hermanos cubriéndome las espaldas en cada paso.

Los invitados ya están allí, buscando sitio en las filas de sillas blancas dispuestas y decoradas con lazos de color verde salvia para la ocasión.

Cientos de personas han asistido hoy para presenciar una de las bodas más importantes de la temporada.

Don Augusta está al fondo del pasillo, conversando con Kenji Tanaka y la esposa del *oyabun*. La signora Aya Tanaka, una mujer impresionante que parece una versión mayor de su hija, Sora, luce elegante con un vestido de seda amarilla.

El sutil dibujo del tejido, hecho con un hilo amarillo ligeramente más suave que solo aparece cuando le da el sol de la forma adecuada, parecen flores de cerezo que caen en cascada por la seda hasta el suelo.

Con un gesto cortés, saludo a mis futuros suegros y me dirijo al arco cerca de la barandilla de la terraza y al oficiante que espera allí.

Mientras tanto, mis hermanos se amontonan en las sillas de la primera fila de mi lado del pasillo.

No importa lo bueno que estuviera ese Bloody Mary ni lo bien que esté funcionando la aspirina.

Mientras miro hacia atrás, por encima del mar de invitados, hacia la casa, el brillante sol de verano me obliga a entrecerrar los ojos al reflejarse en las sillas blancas y en las alegres y coloridas ropas de boda.

Lo que daría por unas gafas de sol, pero no me cabe duda de que eso sería un insulto para la ocasión.

Siento cómo pasan los últimos minutos mientras los últimos invitados se filtran hacia sus asientos al son del piano de cola que hemos sacado a la terraza para la ocasión.

Entonces, la música cambia a una marcha nupcial tradicional y, al unísono, los invitados se giran en sus asientos, levantándose al ver que las puertas de cristal se abren... y Sora sale.

Mi corazón se detiene.

Está sencillamente radiante con un sencillo vestido de novia blanco de manga corta y cuello alto hecho con el encaje más fino.

El corpiño ajustado se estrecha en su delgada cintura, donde hay atado un grueso cinturón de estilo quimono que muestra una elaborada escena de grullas doradas y blancas sobre un fondo rojo, bailando sobre olas azules.

El color atrae mis ojos hacia abajo antes de que el vestido se transforme en suaves y vaporosas capas de tela que caen al suelo en delicadas ondas.

Su velo, hecho de una tela transparente sembrada de perlas, oculta sutilmente su rostro.

Una gruesa banda blanca que se asienta sobre su cabeza como una corona sujeta el velo mientras envuelve su complejo recogido.

Está impresionante, lo más parecido a un ángel que creo haber visto jamás, y mientras flota por el pasillo del brazo de su padre, se mueve con tanta gracia que bien podría ir sobre alas.

Llevaba meses temiendo este día, imaginando todas las formas en las que podría salir mal, todas las posibles trampas que la Yakuza podría habernos tendido.

Pero mientras Sora camina por el pasillo, todo eso se desvanece.

Nada importa excepto ella.

9

SORA

Con el corazón en un puño, mantengo la mirada clavada en Leo mientras avanzo hacia él paso a paso.

Me parece irónico que sea en él en quien me fije para evitar que mis rodillas temblorosas cedan durante este camino agonizantemente largo.

No me ha dado motivos para pensar que este paseo hasta el altar termine en algo que no sea desdicha.

Aun así, el día de mi boda ha llegado y, ahora, lo único que puedo hacer es decirme que, una vez llegue a su lado, la parte más difícil habrá pasado.

Nunca imaginé que el día de mi boda pudiera ser tan aterrador. Pero con todos los ojos puestos en mí, no puedo fastidiarlo.

El destino de mi familia depende de mí. De mí y del hombre irracionalmente guapo que me espera al final del pasillo.

Vestido con un esmoquin negro y camisa blanca, con el pelo perfectamente peinado, su mandíbula fuerte bien afeitada y los hombros anchos mientras mantiene una postura impecable, es la viva imagen de un príncipe oscuro listo para devorar mi propia alma.

El calor me sube por el cuello cuando pienso en lo que pasó anoche en mis sueños.

No podía dejar de imaginar sus manos sobre mí, visualizando las formas en que podría elegir reclamarme.

Y, a la luz del día, se ha convertido en mi pequeño y sucio secreto. Su mirada penetrante me hace sentir como si ya lo supiera; como si supiera que lo deseo aunque no debería.

Mi corazón martillea con cada lento paso que doy hacia él.

No me atrevo a apartar la mirada, aunque puedo oír los susurros apagados de la multitud a mi paso, los comentarios sobre lo hermosa que estoy y lo perfecto que es este día.

Entonces doy los últimos pasos para llegar hasta Leo, y mientras mi padre le entrega mis manos, observo más de cerca a mi prometido.

Parece agotado —incluso con resaca—. Tiene los ojos inyectados en sangre y una ligera palidez bajo su piel aceitunada.

Aun así, es el hombre más atractivo que he visto en mi vida, con su mirada brillando bajo la luz del sol y su cabello oscuro perfectamente peinado a juego con el esmoquin, que le queda mejor de lo que le quedaría jamás a un modelo.

Incluso con chaleco, se ve alto y musculoso, llenándolo en todos los lugares adecuados y, al mismo tiempo, lo bastante esbelto como para parecer un atleta.

—Bienvenidos, familiares y amigos de los novios —comienza el oficiante—. Estamos hoy aquí reunidos para celebrar la unión de dos grandes familias a través del matrimonio de Sora Tanaka y Leonardo Chiaroscuro...

Mientras su voz resuena en el espacio abierto, indicando a nuestros invitados que tomen asiento, las grandes manos de Leo agarran las mías con firmeza, ofreciéndome una estabilidad que necesito desesperadamente.

Me acerca un paso más y mi corazón da un vuelco, porque acercarse demasiado a Leo es peligroso, sobre todo cuando necesito mantener la cabeza fría.

Pero el velo parece ayudar a mantenerme en mi propia burbuja.

—Me sorprende que lo hayas logrado —murmura, apenas moviendo los labios para que los invitados no lo vean, aunque las comisuras de su boca se curvan en una sonrisa encantadora.

—Habló de buey y dijo mu —le devuelvo el susurro, lo suficientemente bajo para que solo él pueda oírme—. Parece que anoche peleaste doce asaltos contra una botella de Yamazaki y perdiste.

Una sonrisa genuina se dibuja ahora en el rostro de Leo, haciendo que mis entrañas se vuelvan de gelatina. —Casi. Fueron los mundialmente famosos gin-tonics de mi hermano Gio. Se te suben sin que te des cuenta.

El esfuerzo que me cuesta reprimir el bufido es monumental, y aprieto los labios para contenerlo justo a tiempo.

No me había dado cuenta de lo mucho que necesitaba un poco de ligereza en este momento, pero su disposición a bromear a su propia costa podría ser lo que me ayude a superar esta ceremonia.

—Pensé que se suponía que nos retiraríamos pronto para descansar como es debido.

—Y yo pensé que tendrías más sensatez como para aparecer por aquí después de consultarlo con la almohada.

Incluso la mención a mi sueño de anoche hace que mis mejillas ardan, y me quedo en silencio al sentir que el aire caluroso de la tarde de verano se vuelve de repente sofocante.

Parece que el otro Leo ha vuelto —el que está listo para hacer de mi vida un infierno—, y me pregunto qué habrá pasado con el Leo que dijo que me deseaba.

Después de que el oficiante termina su introducción, pasa directamente a leer versículos de la Biblia, permitiéndome prestarle solo la mitad de mi atención mientras me concentro en respirar.

Afortunadamente, esta boda no requería mucha personalización, ya que solo he hablado con Leo un puñado de veces antes de hoy, así que el oficiante dirá lo que tenga que decir, nos indicará qué palabras debemos repetir y, una vez que los anillos estén en nuestros dedos, todo habrá terminado.

Luego podremos escapar a una habitación tranquila para terminar de firmar el contrato…, con sangre.

Otra tradición que no me apetece nada.

Una que parece bastante irónica, considerando que esta boda es para asegurar que *dejemos* de derramar la sangre de nuestras familias.

Estoy tan absorta en mis pensamientos que he perdido por completo el hilo de la ceremonia, y me sobresalto cuando el oficiante pronuncia mi nombre.

—¿Lo siento, cómo? —pregunto sin aliento, y una oleada de risas recorre a la multitud, haciendo que mi cara arda.

—¿Aceptas a Leonardo como tu legítimo esposo, para vivir juntos en matrimonio, para amarlo, consolarlo, honrarlo y cuidarlo, en la salud y en la enfermedad, en la tristeza y en la alegría, para tenerlo y protegerlo, desde este día en adelante, mientras ambos viváis?

Dios mío, literalmente me he perdido mi única parte.

—Oh, sí. Acepto.

Otra oleada de risas.

—Y tú, Leonardo, ¿aceptas a esta mujer como tu legítima esposa, para vivir juntos en matrimonio, para amarla, consolarla, honrarla y cuidarla, en la salud y en la enfermedad, en la tristeza y en la

alegría, para tenerla y protegerla, desde este día en adelante, mientras ambos viváis?

La diversión asoma en la boca de Leo cuando lo miro, y un destello peligroso en sus ojos hace que se me anude el estómago.

—Acepto —dice, y el calor inunda mi cuerpo.

—Un anillo es un círculo ininterrumpido, cuyos extremos se han unido —continúa el oficiante—. Representa vuestra unión. Es un símbolo de lo infinito y de vuestro amor infinito. Cuando miréis estos anillos en vuestras manos, recordad este momento, vuestro compromiso y el amor que sentís ahora el uno por el otro. —Sacando dos delicadas alianzas del bolsillo de su chaqueta, nos las entrega una a una—. Ahora, Leonardo, repite conmigo mientras colocas este anillo en el dedo de Sora: «Con este anillo, me desposo contigo y te prometo mi amor, ahora y siempre».

Mi mano tiembla mientras se la tiendo, y los ojos de Leo suben para encontrarse con los míos mientras toma suavemente mi palma para estabilizarla antes de deslizar el anillo en el anular de mi mano izquierda con su otra mano.

—Con este anillo, me desposo contigo y te prometo mi amor ahora y siempre —dice él, con su voz profunda haciendo que mi corazón tartamudee.

Como si el momento no fuera trascendental, como me lo pareció a mí, el oficiante me ofrece la alianza de Leo. —Y, Sora, repite conmigo mientras colocas este anillo en el dedo de Leonardo: «Con este anillo, me desposo contigo y te prometo mi amor, ahora y siempre».

A pesar de toda su resistencia a esta boda —y de una noche de copas la víspera—, la mano de Leo está perfectamente firme mientras me la tiende.

Mientras deslizo la sencilla alianza de platino en su dedo, soy intensamente consciente de lo fuertes que parecen sus manos, de los tendones y las venas que resaltan contra su piel bronceada.

Son las manos de un asesino, un hombre que ha pasado su vida empuñando una pistola y blandiendo un cuchillo contra la Tanaka-kai.

Tragando el nudo en mi garganta, susurro: —Con este anillo, me desposo contigo y te prometo mi amor, ahora y siempre.

Alguien lanza un silbido desde el público, haciendo que Leo sonría con suficiencia, y yo me humedezco los labios, que se han quedado secos de repente.

—Por el poder que me ha sido otorgado por el estado de Chicago, os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

El tiempo se detiene mientras Leo busca mi velo y lo levanta de mi cara, guiándolo para que caiga por la parte posterior de mi cabeza.

Me ha costado todo mi autocontrol pensar en otra cosa que no fuera este momento desde anoche, cuando me tenía presionada contra la puerta del baño.

Anhelo saber cómo se sentirán sus labios, ver cómo elegirá besarme; si será un roce suave o una demanda posesiva.

Al mismo tiempo, me aterroriza que no me guste, que incluso pueda hacer lo posible para asegurarse de que así sea.

Con el aliento atrapado en la garganta, lo miro a los ojos, suplicando en silencio que podamos superar este último obstáculo de la ceremonia sin contratiempos.

Él da un paso adelante, cerrando la distancia entre nosotros, y mi cuerpo se sobresalta cuando su cálida palma encuentra la base de mi columna.

Me atrae hacia él, con su mano libre acunando mi nuca, y mi piel hormiguea donde entra en contacto con la suya.

Entonces se inclina, despacio, con confianza, desplazando su mirada de mis ojos a mi boca.

Durante un instante suspendido, puedo saborear la electricidad en el aire; punzante y abrasadora. Entonces sus labios cubren los míos y el mundo estalla.

Vagamente, en mi mente, puedo oír al público vitoreando, pero en lo único en lo que puedo pensar es en la asombrosa suavidad de sus labios cálidos.

Hay una urgencia cuando los presiona contra los míos y, a medida que pasan los segundos, el fuego que recorre mi cuerpo se vuelve más intenso, fundiéndome por completo.

Su brazo se aprieta alrededor de mi cintura, acercándome hasta que mi cuerpo queda pegado al suyo.

Mi corazón golpea contra mis costillas, mis débiles rodillas finalmente ceden al ver que el momento me supera por completo, pero Leo no deja que me caiga.

En su lugar, me inclina hacia atrás, provocando nuevos vítores de la multitud mientras mantiene nuestros labios unidos.

No podría respirar aunque quisiera.

Los fuegos artificiales que estallan en mi interior están consumiendo todo el oxígeno.

Lo único que puedo hacer es aferrarme a sus hombros mientras me arquea hacia atrás de forma romántica.

Entonces nuestros labios se separan demasiado pronto mientras él me devuelve a una posición vertical sin esfuerzo y mantiene su brazo alrededor de mi cintura un momento más para asegurarse de que no me derrumbe.

Mientras tomo una bocanada de aire entrecortada, nuestros ojos se encuentran, y la sorpresa en los suyos casi iguala a mi propio asombro.

Había estado temiendo nuestro primer beso, segura de que sería una catástrofe, pero incluso si ese no hubiera sido el primero de mi vida, estoy convencida de que habría dejado en nada a todos los demás.

Leo puede que sea un imbécil arrogante.

Puede que no quiera estar casado conmigo. Pero no se puede negar que tenemos química.

Tomando mi mano y colocándola en el hueco de su brazo mientras el oficiante anuncia con orgullo a los nuevos señor y señora Chiaroscuro, Leo me guía de vuelta por el pasillo entre aplausos estrepitosos.

Varios miembros del personal, vestidos con trajes negros y guantes blancos, nos abren una puerta doble para volver al gran salón y, en cuanto las puertas se cierran tras nosotros, nos envuelve un silencio resonante.

Sin decir palabra, mi nuevo esposo me conduce por la estancia y a través de un pasillo hasta un despacho amueblado con un estilo rústico, con un escritorio de caoba negra laboriosamente tallado y sillas de cuero.

Los libros llenan las estanterías de una pared, mientras que un recargado papel pintado en dorado y verde bosque cubre las demás.

Un ventanal da al lateral de la finca, hacia la línea de árboles y el perfil de la ciudad de Chicago más allá.

La puerta del despacho se abre de nuevo y Don Augusta entra a grandes zancadas, seguido de cerca por Miko, el hermano mayor de los Chiaroscuro.

Mi familia los sigue de cerca, con mi madre del brazo de mi padre y Kenji cerrando la marcha.

—Vaya final habéis dado, vosotros dos —dice Don Augusta, abriendo los brazos.

El calor inunda mis mejillas y miro hacia mis padres, quienes sin duda habrán pensado que la exhibición fue lasciva e innecesaria.

—Me sorprende que no le haya quitado la inocencia allí mismo en el altar —murmura mi padre a mi hermano en japonés—. Estos italianos son bárbaros y completamente incivilizados.

Sus ojos se dirigen hacia mí con dureza, y la lava que ha estado pulsando por mis venas desde ese beso se convierte en hielo.

—¿Qué ha sido eso? —me pregunta el don con una sonrisa, asumiendo sin duda que las palabras de mi padre iban dirigidas a mí.

—So-solo me felicitaba por haberme convertido en esposa —tartamudeo, segura de que mi padre no querrá que su comentario sea traducido literalmente cuando toda esta producción tenía como objetivo poner fin al conflicto entre nosotros y el don.

Don Augusta asiente, luego abre el cajón de su escritorio y saca un documento de aspecto formal. —Un último detalle para consolidar nuestra alianza, entonces —dice, girando el papel hacia Leo y hacia mí. Coloca junto a él una pluma estilográfica y un cuchillo delicado y de aspecto bastante afilado.

Con el estómago dando vueltas por la ansiedad, estudio el papel y luego miro hacia Leo, dudando en ser la primera.

Como si presintiera mi reticencia, y posiblemente apiadándose de mí, él da un paso adelante, coge la pluma y firma con su nombre con una caligrafía cursiva garabateada.

A continuación, coge el cuchillo y presiona la punta afilada contra la yema de su pulgar.

Al abrir un pequeño corte, extrae varias gotas de sangre, las extiende por su pulgar intacto y lo presiona en la parte inferior del contrato, dejando una huella perfecta.

Tomando aire temblorosamente, sigo su ejemplo, firmando con mi nombre antes de aceptar la delicada hoja que él ha limpiado.

Se siente mal cortarme intencionadamente, y mi corazón, que ya va a mil, empieza a martillear un ritmo irregular mientras sostengo la punta contra mi pulgar.

Armándome de valor, presiono y ahogo un grito cuando la hoja se hunde rápidamente, liberando un pequeño río de sangre.

Con el estómago revuelto, la extiendo por mi otro pulgar y presiono la huella en el papel grueso y de calidad junto a mi nombre.

En cuanto termino, Leo está allí, envolviendo mi pulgar sangrante con un pañuelo para detener el flujo.

—Enhorabuena, Tatsuo —dice Don Augusta, tendiéndole la mano a mi padre—. Ahora somos familia.

—Que esto nos traiga una sensación de paz y prosperidad que nunca hayamos conocido —responde mi padre.

Hace un gesto a Kenji, que camina hacia la puerta y la abre para un sirviente que entra con una bandeja con una botella de Aizu Homare y cinco vasitos de sake.

Al dejar la bandeja sobre el escritorio, el sirviente retrocede y Kenji abre la botella para servirnos a cada uno una copa, luego nos indica que las aceptemos.

—Kanpai —anuncia mi padre, levantando su copa una vez que todos tenemos la nuestra.

—Kanpai —repetimos todos, pero al llevarme la bebida a los labios, capto por el rabillo del ojo la expresión en el rostro de Kenji, y mi sangre se hiela.

Por fin es oficial: la alianza que mi padre deseaba tanto que fue capaz de venderme a un «bárbaro incivilizado», como llamó a Leo.

¿Entonces por qué mi hermano tiene la cara de un zorro cuidando el gallinero?

10

LEO

Por poco no me bebo el sake.

Así de poco confío en los Tanaka, especialmente en Kenji. Pero como todos han bebido de la misma botella y sabía que rechazar el brindis sería un insulto monumental, lo he hecho.

Una extraña sensación de alivio me invade mientras todos vamos saliendo de la sala.

Probablemente se deba a que he estado luchando contra esta alianza durante mucho tiempo y ahora ya es un hecho.

No hay nada más que pueda hacer.

Solo nos queda esperar y ver qué tal se les da a los Tanaka-kai eso de jugar con amigos, ahora que han decidido que eso es lo que somos.

Sigo sin fiarme, pero hay una sensación de resolución que viene con el hecho de que me hayan quitado esa decisión de las manos.

Solo espero que los instintos de mi padre sean mejores que los míos.

Después de pasar toda una vida peleando con Tatsuo, me gustaría pensar que lo son.

—¿Sigues sangrando? —le pregunto a Sora, señalando con la cabeza su pulgar envuelto en el pañuelo.

Se ha hecho un corte más profundo de lo necesario; más profundo de lo que creo que pretendía.

—Creo que estoy bien —dice ella, aminorando el paso para retirar con cuidado la tela manchada.

La sangre tiñe de inmediato la fina línea de su corte, pero ya no sale tan rápido.

—Vamos a ponerte una tirita —le digo, apoyando la palma de la mano en la parte baja de su espalda y señalando el baño donde la tuve acorralada anoche mismo.

Se le entrecorta la respiración y el sonido envía una corriente eléctrica desde mi cerebro directo a mi polla.

Parece que todo lo que ha hecho desde nuestro casi beso me vuelve loco.

¿Y cuando nos hemos besado de verdad por primera vez? La chispa que ha habido me ha pillado por sorpresa.

Estaría muy tentado de terminar lo que empezamos anoche, con Sora contra la puerta del baño, sus piernas rodeándome… Pero ahora que ya no hay un compromiso que romper, tengo que portarme lo mejor posible, al menos durante el resto del día.

El don ha hecho que esta alianza suceda. No seré yo quien la destruya.

Agachándome frente al lavabo, saco uno de los cajones del mueble y cojo el pequeño botiquín que guardamos allí. —Déjame ver —le digo, abriendo el kit sobre la encimera y rompiendo la esquina de un sobrecito de pomada antibiótica.

Sora extiende la mano con la palma hacia arriba; su piel suave y sus dedos largos y finos hacen que su mano parezca delicada.

Encaja en la palma de mi mano mientras la sostengo y extiendo la pomada por su pulgar.

Luego desenvuelvo una tirita y la coloco con cuidado sobre el corte.

—Como nueva —le digo con una sonrisa rápida, tirando los envoltorios a la basura.

—Gracias —dice ella, y sus ojos de ónice me atrapan.

—De nada.

De nuevo, esa electricidad chispeante se enciende entre nosotros, caldeando la temperatura de la habitación y consumiendo el oxígeno.

Hay un brillo en la mirada de Sora que bien podría ser una invitación, y sería tan fácil saltar directamente a la parte buena.

Tentador.

Pero por sorprendente que parezca, no quiero arruinarle este día a Sora.

Ella y su madre se han esforzado considerablemente en los detalles y en asegurar que todo saliera a la perfección.

Echarlo a perder ahora me parece que sería un mal primer paso en el matrimonio.

—¿Nos vamos? —sugiero, señalando la puerta—. Creo que es hora de hacer nuestra entrada triunfal.

Sora suelta una risa entrecortada. —Tienes razón —asiente, dándose la vuelta rápido para abrir paso.

Y puede que me lo esté imaginando, pero estoy casi seguro de haber vislumbrado una pizca de decepción en su rostro.

Sin embargo, no tengo mucho tiempo para analizarlo, ya que llegamos al gran salón, donde el maestro de ceremonias anuncia

nuestra entrada en sociedad como marido y mujer.

Los aplausos resuenan en la sala adornada con mármol y oro mientras nos dirigimos a la mesa presidencial para la cena.

La comida empieza a salir en cuanto he agradecido a los invitados su presencia para presenciar esta ocasión tan trascendental, y luego nos disponemos a comer.

Es el único momento de la velada en el que podemos recuperar el aliento, y se pasa en un abrir y cerrar de ojos a medida que la boda avanza hacia los brindis y el postre; Sora y yo cortamos una enorme tarta de almendra blanca de cinco pisos con glaseado de crema de mantequilla y flores decadentes cayendo en cascada por un lado.

El primer baile llega poco después y, como a Sora y a mí nos han mantenido separados intencionadamente por culpa de mis travesuras, no hemos ensayado nada juntos.

Ni siquiera sé qué canción ha elegido.

Pero cuando las primeras y evocadoras notas del violín empiezan a sonar, resuenan en lo más profundo de mi alma.

Tomándola en mis brazos, adopto la postura de baile de salón y ella encaja a la perfección, con las manos descansando suavemente en mi palma y en mi hombro.

Echa la cabeza hacia atrás, alargando el cuello para mantener la postura perfecta de un vals, y cuando el resto de la banda se une, empiezo a guiarla por la pista.

—¿Qué canción es esta? —pregunto, hipnotizado por la sensación etérea de la melodía, que de alguna manera encaja con la elegancia de Sora como si hubiera sido compuesta para ella.

—*"A Ti Korita Vu"* —dice ella, curvando los labios en una suave sonrisa—. ¿Te gusta?

—Es preciosa.

—Es una de las pocas cosas que he elegido personalmente para hoy. Es una de mis favoritas.

Algo se me encoge por dentro al saber que esta es la canción que ella quería bailar el día de su boda.

El calor me recorre las venas y miro a mi nueva esposa como si la viera por primera vez, de repente intensamente consciente de la forma en que nuestros cuerpos se presionan, moviéndose en perfecta sincronía por la pista.

Es una bailarina maravillosa.

Y cada momento que paso cerca de ella, la deseo más.

Cuando nuestra canción termina, otros se unen a nosotros en la pista y la celebración se prolonga hasta altas horas de la noche.

Concluye con un final de fuegos artificiales para que todos los contemplen desde la terraza, y cuando por fin saco a Sora de la recepción para llevarla a mi ala de la casa, estoy más que listo para estar a solas con ella.

Puede que no estuviera de acuerdo con esta boda.

No creo en esta alianza. Pero Sora es una mujer de una belleza singular.

El fuego que hay en ella ha captado mi interés de una manera que nunca creí posible, y esta noche es mi mujer.

Toda la tensión que se ha ido acumulando entre nosotros desde el día en que nos conocimos parece estar a punto de explotar mientras la guío a nuestra habitación, con su mano descansando suavemente en el hueco de mi codo.

Está callada, con los ojos fijos al frente cuando la miro de reojo, y la energía que desprende en oleadas se siente nerviosa.

—Aquí es —digo mientras mis guardias asignados abren las puertas dobles, permitiéndonos la entrada.

Se cierran tras nosotros con un clic pesado, dejándonos completamente solos.

Los ojos de Sora se agrandan al contemplar la espaciosa suite.

Está decorada en estilo moderno, con líneas limpias y blanco sencillo contra grises oscuros y negro.

Mi padre es quien prefiere el aspecto europeo clásico con el que se ha decorado el resto de la casa, pero estos doscientos metros cuadrados son míos para hacer con ellos lo que me plazca.

—No esperaba que fuera tan… grande —dice ella, pasando la mano por la cómoda de pino amarillo.

Suelto una risita. —Cualquier excusa es buena para asegurarme de que mi familia no se acerque demasiado —bromeo sombriamente.

Sora me lanza una mirada inquisitiva. —¿Vivís todos en el mismo sitio, pero no estáis unidos? —pregunta, yendo directa al grano de inmediato, algo a lo que parece propensa.

—Supongo que estoy unido a mis hermanos. El don es una especie de… fuerza unificadora. —Vínculo traumático es como lo llamaría un psicólogo.

Todos sobrevivimos juntos a su crianza, pero no llegaría a decir que soy amigo de ninguno de mis hermanos —excepto de Miko—, aunque hiciera cualquier cosa por ellos.

Sora asiente, como si comprendiera el trasfondo implícito de mi respuesta. —El don —repite, notando sutilmente que no lo he llamado "mi padre". No lo he llamado así en voz alta en mucho tiempo.

Aclarándome la garganta, señalo su vestido con la cabeza, listo para cambiar de tema antes de que profundice demasiado en las secuelas psicológicas de mi educación. —¿Necesitas ayuda para salir de eso?

Los dedos de Sora se dirigen instintivamente a su nuca y asiente con firmeza, de repente nerviosa otra vez.

Sospecho que estaba haciendo preguntas sobre mi familia para retrasar su ansiedad, igual que yo las he desviado para evitar profundizar demasiado.

—Ven aquí. —Cruzando la habitación, me coloco con destreza detrás de ella mientras se quita la peineta del velo de su espesa melena.

Botones de seda recorren toda su columna, desapareciendo bajo el elegante cinturón del kimono.

—Visto desde aquí atrás, esto parece más una trampa mortal que un vestido. ¿Cómo se supone que vas a quitarte esto sin un par de manos extra? —pregunto, empezando por arriba y soltando los botones de sus estrechos ojales.

Sora suelta una risa nerviosa. —Creo que ese puede ser el objetivo.

Como si fuera un regalo envuelto especialmente para mí.

Se me estremece la polla ante el pensamiento. Dejando la política a un lado, Sora podría ser el regalo más valioso que he recibido jamás.

Cuando lo pienso así, me inclino menos a odiar a la familia Tanaka, porque ella es realmente la mujer más cautivadora que he conocido; no solo porque sea hermosa, sino porque es intrigante, inteligente, elegante y ahora es *mía*.

Sus manos encuentran los extremos del cinturón de su kimono y lo desatan con una precisión que solo acentúa sus nervios, y cuando mis dedos llegan a los botones en la base de su columna, un escalofrío la recorre y empieza a temblar.

—¿Me tienes miedo, princesa? —pregunto mientras suelto el último de sus botones y deslizo mis dedos bajo el delicado encaje de sus hombros.

—No —susurra ella, a pesar de que se le pone la piel de gallina en la nuca.

Me dan ganas de presionar mis labios contra su suave piel, y me acerco más mientras guío la intrincada tela por sus brazos.

—¿Entonces por qué tiemblas? —murmuro, inclinándome para que mis labios rocen su oreja.

Mientras el vestido se desliza, amontonándose a sus pies con un susurro sordo, el cuerpo perfecto de Sora queda de repente al descubierto ante mí.

Sus pechos modestos son firmes, sus pezones se endurecen y, al tomar aire con dificultad, se elevan de forma tentadora.

—Yo… nunca he hecho esto antes —dice, mirándome nerviosa por encima del hombro.

—¿El qué? —le pregunto, atrapando suavemente su barbilla entre el índice y el pulgar.

—Estar con un hombre. Ni siquiera me habían besado antes de hoy.

Al inicio de nuestras negociaciones, Tatsuo le había asegurado a mi padre que la virginidad de Sora seguía intacta, pero oírlo decir de su propia boca me excita más de lo que pensaba, y la vulnerabilidad en sus ojos oscuros es sorprendentemente atractiva.

Un deseo intenso me invade, haciendo que mi ya dolorosa erección lata con anticipación.

Me he follado a innumerables mujeres en mi vida; incluso perdí la virginidad cuando era más joven que Sora.

Pero no recuerdo haber deseado nunca a una mujer más de lo que deseo a mi esposa ahora mismo.

—No te preocupes, *Cattiva* —murmuro, con mi cara a escasos centímetros de la suya—. Haré que tu primera vez sea especial.

Acortando la distancia, reclamo sus labios y mi cuerpo se enciende con una fuerza abrasadora.

SORA

Nunca había imaginado que un beso pudiera resultar tan erótico. Pero cuando los labios de Leo encuentran los míos, el pulso se me dispara y la piel me arde a pesar del escalofrío de estar tan desnuda.

Su lengua asoma para delinear la comisura de mi boca y mis labios se separan con un suave jadeo.

Entonces presiona con más fuerza, saboreándome mientras el vino que ha estado bebiendo impregna nuestro beso.

Una de sus manos, grande y cálida, se desliza alrededor de mi cintura; Leo extiende los dedos al posarlos sobre mi vientre y me atrae contra él.

Puedo sentir su erección, gruesa y dura contra mi coxis a través del escaso encaje de mi braguita, la única prenda que me queda además de los tacones.

Es abrumador: el calor de su cuerpo contra mi piel erizada y el choque de temperaturas despiertan mis terminaciones nerviosas, intensificando cada caricia.

Se me escapa un gemido cuando su mano sube para envolver mi pecho, y el calor se me filtra en el torso.

Es una invitación peligrosamente tentadora, y cuando Leo gruñe y sus dedos amasan mi piel flexible, siento la vibración como un terremoto en mi propia alma.

—Eres tan deliciosamente perfecta, princesa —murmura, manteniendo mi barbilla atrapada entre sus dedos para que no pueda apartar la mirada.

Luego vuelve a sellar mis labios con los suyos antes de permitir que esa mano también explore mi cuerpo.

Nunca me he sentido tan completamente poseída, como si estuviera marcando mi carne con cada caricia, reclamando cada centímetro de mí como suyo.

Jamás soñé que pudiera desearlo con tanta intensidad.

Siento que el corazón me va a saltar del pecho en cualquier momento. Me flaquean las piernas por la adrenalina que recorre mi cuerpo y la cabeza me da vueltas por la falta de oxígeno y el deseo incontenible.

La mano de Leo baja lentamente por mi vientre, acercándose poco a poco al borde de mi braguita, y la humedad de la excitación empapa la tela entre mis muslos. Solo soy capaz de aferrarme a sus antebrazos para mantenerme en pie.

Hemos pasado de cero a cien en cuestión de segundos. Leo ni siquiera se ha molestado en quitarse la chaqueta del esmoquin.

Pero a medida que el tiempo vuela, cada instante parece estirarse hasta la eternidad, haciendo que mi nerviosa anticipación sea aún más insoportable.

Quiero sentir a dónde conduce este placer erótico. Y, al mismo tiempo, me aterra lo que vendrá después.

Mi madre me advirtió que el sexo no siempre conlleva satisfacción. *Pero entonces, ¿por qué tantas mujeres caen en la cama con Leo?*

Pensar en ello solo agrava la angustiosa ansiedad que me atenaza, así que hago todo lo posible por borrarlo de mi mente y me centro en la forma en que sus dedos despiertan una necesidad ardiente en lo más profundo de mi ser.

Es impactante darme cuenta de que, por mucho que hubiera fantaseado con la forma en que Leo podría tocarme, la realidad es infinitamente mejor.

Se está tomando su tiempo, saboreando el momento mientras yo me retuerzo bajo sus palmas; de repente, siento la piel demasiado caliente y tirante como para ignorarlo.

Jadeo y se me desencaja la mandíbula cuando su mano se desliza por dentro de mi braguita y sus dedos rozan el nacimiento de mis muslos, una zona intensamente sensible.

Él gruñe mientras su lengua se adentra en mi boca, haciendo el beso más profundo mientras me acaricia el sexo.

Y cuando sus dedos presionan entre mis pliegues, suelto un grito, ya al borde del clímax.

—Dios, estás empapada por mí, Cattiva —raspa, con su voz profunda ronca y cargada de excitación.

Empuja sus caderas hacia delante, frotando su erección entre mis nalgas, y me estremezco violentamente mientras lucho contra el impulso de mecerme contra su mano.

—¿Eso es bueno? —murmuro con la voz anormalmente aguda por los nervios.

Una risa baja y oscura brota del pecho de Leo, vibrando a través de mí y calentando mi cuerpo.

—Creo que me va a gustar instruirte en los pecados de la carne —me susurra al oído. Luego atrapa el lóbulo de mi oreja entre los dientes y lo muerde ligeramente.

Un grito ahogado escapa de mis labios mientras mi clítoris late y mi interior se contrae.

Me acaba de *morder*, pero incluso a través del pinchazo, una oleada de placer inunda mi cuerpo, y esa humedad resbaladiza entre mis muslos está de repente mucho más cerca de *gotear*.

—Mmm —tararea Leo con aprobación—. Sí, eso está muy bien, *cattiva*. Cuanto más mojada estés, mejor lo sentirás cuando esté dentro de ti.

Madre mía. Nunca imaginé que unas palabras tan lascivas pudieran sonar tan sexis, pero cuando Leo habla así, una expectación vibrante se extiende hasta mis extremidades.

De repente, estoy más emocionada que ansiosa por lo que sigue, y mi respiración se intensifica al sentir su miembro agitarse contra mi coxis.

Deslizando sus dedos, lubricados por la excitación, de vuelta a mi clítoris, empieza a trazar círculos lentamente, enviando un placer electrizante por mi columna y transformando mis piernas en gelatina.

Me fallan las rodillas y Leo me sujeta con el brazo que me rodea las costillas, mientras su palma sigue sosteniéndome el pecho.

Manteniéndome firme contra su torso, me acaricia la curva del cuello con la nariz y ronronea:

—Dime, *cattiva*, si nadie te ha tocado nunca así antes, ¿alguna vez te has tocado tú sola?

Demasiado avergonzada para hablar, asiento lentamente; siento las mejillas arder al recordar que lo hice justo la noche anterior.

Él emite otro zumbido bajo de satisfacción y muerde ligeramente la piel sensible detrás de mi oreja.

—¿Y en qué pensabas mientras lo hacías? —murmura.

No puedo decírselo. Admitir la verdad sería una mortificación insoportable. —En ti —suelto de pronto; mi boca parece haber cobrado vida propia.

Un jadeo brusco escapa de entre sus dientes, un sonido que hace que mi sexo se contraiga, y su miembro late contra mí.

—¿Ah, sí? —pregunta con una pizca de incredulidad—. ¿O lo dices solo porque crees que es lo que quiero oír?

La sugerencia hace que mi confesión sea aún más vergonzosa y me retuerzo para intentar librarme de su abrazo mientras un sofoco me recorre la piel. —Olvídalo. No debería haber dicho nada —digo, poniéndome a la defensiva al sentir que mi sucio secreto es de repente algo que puede usar en mi contra.

Pero los brazos de Leo son increíblemente fuertes y me estrecha más contra su cuerpo; sus dedos vuelven a profundizar entre mis pliegues, manteniéndome atrapada por la fuerza y el placer hasta que jadeo sin aliento.

—Tranquila, princesa. No pretendía ofenderte...

—Llámame mentirosa manipuladora y acabamos antes —siseo, pero la furia de mi tono se desvanece cuando las palabras suenan más bien como un gemido de placer.

Otra risa baja le vibra en el pecho y las réplicas hacen que mi corazón dé un vuelco.

—Tienes razón. Es que me has pillado por sorpresa. No dejas de hacerlo, ¿sabes? —murmura, presionando un beso ardiente en la base de mi cuello—. Pero en lugar de convertir esto en una pelea, ¿por qué no perdonas mis palabras descuidadas y me cuentas qué es lo que yo hacía en tu fantasía?

Esto no puede estar pasando.

Me quedo totalmente sin palabras ante la idea de contarle que me lo imaginaba haciendo exactamente esto, solo que con unas cuantas

capas más de ropa de por medio.

—¿Te tocaba así? —insiste al ver que guardo silencio.

Sus dedos giran con más intensidad alrededor de mi clítoris, liberando nuevas ráfagas de placer que me recorren la espalda. Gimoteando mientras me derrito contra él, asiento.

—¿Y así? —pregunta, deslizando los dedos entre mis pliegues y hundiendo uno profundamente en mi entrada.

Nunca me he tocado a mí misma de *esa* forma tan íntima, y la explosión de sensación es tan extraña y chocante que me contraigo a su alrededor.

—Cazzo —sisea; el repentino cambio al italiano desata un fuego en mis venas.

No sé qué significa, pero suena rematadamente sexi.

—Estás tan estrecha, princesa —murmura, retirando el dedo hasta la punta antes de volver a deslizarlo dentro de mí.

Ni siquiera reconozco el gemido lujurioso que brota de mi boca cuando toca una parte de mí que hace que estallen fuegos artificiales tras mis párpados.

Nunca he sentido este tipo de placer. No es el hormigueo del clímax que siento al tocarme yo sola. Esto es algo mucho más rico, una necesidad profunda y palpitante que se enciende como una supernova.

—Leo —jadeo; la emoción eléctrica abruma mis sentidos mientras la base de su mano me presiona el clítoris al mismo tiempo.

—Te gusta eso, ¿verdad, *cattiva*? Mi pequeña princesa perfectamente intacta —raspa él, y su aliento cálido me baña la piel.

Se me pone la carne de gallina mientras todos los músculos de mi cuerpo se tensan.

Siento campanas de bronce repicando en mis oídos y me aferro a los brazos de Leo como si me fuera la vida en ello mientras me rompo en un millón de pedazos.

Grito cuando un orgasmo como nada que haya sentido antes me atraviesa, inundando mi cuerpo con un alivio fundido. Me estremezco violentamente y me agito en sus brazos, incapaz de controlarme.

—Buena chica —ronronea mientras presiona los labios contra mi garganta.

Luego retira los dedos de mi interior y, antes de que pueda desplomarme, me toma en brazos. Mareada por la intensidad del orgasmo, me quedo lánguida contra su pecho, apoyando la mejilla en su hombro mientras los párpados me pesan peligrosamente.

—¿Estás lista para tu segunda lección de placer, Sora? —bromea suavemente, llevándome hacia la inmensa cama de matrimonio.

Su voz acaricia mi nombre como una rosa delicada, envolviéndolo con suavidad como si fuera lo más precioso que ha dicho jamás. Me hace preguntarme cómo pude llegar a imaginar que no me deseaba, y mis defensas se derriten ante el poderoso calor de su afecto.

Ni siquiera hemos llegado al plato principal y ya siento que he renacido en un mundo donde el sexo y el placer podrían ser las únicas fuerzas que importan.

He pasado los primeros dieciocho años de mi vida temiendo esta noche, el momento en que tendría que entregarme a un hombre que probablemente me doblara la edad, un hombre que usaría mi cuerpo para satisfacer sus necesidades y dejarme embarazada.

Y, aunque Leo casi me dobla la edad con sus catorce años más que yo, de repente no me parece algo tan malo. Porque él sabe exactamente cómo satisfacer *mis* necesidades. Y esta noche no se está guardando nada.

—Sí —susurro; el estómago me tiembla por la anticipación y una saludable dosis de nuevos nervios.

Al depositarme sobre la cama, se yergue mientras se quita la chaqueta del esmoquin y la arroja a un lado con despreocupación. La pajarita le sigue rápidamente, y después el fajín.

Probablemente debería ayudarlo, igual que él me ha ayudado a quitarme el vestido, pero tengo los dedos entumecidos y todavía estoy recuperando el aliento tras el orgasmo más potente de mi vida.

A Leo no parece importarle; se desabrocha varios de los botones superiores de la camisa, dejando el cuello abierto con un desaliño diabólico, antes de volver a clavar su mirada ardiente en mí.

—¿No... tienes que estar desnudo tú también para esta parte? —pregunto, bajando la vista hacia el considerable bulto de sus pantalones de vestir. El corazón me da un vuelco solo de pensar en el tamaño de lo que se oculta tras la cremallera.

Una sonrisa pícara se extiende por su rostro orgulloso y sus manos envuelven mis muslos mientras me gira, tirando de mis caderas hacia el borde de la cama con una fuerza sorprendente.

Doy un pequeño grito; el movimiento repentino hace que mi cuerpo se tense y, cuando él se sitúa entre mis rodillas, el calor florece en mi vientre.

—Todavía no —dice con tono juguetón mientras hinca las rodillas en el suelo lentamente.

Siento mariposas en el estómago al verlo arrodillado entre mis muslos.

¿Pero qué demonios está haciendo?

Sus dedos se curvan alrededor de la cinturilla de mi braguita y el pulso se me acelera hasta que el corazón me late frenéticamente contra las costillas.

—¿Qué...? —jadeo mientras me desliza la lencería de encaje por las caderas y las piernas, pasándola por encima de los tacones de aguja.

Pero no puedo terminar la frase al quedar completamente expuesta ante él; su rostro está a menos de un palmo de mi parte más íntima.

—Voy a enseñarte todas las formas en que puedo hacer que te corras, *cattiva* —promete, con los ojos oscuros brillantes de emoción —, y voy a enseñarte a satisfacerme a mí.

Entonces presiona los labios contra la cara interna de mi muslo, justo donde imaginé que me tocaba anoche.

Jadeo y arqueo la espalda mientras él guía mis rodillas hacia sus hombros, acercándose poco a poco a besos hacia mi sexo.

Una excitación cargada de timidez me quema las mejillas mientras mi clítoris palpita con una nueva expectación.

Si *este* es el tipo de amante que es Leo, puede que no quiera salir nunca de su cama.

Todo lo que oigo por encima del rugido de mi pulso son los suaves gemidos que escapan involuntariamente de mis labios con cada delicada caricia.

Y cuando su aliento me baña, cálido y tentador, ya estoy en el umbral de un segundo orgasmo.

—Dime qué quieres, princesa —susurra contra mi clítoris.

—Yo... quiero correrme otra vez —susurro, totalmente fuera de mi elemento a la hora de decir algo sexi como hace él.

Pero aun así, él emite un sonido de aprobación que reverbera en mi carne y hace que mi interior se contraiga deliciosamente.

Entonces me sostiene la mirada mientras pasa la lengua por mi entrada y me lame como si fuera un helado que gotea.

El calor húmedo de su boca deslizándose entre mis pliegues es suficiente para hacerme saltar de mi propia piel, y cuando la punta de su lengua roza mi clítoris, no puedo reprimir un grito.

Si por casualidad hay alguien en nuestra ala de la casa, no tengo ninguna duda de que me ha oído.

Pero parece que no puedo contenerme. Verlo saborearme es la cosa más erótica que he presenciado jamás, y cuando traga saliva, lamiéndose los labios brillantes como si yo fuera el mejor postre que ha probado nunca, casi pierdo la razón.

—Tan dulce —ronronea contra mi carne febril antes de inclinarse para saborearme de nuevo.

Solo que esta vez, cuando llega a mi clítoris, lo envuelve con sus labios, succionando la carne hinchada entre sus dientes.

Con un lamento, me desplomo sobre la cama, hundiendo los dedos en las sábanas mientras me corro con tanta fuerza y rapidez que el mundo empieza a dar vueltas a mi alrededor.

12

LEO

El coño de Sora debe de ser lo más rico que he probado jamás. Está totalmente *empapada* por mí, y no me cuesta nada llevarla a un segundo orgasmo. Si mi polla no estuviera tan dolorosamente dura en este momento, me sentiría tentado a bajármela hasta ahí toda la noche.

Pero tengo que pasar a lo difícil en algún momento, antes de que esté demasiado cansada para disfrutarlo y yo haya perdido hasta la última pizca de autocontrol. Quitarle la virginidad a una chica no siempre es lo más placentero... y me preocupa un poco mi tamaño viendo lo estrecha que es ella.

Esto podría ser complicado, pero soy un hombre de palabra y quiero que esta noche sea buena para ella, aunque no vaya a ser fácil.

Los dedos de Sora se aflojan sobre las sábanas y sus muslos se relajan mientras va bajando lentamente del clímax; paso la lengua por su sedosa hendidura una última vez antes de apartarme.

—Eso ha sido... ¿Qué *ha sido* eso? —pregunta sin aliento, con las mejillas encendidas incluso bajo la capa de maquillaje que cubre su piel impecable.

De verdad que no entiendo por qué lo necesita cuando tiene el cutis más hermoso que he visto en mi vida.

Soltando una risotada baja, vuelvo a apoyar sus muslos sobre la cama y me enderezo para terminar de desvestirme. —Eso, princesa, es un cunnilingus —le digo con tono juguetón.

—Pues cualquier «lingüista» que inventara eso... sabía muy bien lo que se hacía —dice ella, cerrando los ojos con deleite.

—Realmente eres inocente, ¿verdad? —le pregunto, sacándome los faldones de la camisa de los pantalones y quitándomela.

—¿Tan malo es? —pregunta a la defensiva, abriendo los ojos de golpe. Cuando estos se posan en mi pecho desnudo, traga saliva convulsivamente y su lengua asoma para humedecerse los labios carnosos.

Mirando hacia abajo al mapa de tatuajes que suelo mantener cubierto, suelto una sonrisita. —No es nada malo. Solo pensaba que, a tu edad, habrías aprendido más cosas.

—¿De quién, de mi madre? Ella fue la encargada de mi educación.

Casi siento lástima por Sora al haber tenido una vida tan protegida. Comparada conmigo y con mis hermanos, a los que prácticamente lanzaron al mundo sin pedir perdón, su vida debió de ser solitaria. Pero claro, la Yakuza valora a las mujeres a las que sus maridos pueden moldear por completo para que se ajusten a sus necesidades. Cuanto menos sepa del mundo exterior, mejor novia será.

—Buen punto —digo—. No es que me esté quejando. Estoy disfrutando bastante descubriendo todas tus primicias. ¿Es la primera vez que ves a un hombre sin camisa?

—A menos que cuentes a Kenji cuando éramos pequeños.

—No lo cuento. ¿Y bien? ¿Qué te parece? —pregunto, ofreciéndole la distracción mientras me desabrocho el cinturón.

—Tienes más vello del que esperaba —admite, incorporándose y extendiendo la mano vacilante hacia mí antes de detenerse—. No

quiero decir que seas velludo. Simplemente no me imaginaba que te crecería en el pecho.

Riendo por lo bajo, cojo su mano y la guío hacia mi pecho. —Puedes tocar si quieres —añado, soltándola en cuanto sus dedos tocan mi piel para que pueda explorar libremente—. Lo del vello es cosa de italianos. Se nos conoce por tener mucho.

—Y eres tan... musculoso —dice, con la voz cargada de asombro mientras sus dedos recorren suavemente mis pectorales y bajan por mis abdominales.

—¿Eso es algo bueno o malo? —bromeo.

Su lengua vuelve a humedecer sus labios por segunda vez y, cuando levanta la mirada hacia la mía, sus ojos son de un ónix más profundo que antes. Yo diría que es algo bueno, sin duda.

—Bueno —susurra—. Estos tatuajes, ¿tienen algún significado?

—Quizá no sean como el *irezumi* de la Yakuza —digo—. Pero para mí significan algo.

Sora asiente, pareciendo absorta en el arte mientras recorre las líneas de mi tinta negra. Su tacto ligero como una pluma hace que mi polla lata, y trago saliva con dificultad mientras permanezco ante ella solo en calzoncillos, esforzándome por no empujarla contra la cama y poseerla con pasión.

Se le escapa un suspiro brusco y sus ojos bajan rápidamente hacia la forma en que mi polla da un respingo bajo la tela, y retira la mano de golpe como si se hubiera quemado.

—¿He hecho algo mal? —murmura, de repente ansiosa de nuevo.

—Al contrario —digo con voz ronca, inclinándome para rodear su cintura con un brazo y apoyando la otra mano en la cama, a su lado —. Me gusta que me toques.

Sellando nuestros labios en un beso ardiente, la atraigo contra mí y nos guío a ambos de vuelta a la cama. Mientras ella se tumba debajo de mí, presiono mi rodilla entre las suyas, separándole las piernas. La respiración de Sora se acelera, sus músculos se tensan y sus hombros se elevan con ansiedad al presentir lo que viene.

—Relájate, *Cattiva* —le pido suavemente—. Te prometo que, antes de que hayamos terminado esta noche, estarás suplicando por más.

Ella asiente, con una urgencia que no termina de convencerme, y cuando presiono mis labios en la base de su garganta, noto lo rápido que le late el pulso. Poco a poco, voy bajando por su cuerpo, besando su clavícula, sus pechos, sus pezones. Noto cómo se derrite bajo mi contacto, cómo su tensión flaquea a medida que la ansiedad cede paso a la excitación. Así que sigo colmándola de atenciones, mordisqueando ligeramente y besando el camino hasta su ombligo.

Cuando está total y completamente distraída, con los ojos cerrados y los labios entreabiertos con expresión de placer, me echo hacia atrás para deslizar mis calzoncillos y vuelvo a su cuerpo casi sin perder el ritmo. Sus párpados tiemblan, sus pechos suben y bajan con cada respiración estremecida, y cuando emprendo de nuevo el camino hacia arriba por su cuerpo, saboreando cada centímetro de su piel pálida y satinada, sé que está lista para mí.

Apoyándome en un antebrazo mientras alineo nuestros cuerpos, me acomodo entre sus muslos. Sora se estremece cuando paso una mano entre nosotros para recorrer con mis dedos sus pliegues, y gime cuando recojo la humedad que los cubre.

—Tan mojada y deseosa por mí, ¿verdad? —susurro contra el pulso acelerado de su garganta—. Qué buena princesita.

Se nota que quiere que la alabe. Sus pezones se endurecen contra mi pecho y sus muslos tiemblan contra mí. Inclinándome, presiono un beso suave y prolongado en sus labios, y ella me sigue con la cabeza cuando me aparto.

—Esta primera parte puede doler —le advierto, mirándola profundamente a los ojos—, pero solo será un momento.

Ella asiente, apretando los labios como si se preparara para ahogar un grito.

—Respira, Sora —la animo, agarrando mi miembro dolorosamente erecto y rozando la punta entre sus labios.

Dios, está tan mojada que parece que ya estoy dentro, y reprimo un gemido mientras lucho contra cada impulso carnal de hundirme en sus cálidas profundidades sin restricción alguna.

—Relájate —murmuro, tanto para mi propio beneficio como para el suyo en este momento.

Noto cómo intenta obedecer mientras mi punta hinchada encuentra su entrada. Su aliento fresco me baña el hombro mientras lo suelta, lento y constante, para calmarse.

—Buena chica —digo con voz ronca, y cuando se suaviza ante el halago, presiono hacia el interior unos centímetros.

Sora jadea; el sonido es tan dulce y desarmante que me detengo sin pensarlo, leyendo su lenguaje corporal. Joder, está estrecha... tanto que casi duele. Pero mientras ella late alrededor de mí, una oleada de placer incomparable me recorre la espalda, cegándome momentáneamente.

—Eres tan... grande —susurra, con un toque de miedo tiñendo su tono.

—Te acostumbrarás a mí —le aseguro. La profunda sensación de satisfacción posesiva que surge en mi interior es totalmente inesperada, pero saber que soy el único hombre que conocerá jamás, saber que soy el único que escuchará sus gritos de éxtasis, es la victoria más dulce que ni siquiera sabía que deseaba hasta este momento. Y con esa victoria, quiero conquistar también su placer, saber que mi tacto será el único que la desmorone... y que cada vez

que la toque, esperará placer. —¿Estás lista para recibir un poco más de mí? —murmuro, siguiendo con besos la curva de su cuello para morder ligeramente el lóbulo de su oreja.

Sus paredes se cierran peligrosamente alrededor de mi polla, y me duelen los huevos por la necesidad de llenarla con mi semen. Pero todavía no. Quiero que se corra conmigo dentro primero.

—¿Hay más? —pregunta, con un tono lo bastante agudo como para delatar sus nervios.

Mi risa baja hace que se apriete de nuevo alrededor de mí, y me encanta el efecto que parezco surtir en ella. Sora puede parecer intocable, pero tras su serenidad, empiezo a encontrar a una mujer que podría resultar adictiva.

—Si te prometo que haré que te corras con mi polla dentro, ¿confiarás en mí?

Me echo un poco hacia atrás para mirar los ojos de onix de Sora cuando no responde de inmediato, y ella se muerde el labio inferior con ansiedad antes de asentir con firmeza.

Con un gruñido de aprobación, subo la mano para acunar su mandíbula, presionando el pulgar en su barbilla para que suelte el labio, y luego me inclino para reclamarlo yo mismo. Y mientras dejo que mi mano baje lentamente por su cuello y pecho para cubrir su seno, Sora se arquea hacia mi contacto.

Acariciando la carne flexible, tomo su pezón entre el índice y el pulgar y lo hago rodar lentamente. El gemido de lujuria que suelta hace que mi polla palpite y, mientras una nueva ola de excitación inunda su estrecho canal, me hundo más en ella, llenándola poco a poco hasta el fondo.

Sora gime; el sonido es una corriente eléctrica que me llega directa a la base de la columna, y el instinto protector que me golpea me deja sin aliento.

—Dios, te sientes tan bien —gruño, mientras mi polla late cuando ella se estrecha a mi alrededor en respuesta. Y joder que si lo hace.

El sexo no será una experiencia nueva para mí, pero esta es la primera vez que estoy dentro de una mujer a pelo, sin condón que sirva de barrera entre nosotros. El calor húmedo de Sora combinado con la intensidad de su estrechez está haciendo que estallen puntos negros tras mis párpados. Es la sensación más embriagadora que he conocido, y el pensamiento de estar enterrado dentro de ella cuando me corra solo lo hace mucho más excitante.

—Qué princesita tan perfecta, tragándose toda mi polla —digo con voz ronca, moviendo lentamente las caderas dentro de ella—. ¿Debería dejar que te corras como recompensa?

Sora jadea, arqueando la espalda, y sus brazos suben para rodearme, clavando los dedos en los músculos entre mis omóplatos mientras se aferra a mí. —*Sí* —gime con un placer cargado de dolor.

Manteniendo mis movimientos suaves, a pesar de esa necesidad palpitante de embestirla, empiezo despacio, dejando que sus jugos lubriquen mi miembro mientras entro y salgo de ella. Noto cómo sus músculos se relajan, cómo su cuerpo se aclimata a la extraña penetración, y a medida que su respiración se estabiliza, su tensión desaparece.

Soltando su pecho, dejo que mi mano baje más por su cuerpo, deslizándose bajo sus caderas para acariciar su trasero firme, y lo levanto para cambiar el ángulo, intensificando la forma en que me muevo contra su clítoris. Sora gime, y ahora su cuerpo se mueve conmigo mientras deja que sus instintos tomen el control. Ver cómo cae su contención, cómo el dolor se desvanece mientras encuentra su placer, es pecaminosamente excitante.

Está disfrutando de su primera vez y, Dios, yo la estoy disfrutando a ella.

En realidad, nunca pensé que me gustaría tanto. Pero verla descubrir su sexualidad, ser quien le abra los ojos a este mundo de placer sensual, me hace sentir jodidamente bien.

——¡Leo! —jadea, echando la cabeza hacia atrás, con su pelo oscuro desparramándose a su alrededor mientras sus dedos presionan con insistencia contra mis omóplatos.

Sé que está cerca porque su coño se aprieta a mi alrededor, haciendo que cada embestida sea más dura y exponencialmente más eufórica.

—Córrete para mí, Sora —digo con voz ronca, con los abdominales tensos por el esfuerzo de aguantar un poco más—. Córrete en mi polla como una buena princesita.

Sora grita mientras sus paredes sufren espasmos a mi alrededor, y el fluido de la excitación gotea por mi base mientras encuentra su liberación. Y mientras ordeña mi miembro erecto con una fuerza increíble, yo la sigo al olvido. Al ver el éxtasis escrito en su hermoso rostro y sentir cómo se desmorona a mi alrededor, ya no puedo contenerme más.

Con un gruñido, me hundo en ella y, con tres potentes embestidas, encuentro mi propio clímax, corriéndome tan fuerte que veo las estrellas. Sora jadea mientras derramo mi semen caliente en lo más profundo de su ser; sus ojos se abren de par en par mientras su coño aletea a mi alrededor una vez más, intensificándose sus espasmos finales en respuesta a mi orgasmo.

Madre mía.

La intimidad del momento, con nuestros cuerpos tan completamente entrelazados que puedo sentir cada onda de su placer en mi interior, me hace dar vueltas la cabeza. Sentir que me corría dentro de ella excitó a Sora, y solo saber eso me deja listo para el segundo asalto antes incluso de terminar el primero.

Respirando pesadamente, me quedo quieto dentro de ella, saboreando sus últimos latidos mientras permanezco enterrado en su calor.

—¿Estás bien? —murmuro, apartándole un mechón de la cara mientras la examino buscando cualquier rastro de miedo o dolor.

Sora suelta una risa entrecortada, un sonido que es música para mis oídos, y la sensación de ella apretándose a mi alrededor hace que mi polla, que empezaba a ablandarse, vuelva a la vida.

——Mejor que bien —dice—. No sabía que el sexo pudiera sentirse *así*.

Con una sonrisa de suficiencia, me inclino para rozar sus labios con un beso. —¿Así cómo?

——Así... bueno, alucinante, supongo. Siento que mis pensamientos están tan dispersos que nunca podré volver a reunirlos.

Eso me hace reír y le muerdo ligeramente el cuello, arrancándole un suave jadeo. —¿Qué esperabas? —le pregunto, con curiosidad por saber qué expectativas traía para esta noche.

Sora se ruboriza; su cuello adquiere un tono rosado delicado al sentirse avergonzada.

—Sora —insisto cuando no responde de inmediato.

—En realidad no lo sé —admite—. He... oído que eres un buen amante —confiesa, y su rubor se nota a través de la suave capa de maquillaje de sus mejillas—. Pero tu familia también tiene fama de ser algo brutal, y después de cómo empezaron las cosas entre nosotros...

Se me aprieta el pecho al ver por dónde va. Estaba esforzándome tanto por hacer que se echara atrás en el compromiso que no podía esperar que fuera otra cosa que desagradable.

—Pensé que no me querías, y he oído que no todas las mujeres encuentran el sexo placentero, así que...

—¿Y ahora? —murmuro, dejando un rastro de besos por su suave garganta.

——Ahora... quiero hacerlo otra vez.

La timidez con la que lo dice hace que se me ensanche el corazón, y mi polla se engrosa ante su entusiasmo.

—¿Correrme tres veces no ha sido suficiente, niña codiciosa? —bromeo, balanceándome lentamente dentro de ella.

Está tan mojada por nuestro clímax combinado que resulta fácil, y la fricción hace que la sangre bombee en mi miembro, que se endurece rápidamente. A Sora se le corta la respiración, intensificando mi excitación mientras sus pezones se endurecen contra mis pectorales.

Sé que la pregunta es un arma de doble filo, porque decir que es suficiente implicaría que no quiere más, mientras que admitir que no lo es la haría parecer codiciosa. Pero me gusta picar a Sora. Despierta un brillo en sus ojos que me prende fuego al cuerpo.

—Si quieres más, quiero oírte pedir permiso para correrte por toda mi polla como la niña codiciosa que eres. —Vuelvo a mecerme dentro de ella, espoleándola con un recordatorio de lo que ganaría si lo hiciera, y Sora gime, aunque sus ojos arden con un desafío silencioso.

—Dilo, *Cattiva* —susurro contra su piel con aroma a melocotón y jazmín—. Suplícame que te deje correrte otra vez y te llenaré con mi semen.

Sora se estremece violentamente, moviendo las caderas mientras jadea, y la tensión chisporrotea en el aire mientras aguanta un momento más. Con un gruñido bajo, le pellizco ligeramente el pezón

entre el índice y el pulgar, jugueteando con el duro relieve hasta que gime, y luego paso al otro.

—¡Por favor, Leo! —jadea.

—Dilo todo, princesa —le susurro al oído.

—Deja que me corra en tu polla otra vez —gime.

Es la cosa más sucia que estoy seguro de que Sora ha dicho jamás, y oír esas palabras salir de sus inocentes labios rosados me vuelve loco. Con un gemido, engancho sus rodillas con mis codos, separándole los muslos mientras subo sus tobillos cerca de mis hombros, doblándola por la mitad.

Y me hundo profundamente en ella, deleitándome con la forma en que grita de placer.

13

SORA

El aroma del ciprés y el limón me despierta suavemente mientras me acurruco contra la almohada que tengo al lado de la cara, y el pulso se me empieza a acelerar. Ni siquiera soy consciente del todo cuando una oleada de expectación me recorre y, mientras el alegre canto de un pájaro se filtra por la ventana anunciando que ya es de mañana, abro los ojos.

El lado de la cama junto al mío está vacío; la luz del alba entra por las persianas y se extiende sobre las sábanas desocupadas. Leo debe de haberse levantado ya y ha preferido no despertarme. Es la primera vez que me han dejado dormir hasta tarde desde que tengo uso de razón. Normalmente, me despiertan justo después del amanecer para cumplir con un estricto régimen de actividades diarias destinadas a mantener mi mente y mi cuerpo en forma para llevar una casa y ser una esposa adecuada.

Que me dejen a mi aire me resulta casi desconcertante... e intensamente liberador.

Con un suspiro de satisfacción, me pongo boca arriba y suelto un quejido cuando mis músculos doloridos me recuerdan los sucesos de ayer. La punzada constante entre mis muslos me calienta la piel al pensar en las actividades de anoche, que se prolongaron hasta altas horas de la madrugada.

Madre mía, Leo es increíble en la cama.

Si hubiera sabido que *eso* era lo que me esperaba en mi noche de bodas, puede que no me hubiera resistido tanto a la idea... ni hubiera estado ni mucho menos tan aterrorizada. Hoy me siento como una persona nueva —una mujer de verdad por primera vez— y un escalofrío de anticipación me recorre al pensar en qué otras cosas podrían sorprenderme gratamente de ser la esposa de Leo.

Estirando cada uno de mis doloridos miembros, salgo lentamente de la cama y me oriento en el espacioso baño privado que forma parte de las estancias de Leo. Anoche ni siquiera me molesté en desmaquillarme, algo que no ocurre nunca. Y hoy, mi delineador se asienta como pesadas ojeras bajo mis ojos. Tengo los labios hinchados y sensibles después de tantos besos, pero no me importa. Me deja con la sensación persistente de su boca presionada contra la mía, su lengua despertando un deseo profundo en mi vientre mientras se enredaba con la mía.

—Cálmate, Sora —me ordeno a mí misma, encontrándome en el espejo con unos ojos febrilmente brillantes—. Te estás comportando como una colegiala atolondrada. No es que sepa realmente cómo se supone que es eso, ya que me educaron en casa, pero es algo que mi madre me diría siempre que me entusiasmara demasiado con alguna noción romántica.

Voy hacia la ducha, la abro y entro en cuanto el agua sale caliente. El calor sienta de maravilla, eliminando los últimos restos de mi rigidez dolorida mientras limpia el sudor y el maquillaje de mi piel. Para cuando terminamos nuestra tercera ronda anoche, estaba demasiado cansada incluso para pensar en ducharme, pero ahora resulta inmensamente satisfactorio.

Cuando termino de asearme, salgo y me envuelvo el pelo con una toalla limpia, y otra alrededor del cuerpo mientras me familiarizo con la distribución de su baño. El personal de mi familia ya entregó todas mis pertenencias ayer, que han sido desempaquetadas en los

cajones, pero no me apetece maquillarme solo para bajar a desayunar.

Me rugen las tripas, recordándome lo hambrienta que estoy, y decido que ya me ocuparé del pelo más tarde, después de haber comido. Lo peino en una trenza sencilla sobre los hombros mientras aún está húmedo y luego me dirijo al vestidor para buscar algo que ponerme. Mi ropa también ha sido entregada y saco un vestido cruzado de verano ligero con delicadas flores amarillas estampadas sobre un fondo crema. Calzándome unas bailarinas negras, me echo un vistazo rápido para asegurarme de que estoy decentemente presentable.

Después me dirijo a las puertas que dan al pasillo.

De regreso hacia la casa principal, donde se encuentran el comedor formal y el salón principal, me doy cuenta de que no estoy del todo segura de adónde ir para desayunar. En una casa tan grande es fácil perderse —hecho que descubro bastante rápido— y, después de deambular en la dirección general que imagino que debo seguir durante unos buenos quince minutos, finalmente veo a una empleada del hogar para preguntarle.

—Perdone, ¿podría indicarme dónde se desayuna? —pregunto, con las mejillas ardiendo de vergüenza.

—Por supuesto, señora. Yo misma la llevaré —dice ella, cambiando de dirección bruscamente para mostrarme el camino.

—De verdad que no hace falta —insisto, aunque su respuesta respetuosa me hace sentir inmediatamente más como en casa.

—No es ningún problema —me asegura, girando por un pasillo diferente. Luego, abriendo unas puertas dobles, se hace a un lado y me hace un gesto para que entre.

El tintineo de los cubiertos contra los platos me informa de que he llegado, y murmuro un agradecimiento antes de entrar en la sala de desayunos, sintiéndome repentinamente ansiosa. Los cinco

hermanos Chiaroscuro ya están presentes, con don Augusta a la cabeza de la mesa, y ninguno de ellos levanta la vista del plato para reconocerme cuando entro.

Basándome en sus diversos niveles de progreso, asumo que el desayuno es más bien una comida de libre acceso, de comer en cuanto se llega, y me siento en la silla libre junto a Leo mientras observo en silencio los matices de sus interacciones para ver si he cometido algún error.

—¿Café, señora? —pregunta uno de los camareros en cuanto me siento.

—Oh, em, sí, por favor.

Vierte el líquido oscuro en la taza que ya esperaba en mi sitio y luego pregunta: —¿Qué desea que le preparemos esta mañana?

—¿Sabe el chef cómo preparar *tamagoyaki*? —pregunto.

El camarero no parece muy seguro. —Preguntaré.

—Si no, una tortilla de claras de huevo sería perfecto.

Con un asentimiento, el hombre desaparece y yo escucho la conversación que mantienen los Chiaroscuro a mi alrededor como si ni siquiera estuviera en la sala.

—No me importa si cree que está por debajo de usted. Quiero que usted y Miko estén en el intercambio de hoy para asegurar que todo vaya sobre ruedas. Esto allanará el camino para cómo podrían desarrollarse las interacciones comerciales en el futuro, y dado que es una nueva fuente potencial de ingresos, quiero saber que estamos haciendo todo lo posible para que funcione —declara don Augusta, con los ojos fríos clavados en Leo, que se tensa a mi lado.

—Bien —dice él con naturalidad, tomando otro bocado de fruta.

—Tengo los informes de ganancias del mes pasado —declara otro de los hermanos de Leo desde su asiento junto a Miko.

—Tráigalos a mi despacho después del desayuno. Quiero revisarlos antes de mi reunión de esta tarde. —Don Augusta lanza una mirada afilada hacia los gemelos al final de la mesa; uno de ellos está en una conversación susurrada con la hermosa rubia que tiene al lado, y su suave risita hace que el don frunza el ceño—. Raf, saca la cabeza de las nubes —ordena, y cuando ese gemelo vuelve la vista hacia la cabecera de la mesa, el don señala con un tenedor entre él y su viva imagen—. Sandro y tú tenéis que limpiar el lío del distrito irlandés. Estoy harto de oír hablar a los Murray. ¿Entendido? Quiero que se solucione. Hoy mismo.

—Sí, señor —murmura el gemelo que debe de ser Sandro, con el rostro tenso.

Me doy cuenta de que los Chiaroscuro funcionan más como un ejército o una empresa que como una familia y, aunque la dinámica no me resulta del todo extraña —mi familia es muy formal, mi madre distante, mi padre frío y autoritario como el don, mi hermano a veces incluso cruel—, aquí casi me siento invisible.

—Bien —continúa el don sin dedicarme ni una mirada—. En cuanto a poner en marcha los trámites para tu sucesión —dice, volviendo la vista hacia Leo—, organizaremos una cena para los miembros más prestigiosos de la Familia, para la que traeremos en avión al mismísimo *capo dei capi* de la patria con el fin de anunciar tus intenciones de tomar el relevo como Don en los próximos meses. Teniendo en cuenta que hizo un trabajo adecuado con la boda, tengo la intención de poner a tu mujer a cargo de la planificación, pero tú debes asegurarte de que se ciña a las tradiciones requeridas para un evento tan significativo.

Se me hiela la sangre cuando don Augusta finalmente posa su mirada en mí y, de repente, deseo que volviera a fingir que no existo.

—Si cree que está a la altura del desafío, querida —incluso el término afectuoso suena frío y poco acogedor cuando lo dice el don, y reprimo un escalofrío al asentir.

—Por supuesto —acepto, y un atisbo de sorpresa —quizá incluso de decepción— ante mi confianza cruza el rostro del don. Pero para esto me han criado, y estoy lista para dejar a un lado los problemas de nuestras familias y dar lo mejor de mí.

Después de lo de anoche siento que, aunque nuestros padres no puedan encontrar un deseo genuino de forjar una paz duradera, quizá Leo y yo sí podamos, a pesar de nuestro accidentado comienzo. Y quiero demostrar que estoy dispuesta ahora que he visto el potencial.

—Bien, entonces —consiente él, soltando su servilleta de tela y levantándose—. Gio, conmigo.

El que mencionó los informes de ganancias mensuales se levanta de su asiento y me sorprende cuando realmente me mira y asiente levemente en reconocimiento antes de que él también deje su servilleta sobre el plato sin terminar y se marche sin decir palabra.

¿Qué clase de dinámica familiar es esta?

Me da vueltas la cabeza cuando llega mi *tamagoyaki*, y agradezco que el chef supiera cómo prepararlo porque ese pequeño sabor a hogar me ayudará a situarme en mi extrañísimo nuevo hogar.

—Voy al gimnasio a terminar mi entrenamiento —dice Miko, levantándose con autoridad—. Sandro, ¿vienes?

El gemelo silencioso asiente, siguiéndole el ejemplo, y de repente, Leo y yo nos quedamos solos con el segundo gemelo, Raf, y su esposa. Creo que se llama Genevieve, pero nadie se ha molestado en presentarnos, y ahora mismo no parece el momento oportuno, ya que Raf la sienta en su regazo y empieza a besarla.

La muestra abierta de afecto me pilla desprevenida y el calor me sube a las mejillas mientras aparto la vista rápidamente, concentrándome en mi tortilla perfectamente enrollada. Leo come en silencio a mi lado y una sensación de hormigueo me hace querer mirarlo. Pero tengo la extraña sensación de que me está ignorando.

Incluso cuando su padre habló de que yo planificara la cena de su sucesión, no me miró, y trato de encontrarle sentido al cambio.

Para cuando termina de comer, yo solo voy por la mitad de mi plato, pero incluso cuando se levanta, no dice una palabra, ni siquiera para disculparse. Decidida a averiguar qué está pasando, me levanto yo también, dejando atrás mi comida para poder seguirlo al pasillo.

—Leo, espera —insisto, apresurándome para alcanzarlo mientras camina con paso firme por el corredor.

Sus pasos se ralentizan, gira la cabeza mientras me mira de reojo y suelta un suspiro de resignación que me hiere profundamente mientras se cruza de brazos para enfrentarme.

—¿Qué? —pregunta, con voz cortante.

—Yo... —la verdad es que no sé qué decir ahora que estamos solos. Sinceramente, no esperaba esta reacción después de lo de anoche —. Supongo que solo quería asegurarme de que todo va bien. Pareces… molesto conmigo. —Irritado sería más preciso, una sospecha que ya tuve en el desayuno, pero de la que ahora estoy segura al ver que ya parece aburrido de nuestra conversación.

—Mira, Sora. No sé qué ideas equivocadas te habrás formado en la cabeza después de lo de anoche, pero es bastante común que las mujeres, cuando pierden la virginidad, lo conviertan en algo más grande de lo que es. Así que vamos a dejar una cosa clara. No estamos enamorados, nunca lo estaremos. Eres mi esposa porque nuestras familias acordaron una alianza y firmamos un contrato. Me acostaré contigo porque es tu deber darme un heredero, pero por lo demás, estás aquí para llevar mi casa y que yo pueda centrarme en los negocios. ¿Entendido? No necesitamos fingir que somos amigos. De hecho, preferiría que no lo hiciéramos.

Leo ni siquiera espera una respuesta; se da la vuelta y se aleja a grandes zancadas, dejándome helada y sin palabras en el pasillo. No

podría haberme dejado más impactada ni aunque me hubiera dado una bofetada.

Parece que la fase de luna de miel ha terminado y, a medida que mi fría nueva realidad se asienta, no puedo evitar el temblor que sacude mi cuerpo.

Debería haberlo sabido; nunca hay que confiar en un Chiaroscuro.

14

LEO

Una amarga frustración me sube como ácido por la garganta mientras me alejo de Sora. Su expresión de asombro mezclada con un dolor evidente se siente como una puñalada en el estómago. Pero no podía mirar la esperanza en sus ojos y prometerle nada del amor o la devoción que pudiera merecer.

Nunca debí haberle dejado pensar que podría hacerlo.

Pero por una noche bendita, permití que mis fantasías me dominaran y caí de lleno en el delirio de que, como mi esposa, Sora podría ser completamente mía. Que podría protegerla de algún modo del conflicto entre nuestras familias que sabía desde el principio que nunca llegaría a su fin mediante un matrimonio sin sentido.

No he tardado nada en arrepentirme de todo lo que he hecho. Empezando por el momento en que elegí no despertarla antes de salir de nuestra habitación esta mañana. Se veía tan tranquila que no quise molestarla después de haberla tenido despierta media noche. Así que, en su lugar, salí con sigilo para buscar algo de desayuno que pudiera llevar a la cama para los dos.

—Parece que estás de un humor excepcionalmente agradable —observó Miko con ironía en cuanto nos cruzamos—. No pude evitar

sonreír al pensar en Sora, tumbada desnuda en mi cama, esperando mi regreso.

Tenía planes para su mañana. Empezando por una comida que terminaría con ella como postre. Solo que aún no lo sabía. Estaba tan perdido en las nubes que casi me choco con mi padre antes de darme cuenta de que me estaba observando, con un frío desdén grabado en su rostro.

—Te veremos en el comedor, Miko —dijo—. Necesito hablar con mi heredero.

Mi heredero. Siempre ha tenido una forma de decirlo con sarcasmo, como si ya estuviera seguro de que no voy a estar a la altura de tan gran honor y, al mismo tiempo, como si Miko nunca pudiera *soñar* con merecer tal título.

Se me revuelven las entrañas al pensar en la mirada de su rostro, la condescendencia con la que se rebajó a recordarme un hecho que yo ya debería haber sabido.

—Quítate esa cara —me espetó—. Se supone que la chica Tanaka es una herramienta para que podamos manipular al Tanaka-kai, no un regalo de cumpleaños para tu disfrute, ni una mujer por la que debas desarrollar *sentimientos*.

La forma en que pronunció esa palabra, «*sentimientos*», como si fuera un concepto repugnante, todavía me irrita, porque no le faltaba razón. Mi atracción por Sora ha empezado a afectar a mis emociones y, tras lo de anoche, estoy peligrosamente cerca de sentir algo más que deseo por ella.

—Quiero que la doblegues a tu voluntad —ordenó—. No quiero otro informe que diga que te has pasado la noche haciendo que grite tu nombre. No es tu juguete sexual y, definitivamente, no está aquí para que juegues a ser Casanova. ¿Entendido? Tiene que comprender que tú eres su amo, que está aquí para satisfacer *tus*

necesidades. De lo contrario, no nos sirve de nada, y aceptar esta alianza ha sido una pérdida de tiempo.

Rechinando los dientes, abro de golpe las puertas de mi suite, imaginando que son mi padre, contra quien deseaba fervientemente arremeter en aquel momento. Pero no lo hice, y ahora tengo que vivir con las consecuencias.

Siento cómo las limitaciones de mis obligaciones familiares se cierran a mi alrededor, guiándome de nuevo por el camino de mi vida. Por una noche bendita, pude fingir que era otra persona, un hombre que acababa de reclamar el premio más preciado del mundo.

Pero bajo la fría luz del día, Sora solo es una marioneta más en un hilo, y yo soy el titiritero que debe hacerla bailar.

Sora no ha vuelto a nuestros aposentos para cuando estoy listo para marcharme quince minutos después. No tengo un interés especial en quedarme para evaluar su reacción a mi declaración anterior. Así que me dirijo al gimnasio de casa, donde sé que encontraré a Miko y Sandro entrenando. Es parte de su rutina diaria, y la razón por la que Sandro se ha convertido en uno de los luchadores más letales en los cuadriláteros de boxeo irlandés sin guantes. Miko sabe lo que hace cuando se trata de combate cuerpo a cuerpo.

—Miko —ladro mientras abro las puertas de par en par, entrando en el amplio gimnasio que ocupa unos generosos trescientos metros cuadrados del sótano.

Las colchonetas de lucha chirrían bajo mis zapatos de vestir mientras las cruzo de camino al cuadrilátero. Miko detiene la sesión de inmediato, bajando la guardia porque ha sido entrenado para seguir cada orden que le doy, pero Sandro es un bastardo violento que no sabe contenerse y, antes de que Miko pueda volver a subir la guardia, el puño de Sandro conecta con la mandíbula de nuestro hermano.

—¡Sandro! —le recrimino, con una pizca de remordimiento retorciéndose en mi interior porque sé que es culpa mía, aunque no esperaba que eso ocurriera.

Pero Miko se ríe mientras se limpia la brecha en el labio. —Buen golpe —le alaba, chocando el puño con Sandro mientras nuestro hermano menor baja las manos.

—Preparaos. Nos vamos —le ordeno a Miko—.

—¿Ya? Pensaba que habías dicho que te tomarías la mañana con calma.

—He cambiado de opinión. Ahora, sal del ring y vámonos.

Sandro va a por una toalla para secarse el sudor de la frente mientras Miko separa las cuerdas y salta al suelo.

—Está bien, está bien. No te pongas hecho una fiera. Estaré listo en diez minutos.

—Estaré en el coche. Nos llevamos el Corvette.

—Claro que sí, jefe —dice Miko con una sonrisa burlona, porque sabe que me saca de quicio cuando me llama así.

Pasan quince minutos hasta que abre la puerta del copiloto y encaja a regañadientes su enorme complexión en el asiento a mi lado. Odia no ser él quien conduce, pero yo necesito desahogarme.

—Dijiste diez —me quejo mientras meto la marcha y hago saltar la grava de los escalones delanteros de nuestra casa al derrapar para enfilar el camino de entrada.

—¿Qué demonios te ha dicho el don? —pregunta Miko—. Has estado hecho un imbécil integral desde que has bajado a desayunar.

—Si se supone que debías saberlo, te habría dejado quedarte —afirmo con rotundidad, con la mirada fija en el tramo de carretera mientras nos dirigimos hacia el distrito de almacenes abandonados en el extremo sur de los límites de la ciudad de Chicago.

Se extiende una larga pausa entre nosotros antes de que Miko vuelva a hablar. —Bien. ¿Cuál es el plan con Kenji? ¿Cuentas con que hoy coopere de verdad?

—Ni de broma, pero deja que me encargue yo. Hasta que empiece algo, vamos a fingir que esta alianza va a resolver el problema milagrosamente.

Por el rabillo del ojo, veo a Miko asentir, y de nuevo nos quedamos en silencio mientras miro por el espejo retrovisor. Tres de nuestros coches me siguen, asegurando que no estaremos solos si las cosas se tuercen. Algo que no debería ocurrir. Hoy se trata de poner a prueba nuestra nueva cadena de comunicación en una ruta comercial que se supone que transportará droga desde nuestros contactos en el sur con los aliados del Tanaka-kai en Nueva York. Si todo va bien, mi padre prevé una lucrativa fuente de ingresos, teniendo en cuenta que esos aliados del norte tienen también una sólida conexión a través de la frontera canadiense.

Por supuesto, eso depende de si Kenji está dispuesto a portarse bien y, mientras mi padre mantiene la ilusión de que Tatsuo todavía tiene control sobre su hijo, yo estoy bastante seguro de que Kenji piensa que puede hacer lo que le dé la gana.

Hoy descubriremos quién tiene razón.

Desde luego, después de nuestra conversación de esta mañana, espero que mi padre la tenga por una vez. Porque si no es así, la expectativa clara es que me aproveche de la cooperación de Kenji usando a Sora si es necesario. Y después de lo de anoche, tengo menos ganas de hacerlo que nunca.

—Kenji —le saludo nada más bajar del coche, porque ya está aquí esperando, a pesar de que hemos llegado casi media hora antes de la hora de entrega acordada. Tras abrocharme el botón superior de la chaqueta del traje, abro los brazos en un gesto de bienvenida y observo la anodina fachada del almacén que ha elegido para la

entrega—. Es un honor que haya venido personalmente para nuestra primera operación.

—Chiaroscuro-san —dice, restregándome el tratamiento más formal como si no supiera que está sugiriendo que soy un irrespetuoso por no hacer lo mismo con él—. Solo quería asegurarme de que te traten como al *estimado* socio comercial que es para nosotros —dice, entrecerrando los ojos mientras sus labios se curvan en una sonrisa burlona.

—Por favor, llámeme Leo. Al fin y al cabo, ahora somos hermanos —le digo, tomando su mano y dándole una palmada en el hombro—. Me ofenderé si no lo hace.

Nuestro mundo es una partida de ajedrez, con capas y capas de códigos y comunicación tácita que significan más para nosotros de lo que significarían para el mundo corriente. Un insulto en el mundo de la mafia podría acabar con la vida de un hombre en un instante. Un simple malentendido podría desencadenar una guerra. Y con Kenji, sé que solo está buscando una excusa para enfrentarse a mí. La ha estado buscando desde el día en que ocupó su trono. Es así como pretende foguearse y demostrar que su control sobre Chicago es tan poderoso como el nuestro. La diferencia es que yo tengo una familia que respalda mi poder, un derecho que hemos tenido sobre la ciudad durante generaciones.

Su padre dio a conocer el nombre de la Yakuza en Chicago, pero Kenji es demasiado arrogante para reconocer a qué se enfrenta, demasiado sediento de sangre para ver que se ha metido en un terreno que le sobrepasa. Sospecho que por eso Tatsuo intervino para negociar una alianza con nosotros usando a Sora.

—Me sorprende que conozca la palabra —dice Kenji a la ligera mientras nos guía al interior del almacén.

Puedo sentir la tensión de Miko detrás de mí, con la mano metida por dentro de la chaqueta, listo para sacar sus cuchillos arrojadizos ante el primer signo de problemas. Le hago un gesto sutil para que

mantenga la calma. No es que mi hermano adoptivo haya sido nunca otra cosa que un hombre sensato. Es la persona más disciplinada que conozco, frío y calculador incluso en las circunstancias más terribles, pero sabe cuánto odio al Tanaka-kai, y ambos sabemos lo probable que es que Kenji intente algo que no debe.

—¿Qué palabra, «hermanos»? —bromeo, sabiendo perfectamente que no es esa la que él señala—. Ya tengo cuatro, así que espero haber entendido el significado a estas alturas.

Kenji se limita a resoplar, con el desdén mal velado tras su expresión impasible, y noto con ligero interés que su hermana es mucho mejor ocultando sus verdaderos sentimientos. Quizá ella habría sido mejor oyabun, si a las mujeres se les permitieran tales cargos de poder en nuestro mundo. Pero por lo que tengo entendido, eso es tan improbable en el sindicato japonés como lo es en la mafia italiana.

—Acabemos con esto de una vez —sugiere Kenji, deteniéndose ante sus hombres, que se harán cargo de la droga que vamos a entregar.

—Teniendo en cuenta que ambos estamos aquí antes de la hora prevista, tendrá que tener algo de paciencia, *hermano* —digo, sonriendo para enmascarar la animosidad de mi tono.

Kenji me observa, con mirada altiva y las cejas arqueadas hacia el nacimiento del pelo. —Típico. Los hermanos Chiaroscuro vienen sin estar preparados y esperan que el resto del mundo se adapte a ellos.

A mi lado, Miko se eriza, tensando los hombros mientras se pone a la defensiva. De nuevo, le hago un gesto para que se retire y me giro para encarar a Kenji por completo, levantando la barbilla mientras le miro desde mi superior estatura.

—Por si lo has olvidado, desde ayer, he pasado a poseer un *diamante japonés* muy poco común. Y no me importa usarla para

ponerte en tu sitio, Tanaka —le digo con frialdad, abandonando el fingimiento de civilidad.

Alguna emoción cruza el rostro de Kenji más rápido de lo que puedo leer, y luego desaparece, reemplazada por una indiferencia engreída. —No te atreverías —afirma con seguridad.

Encogiéndome de hombros, miro hacia las puertas de carga por donde nuestros camiones deberían entrar en breve. Y a medida que el silencio se alarga, puedo sentir cómo Kenji empieza a inquietarse.

—Por cierto —digo con desenfado—, mi familia ofrecerá una cena para el *capo dei capi* el próximo mes, más o menos. Tu hermana será la encargada de planificar el evento. Como parte de nuestra familia ahora, tú y tus padres están invitados a asistir, por supuesto —añado—. Estoy seguro de que querrá ver lo que tengo planeado para esa noche.

La mandíbula de Kenji se tensa ante la amenaza velada, y sus aletas de la nariz se dilatan mientras sopesa su mejor contraataque. Pero antes de que pueda articular palabra, el sonido de los motores ruge más cerca y aparecen tres camiones de gran tonelaje, cargados de mercancía.

15

SORA

Si había esperado que la familiaridad con la familia Chiaroscuro ayudara a romper el hielo, estaba muy equivocada. Durante mi primera semana como esposa de Leo, mis expectativas sobre mi nueva vida han caído en picado, lo cual es impresionante, teniendo en cuenta lo bajas que ya eran de por sí. Aunque no me importan las responsabilidades que Don Augusta me ha encomendado sobre la gestión del hogar, nunca me he sentido más sola.

El don es un hombre frío y poco acogedor que parece considerar a las mujeres —o al menos a mí— más como una sirvienta a la que hay que mantener ocupada que como un activo o un miembro de la familia. No es que me importe. Es mejor que estar sentada esperando a que Leo me dé alguna señal de afecto. Cosa que ahora me doy cuenta de que nunca va a suceder.

Los hermanos de Leo son ligeramente más acogedores. Hasta ahora, me ignoran en su mayor parte, y mientras me siento en la biblioteca, donde me he instalado para encargarme de la planificación de la cena de sucesión de Leo, me estremezco violentamente al pensar en la alternativa. Aunque las comidas son el único momento en que mis pasos se cruzan realmente con los de los gemelos, y el hermano mediano de Leo, Gio, parece propenso a ir a lo suyo, tuve un encuentro muy breve con Miko uno de los primeros días de vivir en

mi nuevo hogar, y todavía se me pone la piel de gallina cuando lo recuerdo.

Había ido a buscar a Leo para hacerle una pregunta sobre la cena de sucesión que me han encargado organizar. Pero cuando miré en su enorme garaje, me encontré con Miko trabajando en un precioso coche deportivo clásico. Vestido de manera informal con una camiseta de tirantes blanca y vaqueros bajos, Miko lucía sus tatuajes con motivos demoníacos a la vista, coloreando cada centímetro de sus brazos y pecho descubiertos. Parecía medio salvaje, con sus rizos oscuros alborotados y sus músculos brillando por el sudor y manchados de negro por el aceite de motor.

Algo en el coloso que es el hermano adoptivo de Leo me ha intimidado desde el primer día. Tal vez sea el cálculo frío de sus ojos azul eléctrico o el hecho de que parece tan letal como he oído que es con los cuchillos. Quizá sea simplemente su tamaño, ya que domina a todo el mundo, superando incluso a Leo por varios centímetros.

Cualquiera que fuera la razón de mi intimidación instintiva, no había encontrado el valor para hablar con él directamente antes de verlo en el garaje aquel día. Casi no lo hice tampoco entonces, aunque me pareció de mala educación irme sin al menos saludarlo, a pesar de que él estaba haciendo un trabajo impresionante ignorándome.

Mordiéndome el labio, consideré escabullirme antes de que se diera cuenta. Entonces, sin previo aviso, se enderezó, metió la mano en el bolsillo delantero de sus vaqueros y, con la rapidez del rayo, se giró y lanzó lo que quiera que tuviera en mi dirección.

Ahogué un grito, incapaz de reaccionar de ninguna forma útil, y me tapé la boca con las manos para contener un alarido mientras miraba la navaja automática vibrando en el marco de la puerta a menos de un palmo de mi cara.

Miko gruñó. —Has sido tan silenciosa que pensaba que eras Sandro —fue lo único que dijo.

—L-lo siento —tartamudeé, aunque no sé por qué sentía la necesidad de disculparme cuando acababa de lanzarme un cuchillo —. Solo buscaba a Leo. ¿Sabes dónde está?

Dándome apenas una mirada de reojo mientras volvía a los entresijos de su coche, Miko sacudió la cabeza. —No. —Esa parecía ser la única respuesta que iba a obtener.

—Entonces te... te dejo con lo tuyo —dije sin aliento, retrocediendo tan rápido como pude.

Desde ese día, no he sido lo suficientemente valiente ni siquiera para mirar a Miko a los ojos durante el desayuno.

Genevieve, la mujer de Raf, parece ser la única dispuesta a reconocer mi presencia, y es agradable tener un rostro femenino amable en esta casa extrañamente hostil. Se ofreció a ayudarme con la planificación de la cena, aunque no parece saber absolutamente nada sobre la organización de un evento así. Pero agradezco el apoyo... y la compañía.

Sin embargo, incluso Genevieve parece dudar antes de bajar la guardia por completo conmigo.

Leo es el peor de todos, pasando del calor al frío, cambiando de humor en un instante. Nunca sé qué esperar cuando estoy con él. Durante el día, fluctúa entre fingir que no existo e intercambiar comunicaciones educadas que me hacen sentir más como una secretaria que como su esposa. Pero por la noche, cuando las luces están apagadas —o a veces de forma inesperada si me pilla en la ducha o en la bañera—, es como si no pudiera quitarme las manos de encima.

No tiene nada que ver con nuestra primera noche juntos. En nuestra noche de bodas, fue paciente e íntimo, casi como un maestro que me educaba sobre las cotas que podía alcanzar mi placer. Ahora, cuando me lleva a la cama, lo hace con una pasión voraz que roza la ira. Ese toque suave de la noche en que tomó mi virginidad ha

desaparecido, reemplazado por un calor ardiente que amenaza con consumirme. Aun así, no puedo negar que me gusta. Incluso el roce más simple hace que lo desee, y cuando acaba conmigo por la noche, siempre quedo satisfecha. Pero nuestra falta de una conexión emocional más profunda ha dejado un vacío en mi estómago.

Suspirando, me desplomo contra el respaldo de mi silla en la biblioteca, mirando la hoja de cálculo que he elaborado para la fiesta de sucesión de Leo. Los planes están casi todos listos, lo que significa que tendré que encontrar otra forma de ocupar mi tiempo. Me gusta planificar eventos. Es un desafío creativo en el que siempre he destacado: combinar la política de a quién invitar con los detalles de la comida, las bebidas, la decoración y el entretenimiento que puedan gustar a la lista específica de invitados. Este ha sido un poco más complicado, ya que estoy menos familiarizada con las tradiciones italianas, pero Leo me dio suficientes bases como para estar al menos segura de que no cometeré errores garrafales, y he incluido todas las tradiciones necesarias. Solo tengo que decidirme por un plato principal para la cena que sea bien recibido.

La puerta de la biblioteca se abre de repente, haciéndome dar un salto cuando golpea la pared que hay detrás. Choca con fuerza suficiente para rebotar, lo cual es impresionante, considerando el peso del roble macizo.

Para mi sorpresa, el hermano de Leo, Giovanni, entra en la habitación, con el ceño fruncido mientras mira con aire sombrío el libro de aspecto pesado que tiene abierto en una mano. Es un tomo grueso, probablemente algo relacionado con el derecho tributario, si tuviera que adivinar por su encuadernación en cuero, las letras doradas en el lomo y mi conocimiento muy básico de lo que Gio hace para la familia Chiaroscuro.

Está a mitad de la habitación antes de darse cuenta de que no está solo, y cuando levanta la vista para encontrarse con la mía, sus pasos se ralentizan. Me arden las mejillas al darme cuenta de que lo he estado observando durante más tiempo del que sería educado,

pero es la primera vez que tengo la oportunidad de mirar bien al hermano mediano de los Chiaroscuro.

En muchos sentidos, Gio se parece lo suficiente a Leo como para ser su gemelo. Ambos son altos, morenos y musculosos, con orgullosas narices romanas. Gio lleva el mismo tipo de trajes italianos perfectamente cortados que le dan un aspecto profesional y elegante a la vez.

Pero a diferencia de los ojos color chocolate oscuro de Leo, los de Gio son de un color miel claro, casi dorados. Lleva el pelo un poco más largo y descuidado, como si dejara que el cabello decidiera cómo quiere caer ese día y no usara productos para domarlo. Aunque no es tan salvaje como los rizos de Miko, no está peinado a la perfección como el de Leo; es natural y le hace parecer un poco más suave.

De hecho, todo en Gio parece un poco más suave que en sus hermanos mayores. No más débil, en absoluto, solo... más amable. Su mirada, el gesto de su mandíbula, la forma en que mantiene los hombros... es, con diferencia, el menos intimidante de los hermanos de Leo. Incluso me atrevería a decir que es acogedor, aunque se mantenga mucho tiempo al margen. Hasta sus labios parecen mantener un atisbo de sonrisa, como si no supiera que lo están haciendo.

—Lo siento. No sabía que había alguien aquí. —Mira a su alrededor, como para ver si se le ha pasado alguien más.

—No pasa nada. Estaba terminando algunos detalles para la cena del anuncio de la sucesión de Leo —le aseguro, cerrando mi portátil.

Gio asiente con complicidad. —¿Qué tal va eso?

La pregunta me pilla desprevenida, ya que ninguno de los hermanos ha mostrado interés alguno en conocerme esta última semana. —Oh, um. Bien, la verdad. Creo que lo tengo todo bastante atado. Solo intento decidirme por un plato principal para la cena. Para serte

sincera, no estoy del todo familiarizada con la cocina italiana o con lo que el *capo dei capi* podría considerar aceptable para una buena comida.

—Pierna de cordero —dice sin dudar—. A Don Parelli le encantan, y Aldo cocina unos medallones de cordero increíbles.

Después de la semana que he pasado, me quedo asombrada por su disposición a ayudar. —Gracias.

No estoy del todo segura de si debería confiar en él. La absoluta falta de bienvenida me ha dejado en guardia, pero cuando Gio me dedica una sonrisa genuina, es imposible ser suspicaz.

—De nada —dice, cerrando su libro de un golpe y dando un paso hacia la estantería a la que se dirigía.

Animada por el cortés intercambio, encuentro el valor para poner a prueba nuestra relación un poco más, esperando que su amabilidad se extienda más allá de las opciones de comida.

—¿Te puedo preguntar una cosa? —digo, levantándome de la silla para acercarme a él.

—Claro. ¿Qué pasa?

De nuevo, percibo una sensación de aceptación abierta por parte del hermano menor de Leo, y respiro hondo antes de continuar, esperando no cabrearlo con mi siguiente pregunta. —¿He hecho algo para fastidiar las cosas... con tu familia?

—Bueno, tu familia y la nuestra no son conocidas por llevarse bien, ¿verdad? —dice divertido, con los labios curvados en una suave sonrisa.

—Bueno, no. Supongo que no. Es que no tengo la sensación de que... ¿sabes qué? Olvídalo. —Ahora que he empezado a decirlo en voz alta, mencionar cualquier cosa a Gio me hace sentir como si me estuviera quejando de su familia con él—. Olvida que he dicho nada.

—No somos el grupo más acogedor, ¿verdad? —dice, con sus ojos miel llenos de disculpa.

—Es que tengo la sensación de que todo el mundo está enfadado conmigo. Sandro y Raf no me han dirigido la palabra. Genevieve ha sido increíblemente servicial, pero no tengo la sensación de que confíe en mí. El otro día Miko me tiró un cuchillo...

—¿Qué hizo *qué*? —exige Gio, y su calma agradable se intensifica de repente.

Vaya. —Quiero decir, no creo que *pretendiera* tirármelo a mí. Fui a buscar a Leo al garaje. Dijo que pensaba que era Sandro.

Los hombros de Gio bajan un centímetro mientras pone los ojos en blanco. —Esos dos son idiotas cuando están juntos. Estoy convencido de que Raf es la única razón por la que Sandro sigue vivo a estas alturas. No te lo tomes como algo personal. Sinceramente, todos somos un poco asilvestrados de una forma u otra. No tenemos mucha influencia femenina en nuestras vidas... a menos que cuentes a Genevieve, que apareció en escena hace menos de un año. Y pasa la mayor parte del tiempo distrayendo a Raf.

—¿Qué le pasó a vuestra madre? —pregunto, y la pregunta sale de mis labios antes de que me dé cuenta de lo grosera que puede sonar—. Si no te importa que pregunte —añado rápidamente. Toda una vida de lecciones sobre cómo ser civilizada y parece que ya he perdido el hilo de una tan importante como no ser entrometida.

Pero Gio no parece ofendido por la pregunta. —Murió al dar a luz a los gemelos, así que nos criaron sobre todo niñeras. Y nuestro padre siempre ha estado más obsesionado con el poder y el control que con ser educado... por si no te habías dado cuenta.

Me cuesta un esfuerzo considerable no soltar un bufido de asentimiento. Las acciones del don hablaban por sí solas antes de

que yo pusiera un pie en esta casa, pero presenciándolo de primera mano después de una semana, sé perfectamente de qué habla Gio.

—El personal siempre ha sido bueno con nosotros, pero cada vez que el don pensaba que nos estaban mimando, despedía a esa persona por involucrarse emocionalmente demasiado. Decía que eso nos haría débiles.

—Eso suena a una infancia muy solitaria —observo, y explica mucho sobre su comportamiento casi hostil. Los hermanos Chiaroscuro han sido entrenados para esperar desapego y falta de permanencia, especialmente cuando se trata de mujeres. Pero Gio parece... menos así. Va a lo suyo, claro, pero no me hace sentir que estorbo. De hecho, se ha molestado en conectar conmigo hoy—. Entonces, ¿cómo es que tú has acabado siendo amable cuando todo el resto de los Chiaroscuro parecen rozar la sociopatía? —bromeo, aunque cuanto más aprendo sobre la dinámica de su familia, más curiosa me vuelvo.

Gio suelta una risita baja, y luego su expresión cambia; sus hombros caen, sus cejas se juntan y las comisuras de sus labios se curvan en una sonrisa triste. El profundo dolor que llena sus ojos hace que se me encoja el corazón.

—Tuve a una mujer excepcional una vez —dice en voz baja—. Me enseñó mucho sobre lo que significa ser un hombre.

—¿Qué le pasó? —murmuro, percibiendo que su pérdida es todavía una herida abierta.

—La mataron hace mucho tiempo —dice, bajando la mirada al libro encuadernado en cuero que tiene en las manos—. Pero nunca dejé de amarla. Ella formó al hombre que soy hoy. Tengo mucho que agradecerle.

Se me oprime el pecho ante la tristeza que emana de Gio en oleadas. No deseo nada más que acercarme a él, pero eso sería inapropiado.

—Creo que tú podrías hacer lo mismo por Leo —dice de repente, levantando de nuevo su mirada color miel para encontrarse con la mía. Y la luz en sus ojos es amable y cálida—. Puede que sea un capullo a veces, pero le importa todo mucho más de lo que le gustaría admitir.

El calor me sube a las mejillas mientras me pregunto si se refiere a que yo le importo a Leo o el mundo en general. Sea como sea, por mucho que me gustaría creerle, no estoy tan segura de que sea cierto. En todo caso, Leo parece odiar al mundo, y a mí más que a nadie. Pero agradezco el apoyo de Gio y el hecho de que me conceda la misma estima que tiene por esa mujer de la que se enamoró tan profundamente.

—Gracias, Gio. De verdad. Eres la primera persona con la que he sentido que podía hablar por aquí, y significa mucho para mí.

Gio se ríe mientras estira la mano para darme una palmadita en el hombro. —No puedo prometerte que se vuelva más fácil, pero ahora eres de la familia. Si necesitas algo, dímelo.

Suelto una risa de alivio y sonrío por lo que me parece la primera vez en meses.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

Toda la tensión que había abandonado mi cuerpo regresa de golpe, y se me tensan los hombros mientras me giro lentamente para encontrar a Leo de pie en el umbral de la biblioteca, con los ojos marrones encendidos y una expresión tormentosa.

—Gio y yo solo estábamos hablando, conociéndonos un poco —digo, con la ansiedad burbujeando en mi interior porque la explicación no parece calmar la ira de Leo.

—Pues no lo hagáis —gruñe, desviando la mirada hacia Gio—. Si quieres una esposa, hermano, búscate la tuya.

—No era nada de es...

—Ve a nuestra suite, Sora —me ordena, cortándome—. Me ocuparé de ti en cuanto termine de intercambiar unas palabras con mi hermano pequeño.

Oh, Dios, ¿qué he hecho?

Miro con temor hacia Gio, que me dedica un breve asentimiento, pero eso solo altera más a Leo.

—¡Vete! —ruge, y casi salto de mi propia piel.

Con el corazón en la garganta, salgo corriendo de la habitación, con los pies llevándome hacia nuestra ala de la casa mientras mi mente grita que debería largarme de aquí de una maldita vez.

16

LEO

Sé que no pasaría nada entre Gio y Sora ni en un millón de años. Para empezar, ella no parecía estar flirteando abiertamente con él, pero sé que Gio nunca cruzaría esa línea. No solo es el único Chiaroscuro en posesión de una brújula moral sólida, sino que también sé que sigue enamorado de Stephanie, a pesar de que ella se fue hace casi ocho años. La mayoría de los días, siento lástima por él.

Pero me irrita verlo entablar una conexión más amistosa con mi esposa de la que yo he desarrollado; incluso si yo he tenido la oportunidad pero elegí mantener las distancias.

—Tienes que dar un paso atrás, Gio —le advierto con tono sombrío, apretando los puños mientras me esfuerzo por mantener bajo control mi famoso temperamento italiano.

—No puedes hablar en serio —dice él; su calma no hace más que avivar las llamas de mi ira.

—Si hubiera querido que mi mujer tuviera confianza con mis hermanos, creo que me habría asegurado de ello, ¿no te parece? —afirmo.

—Entonces, ¿preferirías que se sintiera completamente aislada en su nuevo hogar? Este lugar ya es bastante parecido a una prisión, Leo.

No tienes por qué hacerla más desdichada de lo que ya debe de ser viviendo con esta familia.

El tono de Gio es suave, pero arquea las cejas con esa expresión que pone cuando intenta explicar algo obvio, y mi irritación se dispara mientras aumenta la tensión entre nosotros. Me pasa por la cabeza la idea de descargar mi frustración creciente contra Gio. Necesito alguna forma de dar salida al calor explosivo que se ha estado gestando en mis venas desde el sermón de nuestro padre la mañana después de mi boda, y Gio sería un saco de boxeo bastante satisfactorio. Siempre ha sido el pacificador, el que está dispuesto a desvivirse por la familia, y es en momentos como este cuando mi sensato hermano menor me hace sentirme más impostor.

Si Gio fuera el heredero Chiaroscuro, no tengo duda de que gestionaría un matrimonio concertado con cierto decoro. Aceptaría sus responsabilidades sin rechistar y estaría dispuesto a hacer los sacrificios necesarios para mantener a nuestra familia a flote. Mientras tanto, yo he considerado seriamente dejarlo todo casi a diario. Y saber lo poco que doy la talla solo hace que me sienta más resentido con Gio.

Sé que es irracional. Y autodestructivo. Mis hermanos son los únicos que me apoyan en este mundo. Aunque mi padre afirme que él también lo hace, no les faltaría al respeto poniendo al don en la misma categoría. Puede que esté listo para entregarme su imperio, pero lo hace porque le importa su legado. No yo.

Aun así, no parezco capaz de calmar mi frustración con Gio cuando ha conseguido desarmar las defensas de Sora con tanta facilidad. —Solo... limítate a lo tuyo —gruño, golpeando con el dedo la parte trasera de su libro para que este choque contra su pecho.

Luego doy media vuelta y salgo furioso de la biblioteca para buscar a Sora.

Noto que ha estado caminando de un lado a otro en cuanto entro en nuestros aposentos, aunque se detiene para girarse hacia la puerta

mientras la cierro con un golpe seco.

¿Has disfrutado flirteando con mi hermano? —me mofo, buscando pelea mientras cruzo la habitación hacia ella.

—Yo no estaba...

—¿No? —pregunto, enredando los dedos en su pelo, que hoy lleva largo y suelto, y tirando de él con la fuerza justa para que tenga que echar la cabeza hacia atrás y mirarme mientras cae contra mi pecho.

Ella ahoga un gemido de sorpresa cuando nuestros cuerpos se juntan, y apoya las palmas en mis pectorales mientras me mira con furia.

—Mírame a los ojos y miénteme —la desafío, mientras mi polla tiene un espasmo al cobrar vida una tensión eléctrica entre nosotros.

—Eres un capullo —sisea ella, empujándome el pecho, pero mi brazo alrededor de su cintura significa que no va a ir a ninguna parte... y yo tampoco. —No eres capaz de dedicarme cinco palabras seguidas, pero cuando por fin consigo tener una conversación decente con un miembro de tu familia, ¿me acusas de *flirtear*?

—Y ahora no lo estás negando —señalo, obligándola a retroceder hacia la cama.

—*No* estaba flirteando —dice ella.

—¿Solo intentabas darme celos, entonces? —contraataco, deteniéndome justo antes de que la parte posterior de sus rodillas toque el colchón.

La sorpresa cruza el rostro de Sora y sus ojos se oscurecen, despertando a la bestia en lo más profundo de mi ser.

—¿Lo estás? —pregunta ella—. ¿Celoso?

—Eres mía, Sora. Tú misma dijiste las palabras el día que te puse este anillo en el dedo —afirmo, atrapando su mano para levantar su anillo de bodas ante sus ojos—. Te entregaste firmando con sangre.

Y ya que no pareces entender exactamente qué significa eso, voy a enseñarte.

—¿Enseñarme? —repite ella, con las mejillas encendidas.

Sora no se ha maquillado desde el día de nuestra boda, y su belleza natural es peligrosamente seductora. Sin esa capa, sus emociones son más fáciles de leer; una forma en la que he llegado a conocerla mejor aunque ella no se dé cuenta. Me encanta el color suave que inunda sus mejillas cuando está enfadada o avergonzada.

Si tuviera que adivinar, ahora mismo es una mezcla de ambas cosas porque sé que odia que cuestione su integridad, y es deliciosamente tímida cuando se trata de hablar de su *educación*, un concepto que le he enseñado meticulosamente a asociar con el sexo, porque noto que la excita. Le gusta aprender las distintas formas en que puedo darle placer casi tanto como a mí me gusta enseñarle.

—Sí, enseñarte qué pasa cuando intentas darme celos —digo con tono sombrío, dándole un tirón suave al pelo antes de soltarla—. Ahora, inclínate y súbete el vestido hasta la cintura. —Hago un gesto con la cabeza hacia la cama, indicando dónde espero que se incline para mí.

Sora contiene el aliento, partiendo sus carnosos labios mientras mira hacia atrás, pero no se mueve.

—Haz lo que te digo, *cattiva*, antes de que te obligue a hacerlo y duplique tu castigo por haber tenido que pedírtelo dos veces.

—Pero si no he *hecho* nada —insiste ella, con las mejillas tornándose de un tono rosa intenso mientras levanta la barbilla con aire desafiante.

—No importa, princesa —susurro, inclinándome hasta que nuestros labios están a apenas unos centímetros de tocarse—. Ahora eres mía, ¿recuerdas? Y creo que es hora de recordarte quién es el dueño de tu cuerpo. Ahora, *date la vuelta*.

A Sora se le corta la respiración, con sus ojos de ónice brillantes por la excitación, y se gira lentamente para hacer lo que le ordeno. Mientras se inclina hacia delante por la cintura, yo la ayudo, presionando mi palma contra la base de su espalda para inmovilizarla. Luego cojo el dobladillo de su vestido cruzado de color rosa oscuro y lo levanto para revelar sus bragas. La tela de satén negro está metida de forma sugerente entre sus nalgas de color crema, dándome una vista perfecta de su piel suave, y paso la mano por encima, deleitándome con la forma en que se estremece cuando la toco.

—Este culo es mío para hacer con él lo que me plazca —digo con voz ronca; mi excitación es instantánea y absorbente, y cuando dejo caer la palma de mi mano plana sobre su carne suave con un chasquido, Sora suelta un grito.

Sus dedos se aferran a las sábanas mientras me mira por encima del hombro con furia.

—Dilo, *cattiva* —ordeno, dándole un azote en la otra nalga.

Ella jadea, sus mejillas se oscurecen aún más y cierra con fuerza los ojos en una expresión que se parece tentadoramente a la excitación.

Dios, qué sexy es.

—Quiero oírte decir que me perteneces —digo sombríamente y espero un momento.

Noto que me está desafiando intencionadamente cuando aprieta los labios de esa forma tan característica que dice que no va a darme lo que quiero. Así que le doy a su trasero otro azote sonoro, deleitándome con la forma en que rebota y su piel se vuelve roja bajo mi palma. Y cuando gime, sé que empieza a excitarse.

—¿Te gusta que te castigue? —la provoco, y ella hunde la cara en las sábanas; su negativa a responder es casi tanta confirmación como si lo hubiera dicho.

Le doy a la otra nalga un segundo azote fuerte, y esta vez ella gime; el sonido hace que mi polla se ponga dura como una roca.

—No —murmura, con la voz amortiguada por las sábanas mientras mantiene la cara oculta.

Pasando la mano por su piel suave, calmo el escozor mientras me inclino cerca de su oreja. —Eso no es lo que me parece a mí, princesa. Y tu castigo solo va a empeorar si vuelves a mentirme. Así que, ¿quieres confesar antes de que compruebe lo mojadas que tienes las bragas por los azotes?

Paso el dedo por la costura que desaparece entre sus nalgas, enseñándole exactamente cómo pretendo confirmar que le gusta, y Sora gira la cabeza para encontrarse con mis ojos, con una expresión mezcla de furia y deseo.

Y no dice ni una palabra.

El músculo de mi mandíbula salta mientras la aprieto; su mudo desafío me empuja más cerca del límite. —¿Has perdido el interés por hablar? —bromeo sombríamente, enderezándome—. Bien. —Enganchando los dedos en sus bragas, se las bajo hasta las rodillas —. Supongo que puedes limitarte a enseñarme lo mojada que estás mientras te recuerdo quién es el dueño de tu placer.

Desabrochándome los pantalones, no me molesto en desnudarme mientras saco mi miembro, con el líquido preseminal asomando en la punta hinchada, y me alineo con su ardiente entrada. Puedo sentir lo excitada que está incluso antes de entrar en ella, por la lubricación que cubre sus pliegues sedosos. Y cuando empujo dentro de ella con una poderosa estocada, Sora grita, deshaciéndose a mi alrededor antes de que siquiera hayamos empezado.

—Qué chica tan ansiosa, ¿verdad? —ronroneo, agarrándola por las caderas mientras la follo lentamente durante su orgasmo.

Sora gime, con el cuerpo temblando entre mis manos mientras se aferra a mi polla.

—¿Estabas tan lista para correrte por culpa de mi hermano? —me mofo—. ¿O porque te gusta que te castigue?

Sé la respuesta, y noto cuánto odia que la esté acorralando para que me lo diga, pero no puedo superar cuánto me gusta que disfrute con los azotes. Y quiero oírla decirlo. Me encanta arrancar cada secreto escandaloso de sus labios, e incluso si no puedo llegar a conocerla de otras formas, pienso aprender hasta el último de los deseos más oscuros de Sora. Porque tengo la intención de dominar su placer hasta que sea tan adicta a mí como yo lo soy a ella.

—Dímelo, *cattiva*. Dime por qué estás tan mojada —le ordeno, y le doy otro azote, seguido de una fuerte estocada.

—¡Porque me gusta cómo me castigas! —grita ella, balanceando sus caderas contra las mías mientras su coño me aprieta el miembro como un tornillo de banco.

—Mmm —murmuro con aprobación, moviéndome contra ella rítmicamente como recompensa por su confesión—. Mi pequeña y sucia esposa. ¿Te gusta que haya dejado mi marca en tu culo perfecto? —la provoco, pasando los dedos ligeramente por la piel enrojecida con una mano mientras controlo sus caderas con la otra.

—Sí —gime ella, ocultando su rostro una vez más.

—Me gusta cuando me dices la verdad, princesa —ronroneo, dándole de lleno en su punto G para que sienta cuánto me gusta—. Incluso dejaré que te corras en mi polla otra vez por ser tan buena chica.

Y rodeándola, presiono mis dedos contra su clítoris, estimulándolo mientras la follo profunda y duramente. Las estrellas estallan tras mis párpados cuando ella explota alrededor de mi miembro por segunda vez, ordeñándome con tanta fuerza que casi pierdo mi carga dentro de ella.

Con la respiración entrecortada, detengo mis estocadas, sintiendo cómo palpita a mi alrededor mientras continúo haciendo círculos en

su clítoris con los dedos. Y cuando los últimos coletazos del orgasmo remiten, me retiro lentamente.

Sora gime y un escalofrío la hace estremecerse mientras mira por encima de su hombro mi polla, que sigue dura como una piedra. La necesidad en sus ojos hace que me duela el deseo de volver a empujar dentro, pero primero tengo otra lección que enseñarle.

—No te preocupes, princesa. Aún no he terminado contigo —prometo—. Te quiero de rodillas para que puedas saborear la forma en que te hago correrte.

SORA

Debería ser ilegal decir algo tan provocativo.

Me parece criminal que Leo sea capaz de hacerme correr como lo hace, casi en contra de mi voluntad, si no fuera porque lo necesito más que el oxígeno. No debería desear a Leo de esta manera, no cuando se está comportando como un completo imbécil. Pero, de algún modo, hace que nuestras discusiones parezcan un juego; uno en el que yo gano siempre que pierda ante él.

No estaba flirteando con el hermano de Leo, y me niego a admitir que lo estaba haciendo solo para apaciguarlo. Pero resulta sorprendentemente excitante ver a Leo ponerse tan celoso. Aunque no lo ha admitido abiertamente, he podido verlo en sus ojos. Aunque normalmente no parece importarle lo más mínimo, ignorándome durante el día si no se muestra casi hostil por el hecho de que soy una Tanaka, darme cuenta de que en realidad es posesivo conmigo me produce una oscura satisfacción. Así que, aunque nunca se lo diré, ya estaba mojada antes de que empezara mi castigo.

Y aun así, me asombra lo mucho que me ha puesto el que me diera azotes. Aunque me han escocido, me he dado cuenta de que Leo se estaba conteniendo, y eso también me ha excitado. Es como un desafío: el tira y afloja desata una oleada de adrenalina en mi cuerpo, una que empiezo a ansiar cada vez que Leo entra en una

habitación. Y cuando cumple, despierta en mí un deseo que nunca supe que tenía.

—He dicho —gruñe Leo suavemente, poniéndome en pie y pegándome a su pecho— que te pongas de rodillas, *Cattiva*.

Un escalofrío me recorre la espalda y me hundo lentamente hacia el suelo, agradeciendo en secreto que Leo me sujete el brazo con firmeza porque todavía tengo las rodillas débiles tras dos orgasmos tan potentes y seguidos. Nunca he hecho esto antes, aunque Leo me ha enseñado muchas «primeras veces» en nuestra semana de felicidad matrimonial. Así que mantengo mis ojos clavados en los suyos mientras siento un revoloteo de nervios en el estómago.

—Buena chica —me alaba mientras mis caderas encuentran mis talones y me agarro a sus muslos para no perder el equilibrio—. Ahora, abre esos bonitos labios rosados —me anima, agarrando la base de su erección y dándome unos golpecitos en la barbilla con la punta.

Trago saliva con dificultad, bajando la vista para ver qué se supone que debo saborear, y el corazón me da un vuelco. Nunca me he metido algo tan grande en la boca y me da miedo que no quepa. Pero me niego a dejar que me intimide, así que, cuando la cabeza húmeda presiona mis labios, abro bien la boca.

Sus jugos me cubren la lengua mientras presiona varios centímetros dentro de mi boca, y su gemido profundo hace que mi centro se contraiga; la nueva excitación me deja los muslos pegajosos.

—¿Saboreas eso, *Cattiva*? —murmura, hundiendo sus fuertes dedos en mi pelo y sujetándome la nuca—. Es la polla dueña de tu placer.

Madre mía.

Si pudiera derretirme y convertirme en un charco, creo que lo haría en este instante. No importa lo que piense de Leo fuera del dormitorio. No importa si me quiere como esposa. Ahora mismo, en este momento, sé que tiene razón. Mi cuerpo está programado para

responder ante él, y cuando dice guarradas como esa, me hace palpitar con la necesidad de metérmelo dentro. Me muero de ganas de sentir cómo me ensancha hasta mi límite, llenándome tan por completo que sea lo único en lo que pueda pensar. Ansío esa oleada de semen caliente inundando mi canal.

Sí que pertenezco a Leo.

Puede que mi mente no esté de acuerdo, pero él es dueño de mi cuerpo y de mi alma.

Sus caderas se balancean hacia delante, su polla presiona contra el fondo de mi garganta y tengo una arcada a pesar de que aún no me he metido ni la mitad.

—Respira, *Cattiva* —ordena con esa voz retumbante que vibra a través de mí como una onda de choque—. No pasa nada por llorar. Con el tiempo aprenderás a tragármela entera. Pero no uses los dientes.

Inspirando temblorosamente por la nariz, hago todo lo posible por mantener la mandíbula abierta a pesar del dolor, y cuando la yema de su pulgar me acaricia suavemente la mejilla, me doy cuenta de que la humedad que me quita deben de ser lágrimas. Ni siquiera sabía que estaba llorando. El reflejo de la arcada debe de haberlas provocado, porque aunque mi garganta tiene espasmos por la intrusión inesperada, me siento mucho más excitada que disgustada. De hecho, me gusta bastante cómo está usando mi boca para satisfacerse.

El incendio que arde tras sus ojos oscuros me prende fuego a la piel, y aunque esté llorando, me mira como si fuera lo más hermoso que ha visto en su vida.

Por muy enfermo que suene, me quedaría de rodillas todo el día por él si tan solo siguiera mirándome así. Como si fuera capaz de destruir el mundo a nuestro alrededor solo para estar aquí conmigo.

—Dios, te sientes tan *bien* —dice con voz ronca, apretando los dedos en mi pelo mientras empuja un poco más profundo—. Qué buena chica —me alaba, haciéndome tragar saliva mientras la temperatura de la habitación sube. Me atraganto cuando se mete del todo dentro de mí por un fugaz momento; mi succión lo atrae más profundo de lo que ha llegado nunca, y él sisea mientras su punta hinchada palpita antes de retirarse.

Las lágrimas corren libremente por mis mejillas ahora y, cuando se retira de mí por completo, una extraña sensación de decepción se mezcla con mi alivio.

—Eres perfecta, Sora —jadea Leo, cogiéndome con delicadeza en sus brazos mientras me pone en pie—. Tan *malditamente* irresistible. ¿Sabes lo sexy que es verte tragarte mi polla así?

El calor me recorre mientras me planta un beso abrasador en los labios, y mi corazón se lanza a una carrera al derretirme contra él. Ni siquiera quiero resistirme ahora que mis muros se vienen abajo, así que cuando murmura contra mi boca: «¿A quién pertenece tu placer?», no dudo.

—A ti —jadeo, aferrándome a sus hombros para poder mantenerme en pie.

Un gruñido bajo y vibrante emana de su pecho y, con un movimiento fluido, me levanta en vilo, dejando caer mis zapatos y mis bragas al suelo mientras enrollo mis piernas alrededor de sus caderas, para luego dejarme caer sobre la cama.

La electricidad me recorre la piel, mis pezones se endurecen hasta el punto de tensarse contra la tela del sujetador mientras su peso me presiona contra el colchón. Una agitación vertiginosa pulsa en mi entrada al sentir su punta de seda separando mis labios y, cuando empuja dentro de mí sin dudarlo, el mundo a mi alrededor explota.

Doy un grito cuando me llena tan por completo que estoy segura de que voy a partirme en dos. Pero, a diferencia de nuestra primera

noche juntos, no hay dolor ni miedo. Solo una sed voraz de más. Lo que empezó como una discusión es ahora puro deseo al rojo vivo, una necesidad desesperada de liberación.

—Oh, Dios —gimo mientras se balancea dentro de mí, con su cinturón clavándoseme en el muslo, porque, con las prisas, nunca llegamos a quitarnos la ropa.

—Dios no es quien va a dejar que te corras, *Cattiva* —dice Leo con voz ronca—. Si lo quieres, vas a tener que gritar *mi* nombre.

Me zumban los oídos por el sonido de la sangre corriendo por mis venas, toda dirigiéndose hacia mis labios hinchados y chorreantes, dejándome aturdida mientras asciendo rápidamente hacia mi clímax. Pero ya conozco a Leo lo suficiente como para saber que dice lo que piensa. No me dejará correrme a menos que diga lo que él quiere... y sabe exactamente cómo hacer que me corra bajo sus órdenes.

—Por favor, Leo —gimo, demasiado ida como para aferrarme a cualquier ápice de dignidad que pudiera quedarme.

—¿Por favor, qué? —murmura contra mi garganta, rozando mi piel ligeramente con los dientes.

—¡Por favor, deja que me corra!

Subiéndome más el vestido alrededor de la cintura, Leo cambia el ángulo de la cadera para embestir dentro de mí, frotándome el clítoris con cada penetración pecaminosamente profunda. Estallan estrellas ante mi vista mientras echo la cabeza hacia atrás, con la boca abierta en un grito silencioso.

Y me corro con fuerza.

Con el clítoris palpitando, me contraigo alrededor de su miembro duro y grueso, incitándolo a entrar más profundo.

Leo gruñe, ralentizando sus movimientos mientras apoya la frente en el colchón al lado de mi oreja. Sus respiraciones fatigadas son peligrosamente sensuales, enviando ondas de excitación hasta la

punta de mis dedos antes de que haya terminado de llegar al orgasmo.

Un deseo audaz de ser yo quien lo lleve al límite surge en mi interior y, con el corazón martilleando contra mis costillas, giro la cabeza para que mis labios rocen su oreja. —Quiero sentir cómo te corres dentro de mí —susurro, y mi sexo se tensa ante la idea.

—*Cazzo*, Sora —sisea, con la polla endureciéndose aún más dentro de mí, y se gira para capturar mis labios en un beso ardiente—. Me encanta esa boquita sucia que tienes… —dice con voz ronca mientras acelera el ritmo, moviéndose dentro de mí con fuerza suficiente para hacer crujir la cama.

En realidad no ha dicho que *me* quiera, pero oír esa palabra en pleno arrebato de pasión le hace algo a mi química que parece sacarme por completo de mi cuerpo.

Sus dedos se hunden en mi carne mientras me agarra el culo con una fuerza que casi me deja moratones, y la piel que aún me escuece por los azotes envía un chispazo de placer mezclado con dolor por mi columna. Jadeo, aferrándome a sus hombros anchos mientras me dejo llevar. Mi interior palpita al sentir cómo se hincha dentro de mí, encontrando su liberación con tres embestidas fuertes.

El calor me inunda cuando el semen brota en mis profundidades, provocando una deliciosa satisfacción que hace que mis paredes pulsen y mis pies sientan un hormigueo. Esta vez, mi orgasmo no es explosivo. Es tan lujosamente sutil que me deja sin aliento.

—*Leo...* —gimo, cerrando los ojos mientras las oleadas de placer me recorren, y me convierto en un charco bajo él cuando se desploma encima de mí.

Toda la tensión colérica de cuando entró en la habitación parece haberse evaporado. En su lugar hay una impactante sensación de alivio, una calma profunda que me hace querer hundir la cara contra su pecho y dormir.

Con un gruñido bajo, Leo me rodea la cintura con un brazo y, antes de que me dé cuenta de lo que está haciendo, nos hace rodar a los dos, con su polla todavía enterrada en mi interior. Al ponerse boca arriba, me mantiene atrapada contra su pecho, con mis rodillas dobladas de forma que estoy a horcajadas sobre él, con la mejilla apoyada en su pecho.

Puedo oír el latido constante de su corazón, sentir el calor que emana de su cuerpo y, con sus brazos como una jaula a mi alrededor, ni siquiera intento moverme. Se siente tan bien estar tumbados juntos en la cama, disfrutando de la paz temporal que hemos encontrado.

LEO

Sora ha hecho un trabajo excelente planificando la cena en la que se anunciará mi sucesión. Al ser un evento más íntimo que nuestra boda, lo ha organizado para que comience con unas copas en el salón y continúe con la cena en el comedor formal, igual que en nuestra cena de ensayo. Y aunque su toque es menos marcadamente femenino que el que ella y su madre eligieron para la boda, la decoración de esta noche rebosa elegancia y sofisticación.

Puedo ver el valor de su buen ojo para los detalles, el estilo que aporta a la velada con una selección de whisky japonés de alta gama para redondear la oferta de vinos italianos y unos ligeros entremeses para antes de cenar.

Incluso el don parece impresionado mientras observa los toques de las velas y los pequeños jarrones de cristal con flores dispuestos por toda la sala para darle un ambiente más cálido. Sora incluso ha contratado a una arpista, que se sienta discretamente en un rincón; su vestido de cóctel de una tela azul marino brillante la hace pasar desapercibida y, al mismo tiempo, atrae la mirada cada vez que miro hacia allí.

Sora está impresionante con un vestido verde bosque que es casi lo suficientemente revelador como para haberlo elegido yo mismo. La falda de seda se envuelve alrededor de sus caderas en varias capas, insinuando una profunda abertura sobre la pierna derecha que aún

no me ha dejado ver nada por encima de la rodilla. Pero el corpiño con escote de corazón es harina de otro costal. El corsé de varillas no tiene tirantes y queda a la altura justa para ceñirse a su pecho, con tela de color carne bajo los cristales estratégicamente cosidos para tapar y, a la vez, realzar sus pechos.

Su cabello oscuro ha sido rizado y recogido para que caiga en cascada sobre un hombro, otorgándole un aire de modestia que el vestido por sí solo no tendría. Esta noche se ha puesto su máscara de maquillaje, aunque es más sencilla de lo que le he visto antes: solo una base de maquillaje para matizar su rubor y un sencillo delineado que hace que sus ojos parezcan más rasgados y seductores.

Cuanto más tiempo paso con Sora, más me cuesta separar su utilidad del deseo que me provoca. Aunque nuestra relación delante de mi familia puede describirse como civilizada en el mejor de los casos, cuando estamos a solas, la atracción es magnética, y cada vez resulta más difícil de ignorar en ocasiones como esta.

—Tu mujer no ha escatimado en gastos para esta noche —observa Miko mientras se sitúa cerca de mi hombro izquierdo. Mientras remueve su Old Fashioned, observa el líquido ámbar persiguiendo a la naranja en el fondo del vaso en lugar de mirar al objeto de su observación; una forma astuta de mantener un perfil bajo sin dejar de cubrirme las espaldas.

—Así es —asiento mientras nuestros ojos se encuentran al otro lado de la sala. Y aunque el mundo pueda pasar por alto el sutil color que inunda sus mejillas, a mí me provoca que la entrepierna me empiece a apretar. Alzando mi copa en un saludo, brindo por ella en silencio con una media sonrisa burlona.

La suave sonrisa que me dedica hace que mis pantalones me aprieten todavía más, y me aclaro la garganta mientras dirijo mi atención a la puerta del salón, que se abre para dejar paso a otro grupo de invitados. Llega la familia de Sora, con Kenji a la cabeza

seguido de Tatsuo y Aya, y se dirigen inmediatamente hacia mi padre, a pesar de que Sora está más cerca.

Veo que sus ojos siguen el movimiento de su familia, un destello de emociones cruza su rostro antes de que su máscara de cordialidad regrese firmemente a su sitio. Empiezo a leerla mejor, creo. O tal vez su capacidad para ocultar sentimientos es cada vez más débil ahora que vive en una casa llena de hombres que no podrían callarse nada aunque quisieran.

Pero no tengo tiempo de acercarme a Sora antes de que las puertas se abran de nuevo, esta vez para recibir al *capo dei capi* y a su esposa.

—Don Parelli —saludo con calidez mientras todas las miradas se desplazan hacia el invitado de honor—, y su encantadora esposa. Es un honor recibirlos, habiendo venido desde la misma Sicilia.

—Hacía demasiado tiempo que no teníamos una ocasión para volar a Chicago —dice él, estrechando mi mano y dándome una palmada en la espalda—. Lamento que no pudiéramos asistir a la boda, aunque parece que las felicitaciones siguen siendo oportunas. ¿Dónde está esa joven novia suya de la que tanto he oído hablar?

—Don Parelli-sama —dice Sora suavemente, inclinando la cabeza en una elegante reverencia al aparecer a mi lado—. Es un placer.

—Don Parelli, signora Parelli, les presento a mi esposa, Sora —digo, posando una mano en la parte baja de su espalda mientras él la agarra firmemente por los hombros y se inclina para besar sus mejillas.

Siento cómo se tensa ante mi contacto, apoyándose en mi mano como si buscara seguridad, pero logra superar el gesto tan italiano sin retroceder ni ofender al don. Y cuando su esposa hace lo mismo, comentando con un marcado acento italiano lo hermosa que es mi mujer, Sora empieza a relajarse.

Por muy agradecido que esté de que sepa mantener la compostura, también me satisface egoístamente el hecho de que me haya buscado para reconfortarse. Mientras ella entabla conversación con la Signora Parelli y yo hablo con el don, mantengo la mano en la base de su columna, disfrutando de la conexión.

No pasa mucho tiempo antes de que llegue mi padre con la familia Tanaka a cuestas para las presentaciones generales y el grupo se redistribuya; don Parelli y su esposa se separan para conversar animadamente con mi padre y los padres de Sora cuando don Augusta menciona los nuevos negocios potenciales que hemos estado negociando.

—Buena fiesta —observa Kenji con una sonrisa de suficiencia mientras mira alrededor de la sala—. Parece que mi hermana ha conseguido aportar algo de clase a tu familia después de todo.

—Kenji —lo reprende Sora con suavidad, atrayendo su atención, y la mirada de él recorre lentamente el favorecedor escote de su vestido.

—Bueno, parece que tú también has tenido cierta influencia en ella —dice con desprecio.

El color sube a la cara de Sora, pero antes de que cualquiera de nosotros pueda responder, un miembro del personal se acerca para susurrarle algo al oído.

Lanzándome una mirada nerviosa, se disculpa rápidamente para seguir al camarero fuera de la sala. Mis ojos siguen su movimiento, medio fascinado por su belleza y ligeramente preocupado por su mirada inescrutable. Imagino que habría dicho algo si hubiera querido mi ayuda. Pero una punzada de culpa me retuerce el estómago al preguntarme si he estado tan ausente que ella tendría demasiado miedo de pedirla.

A mi lado, los ojos de Miko también la siguen; su ceño fruncido indica que ha captado su mirada extraña.

—Síguela —le ordeno en voz baja.

Si yo también desapareciera, nuestros invitados podrían notar que algo va mal, pero Miko sale de la habitación con tal sigilo, a pesar de su considerable tamaño, que nadie notará su ausencia.

Para mi disgusto, Kenji se queda a mi lado, observando la sala llena de invitados como si los estuviera evaluando. La lista de invitados se compone principalmente de miembros destacados de la Familia, muchos de los cuales nos rinden tributo directamente o dirigen sucursales en otras ciudades de Estados Unidos, y todos rinden homenaje al mismísimo *capo dei capi*.

—Parece que esta noche es tu gran noche, ¿eh? —pregunta Kenji, con ese sutil desprecio persistiendo en su tono.

—¿Qué te hace pensar eso? —dejo caer el sarcasmo justo para que lo note y luego doy un sorbo a mi bebida.

—Dones que vienen en avión desde Sicilia, Nueva York y Seattle. Tendría que ser idiota para no darme cuenta —dice, y dejo que el silencio se prolongue entre nosotros para que sepa que eso es exactamente lo que considero que es—. Solo digo que me siento muy conmovido de que me hayas invitado a la fiesta para celebrar que por fin te has hecho un hombre para poder hacerte cargo de los negocios familiares.

Sé que no debería dejar que el comentario me afecte. Eso es exactamente lo que busca, y seguirle el juego a sus provocaciones solo me haría parecer inmaduro, que es precisamente su intención. Pero no puedo dejar que se salga con la suya, especialmente si vamos a colaborar con la Tanaka-kai en cualquier tipo de acuerdo comercial. Kenji necesita saber que no puede pisotearnos, y está intentando desesperadamente poner a prueba los límites para ver hasta dónde puede llegar.

Es *porque* me casé con Sora. Piensa que no haré nada por miedo a ofenderla. Pero las palabras de mi padre resuenan en mi mente: *«Se supone que la chica Tanaka es una herramienta para que podamos manipular a la Tanaka-kai, no una mujer por la que debas desarrollar*

sentimientos». Ella no puede ser mi debilidad. Y cuanto más tiempo deje que Kenji piense lo contrario, menos control tendré sobre la situación.

Girándome para encarar a mi arrogante cuñado, me acerco para que solo él me oiga. —Que tenga a tu hermana calentándome la cama por las noches no significa que sea menos capaz de humillar a tu familia, Tanaka —le advierto—. No me tientes para que lo demuestre.

Kenji se burla, con los ojos brillando mientras bebe su Yamazaki. —Haz lo que puedas —me desafía en voz baja, y su sonrisa indica que está dispuesto a ver si voy de farol.

Antes de que pueda responder, el sonido del cristal tintineando atrae la atención de todos hacia mi padre, y Sora está justo a su lado. Vuelve a parecer perfectamente serena, ni un pelo fuera de sitio.

—La cena está servida —anuncia mi padre, y Sora hace un gesto educado mientras se ofrece a escoltar a los Parelli al comedor.

Miko regresa entre la multitud hacia mí, frunciendo el ceño al ver mi expresión, y luego sus ojos se dirigen hacia Kenji, que se encamina hacia sus padres mientras siguen el flujo de gente.

—¿Todo bien? —murmuro cuando llega a mi lado.

—Tu mujer ya había apagado el fuego para cuando la alcancé —dice con una buena dosis de respeto—. ¿Contigo todo bien?

—Ni lo más mínimo —gruño—. Voy a hacer que su presumido hermano se trague toda la mierda que ha estado soltando.

SORA

He podido sentir la tensión entre Leo y Kenji en cuanto ha aparecido mi hermano y, si el chef no hubiera tenido un ataque de pánico de última hora porque a alguien se le ha caído la crema de limón para el postre de esta noche, no me habría atrevido a dejar a los dos a solas.

Soy consciente de que necesitan interactuar cuando yo no estoy presente, ahora más que nunca, ya que nuestras familias están negociando un acuerdo comercial que, con suerte, fortalecerá nuestra alianza. Pero después de lo que he presenciado entre mi hermano y mi marido, diría que no estamos más cerca de una paz duradera de lo que estábamos antes de la boda.

Cuando encuentro a Leo en el comedor y me acomodo en la silla junto a él, noto que la ira emana de él en oleadas. Lo miro de reojo y me doy cuenta de que está fulminando con la mirada a Kenji mientras mi hermano elige la silla que está frente a mí al otro lado de la mesa.

Conozco a mi hermano lo suficiente como para saber que debe de haber dicho algo. Kenji tiene un don para sacar a la gente de sus casillas, para hurgar en sus puntos más sensibles y hacerles retorcerse. Como un niño con una lupa sobre un hormiguero.

No sé qué le ha dicho a Leo, pero está claro que ha dado en el clavo. —Ignóralo —le susurro, apoyando la mano en el antebrazo de Leo.

Don Augusta se levanta de su asiento, alzando su copa y girándose para saludar al *capo dei capi* antes de dirigirse al resto de sus invitados. —Quiero agradecerles a todos su presencia esta noche —dice—. Nuestra familia es antigua, con antiguos vínculos con las familias que nos rodean, y es un privilegio tenerlos a todos en nuestra casa para compartir esta deliciosa comida. Esta noche marca una ocasión trascendental, una que espero anunciar antes de que acabe la velada. Pero hasta entonces, espero que puedan disfrutar de la comida y de la compañía. *Saluti.*

—*Saluti* —repiten los invitados, alzando sus copas.

No se menciona quién ha organizado los festejos de esta noche, pero tampoco lo esperaba necesariamente. En el mundo de la mafia, se supone que las mujeres deben ser vistas pero no escuchadas. Somos el apoyo silencioso que hace que la vida de nuestros maridos transcurra sin problemas y sin reconocimiento. Aun así, me siento bien cada vez que pillo a uno de los invitados apreciando un detalle que yo he planeado y que le gusta especialmente. Mis labios se curvan en una suave sonrisa mientras empiezo a comer la ensalada de remolacha y naranja sanguina con queso de cabra que elegí como primer plato.

Cuando la ensalada está a punto de terminarse, el personal de servicio entra para cambiar los platos, poniendo delante de los invitados un plato de medallones de pierna de cordero glaseados con arándanos, servidos sobre una cama de puré de patatas al romero con una guarnición de tiernas judías verdes salteadas.

Una vez más, la elección parece ser un éxito —especialmente entre Don Parelli—, y agradezco mentalmente a Gio por el valioso consejo mientras el *capo dei capi* felicita al chef con una voz lo bastante alta para que se oiga en toda la mesa.

Para cuando se sirve el postre, por fin empiezo a relajarme lo suficiente como para disfrutar del *digestivo* de limoncello bien frío que se sirve junto a unas copas de tarta de queso con frambuesa individuales, preparadas a toda prisa por el chef utilizando la mezcla que ya estaba enfriándose para una cena más pequeña que tendrá lugar más adelante esta semana.

Se me pone la piel de gallina en la nuca cuando Leo se inclina hacia mí para susurrarme al oído. Al mismo tiempo, Don Augusta se pone en pie para hablar de nuevo, pero Leo no se gira para prestar atención a su padre.

—Has hecho un trabajo magnífico con la cena, princesa —murmura Leo, y su aliento con aroma a limoncello acaricia cálidamente mi piel. Entonces su mano fuerte encuentra mi muslo y el calor me recorre la columna mientras deja que sus dedos se deslicen lentamente bajo la abertura del vestido—. Creo que es hora de tu recompensa. No hagas ni un ruido —me advierte, y me presiona un beso en el hombro desnudo, haciendo que mi cuerpo se revolucione.

Abro los ojos de par en par y se me tensa la espalda cuando su mano se desliza más bajo mi vestido, con las puntas de sus dedos rozando la parte interna de mi muslo. Sé que el don está hablando, pero no puedo oír ni una palabra de lo que dice mientras miro a Leo con pánico y encuentro una sonrisa pícara curvando sus labios.

—Leo —suspiro, suplicándole en silencio.

—Shhh —susurra mientras desplaza su mirada por la mesa hacia Kenji, y su sonrisa se vuelve de suficiencia.

Mi hermano lo estudia con suspicacia antes de mirar en mi dirección.

La humillación me carcome el estómago cuando los ojos de Leo se dirigen con indolencia hacia su padre, fingiendo que no pasa nada mientras su mano sube lentamente por mi pierna hasta rozar mi sexo cubierto de encaje.

No puedo evitarlo. Suelto un jadeo, el calor me inunda las mejillas mientras un chispazo de placer me recorre, y miro ansiosa a la mujer que tengo a la izquierda. Por el rabillo del ojo, parece estar demasiado concentrada en Don Augusta para darse cuenta, así que aprieto los labios, decidida a no emitir ni un solo sonido más.

Llevando la mano lentamente bajo la mesa, muevo la servilleta para ocultar lo que está sucediendo y, mientras junto los muslos en un esfuerzo por detener a Leo, le agarro la muñeca con la mano libre. Pero no puedo hacer ningún movimiento brusco sin atraer una atención no deseada... y no soy rival para la fuerza de Leo cuando sus dedos se curvan bajo el borde de mis bragas para acariciar mi húmeda hendidura.

Un hormigueo de entumecimiento se apodera de mi cuerpo. Mis oídos zumban sin que se oiga nada mientras todos mis sentidos se concentran en el placer que late por mis venas ante el ligero toque de Leo. Me muevo despacio, intentando no retorcerme mientras lucho por mantener el control de mi cuerpo. No puedo, y se me entrecorta la respiración cuando presiona dos dedos gruesos dentro de mi entrada palpitante.

El horror me oprime el pecho cuando los ojos de Kenji se encuentran con los míos. Mi hermano los entrecierra con sospecha y luego, lentamente, observa la tensión de mis hombros, el subir y bajar irregular de mi pecho... y a Leo, inclinado hacia mí ligeramente, con la mano oculta bajo la mesa pero claramente en mi regazo.

Veo el asco y la irritación en el rostro de Kenji. Entonces la expresión de mi hermano se cierra y la emoción desaparece por completo. Pero no aparta la mirada. Observa a Leo, cuyos labios tiemblan con diversión mientras empieza a masturbarme ante la presencia de todos sus invitados.

Un escalofrío involuntario me recorre la espalda y agarro el brazo de Leo con más fuerza, clavándole las uñas en la carne, justo cuando varias personas miran en mi dirección. Desesperada por no delatar lo que ocurre bajo la mesa, dirijo la mirada hacia Don Augusta. Por

suerte, Don Parelli, que está sentado a la derecha de Leo, no parece haber notado nada extraño, ni tampoco mis padres, que están sentados frente a él, más cerca de la cabecera de la mesa.

Pero a medida que mi excitación se intensifica, tengo que morderme los labios para contener los sonidos en mi interior.

Leo parece estar completamente a gusto a mi lado mientras sus dedos giran sobre mi clítoris, extendiendo mi humedad y haciendo que cada movimiento sea más electrizante. No me lo puedo creer. No me puedo creer que esté haciendo algo tan íntimo aquí mismo, en una sala llena de invitados tan importantes. Estas personas son fundamentales para que él llegue a ser el nuevo don de la familia Chiaroscuro y, sin embargo, está jugando conmigo como si quisiera que toda la velada saltara por los aires.

Ese pensamiento horroroso apenas logra distraerme, sin embargo, cuando Leo vuelve a deslizar dos dedos dentro de mi entrada palpitante, proporcionándome un alivio intenso. No puedo evitarlo. Cierro los ojos y un suave gemido se me escapa antes de que pueda detenerlo.

—¿Te encuentras bien, querida? —pregunta Maria Degano, inclinándose desde mi izquierda para susurrar sin interrumpir el discurso de Don Augusta.

Una vergüenza agonizante me sube por el cuello, ardiéndome en las mejillas. *Por favor, no mires hacia abajo. Por favor, por favor, no veas lo que está pasando delante de tus narices,* le ruego en silencio a la esposa de Don Degano.

—Sí, bien, gracias —digo sin aliento, esforzándome por evitar que un gemido se escape con mis palabras—. Solo es un... dolor de cabeza.

Me lanza una mirada de simpatía y me da una palmadita en el brazo antes de recostarse en su silla para seguir escuchando. Apenas me atrevo a respirar cuando vuelvo a prestar atención al discurso de Don Augusta.

Leo me observa, con la mirada llena de un placer perverso, y mi ira se dispara, incluso mientras un escalofrío de placer me recorre. Una excitación traicionera ha empapado el tejido de mis bragas y se pegan húmedas a mi piel, lo que dificulta su movimiento, pero incluso eso me excita mientras él sigue hundiéndose en mis profundidades con su pulgar estimulando mi clítoris al mismo tiempo.

Por el rabillo del ojo, noto que Kenji sigue observándonos, con la furia emanando de él en oleadas, pero no puedo detener la forma en que me precipito hacia el orgasmo, a pesar de —o tal vez debido a— la necesidad de permanecer en silencio para no atraer más la atención de la gente.

No me atrevo a volver a mirar directamente a mi familia para comprobar si mis padres se han dado cuenta o para leer el rostro de mi hermano.

Una euforia electrizante recorre mis dedos de las manos y de los pies, y los encojo dentro de mis Louboutins de punta de color verde oscuro mientras intento demorar el inminente clímax. Pero ya nada va a detener ese tren ahora que Leo me penetra más profundamente, arqueando los dedos para encontrar mi punto G con precisión experta.

Gimo y mi mano sube de golpe para intentar ahogar el ruido, pero en mi prisa por ocultar el sonido, olvido que la mesa está por medio. Choco contra ella mientras la primera ráfaga de mi orgasmo me sobreviene con la fuerza de una marea. Mi clítoris aletea, palpitante, a medida que mis paredes se contraen alrededor de los dedos de Leo, incitándolo a entrar más profundo. Apenas puedo contenerme para no gritar mientras el éxtasis me consume.

Don Augusta se interrumpe a mitad de la frase y todos los ojos se vuelven hacia mí mientras me agarro al borde de la mesa, con el rostro ardiendo de mortificación. La sangre me zumba en los oídos, latiendo por mis venas como lava caliente en una embriagadora mezcla de humillación y euforia.

Y mientras me quedo ahí sentada, ardiendo bajo el foco que para nada quería sobre mí, los dedos de Leo se deslizan de mis profundidades, dejando un rastro de humedad excitada por la parte interna de mi muslo mientras retira la mano de mi vestido.

—P-Perdóneme, don Augusta. Me he... Me he dado un golpe en la rodilla. Por favor, continúe —balbuceo sin aliento, deseando poder esconderme bajo la mesa y morir.

El don levanta una ceja con escepticismo pero, tras una breve pausa, reanuda su anuncio y las miradas de la mesa vuelven a él.

Hirviendo de furia, miro a Leo y me pongo roja como un tomate cuando levanta los dedos que acaban de estar dentro de mí. Todavía relucen con mis jugos mientras mira fijamente a Kenji con una sonrisa burlona. Entonces, para mi absoluto horror, los rodea con los labios para chuparlos salazmente hasta dejarlos limpios.

Si de la cabeza de Kenji pudiera brotar fuego, lo haría.

Nunca he visto a mi hermano tan enfadado.

Y nunca me he sentido más utilizada ni degradada en mi vida al comprenderlo con una claridad asombrosa: Leo ha hecho eso solo para sacar de quicio a Kenji. Y me ha humillado para conseguirlo.

Lágrimas de rabia me escuecen los ojos y parpadeo rápido para alejarlas mientras lucho por quedarme en mi asiento en lugar de interrumpir a Don Augusta por segunda vez para salir corriendo.

—Es para mí un gran placer anunciar que don Parelli me ha dado su bendición para que Leo se convierta en el nuevo don de Chicago —dice el padre de Leo, y las palabras de repente cobran nitidez, como una emisora de radio bien sintonizada—. Leo, ¿quieres decir unas palabras?

—Por supuesto —dice Leo, levantándose de la silla para asumir el protagonismo como si nada hubiera pasado, como si no me acabara de hacer tener un orgasmo en una mesa llena de sus invitados,

como si no acabara de traicionar mi confianza y usar mi placer para herir a mi hermano a través de mí.

Pero Leo ha cometido un grave error de cálculo al decidir avergonzarme.

A Kenji le importan un bledo mis sentimientos.

20

LEO

—Gracias a todos por venir a celebrar esta ocasión conmigo. Estoy deseando unirme a las filas como don de familias tan prestigiosas —digo, alzando mi copa mientras mantengo mi brindis breve y cordial —. *Saluti.*

—*Saluti* —repiten los invitados, y las copas tintinean mientras vuelvo a sentarme.

—Si me disculpáis —susurra Sora en cuanto se reanuda la conversación alrededor de la mesa.

Capto un breve atisbo de su expresión mientras echa la silla hacia atrás y se dirige directamente a la puerta. Se me encoge el estómago al ver las lágrimas en sus ojos y la vergüenza claramente grabada en su rostro. La culpa que me invade es tan intensa que me deja sin aire en los pulmones.

Ha sido cruel usarla de esa manera. Lo supe en el mismo instante en que decidí hacerlo, pero el odio que siento por su familia y la advertencia de mi padre me están empujando por un camino mezquino. Está sacando lo peor de mí, y no me gusta.

Dejo la servilleta sobre la mesa y me levanto, pidiendo disculpas en cuanto pierdo a Sora de vista.

Al seguirla por el pasillo, tengo una poderosa sensación de déjà vu al oír el eco de sus tacones sobre el suelo de mármol. El destello de seda verde es mi única confirmación de que ha desaparecido de nuevo en el primer cuarto de baño, y la puerta se cierra con un golpe seco.

Suspirando profundamente, me acerco y llamo a la densa madera que nos separa.

—¿Sora? —pregunto cuando nadie responde—. Abre.

—Vete, Leo —ordena con frialdad, pero puedo notar las lágrimas en su voz.

—Hasta que hablemos, no.

La puerta se abre de golpe con la fuerza suficiente para advertirme de lo enfadada que está Sora, y mientras me mira con furia, puedo ver los surcos que las lágrimas han dejado en sus mejillas.

—No quiero hablar contigo —sisea—. Me has *humillado*. ¿Y para qué? ¿Para poder cabrear a mi hermano?

Echo un vistazo al pasillo para asegurarme de que no viene nadie, agarro la puerta y entro a la fuerza en el baño, tal como hice la noche anterior a nuestra boda. Y al igual que aquella noche, nos encierro a los dos mientras atrapo a Sora entre mis brazos, con su espalda contra la puerta.

—Por si se te ha olvidado —le advierto con tono sombrío—, eres mi esposa, y puedo hacer lo que me dé la gana contigo, *cuando* me dé la gana y *donde* me dé la gana.

La tensión cobra vida entre nosotros mientras me acerco más con cada palabra, invadiendo su espacio.

El color tiñe sus mejillas, y en sus ojos se enciende esa misma rabia ardiente que encuentro irresistible.

—No —dice tajante, y su desafío me pilla por sorpresa—. No vas a volver a usarme así. Nunca más.

Todavía está alterada por lo que ha pasado en el comedor, con la piel sonrosada por su orgasmo, y sé que aunque la haya enfadado, aunque esté demasiado avergonzada para admitirlo, que la tocaran así, en una sala donde cualquiera podría pillarnos, ha excitado a Sora tanto como a mí.

—¿Usarte? —ronroneo—. Por lo que he podido ver, has disfrutado bastante de mi recompensa. Así que, ¿qué hay de malo en que, de paso, haya conseguido sacar de quicio a tu hermano?

—¿Y si alguien se hubiera dado cuenta? —sisea ella.

—¿Y si lo hubieran hecho? —bromeo, presionando mi cuerpo contra el suyo mientras mis labios flotan a un milímetro de su piel—. No me digas que la idea no te ha excitado.

Suelta un bufido ahogado; sé que quiere negarlo, pero me conoce lo suficiente como para saber que no debe mentirme.

—Eres un imbécil —dice finalmente, con una voz demasiado entrecortada para tener fuerza.

—Creo que te estás poniendo a la defensiva porque te ha gustado —la provoco, rozando con los labios la curva de su garganta.

Inclina la cabeza ligeramente, exponiendo su cuello ante mí como por instinto mientras se le corta la respiración y se le eriza la piel tras mi contacto.

—*No* —rebate, con una negación demasiado rápida para ser sincera.

Soltando una risita baja, le muerdo ligeramente el lóbulo de la oreja. —Está bien, hagamos una apuesta. Si tengo razón, te follaré aquí mismo y ahora.

—¿Y si yo tengo razón? —me desafía, con las mejillas teñidas de un tono rosado tentador.

—Iré a pedirle disculpas a tu hermano de inmediato.

Parece ser una oferta lo suficientemente buena como para que no pueda rechazarla, y sonrío porque sé que voy a ganar esta.

—¿Y pretendes demostrar algo? —pregunta ella.

—Oh, princesa, ¿es que aún no me conoces? —bromeo, buscando entre nosotros la abertura de su vestido una vez más, y meto la mano con audacia entre sus muslos.

Sora jadea, boquiabierta al darse cuenta de lo fácilmente que ha caído en mi trampa. Esta vez, cuando me agarra la muñeca, está dispuesta a emplear toda su fuerza para detenerme. —Leo, no...—

Pero es demasiado tarde, y mientras palpo su sexo caliente, puedo sentir la humedad de su excitación, que ha traspasado por completo la fina tela de sus bragas.

—Estás *empapada*, *Cattiva* —me burlo.

Sora gira la cabeza, bajando la vista al suelo y negándose a mirarme. La humillación le colorea el rostro hasta la raíz de su sedoso cabello azabache, y quiero aplastar esa emoción antes de que abra una brecha entre nosotros.

—No te avergüences —susurro, agarrando su barbilla con mi mano libre y girándola para que tenga que mirarme a los ojos—. Hacer que te corrieras delante de todo el mundo así... verte esforzándote tanto por mantenerte en silencio... me puso muy duro. Podría haberte devorado allí mismo, sobre la mesa —le aseguro, presionando sus caderas con las mías para que sienta lo excitado que estoy—. Me encanta lo mucho que reaccionas, *Cattiva*, cómo no puedes evitar correrte para mí.

Los ojos de Sora se oscurecen mientras respira de forma entrecortada, y la temperatura del pequeño baño se dispara con mi repentina e intensa necesidad de enterrarme dentro de ella.

Enroscando mis dedos en el encaje de sus bragas, doy un tirón violento, y mi polla late ante el sonido de la tela rasgándose en armonía con el grito de asombro de Sora.

—¡Leo! —jadea, abriendo mucho los ojos mientras la agarro por las caderas y la giro para que quede frente al espejo del tocador—. ¿Qué estás...?

Guiando sus manos hacia los bordes de la encimera, las planto allí y busco su mirada en el espejo. —¿Ya has olvidado nuestra apuesta, princesa? —bromeo, desabrochándome los pantalones mientras saco mi erección palpitante. Luego aparto las sedosas capas de su falda, revelando su culo perfecto.

—Si no quieres que nadie sepa lo que estamos haciendo, será mejor que no hagas ruido —le advierto mientras presiono mi pie contra el interior de su zapato, separándole las piernas para tener una vista perfecta de sus relucientes pliegues rosados.

Entonces alineo mi miembro con su entrada ardiente y húmeda, y empujo hacia dentro.

Sora gime, apretando los labios mientras intenta no emitir ningún sonido, y yo reprimo un gruñido de placer cuando su coño se contrae a mi alrededor. No tenemos el lujo de tomarnos nuestro tiempo ahora mismo. No pasará mucho antes de que la gente note nuestra ausencia, pero no hay forma de que la deje salir de aquí sin que se corra en mi polla primero.

Sujetando su falda y su cadera con una mano, rodeo a Sora con la otra mientras la embisto, con nuestra piel chocando húmedamente mientras la tomo con fuerza y rapidez.

—¿Es esto como lo que imaginaste la noche antes de nuestra boda? —pregunto con voz ronca, estimulando su clítoris con los dedos.

—No —jadea Sora, con los nudillos blancos de tanto apretar la encimera mientras sus caderas se balancean hacia atrás contra mí con entusiasmo—. Es mucho mejor.

Cristo.

Está empezando a tomar la iniciativa con el lenguaje sucio y, aunque todavía me pilla desprevenido, oírla decir que la forma en que la follo es mejor de lo que imaginaba me vuelve loco. Mi miembro late peligrosamente dentro de ella, pero no puedo frenar. Estoy ávido de su placer, enloquecido por la necesidad de estar sepultado en su calidez, y la visión de mi verga, resbaladiza por su excitación, hundiéndose en su interior una y otra vez, desata una bestia en mi interior.

—Córrete para mí, Sora. Quiero sentir cómo te corres por toda mi polla como la perfecta princesita que eres —ordeno, mirando al espejo para ver el éxtasis grabado en su rostro.

Los labios de Sora se parten en un grito silencioso, con sus caderas inclinadas sobre la encimera mientras me recibe profundamente. Eso me da una vista perfecta de sus pechos asomando por la parte superior de su hermoso vestido; la imagen es tan sensual que apenas puedo creer que *esta* sea la esposa a la que puedo llevarme a la cama cada noche. Y mientras se deshace a mi alrededor, su espalda se arquea en la más pura muestra de placer.

Gruño, con la necesidad de derramar mi semilla en su interior resultando abrumadora, pero aún no he terminado con ella. Que esperen los invitados a la cena. Mi familia puede entretenerlos.

Ahora mismo, lo único que me importa es complacer a mi mujer.

SORA

Este sexo duro, furioso y sucio resulta embriagadoramente prohibido mientras Leo me embiste con saña mientras nuestros invitados están ahí mismo, al final del pasillo, esperándonos. No debería desearlo así; no debería desearlo a *él* de esta manera. Pero no puedo mentirme a mí misma. Me ha excitado que tuviera sus dedos dentro de mí debajo de la mesa, saber que quería arrancarme el placer allí mismo, delante de todo el mundo.

Puede que lo haya hecho para humillar a mi familia, pero cuando la pasión entre nosotros es así de abrasadora, no puedo negar que me gusta tener la atención exclusiva de Leo. Tiene el mundo al alcance de la mano y, aun así, soy yo la persona a la que no puede dejar de tocar.

Me asombra el control absoluto que Leo ejerce sobre mi placer. Incluso cuando no debería, lo deseo, y su deseo por mí —por reclamarme cuando se le antoja— no hace más que intensificar mi excitación.

Leo no se detiene ni siquiera cuando me deshago en torno a él. Mientras me quedo palpitando alrededor de su polla, imposiblemente gruesa, él sigue meciéndose en mi interior, impulsando mi clímax hacia nuevas cotas mientras jadeo por el esfuerzo de recibirlo entero una y otra vez.

Nuestras miradas se cruzan en el reflejo del espejo, y el infierno que arde en sus profundidades oscuras me prende fuego al alma. No sé cómo puede seguir a este ritmo, pero no deja de embestir, mientras sus dedos me provocan hasta sacarme la última gota de placer del clítoris.

Derrumbándome hacia adelante contra la encimera, me apoyo en las palmas de las manos mientras tiemblo con las secuelas de mi estremecedor orgasmo. Con una sonrisa diabólica, Leo sale de mí, con un sonido húmedo y erótico, y me agarra por las caderas para hacerme girar una vez más.

—No te has corrido —observo con torpeza, confundida por su decisión de dejar de follarme cuando pensaba que el objetivo de nuestra apuesta era satisfacer su deseo.

—Todavía no —advierte con voz sombría, subiéndome sin esfuerzo al borde de la encimera.

Suelto un jadeo cuando la piedra fría entra en contacto con mi piel; la temperatura extrema me descoloca porque todavía me tiene la falda apartada hacia un lado para que no se moje. Luego se sitúa entre mis muslos, abriéndolos de par en par con sus caderas mientras me agarra de la nuca y se inclina hacia mí.

Sella nuestros labios con un beso abrasador y mi boca se abre con un suspiro.

Con la lengua acariciándome entre los dientes, intensifica el beso, reclamando mi boca mientras nuestras lenguas se enredan. Puedo saborear allí el rastro de mi excitación, de cuando se ha chupado los dedos en la mesa, y mis entrañas se vuelven lava ante el recuerdo. Estaba demasiado enfadada en ese momento para procesarlo del todo, pero se ha limpiado los dedos a lametones como si estuviera probando el glaseado de un pastel.

Un gemido codicioso se me escapa antes de que pueda evitarlo, y los labios de Leo se curvan perversamente contra los míos. Su mano

baja desde mi cuello; sus dedos me rozan la garganta y recorren el canalillo entre mis pechos antes de envolver uno de ellos. Su otro brazo se enrosca en mi cintura, pegándome con más firmeza contra él mientras su punta hinchada presiona entre mis labios.

Todavía está resbaladizo por mi flujo, y la fricción cuando roza mi clítoris me hace soltar un grito. Por suerte, sus labios siguen pegados a los míos y se traga mi sonido de placer mientras presiona el interior de mi entrada.

Con un brazo sujetándome con fuerza, Leo desliza el otro bajo la tela de mi vestido, agarrándome la nalga para tener un control total de mi cuerpo. Me aferro a sus caderas con los muslos, manteniendo las piernas envueltas a su alrededor mientras se balancea dentro de mí; su mano mueve mis caderas para que cada estocada sea profunda y demoledora.

El calor de nuestra pasión es casi frenético, animal —brutal incluso —, pero, Dios mío, es tan satisfactorio.

La primera vez que me atrapó en este baño, pude sentir la electricidad entre nosotros. Casi podía saborearla. Soñé con este momento antes siquiera de saber cómo sería. ¿Y vivir esa fantasía? Es tan embriagadoramente erótico que me siento mareada de necesidad.

No importa que me haya corrido hace apenas unos instantes. Estoy tan cerca del clímax que cada embestida envía chispas de placer por mi columna vertebral. La polla de Leo encuentra ese punto secreto cada vez que golpea dentro de mí, y se muestra implacable mientras me folla como si estos fuesen nuestros últimos instantes en la Tierra.

—Leo… —gimo, con un sonido ansioso y quejumbroso porque sé que no aguantaré mucho más.

—Córrete conmigo, *Cattiva* —susurra, rozando sus labios con los míos—. Quiero sentir cómo te corres por toda mi polla mientras te

lleno. Voy a dejarte el coño goteando para que no tengas más remedio que pensar en mí durante el resto de la velada.

Jadeo y vuelvo a presionar mis labios contra los suyos para ahogar el sonido.

Leo empuja con fuerza, restregándose contra mi clítoris mientras penetra profundamente en mi interior y, a medida que el semen caliente inunda mi canal, la sensación fulminante desencadena mi propia liberación. Sollozo de placer mientras la dicha electrizante recorre mis extremidades, adormeciéndome el cuerpo mientras él persigue hasta la última gota de tensión y rabia.

No hay mejor sensación que esta: vibrar contra la dureza de Leo mientras libera ráfaga tras ráfaga de semen dentro de mí. Nos estremecemos juntos; sus poderosos brazos me mantienen cerca mientras compartimos el aire atrapado entre nosotros. Puedo sentir sus pulsaciones dentro de mí cuando se detiene, enterrado hasta el fondo entre mis muslos.

—Tengo que hacer apuestas contigo más a menudo —bromea ligeramente, rozando mis labios con un suave beso antes de apartarse para dedicarme una sonrisa juguetona.

En algún momento del camino he olvidado incluso que nos estábamos peleando, pero después de lo que acaba de pasar, no sé si tengo fuerzas para seguir enfadada. Por muy vergonzoso que haya sido que me masturbara con los dedos estando los invitados a tiro de piedra, no se ha hecho ningún daño real… aparte de enfurecer a Kenji, y es casi imposible *no* hacerlo, incluso en un día bueno.

—Tenemos que volver con nuestros invitados —murmuro, sintiéndome de repente tímida por lo mucho que me he excitado.

Pareciendo leer a través de mi intento de distraerlo, Leo suelta una carcajada y, lentamente, sale de mí, liberando un torrente de humedad que me baña los muslos. Se guarda con eficacia, subiéndose los pantalones y abrochándose el cinturón. Luego saca

del bolsillo los restos arrugados de mis bragas destrozadas. Con la excitación del momento, ni siquiera me he dado cuenta de que las ha guardado ahí después de arrancármelas.

—Ni se te ocurra escaparte a ponerte otras —advierte antes de volver a metérselas en el bolsillo—. Quiero encontrar tu coño desnudo y listo para mí cuando volvamos a la habitación esta noche. Y hasta entonces, voy a disfrutar pensando en ti caminando por ahí, atendiendo a los invitados, siendo la anfitriona perfecta mientras mi semen se escapa de ese coño tuyo tan deliciosamente irresistible. ¿Ha quedado claro?

Lo juro, a veces Leo habla de forma tan sucia que podría hacerme correr solo con palabras.

—Sí —susurro, con las mejillas ardiendo mientras bajo la mirada, demasiado avergonzada por la idea para mirarlo.

El toque de Leo es suave cuando engancha un dedo bajo mi barbilla y la levanta para que me vea obligada a cruzarme con su mirada.

—Eres una adicción, Sora Chiaroscuro —dice con voz profunda y ronca. Entonces su actitud cambia, como si el hechizo se hubiera roto—. Espera un minuto o así antes de volver.

Luego, sus dedos desaparecen de mi rostro y se dirige a la puerta del baño, abriéndola y dejándome sola en el silencio que sigue.

Mi corazón sigue acelerado y mi cuerpo arde mientras mi cabeza da vueltas por lo que acaba de suceder.

Nunca he hecho nada tan imprudente y, al girarme hacia el espejo, sé que va a ser imposible recomponerme lo suficiente como para ocultar lo que acaba de pasar entre nosotros.

Cogiendo papel higiénico, intento asearme lo mejor que puedo, pero parece que no tiene fin la cantidad de flujo que se apresura a mojar mis pliegues. Rindiéndome, intento no pensar demasiado en ello mientras me abanico la cara para calmar el rubor de la vergüenza.

Para distraerme, me retoco el pelo, volviendo a dejarlo perfectamente en su sitio, y luego el vestido. El rastro de una marca tiñe mi cuello allí donde Leo lo ha rozado con los dientes, y desearía tener algo de maquillaje para disimularlo. Pero todo eso está guardado en nuestra suite, demasiado lejos para ir a buscarlo ahora.

Mirando mi reflejo a los ojos, me animo a mí misma: —Puedes hacerlo. Solo unas horas más. Nadie te va a mirar a ti, de todas formas. Esta noche se trata de Leo, y probablemente los hombres ya se hayan retirado a la sala de fumadores.

La idea de cruzarme con Kenji en este momento es casi insoportable; la idea de estar al lado de Leo y fingir que no ha pasado nada, todavía más.

—Maldita sea, Sora. Estás en un lío enorme —susurro al sentir que solo pensar en mi atrevido marido hace que mi pulso se acelere una vez más.

Leo me tiene en la palma de su mano. Sabe cómo tocarme como si fuera un instrumento, jugando con mis emociones para sacar la respuesta exacta en el momento preciso, y eso me aterra. Porque esta noche solo ha servido para demostrar que no soy más que un títere en sus manos. Cada vez que me toca, cobro vida. No importa dónde, cuándo ni por qué.

Parece que no puedo evitar desearlo.

Incluso cuando solo soy una herramienta para ser usada contra mi familia.

En ese momento, las palabras de mi padre del día que conocí a Leo me vienen a la mente sin avisar: *—Recuerde, Sora, que es usted una Tanaka; incluso después de casarse, nosotros somos su familia. Siempre nos pertenecerá.*

De repente, me siento como la cuerda atrapada en un desagradable juego de tira y afloja. Soy el instrumento que va a arrastrar por el lodo o bien a mi familia… o bien a la de Leo.

LEO

Sé que algo va mal cuando el número de Raf ilumina mi teléfono por tercera vez en menos de diez minutos, y suspiro. —Lo siento, signor Lombardi, ¿me disculpa un momento? —le pregunto, interrumpiéndolo a mitad de frase.

Su expresión de espanto desaparece rápidamente cuando Miko se adelanta desde donde está, cerca de la puerta de mi despacho, para guiarlo fuera de su asiento, indicándole en silencio que salga al pasillo.

—Oh, por... por supuesto —tartamudea el signor Lombardi, mirando alternativamente a mi hermano y a mí mientras sus tres hijos mayores se levantan para salir de la habitación tras él.

—Estoy en una reunión —declaro al responder a la llamada de Raf en cuanto se cierra la puerta.

—Ya, bueno, he pensado que deberías saber que la policía está aquí, en el punto de entrega —dice Raf con sorna.

—*¿Qué?* —Mi frustración se manifiesta en forma de gruñido.

—Te dije que los hombres de Kenji llegaban tarde. Resulta que ni se han presentado, y no es que yo pudiera simplemente rechazar la entrega. Sabes lo mal que quedaría eso ante nuestros aliados al otro lado de la frontera.

Aunque mi hermano sabe que no debe usar nombres por teléfono, se refiere al Cártel de Sinaloa. Llevamos tres años haciendo negocios con éxito con ellos y recientemente hemos aumentado el flujo de mercancía que nos llega desde el otro lado de la frontera, ya que se suponía que los Tanaka-kai tenían un gran plan para distribuirla. Hasta ahora, esa propuesta comercial solo ha resultado ser un auténtico dolor de cabeza.

—Hemos tenido la mercancía parada en el almacén durante horas y, si me preguntas, alguien ha llamado a la pasma, porque si no, no habrían aparecido tan rápido. —Mi hermano menor suena impaciente, y sé que está tan entusiasmado con esta asociación con los Tanaka-kai como yo.

Kenji nos ha vuelto a dejar vendidos con su impuntualidad y me inclino a estar de acuerdo con Raf. Hemos tenido demasiados sustos como para que sea una coincidencia. Nos está puteando a propósito.

A pesar de la alianza matrimonial, Kenji está resultando imposible de tratar; su comportamiento es cada vez más temerario y errático, y la tensión en las filas de los Chiaroscuro está en su punto más alto. Esto solo refuerza mi creencia de que la alianza que formamos servirá de poco para solucionar el problema de fondo. Puede que ya no nos estemos matando con la Yakuza, pero los Tanaka-kai se niegan a jugar limpio. Y empiezo a pensar que mi padre está ciego por voluntad propia si no es capaz de verlo.

—Voy para allá —afirmo tajante, levantándome de la mesa de reuniones de mi despacho.

—No te preocupes por eso. El capitán Lowry ha sido quien ha respondido al aviso. Él y yo hemos llegado a un acuerdo —declara Raf sin rodeos.

Mi mordaz hermano menor puede ser un incordio a veces, pero también puede ser increíblemente persuasivo cuando se lo propone, y estoy más que agradecido de haber puesto a los gemelos a cargo de supervisar este intercambio después de que los dos últimos

salieran bien por los pelos. Qué suerte, también, que Lowry estuviera allí para atender la llamada. Es uno de los hombres que mirará hacia otro lado de forma fiable si le llenamos los bolsillos adecuadamente.

—Te debo una —digo, liberando la tensión con un suspiro.

—Sandro quiere un pase libre en las peleas a puño descubierto de esta semana. Dame el viernes libre para una escapada de fin de semana con mi mujer y estamos en paz —bromea.

No es que fuera a detenerlos, de todos modos. Una de las ventajas de trabajar con la familia es que hacemos lo necesario para sacar el máximo provecho de nuestras vidas. Ellos me cubren las espaldas y yo las suyas.

—Hecho —acepto y cuelgo.

Debería terminar mi reunión con el Signor Lombardi. He estado dándole largas demasiado tiempo, pero no tengo paciencia para ese hombre que siempre encuentra formas de congraciarse con nosotros con la esperanza de ganar puestos más altos en la Familia para sus hijos. En su lugar, lo que realmente necesito es tratar con mi padre esta alianza con la Yakuza que fracasa por momentos.

—¿Ha pasado algo? —pregunta Miko mientras me abrocho el botón superior de la chaqueta del traje y me dirijo hacia la puerta.

—Sí, Kenji —es todo lo que digo, y mi hermano asiente secamente mientras me sigue al pasillo.

—Lo siento mucho, signor Lombardi, pero tendremos que terminar esta reunión en otro momento. Ha surgido algo urgente —digo, agarrándolo del codo y dándole un rápido apretón de manos al pasar a su lado.

—Pero... —empieza él, abriendo y cerrando los labios con una expresión de pez, sin saber qué decir.

—Puede concertar una nueva cita con mi secretaria si tiene algo más que decir —exclamo por encima del hombro.

La seguridad del edificio ya ha pulsado el botón de llamada para cuando llego a la hilera de ascensores, y un par de puertas se deslizan suavemente para que entre. Alcanzo a ver por un instante a los hijos de Lombardi corriendo hacia mí detrás de su padre mientras las puertas se cierran entre nosotros, y sonrío con la satisfactoria sensación de habérmelo quitado de encima un poco más de tiempo.

¿Vamos a una misión de limpieza? —pregunta Miko mientras bajamos en el ascensor hacia el vestíbulo de nuestro edificio de oficinas en el Loop.

—Los gemelos se han encargado. Vamos a intentar que el viejo entre en razón.

El silencio de Miko expresa la poca fe que tiene en ese plan y aprieto los dientes porque, francamente, yo tampoco la tengo. Llevo insistiendo en este tema mucho antes de la boda, y el don se ha cansado de escuchar mi punto de vista. Supongo que solo espero que uno de estos roces con la ley le recuerde que un trato que sale mal podría golpearnos con más fuerza que simplemente en la cartera.

El trayecto a casa es tenso y silencioso, y agradezco a mi hermano adoptivo su comprensión natural de cuándo es el momento de cerrar la boca y conducir. Tomando la autopista a una velocidad muy superior a la permitida, llegamos a la finca Chiaroscuro, a las afueras de la ciudad, en un tiempo récord, y en cuanto se detiene ante la escalinata principal, la puerta de mi coche ya está abierta y lo dejo atrás.

—¿Dónde está el don? —le pregunto a Alfonzo nada más abrirse de par en par la puerta principal.

—En su despacho —confirma nuestro mayordomo, levantando las cejas en una pregunta silenciosa.

No respondo mientras recorro el pasillo a zancadas.

Entrando de golpe en el estudio de mi padre, no me molesto en llamar ni en esperar una invitación; él levanta la vista bruscamente de su papeleo cuando cierro la puerta de un portazo tras de mí.

—Ese crío de oyabun no ha hecho la entrega —gruño—. Y me refiero a que esta vez ni siquiera se ha molestado en aparecer. —Caminando de un lado a otro frente al escritorio de mi padre, me esfuerzo por controlar mi genio mientras se lo expongo todo.

—Por favor, pasa, Leonardo —dice mi padre con ironía, ignorando mi diatriba.

—Toda esta farsa de alianza solo nos está preparando para que nosotros paguemos el pato. Tiene que verlo. Kenji la usó para que bajáramos la guardia. Ahora que tiene un pie dentro, solo nos está tomando el pelo. ¿Sabe que la *policía* ha llegado hoy al intercambio, mientras que a los Tanaka-kai les ha importado un bledo?

—Y por lo que parece, tus hermanos han manejado la situación, lo cual es más de lo que puedo decir de ti —dice mi padre fríamente, apoyando los codos en su escritorio y entrelazando los dedos frente a su barbilla.

—No puede estar echándome la culpa de esto a mí. Le dije desde el principio que no se podía confiar en esa familia, pero insistió en seguir adelante con la alianza, y ahora nos están pasando por encima, riéndose a nuestra costa porque nosotros sí estamos cumpliendo este acuerdo, fingiendo que podemos *trabajar* con ellos. —Con los puños apretados, me enfrento a mi padre, intentando sin éxito contener mi frustración.

—Pero *es* culpa tuya, Leo —dice el don con calma, sus ojos agudos, fríos y sin emociones—. Negocié una alianza con los Tanaka para que su mandato pudiera comenzar sin el conflicto que yo he tenido que mitigar durante las últimas dos décadas. Los Tanaka le han entregado a su única hija. El contrato está firmado con sangre. ¿Qué

más podría querer? Su destino está ligado al nuestro ahora, así que, si todavía hay un problema, significa que no ha estado utilizando a su mujer.

Me mofo. Después del infierno por el que he hecho pasar a Sora, no puede estar hablando en serio. —Si mi mujer pudiera servir como algún tipo de moneda de cambio contra su hermano, ya habría funcionado.

La respuesta de Kenji a mi intento de provocarlo en la cena de mi sucesión me abrió los ojos sobre lo poco que le importa Sora. No vino tras de mí, ni me amenazó, ni siquiera me advirtió que no le pusiera las manos encima. De hecho, para cuando llegamos a los puros y el brandi, bromeaba sobre lo mucho que debía de estar disfrutando de mi nueva esposa —de la que parecía que no podía quitarle las manos de encima—, como si su familia me hubiera hecho un favor dándome un juguete que ya no querían, no a su *hija*, no a la *hermana* de Kenji. Mis hermanos pueden sacarme de quicio a veces, pero *nunca* dejaría que alguien les hiciera daño y se fuera de rositas.

Humillar a Sora ni siquiera me dio ventaja contra su hermano.

Solo demostró que los Tanaka se están riendo del juego al que juega mi padre.

Lo que me hace estar seguro de que el suyo es mucho más siniestro.

Estoy cansado de torturar a Sora y fingir que sirve para algo para manipular a su familia. Me está convirtiendo en el tipo de hombre que no quiero ser. Le estoy haciendo daño, y parece que soy el único que se molesta en hacerlo. Ya no me importa lo que piense mi padre. Estoy cansado de su juego. Estamos perdiendo, y él es demasiado arrogante para verlo.

—Tal vez es que no la está utilizando de la manera adecuada —sugiere mi padre, enarcando una ceja mientras me lanza una mirada

significativa.

—¿Sabes qué? Hemos terminado aquí. No sé por qué pensé que una conversación ayudaría en algo a esta situación. Siga con la cabeza enterrada en la arena, que yo me ocuparé de ese cabo suelto que va a reducir su preciado legado a cenizas —espeto, dirigiéndome a la puerta del despacho y abriéndola de un tirón.

SORA

Ha pasado casi un mes desde la boda y, aunque parece haberse instaurado una extraña tregua entre Leo y yo desde su cena de sucesión, no puedo evitar que la ansiedad me apriete el estómago mientras espero a que algo malo ocurra.

Un suave golpe en la puerta de nuestra suite es suficiente para que me dé un vuelco el corazón, y corro a abrir.

—Los artículos que pidió, signora —dice mi doncella, Clara, sosteniendo una bolsa de la compra.

—Gracias. —Había intentado que me llevaran a la tienda yo misma, pero me informaron de que la familia Chiaroscuro tiene personal que hace eso por ellos. Solo tenía que decirle a Clara lo que necesitaba. Aun así, preferiría que nadie lo supiera.—. Y, ¿Clara? —añado cuando se da la vuelta para irse—. Recuerde. Es nuestro secreto.

—Por supuesto, señora. No querría arruinar la sorpresa —dice con una sonrisa.

Desde luego que no. Cierro la puerta mientras se marcha, llevo la bolsa al baño y guardo los productos de higiene femenina que pedí junto con el verdadero motivo por el que la envié a la tienda. Me tiembla la mano cuando saco el test en último lugar.

Puede que *no* esté embarazada.

He estado bajo tanto estrés entre la boda, Leo y la tensión entre nuestras familias, que eso podría explicar fácilmente por qué tengo más de una semana de retraso. Pero lo dudo. Nunca me retraso. Y no es que hayamos estado usando protección ni nada parecido.

Abro la caja, cojo el pequeño palito con sus sencillas instrucciones de tres pasos y las sigo; luego tapo el test y lo dejo sobre la cisterna del váter mientras espero los tres minutos reglamentarios. Mientras espero, mi mente sigue yendo a mil por hora. No sé cómo me sentiría al saber que llevo un hijo de Leo. Siempre he sabido que es parte de mi deber como su esposa. A decir verdad, los hijos eran de las pocas cosas que podía valorar de un matrimonio concertado. Siempre he querido ser madre. Pero me resisto a criar a un hijo en el hogar de los Chiaroscuro.

Sí, las tensiones entre Leo y yo parecen estarse disipando, y el sexo —que practicamos mucho— es apasionado y sorprendentemente satisfactorio. Incluso se ha esforzado por hacer algunas cosas bonitas por mí, como sorprenderme con joyas hermosas o un día de spa en casa.

Pasa largas horas fuera de casa, lo que al principio pensé que haría sus abusos más tolerables. Pero, sorprendentemente, me descubro echándole de menos, preguntándome cuándo llegará a casa, porque desde la humillación de llegar al orgasmo en presencia de todos sus importantes invitados a la cena, no ha hecho nada cruel para torturarme.

No sé si eso es un alivio o si solo intensifica mi ansiedad, porque sigo esperando a que me pille desprevenida. Hasta entonces, lo único que puedo hacer es intentar adaptarme a mi papel de esposa de Leo, algo que estoy logrando. Incluso he conseguido sentirme un poco más cómoda con los hermanos de Leo... bueno, con la mayoría de ellos. Miko todavía me aterra, siempre acechando como la sombra letal de Leo. Pero Gio y los gemelos han bajado la guardia, lo que los hace sorprendentemente menos intimidantes, aunque

Sandro parece un poco masoquista en su entusiasmo por las peleas. Aún no lo he visto sin un ojo morado o un labio partido.

El padre de Leo, por otro lado, solo me trata como a un objeto. Si se molesta en hablarme, es solo para informarme de alguna nueva responsabilidad que se supone que debo asumir. Y estoy empezando a darme cuenta de que él podría ser el motor que impulsa la crueldad de Leo.

Suena la alarma de mi teléfono, avisándome de que el test está listo. Respiro hondo para calmarme, lo cojo con tiento y el temblor de mis dedos empeora. Y, mientras bajo la mirada hacia las dos líneas rosas grabadas en la pantalla de resultados, mi corazón se pone a galopar.

Estoy embarazada.

La emoción vertiginosa ante la idea de ser madre es rápidamente arrollada por el pensamiento de qué tipo de vida conocerá mi hijo. *¿Podré darle el tipo de felicidad e inocencia que merece un niño al crecer? ¿Con un padre que dirige la mafia de Chicago y un abuelo que probablemente lo usará como una herramienta?* Puede que haya encontrado una tregua temporal con Leo, pero quién sabe cuánto durará, o si podría ser tan inestable con su hijo como lo ha sido conmigo.

El pensamiento hace que se me encoja el corazón, y miro fijamente el test, preguntándome qué se supone que debo hacer ahora.

—¿Sora?

Doy un respingo, con el corazón clavado en la garganta al oír la voz de Leo en el salón de nuestra suite. No estoy lista para hablarle del bebé todavía, no cuando aún estoy intentando asimilarlo yo misma. Pero tengo la prueba en mis manos y ningún lugar donde ponerla donde él no pueda encontrarla.

Presa del pánico, recojo el test y su caja, abro el armario de la lencería y los meto debajo de una pila de toallas. Tendré que ver dónde tirarlos más tarde.

—Ahí estás —dice Leo mientras cierro la puerta del armario.

—¡Leo! —Me giro para mirarlo, ocultando mi ansiedad con sorpresa —. Has vuelto pronto. ¿Va todo bien?

Ladea la cabeza con una mirada inquisitiva que resulta de algún modo increíblemente sexy, y sus ojos oscuros se iluminan mientras sus labios se curvan en una sutil sonrisa. —¿Va todo bien para ti? Parece que hubieras visto a un fantasma.

—Estoy bien —le aseguro demasiado rápido como para que hasta yo me crea mis propias palabras.

Pero él no insiste. En su lugar, se encoge de hombros y me tiende una funda de ropa negra. —Vístete. Te llevo a cenar.

—¿A cenar? —Mi cerebro distraído tarda un segundo en reaccionar, incluso mientras cojo la percha de su mano—. ¿Solo nosotros dos?

—Sí, la reserva es dentro de una hora.

No es mucho tiempo para ponerse elegante, así que me pongo a ello de inmediato, aplicándome una ligera capa de maquillaje y peinándome para dejar el pelo suelto sobre los hombros. Luego saco el vestido que Leo me ha comprado de su percha y me lo pongo. Se me corta la respiración al ver la elegante seda de color amanecer contra mi piel. Empieza con un amarillo pálido en el escote halter con un pronunciado corte en V y transita hacia un naranja mandarina, luego coral, antes de alcanzar finalmente un rosa rojizo cerca del dobladillo asimétrico, que deja ver mis piernas por debajo de la rodilla y casi toca el suelo cuando llega a los talones.

La seda es suave y brillante, y los finos tirantes del cuello halter hacen que la forma del vestido se mueva con fluidez con mi cuerpo. Es un vestido de verano perfecto para el calor de agosto, ligero y sencillo, con la espalda al aire y sin mangas. Debo admitir que Leo elige conjuntos que son mucho más reveladores de lo que yo elegiría para mí. Pero algo en él me hace sentir hermosa, deseable de la mejor manera.

Con el escote de vértigo y la tela fina, parece más un camisón que un atuendo apropiado para ir a cenar y, a pesar de las pinzas que cruzan horizontalmente mi pecho para darle al vestido una forma más ajustada, mis pezones marcan el tejido. El calor me sube a las mejillas solo de pensar en salir así en público, pero si esto es lo que Leo quiere...

Se me tensa el vientre al pensar en el resultado más probable.

Y como un cubo de agua helada derramado sobre mi cabeza, mis ojos se dirigen al armario donde escondo los resultados de lo que sucede por llevar vestidos como este. Una cena a solas sería el escenario perfecto para darle la noticia a Leo. Pero una vez que se lo diga, todo va a cambiar.

Sinceramente, todo ha cambiado ya para mí, pero añadir a Leo a la ecuación solo hará que la situación sea diez veces más real. Y realmente no sé cómo respondería él a la noticia. *¿Y si se toma la idea de un bebé tan bien como se tomó la de tenerme por esposa?*

—¿Estás lista? —pregunta Leo, interrumpiendo mis pensamientos, y cuando mis ojos se clavan en su rostro, él mira alternativamente entre el armario y yo—. ¿Seguro que estás bien? Miras la puerta del armario como si te hubiera insultado. —Da un paso hacia la puerta y un pánico absoluto me invade.

—No seas tonto —insisto, agarrándolo del brazo y tirando de él hacia la salida—. Solo necesito los zapatos. Vamos o llegaremos tarde.

La reserva que Leo ha hecho es en un restaurante francés llamado Le Ciel de Paris, situado en la última planta de un imponente rascacielos en la Milla Magnífica. Lo que no mencionó es que resulta que tiene dos estrellas Michelin y, por lo general, las reservas deben hacerse con un año de antelación. No sé si debería sentirme halagada por el gesto o si es que tiene algún contacto personal que ha hecho posible lo de esta noche.

En cualquier caso, en cuanto cruzamos la puerta, me quedo sin aliento. Más allá del mostrador de recepción hay un restaurante abierto con paredes de ventanales que miran al lago Michigan. Enormes lámparas de cristal cuelgan del techo, y todas las mesas están dispuestas alrededor de un escenario circular donde una banda en vivo toca música clásica francesa. Una rica alfombra roja cubre el suelo, y cada mesa está cubierta con un mantel blanco impecable y vestida con cristalería fina y plata. Un jarrón con una sola rosa roja ocupa el centro de cada mesa, junto con velas parpadeantes alrededor de su base.

Nunca he estado en un restaurante que resultara tan romántico. Pero el número de mesas para dos y las parejas inclinadas sobre ellas, susurrando íntimamente, no hace más que intensificar el ambiente.

—¿Nombre de la reserva? —pregunta la hostess cuando nos detenemos ante ella.

—Chiaroscuro —dice Leo.

El nombre debe de provocar algún tipo de reconocimiento, porque ella se yergue, con una sonrisa de repente más profesional. —Por supuesto, señor Chiaroscuro. Su mesa está lista. Por aquí.

Miro a Leo por el rabillo del ojo, con una curiosidad creciente, y él sonríe con suficiencia mientras me pone una mano en la parte baja de la espalda, animándome a seguir a la hostess. El ligero contacto me provoca un escalofrío por la columna mientras el calor de su palma se filtra en mi piel desnuda, y me pregunto si él también lo siente, esa chispa que enciende en mí sin esfuerzo.

La hostess nos lleva hacia el rincón más alejado del restaurante, justo al lado del ventanal que da a la bahía, e intentamos acomodarnos mientras sigo admirando el ambiente. No hay menús, aunque Leo pide una botella de vino antes de que la mujer se retire de la mesa, y mi corazón late con nerviosismo.

¿Cómo voy a evitar beber sin despertar sus sospechas?

—¿Una reserva en Le Ciel de Paris de última hora? —pregunto en cuanto se marcha la hostess—. Debes de conocer a alguien.

Leo se ríe entre dientes. —Podría decirse que sí. Mi familia y yo somos mecenas del restaurante. Financiamos a Louis cuando dijo que quería abrir su local.

Eso me sorprende. Después de todos los años oyendo lo poco refinados que son los Chiaroscuro, después de ver lo despiadados y fríos que pueden ser —por no mencionar lo brutos que son—, nunca los imaginé financiando un restaurante tan exquisito.

—¿No es lo que esperabas? —me pincha Leo juguetonamente, leyéndome mucho mejor de lo que me gustaría.

—He aprendido a esperar lo inesperado de ti —digo, tratando de recuperarme rápidamente.

La risa profunda que brota del pecho de Leo es un sonido que nunca superaré. Me calienta la sangre y me recuerda lo indefensa que me siento a su lado. No puedo confiar en lo que siento por él. Cuando se trata de mi marido, mis instintos fallan estrepitosamente, incluso si ha sido más amable esta última semana de lo que lo ha sido en los cinco meses que hace que lo conozco.

Un hombre con traje negro llega para descorchar nuestro vino y permitir que Leo lo cate antes de servirlo. —La cena de esta noche es un menú degustación, elegido por el chef especialmente para sus invitados de honor —dice el hombre—. El primer plato saldrá en breve.

—Gracias —dice Leo, despidiendo al camarero con un gesto de cabeza.

—Bueno... —empiezo al quedarnos solos con el vino, y miro mi copa, con el estómago revuelto al tener la sensación completamente ridícula de que Leo ya lo sabe, de que ha organizado esta cena para

sacarme mi secreto—. ¿Cuál es el motivo de esta noche? —pregunto con ligereza, alzando la vista para encontrarme con la suya.

—¿Necesito una razón para llevar a cenar a mi mujer? —pregunta, con los labios curvados en esa sonrisa arrogante que me deja sin aliento.

—Bueno, no... —digo, mirando a mi alrededor para ocultar que me hace sonrojar—. Es que no lo habías hecho nunca antes.

Leo suspira, atrayendo de nuevo mi mirada, y sé que algo trama. Solo espero que no sea porque de algún modo ha descubierto por su cuenta que estoy embarazada.

—Esperaba que pudiéramos tener una cena agradable antes de entrar en materia, pero supongo que deberíamos quitárnoslo de encima para poder disfrutar de la comida.

Trago saliva, con la ansiedad disparada mientras espero a que continúe.

—Estoy al límite con tu familia, específicamente con Kenji. He intentado lo que he podido para que las cosas funcionen con él, pero parece pensar que nuestro matrimonio le da carta blanca para hacer lo que le dé la gana, y está empezando a perturbar mis negocios... nuestros negocios.

Leo se pasa los dedos por su pelo perfectamente peinado, revelando una rara muestra de estrés que contrasta fuertemente con el alivio que me inunda. Porque esto no tiene nada que ver con que yo vaya a tener un bebé. Entonces sus palabras calan en mí, y nuevos nudos me aprietan el estómago. *La alianza no puede haber llegado ya al punto de colapso, ¿verdad?*

—Lo siento. Sé que mi hermano puede ser... difícil —digo diplomáticamente, sin saber qué quiere Leo de mí.

Él asiente, frunciendo el ceño mientras estudia mi rostro durante varios segundos. —Sora, soy consciente de que no he hecho nada

para ganarme tu favor, pero dado que estamos juntos en esta situación, esperaba que pudieras pasar eso por alto y estuvieras dispuesta a ayudarme. Nada de lo que he hecho para mantener a raya a Kenji está funcionando. Así que esperaba que pudieras hablar con él, ver si consigues que vuelva al redil antes de que tenga que adoptar un enfoque más contundente.

¿Un enfoque más contundente? No estoy segura de qué forma tendría eso a ojos de Leo, pero no me gusta cómo suena, especialmente cuando nos casamos para evitar un enfrentamiento violento. Aun así, no veo cómo espera que yo le sea de utilidad. A mí Kenji me hace el mismo caso que a una tabla de planchar.

—¿Y cómo iba a hacer yo eso? —pregunto, llevándome la copa de vino a los labios y quedándome helada al darme cuenta de que no debería beberla. Pero ahora no puedo volver a dejarla sin que resulte demasiado obvio, así que aprieto los labios y ladeo la copa para apoyar el líquido fresco contra mi boca, esperando que parezca que he dado un sorbo.

—Había pensado que podría invitar a tu familia a pasar un día en el yate con nosotros. Eso te daría tiempo de sobra con él para encontrar el momento adecuado.

Leo está abordando el asunto como si todo lo que hiciera falta fuera encontrar la oportunidad de tener una conversación, cuando yo sé que ni todas las palabras del mundo harían cambiar de opinión a Kenji si venían de mí.

Pero pasar tiempo con mi familia de repente parece una idea muy buena. Mi madre y yo puede que no tengamos una relación increíblemente afectuosa, pero ella podría ayudarme a saber qué hacer con Leo y el bebé. Si supiera todo lo que ha pasado, lo impredecible que puede ser Leo, me pregunto si insistiría en que me quedara con él... o tal vez sugeriría que volviera a casa para criar a mi bebé donde sé que estará seguro y será amado.

—Está bien —digo—. Hablaré con Kenji. Organízalo.

LEO

No sabía qué más hacer.

Tras la insistencia de mi padre de que no estaba utilizando correctamente a mi esposa, caí en la cuenta de que, aunque quizá no lo pretendiera así, podría tener razón. Tengo una ventaja con la familia Tanaka que mi ceguera por la rabia y la desconfianza me ha impedido ver. Estaba tan seguro de que la alianza fracasaría que nunca consideré a Sora como un activo. Pero es inteligente, diplomática—ha logrado convivir bajo el mismo techo que mi familia durante un mes sin desmoronarse ni huir.

E incluso si Kenji no protege a su hermana, quizá aún la escuche.

Pero mientras observo a Sora vestirse para un día en el yate de la familia Chiaroscuro, percibo cómo el estrés irradia de ella en oleadas. Lleva un favorecedor bañador negro bajo un caftán azul de estampado floral semitransparente, con sandalias de cuña y un sombrero de paja. Está tan apetecible como siempre. Sin embargo, mientras mete toallas y crema solar en su bolsa de playa, sé que algo le inquieta por cómo muerde su labio inferior.

—¿Te preocupa la conversación con Kenji hoy? —le pregunto, apoyándome en el marco de la puerta del baño.

Sora se endereza rápidamente, volviéndose hacia mí como si la hubiera pillado por sorpresa. Últimamente hace eso a menudo,

parece. —¿Kenji? —pregunta como si su mente estuviera a un millón de kilómetros—. No, no me preocupa, aunque no prometo que lo que diga vaya a calarle. Pero haré lo que pueda.

Asiento, separándome del marco para acercarme a ella. —¿Entonces qué? —pregunto, rodeándole la cintura con un brazo para atraerla hacia mí mientras sujeto su barbilla entre mis dedos—. Noto que algo te molesta.

El rubor tiñe sus pómulos altos, y el aliento de Sora se corta cuando intenta bajar la mirada, pero mi agarre en su barbilla no se lo permite. —Es... no es nada. Solo... nunca he estado en un barco. No nado muy bien.

Una punzada de culpa me oprime el pecho al darme cuenta de lo poco que conozco a mi esposa. Fue intencionado desde el principio —yo manteniendo tanta distancia como pude. Pero de haber sabido su inquietud, habría elegido otra forma de pasar el día con su familia. Ahora es tarde para cambiar planes. Los Tanaka ya estarán camino del astillero.

—No te preocupes —digo, intentando calmar su miedo lo mejor posible—. No tendrás que nadar. Subes al yate directamente desde el muelle, y el barco es tan grande que ni notarás el agua. Podrás disfrutar tomando el sol y estar con tu familia. Estará bien, ¿verdad?

Sora asiente, su sonrisa disipando la preocupación de sus ojos, y algo en mí se descongela un poco. Estoy peligrosamente cerca de importarme Sora, y aunque mi padre se enfurecería si lo supiera, empiezo a pensar que desarrollo sentimientos genuinos por mi esposa.

—Vamos. Disfrutemos del día. —Le rozo los labios con un beso ligero, la suave conexión despertando mi deseo, pero no tenemos tiempo para sexo.

Una hora después, estoy en la cubierta principal de nuestro yate con mis cuatro hermanos, mi padre, Sora, sus padres y Kenji. El capitán

nos ha llevado más allá de las olas agitadas cerca de la orilla, hacia la calma profunda del lago Míchigan.

Mientras mis hermanos y yo nos hemos quitado las camisetas para zambullirnos desde el costado en bañador, los Tanaka parecen más inclinados a quedarse vestidos y fuera del agua, resguardados bajo la sombra de la cubierta superior. Sora, al menos, ha seguido mi sugerencia de disfrutar del sol, y aunque aún lleva su caftán, lo tiene abierto, dejando ver sus piernas largas y esbeltas y las sugerentes aberturas de su bañador mientras se estira en una tumbona para leer.

—¿Disfrutando? —pregunto, proyectando una larga sombra sobre su piel pálida mientras me seco tras mis zambullidas.

—Un rato —dice, mirando hacia su hermano y luego hacia mí por encima de sus Ray-Ban—. El sol es demasiado fuerte para aguantar mucho, pero pensé en intentarlo, ya que es mi primera vez en un yate. —Sonríe, sus ojos oscuros brillando con picardía al mirarme.

—Bueno, esto debería refrescarte —bromeo, inclinándome para sacudir mi cabello mojado sobre ella, salpicando gotas por su cuerpo.

—¡Leo! —gimotea, pero el tono de reproche va seguido de un chillido y carcajadas que me tientan a ir más lejos.

Resisto el impulso, sabiendo que cualquier muestra de afecto frente a la familia de Sora dificultará su conversación con Kenji. —Voy a por una bebida. ¿Quieres algo?

—Estoy bien con mi agua, gracias —dice, alcanzando su botella Yeti.

Robo una última mirada a mi esposa antes de entrar al salón. Ver a Sora en traje de baño, relajada mientras disfruta del día, intensifica mi percepción de lo atractiva que es mi nueva esposa. En verdad, me he sentido cada vez más atraído por ella desde nuestro primer beso. Su fortaleza y confianza día tras día solo han intensificado eso.

Sacudiéndome el pensamiento, me envuelvo la toalla alrededor de la cintura y entro descalzo al salón principal. Miko ya está allí, ensimismado con un martini, y me siento en el taburete de bar contiguo.

—¿No tienes ganas de saltar del barco? —bromeo, indicándole al barman que me prepare otro martini.

Él solo asiente hacia Kenji, que se levanta para vagar por el otro lado del yate. —No me fío de él.

—Lo sé —convengo, aceptando la copa de martini helada con un gesto.

—No veo cómo traerlo a un barco ayudará en algo —a menos que tu plan sea ahogarlo—. —Ese pensamiento anima la expresión de mi hermano adoptivo, y me mira con esperanza.

—Desgraciadamente, no —digo, riéndome mientras doy un sorbo. Aunque la idea es tentadora.

—Hola, Leo. —La voz femenina conocida tiene un dejo coqueto, y mis hombros se tensan al girarme y encontrar a Sarah acercándose desde el puente.

—Hola, Sarah —digo, sorprendentemente desinteresado en la rubia curvilínea que lleva su uniforme casi como si fuera a hacer un estriptis.

Es parte del personal que mi padre mantiene para cuando sacamos el yate. Tuvimos un rollo casual el verano pasado. Sin ataduras, solo diversión en el agua—o dentro—durante nuestras travesías.

—Te he echado de menos —dice, haciendo un mohín mientras cierra la distancia para apoyarse en mi pierna. Con sus pechos a la altura de mi cara, me ofrece una vista perfecta de su escote mientras su mano encuentra la parte superior de mi muslo. —¿Dónde te has metido todo el verano?

Normalmente, eso bastaría para inclinarla sobre el lavabo mientras la follaba sin control. Pero hoy no siento ni pizca de deseo. De hecho, su atención casi me molesta. No me han interesado otras mujeres desde que me casé con Sora. A pesar del conflicto entre nuestras familias, la encuentro sorprendentemente seductora, inteligente e interesante. Es tan cautivadora que otras mujeres ni siquiera aparecen en mi radar.

Comparado con el atractivo discreto y la compostura inquebrantable de Sora—cómo me desafía incluso cuando cede—Sarah me parece aburrida, fácil y vulgar. Nunca pensé eso de las chicas con quienes estuve antes, pero ahora que he experimentado lo bueno, las demás resultan... insulsas.

—Me casé. ¿No te has enterado? —declaro sin énfasis, apartando su mano de mi muslo antes de beber otro trago de martini, volviéndome levemente.

—¡Oh, Dios mío, felicidades! —exclama Sarah con falsa efusividad. Luego rodea mi cuello con sus brazos, rozando mis oídos con sus labios mientras susurra—: Creo que esto merece una celebración. ¿Nos vemos en el baño en cinco minutos?

Sus manos se deslizan por mi pecho y espalda, sus largas uñas arañando seductoramente mi columna, y le agarro la muñeca cerca de mi pectoral, impidiéndole marcharse.

—Creo que no me has entendido —digo con frialdad, mirándola fijamente—. Así que voy a ser muy claro esta vez. Hoy prefiero follar a mi esposa que a mujeres aleatorias en baños.

Al soltarla, Sarah retira su mano bruscamente, su expresión herida. Resoplando, sale furiosa en dirección contraria, el habitual contoneo de sus caderas anulado por sus pasos airados.

Una risita baja sale de mi hermano mayor, y cuando lo miro de reojo, cruza los brazos.

—¿Qué? —pregunto, bebiendo otro trago.

—Creo que es la primera vez que te veo rechazar a una mujer. Fue duro, hermano.

—Me estaba sacando de quicio.

—Oye, nunca he dicho que no se lo mereciera —dice Miko—. Pero parece que tus días de playboy han terminado. No me digas que son los votos matrimoniales los que te mantienen fiel, porque ambos sabemos lo poco que crees en su santidad.

—Cállate —ordeno, empujándole levemente mientras me levanto—. Si vas a darme la lata, mejor busco a Raffaele. Sus salidas son mejores, y al menos puedo ponerlo en llave si me presiona.

Miko vuelve a reír mientras alcanzo mi copa, dispuesto a volver al sol. Pero un grito aterrador paraliza mi mano. Mi corazón se detiene porque sé quién es sin mirar. Dirijo la mirada a la tumbona donde la dejé, confirmando mi sospecha.

Sora ha desaparecido.

Sin dudar, echo a correr hacia el sonido.

25

SORA

—¿Qué te parece el barco? —pregunto en japonés mientras me acerco a la barandilla junto a mi hermano y observo el agua.

Desde la proa del barco anclado, me llevo la mano a la cabeza para evitar que el sombrero se me vuele con la brisa y escudriño el horizonte, donde las olas oscuras y ondulantes se extienden hasta donde alcanza la vista. Se me pone la piel de gallina por estar tan cerca del borde, pero es la primera oportunidad que he tenido de hablar a solas con Kenji en todo el día, y sé que tengo más posibilidades de llegar a él si no le hago quedar mal delante de nuestro padre.

Kenji no responde de inmediato, así que le lanzo una mirada, observando cómo la brisa agita su camisa de lino blanco y le despeina el cabello oscuro. Incluso con las gafas de sol puestas, mi hermano mayor parece aburrido, y una punzada de lástima me oprime el estómago. No recuerdo la última vez que le vi genuinamente entusiasmado por algo, excepto quizá por atormentarme. No puede ser una existencia feliz.

—Está bien, supongo —responde en nuestra lengua ancestral—. Si te gusta este tipo de cosas. A tu marido parece que le encanta quedarse medio desnudo y lanzarse al agua.

Mis labios se curvan con leve diversión por la forma en que describe la actividad. —Supongo que es una forma eficaz de refrescarse.

—O simplemente podrías quedarte dentro con el aire acondicionado como un ser humano civilizado —señala Kenji con sequedad, sin apartar los ojos de la costa lejana.

—Cierto —admito, ignorando el desaire, y luego me giro más marcadamente hacia mi hermano—. Pero ¿cómo estás, *Oni-san*? Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que te vi.

Kenji suelta un resoplido de divertida incredulidad. —¿Qué es esto, un momento de unión fraternal? —pregunta, imitando mi movimiento al girarse hacia mí.

—¿Es que no puedo preocuparme por cómo te va? —pregunto, sintiendo que la ansiedad me trepa por el cuello ahora que tengo toda su atención.

Mi hermano me recorre con la mirada de arriba abajo, con expresión escéptica, y el estómago se me retuerce cuando una sonrisa de suficiencia asoma a sus labios.

—¿Sabes qué? Tienes razón, Sora-chan —dice—. Deberíamos ponernos al día. Nunca he estado mejor. El negocio va viento en popa y las iniciaciones están en su punto más alto. Yo diría que esta alianza está funcionando de maravilla para la familia.

Escuchar una perspectiva tan opuesta a la de Leo me pilla desprevenida, y sonrío educadamente mientras intento recuperar el equilibrio. —Eso es maravilloso, Kenji.

—Pero ¿qué hay de ti? Por tu aspecto, diría que deben de estar dándote todos los caprichos en ese feo castillo de piedra —dice con malicia.

Frunzo el ceño y bajo la mirada, sin saber a qué se refiere. Debería saber que no debo dejar que me provoque. Pero parece que he perdido la práctica en lo que respecta a lidiar con mi hermano en el

mes que hemos estado separados. —¿A qué te refieres? —pregunto, sabiendo que me voy a arrepentir.

—Yo diría que has cogido algo de peso últimamente —se burla, ensanchando su sonrisa—. Más vale que vigiles lo que comes, Sora-chan, a menos que quieras perder esa figura que tan meticulosamente has mantenido. No querríamos arruinar tu valor prematuramente, ¿verdad?

El calor me inunda las mejillas al darme cuenta de que, si tiene razón, podría ser una señal temprana de que mis hormonas están cambiando. Pero no voy a decirle a mi hermano que estoy embarazada. No cuando ni siquiera he tenido la oportunidad de hablarlo con mi madre... y especialmente si aún no estoy preparada para decírselo a Leo. Al mismo tiempo, una señal de alarma suena sobre algo que ha dicho, una inquietud que me ronda en el fondo de la mente.

Luchando contra la vergüenza que me acelera el pulso y me abrasa la cara, levanto la barbilla con desafío, manteniendo mi temperamento a raya mientras trato de conservar el control de la situación. —Los Chiaroscuro me tratan lo suficientemente bien. Gracias, *Oni-san*, por tu preocupación.

La mejor defensa contra Kenji es no dejar que vea que ha logrado alterarme, y desvío la conversación de las nimiedades ahora que ya ha soltado su pulla.

—Y me alegra saber que la familia está bien, pero espero que sepas que esta alianza que cerramos con mi matrimonio no se mantendrá a menos que estés dispuesto a colaborar con los Chiaroscuro. —Mantengo la voz templada, eligiendo mis palabras con cuidado para seguir el camino más diplomático.

Aun así, puedo ver el asco que cruza el rostro de mi hermano. Sus labios se curvan mientras resopla. —Parece que ya has olvidado quién es tu verdadera familia —dice con frialdad—. Le advertí a Padre lo que pasaría, pero él estaba tan seguro de que seguirías

siendo leal... Ahora no eres más que la recadera de tu nuevo marido, ¿verdad?

—Por supuesto que sigo siendo leal a nuestra familia. Es por esa lealtad por lo que acudo a ti, Kenji —insisto, bajando la voz y dándole un tono de urgencia. Las palabras de advertencia de Leo resuenan en mis oídos: *«Mira a ver si consigues que vuelva al redil antes de que yo tenga que adoptar un enfoque más contundente».* Si no consigo llegar a Kenji, si no consigo que se porte bien, entonces Leo podría recurrir de nuevo a la violencia, y sé que nuestra familia no puede permitirse eso.

—Ya —se mofa Kenji—. Vienes a mí para entregarme las advertencias pasivo-agresivas de tu marido. ¿Crees que no sé qué se trae entre manos? ¿Crees que no veo en qué te ha convertido? ¿De qué me sirves si ahora solo eres el juguete sexual de Leo?

Las palabras calan hondo, dejándome sin aliento, y aunque sé que mi hermano puede ser francamente cruel a veces, sinceramente no esperaba que me atacara por cumplir con mi deber hacia nuestra familia.

Mi mano se mueve con voluntad propia, lanzándose de forma tan inesperada que me asusta cuando impacta contra la mejilla de Kenji. El golpe es lo bastante fuerte como para tirarle las gafas de sol de la cara, girándole un poco la cabeza, y cuando vuelve a mirarme, sé que me voy a arrepentir de mi acción impulsiva. Los dos nos miramos en un silencio estupefacto durante un momento; a mí me escuece la palma de la mano y Kenji se toca la mandíbula con incredulidad. Nunca le había levantado la mano a mi hermano —ni a nadie, en realidad— y empiezo a temblar mientras la adrenalina me inunda las venas.

—¿Acabas de... darme una bofetada? —pregunta con incredulidad.

—Yo... yo... Kenji, lo siento. No era mi intención...

—¡Ah! ¿Que no era tu intención pegarme? —pregunta con una hostilidad que emana de él en oleadas mientras se me echa encima, agarrándome los brazos con una fuerza que me dejará moratones.

—*Oni-san*, por favor —jadeo, sintiendo un terror muy real que me hiela la sangre al ver la rabia violenta que arde en sus ojos.

Conozco esa mirada.

Sé que no saldrá nada bueno de esto.

Y si antes pensaba que me arrepentía de mis actos, ahora sé que Kenji va a castigarme diez veces más por lo que he hecho. Y no será el tipo de castigo que Leo me ha enseñado a disfrutar. Cuando mi hermano quiere hacerme sufrir, lo hace con una furia implacable que no conoce límites.

—¿Crees que con un poco de súplicas te librarás? —se burla—. Realmente te han echado a perder, hermana. Y como ya no me sirves para nada, más vale que te tire con la basura.

Kenji me empuja con fuerza hacia atrás, con un agarre de hierro, y se me corta el aliento al mirar su mirada fría como la piedra. Entonces mis caderas chocan contra la barandilla metálica del yate y el corazón se me detiene cuando me da un empujón violento. El sombrero se desprende de mi cabeza, echando a volar arrastrado por la cálida brisa, y durante un segundo pierdo la gravedad mientras la cubierta desaparece bajo mis pies.

El pánico se apodera de mí mientras caigo hacia el agua oscura que hay debajo, dando vueltas en el aire. Entonces el líquido frío sube para envolverme mientras suelto un grito de terror. Por un momento no distingo arriba de abajo mientras me debato contra las olas gélidas, con el organismo en estado de shock por el brusco cambio de temperatura. Y un único pensamiento horripilante consume mi mente, borrando todo lo demás.

No sé nadar.

Afortunadamente, mi cabeza rompe la superficie del agua y tomo una bocanada de aire profunda y frenética mientras busco algo a lo que asirme. Pero el flanco liso del yate se alza muy por encima de mí; la barandilla está demasiado alta para alcanzarla.

Veo un instante a Kenji mofándose de mí desde arriba, su risa es un eco lejano más allá del pánico cegador que me asfixia.

Pataleo desesperadamente mientras mis instintos toman el mando, intento mantener la cabeza fuera del agua, pero incluso en las aguas más calmadas del lago Michigan, las olas son más de lo que puedo manejar; mis sandalias de cuña son demasiado pesadas y no hacen más que hundirme.

Abro la boca para pedir ayuda, pero el grito termina en una tos estrangulada cuando el líquido entra y me atraganta. Escupiendo, vuelvo a agitarme, con lágrimas calientes escociéndome los ojos al darme cuenta de que podría ahogarme si no viene nadie.

Y si me ahogo, mi bebé morirá.

Ese pensamiento es lo que me impulsa, y me abro paso a zarpazos por el agua, buscando una forma de volver a subir. *Tengo que proteger a mi bebé.*

Cada brazada desesperada me pesa más, y los pulmones me arden al tragar más agua que aire. Pero estoy decidida a seguir con vida. Entonces una sombra fría se cierne sobre mí y el miedo me atenaza al levantar la vista y ver que la proa del barco se balancea hacia abajo para alcanzarme.

Y el agua fría y oscura me arrastra hacia el fondo.

LEO

Corro hacia la proa del yate sin frenar cuando la toalla se me resbala de las caderas, enredándose por un momento en mis pies descalzos. Me libero de ella de una patada y sigo corriendo. Más adelante, veo a Kenji inclinado sobre la barandilla, y se me encoge el corazón al darme cuenta de que se está riendo de algo que hay en el agua.

—¿Qué ha pasado? —pregunto con la voz ronca por la ansiedad mientras me apoyo bruscamente en la barandilla a su lado—. ¿Dónde está Sora? —Entonces veo el agua agitada... la persona que se debate donde parece haberse caído por la borda—. ¿Qué haces ahí parado mirando? —le exijo, incrédulo de que a Kenji le resulte divertido el pánico de aquella persona. Aunque no sepa nadar, debería estar pidiendo ayuda, no riéndose.

—¿Y por qué no iba a disfrutar del espectáculo? —pregunta él con una sonrisa maliciosa surcándole el rostro—. He sido yo quien la ha tirado. Parece que mi querida hermana necesitaba que le recordaran cuál es su lugar.

El horror se apodera de mí al darme cuenta de que es Sora la que está ahí abajo, y me giro para ver cómo las olas la arrastran bajo la superficie a escasos metros de la proa del yate. —¡Sora! —grito, con el corazón congelado en el pecho mientras ella intenta alcanzarme con la mano, hundiéndose como una piedra hasta desaparecer rápidamente en las oscuras profundidades.

No me detengo a pensar ni a evaluar la situación. Salto por encima de la barandilla y me zambullo directamente en el agua donde la vi por última vez, sumergiéndome de cabeza. Siento cómo el balanceo del barco me succiona hacia él, arrastrándome hacia abajo como ha hecho con Sora.

Mantengo los ojos abiertos mientras nado hacia lo más profundo, buscándola frenéticamente en la penumbra. El alivio me recorre cuando la encuentro flotando a menos de un metro por debajo de mí. Entonces, al ver su estado, una nueva ansiedad me anuda el estómago. Parece inconsciente, con los brazos flotando inertes sobre su cabeza, al igual que su espesa melena negra que se despliega a su alrededor. Ni siquiera intenta volver a la superficie, y me preocupa que se haya dado un golpe en la cabeza cuando el barco se ha inclinado sobre ella.

Moviendo brazos y piernas, llego hasta ella tras varias brazadas potentes y la rodeo con el brazo por su fina cintura. Tiene los ojos cerrados y el rostro sereno en su inconsciencia. Me estoy quedando sin tiempo y nado con fuerza hacia la superficie, tirando de ella conmigo mientras ignoro deliberadamente la persistente sensación de que podría ser demasiado tarde.

Salimos a la superficie a varios metros del barco y cambio mi forma de sujetar a Sora para mantenerle la cabeza fuera del agua mientras nado con un brazo hacia la escalera más cercana. Los gritos desde arriba me indican que tenemos público y, al levantar la vista, me encuentro a mis cuatro hermanos, a mi padre, a la familia Tanaka y a varios miembros del personal esperando en la barandilla para ayudarme a subirla.

Sora sigue sin despertar cuando llego al costado del barco; me agacho para cargar sus caderas sobre mi hombro y empiezo a subir. Incluso empapada, pesa poco, y consigo devolverla a bordo sin ayuda, gruñendo para que todo el mundo se aparte mientras la deposito suavemente sobre la cubierta.

Respirando con dificultad, me arrodillo a su lado e inclino la cabeza para poner mi oído junto a sus labios.

—¿Está viva?

Esa voz tímida suena como la de su madre, pero no pierdo el tiempo mirando hacia arriba mientras pego el oído a su pecho.

—No respira —gruño, y luego trato de escuchar los latidos de su corazón mientras el mío martillea dolorosamente contra mis costillas —. Vamos, Sora —digo entre dientes, entrelazando los dedos para que las palmas se solapen mientras empiezo a presionar su pecho, practicándole la reanimación cardiopulmonar.

Alguien solloza suavemente mientras cuento hasta treinta en mi cabeza; luego le inclino la cabeza hacia atrás, le pinzo la nariz y me acerco para cubrirle los labios con los míos. *Nunca debería haberla traído al yate.* La culpa amenaza con arrastrarme a la desesperación mientras fuerzo dos respiraciones largas en sus pulmones.

Nunca debería haberle pedido que hablara con Kenji.

Todo esto es culpa mía.

Retomando las compresiones, mantengo el ritmo constante mientras observo su hermoso rostro. Está terriblemente pálida, con los labios de un tono azul aterrador, y la idea de perderla abre un agujero agonizante en mi pecho que amenaza con tragarme por completo.

—*Vamos, Sora* —gruño con más fuerza, mientras la desesperación me aprieta la garganta como un puño.

Volviendo a las insuflaciones, le levanto la barbilla y presiono mis labios contra los suyos, sintiendo su suavidad incluso mientras noto lo fríos y rígidos que están. Veo por el rabillo del ojo cómo se le eleva el pecho, con los pulmones llenándose del aire que le obligo a ingerir.

Me da un vuelco el corazón cuando convulsiona bajo mi cuerpo y la vida regresa a ella de forma violenta. Con arcadas, Sora se gira

hacia un lado y yo me echo hacia atrás para darle espacio mientras tose una cantidad torrencial de agua.

El alivio me inunda y me deja aturdido. Me zumban los oídos y la adrenalina me recorre las venas como si fuera mi propia vida la que estuviera en juego.

—Sora —murmura su madre, como si hubiera estado conteniendo la respiración todo este tiempo.

Mi esposa se apoya con fuerza en un antebrazo, con la otra palma sobre la cubierta mientras inhala bocanadas de aire con un sonido áspero y sibilante. Tose y da arcadas, con el cuerpo sacudiéndose por el esfuerzo de expulsar hasta la última gota de agua de sus pulmones.

Entonces levanta la vista, girando la cabeza de un lado a otro mientras mira frenéticamente a su alrededor.

Sus ojos de azabache encuentran los míos, y la desesperación desaparece de su rostro cuando se le saltan las lágrimas, que pronto empiezan a resbalar por sus mejillas. —Leo —solloza mientras me busca con los brazos, y el gesto me arranca el corazón del pecho.

Rodeándola con mis brazos, aprieto a Sora contra mi pecho, doliéndome por el alivio de sentir su cuerpo cálido, vivo y a salvo entre mis brazos. —Te tengo —murmuro, abrazándola tan fuerte que estoy seguro de que voy a romperla, pero a ella no parece importarle—. Te tengo —repito, respirando contra su pelo, presionando mis labios en la coronilla mientras esconde el rostro en el hueco de mi cuello.

Tiembla tanto que me castañean los dientes, y cambio la forma de sujetarla para cogerla en brazos. Luego me pongo en pie y me detengo al ver al mismo público a mi alrededor, boquiabierto en silencio por lo que acaba de suceder.

Incluso mis hermanos parecen conmocionados; ninguno dice ni una palabra mientras se echan a un lado para dejarme pasar.

Llevo a Sora hacia el camarote principal, susurrándole suaves palabras de consuelo mientras intento calmar sus violentos temblores.

—Shh —la calmo con suavidad mientras camino, y sus sollozos van cesando poco a poco a medida que intenta recomponerse, pero mantiene la cara hundida contra mi pecho, con la mejilla gélida sobre mi piel mojada.

—T-tengo m-mucho f-frío —balbucea, con los brazos aferrados a mi cuello.

—Lo sé —le aseguro, cogiendo una toalla del respaldo de una silla mientras la llevo al dormitorio.

Cierro la puerta de una patada, cruzo la habitación para arrodillarme y depositarla suavemente en el borde de la cama. Luego le echo la toalla por los hombros, sin importarme si se mojan las sábanas mientras me siento a su lado y vuelvo a estrecharla entre mis brazos. Ella se acurruca más, con los dientes castañeando mientras intenta absorber mi calor, y yo le paso el brazo por debajo de las rodillas para sentarla en mi regazo.

—Lo siento, princesa —murmuro, abrazándola con fuerza—. Lo siento mucho.

—¿P-por q-qué l-lo s-sientes? —tartamudea, levantando la barbilla para mirarme a través de sus pestañas lacrimosas.

Sus labios todavía tienen un ligero tono azulado y me preocupa que pueda tener hipotermia. No es que el agua esté demasiado fría para nadar; mis hermanos y yo nos hemos estado tirando antes. Pero el choque puede ser demasiado para su organismo.

—Te prometí que no tendrías que nadar —digo, con las entrañas encogiéndoseme al pensar en nuestra conversación de antes. Me dijo que no sabía nadar bien. Nunca debería haberla perdido de vista.

Sora suelta una risa temblorosa que termina en un ataque de tos que sacude todo su cuerpo. La culpa me desgarra una vez más mientras la sujeto con fuerza, intentando que no se rinda.

Sigue temblando, a pesar de estar envuelta en la toalla, y le froto los brazos con energía para crear fricción, queriendo que le suba la temperatura. Un baño caliente sería lo más eficaz, pero la idea de dejarla sola, aunque solo sea un momento, me resulta insoportable.

—Me has salvado, Leo —susurra, apretando los brazos alrededor de su cintura y cerrándose más la toalla mientras se anida contra mi pecho—. Pensé que iba a morir ahí abajo, pero has venido a por mí. No sé si cualquier otro lo habría hecho.

La confesión me lacera el pecho y quiero negarlo con vehemencia porque no puedo imaginar a nadie quedándose de brazos cruzados viendo morir a Sora. Pero entonces pienso en Kenji. Él no se quedó simplemente mirando: *la tiró.* La furia me recorre las entrañas como el fuego y, si no estuviera tan preocupado por el bienestar de Sora en este momento, no me faltarían ganas de tirarlo a él por la borda y decirle al capitán que echara el ancla.

—Siempre iré a por ti —le prometo en su lugar, y mientras Sora sorbe por la nariz, presiono mis labios contra su coronilla una vez más.

Eso me recuerda mi preocupación cuando la encontré inconsciente bajo el agua. Con un brazo rodeándola firmemente, le echo la cabeza hacia atrás para examinarle el cuero cabelludo mientras le paso los dedos por el pelo con suavidad.

—¿Qué haces? —pregunta.

—Estabas inconsciente cuando te encontré. ¿Te has dado un golpe en la cabeza?

—No, que yo recuerde, no —dice, mirándome con el ceño fruncido —. Solo tragué mucha agua y luego se me oscureció la vista.

Un escalofrío violento le recorre la espalda y la atraigo más hacia mí, pero no dejo de buscar señales de algún bulto o corte. Aunque no lo recuerde, el barco podría haberla golpeado después de perder el conocimiento. Pero tras una búsqueda minuciosa, parece que no está herida. Aun así, sigue temblando, y mi preocupación aumenta cuando le miro las yemas de los dedos y descubro que tienen el mismo tono azul violáceo que sus labios.

Necesito que recupere su temperatura corporal.

SORA

—¿Q-qué haces? —pregunto, con el ritmo cardíaco disparándose inexplicablemente mientras Leo me retira con cuidado de su regazo y me tumba en la cama.

—Creo que estás en estado de choque. Tenemos que entrar en calor, y mi calor corporal no es suficiente —dice, con sus ojos oscuros llenos de preocupación al encontrarse con los míos—. Voy a encender la ducha.

Una ducha caliente suena celestial en este momento, y asiento mientras me aprieto más la toalla. Pero en cuanto se aleja, una sensación de pánico empieza a apoderarse de mí. Sé que es irracional. Comprendo lógicamente que ya estoy a salvo. Pero eso no hace que la ansiedad sea menos abrumadora y, en cuanto Leo desaparece por la puerta del baño, me levanto de la cama y lo sigo.

Tengo las piernas como gelatina, los tobillos me flaquean peligrosamente sobre mis cuñas, y apoyo una mano en la cama para agacharme y desabrochármelas. El mundo da vueltas salvajemente a mi alrededor, pero logro mantenerme en pie apoyada contra el colchón, respirando hondo hasta que el suelo deja de moverse tanto. Luego doy una patada a los zapatos y camino descalza hacia la puerta del baño.

Leo está de espaldas a mí, su tapiz de tatuajes destaca contra su piel olivácea mientras sus músculos se tensan en sus hombros. El siseo del agua al salir de la alcachofa me hace dar un respingo, y reprimo un jadeo mientras me concentro en admirar a mi marido en su bañador. Leo se gira cuando me oye, y la preocupación arruga su frente oscura.

—No deberías haberme seguido —protesta, acortando la distancia entre nosotros para rodearme la cintura con un brazo—. Parece que te vas a caer redonda en cualquier momento.

—Gracias. Tú también estás muy guapo —digo, dejándome caer contra su costado.

Una risa baja y profunda vibra desde su cuerpo hasta el mío y me calienta como nada lo ha hecho antes.

—Ahora sí que sé que te has dado un golpe en la cabeza —refunfuña, girándose para quedar frente a mí—. Venga, vamos a quitarte ese vestido.

No debería estar excitada ahora mismo, pero la oscura promesa en su voz hace que mi vientre se tense a pesar de los escalofríos que no consigo detener. —Bueno, si insistes —bromeo de nuevo, soltando la toalla y dejando que desate el nudo de mi caftán porque estoy segura de que no podría desatarlo yo sola ahora mismo.

Se me pone la piel de gallina cuando guía la fina tela por mis hombros, y mis pezones se erizan bajo el bañador ante la reacción involuntaria que tengo al tacto de Leo. Si se da cuenta, no dice nada mientras me rodea la cintura con un brazo en cuanto la prenda cae al suelo.

Luego me guía con delicadeza hacia la pequeña ducha y entra detrás de mí, aunque estoy segura de que solo estaba pensada para una persona. El agua me escuece contra la piel gélida mientras me coloca bajo el chorro, y suelto un jadeo, encogiéndome contra su pecho por la impresión repentina.

Leo frunce el ceño y aprieta el brazo a mi alrededor. —¿Está demasiado caliente? —pregunta, estirando la mano para comprobar la temperatura.

—N–no, está bien —digo mientras mi cuerpo se aclimata rápidamente y me meto bajo el calor abrasador. Puede que me duela en la piel, pero necesito tanto el calor que no puedo esperar.

Leo cierra la puerta tras nosotros, atrapando el aire caliente en la ducha, y un alivio profundo y doloroso se instala en mis músculos a medida que el frío glacial se derrite lentamente. Siento un hormigueo en la piel mientras vuelvo a la vida, empapándome del calor del agua, el vapor y el pecho y los brazos firmes de Leo. Cerrando los ojos, me apoyo en él, dejando caer la cabeza contra su esternón.

—¿Mejor? —pregunta en voz baja, manteniéndome en pie mientras me sujeta.

—Mucho mejor —gimo con gratitud cuando mis temblores por fin empiezan a remitir.

Tras varios minutos, Leo me hace girar para que me quede de espaldas al agua y, a pesar del calor de su pecho, la diferencia de temperatura todavía me hace jadear. Con las palmas planas contra sus pectorales musculosos, lo miro con ojos nuevos. Su sonrisa es suave, su mirada cálida y llena de una ternura que no le había visto nunca. Me corta la respiración y hace que sienta mariposas en el estómago.

Mirando mi mano, Leo la toma entre las suyas, examinando las yemas de mis dedos antes de juguetear con la alianza de boda, que siento extrañamente floja en el dedo. El contacto es totalmente inocuo y, sin embargo, de algún modo resulta tan sensual que me incendia la piel.

—Eso tiene mejor aspecto —dice suavemente, devolviendo mi mano a su pecho.

—¿El qué? —pregunto, con un estremecimiento de alegría recorriéndome la espalda.

—Te estabas poniendo azul, *cattiva* —dice, y me besa la frente.

Nada en la atención de Leo es sexual y, sin embargo, todo en ella me hace desearlo más, quererlo más cerca. Nunca he sentido tantas ganas de quedarme en sus brazos, y apoyo la oreja en su pecho para escuchar los latidos de su corazón, lentos, constantes y fuertes.

Mis ojos se cierran de nuevo mientras un cansancio pesado empieza a calar hondo en mis huesos.

—¿Ya estás bastante caliente, princesa? —murmura Leo, sacándome de mi estado de trance.

—Mmm-hmmm —murmuro.

Los brazos de Leo me agitan ligeramente, uno manteniéndome atrapada contra su pecho mientras estira el otro por detrás de mí para cerrar el grifo. Luego abre la puerta de la ducha, dejando entrar un ligero frío. Pero antes de que empiece a temblar, me envuelve los hombros con algo seco y cálido, guiando mis manos hacia unas mangas gruesas.

Miro hacia abajo con una ligera sorpresa al ver el albornoz de rizo blanco que me ajusta a la cintura, y luego sale para coger una toalla. Se la enrolla con destreza a la cadera antes de volver a meter la mano en la ducha para tomar la mía y, igual que antes, me guía fuera del baño y me acompaña hacia la cama.

Frunciendo el ceño, miro hacia la puerta. —¿No deberíamos volver fuera? —pregunto, odiándome por sugerirlo. Pero se supone que hoy se trata de consolidar la paz entre nuestras familias y, ahora mismo, creo que estamos lejos de conseguirlo.

—No, te vas a tumbar —insiste Leo, cogiéndome en brazos y depositándome suavemente en la cama antes de que pueda

protestar—. Por si no te has dado cuenta, casi te me mueres, princesa. Creo que te has ganado un descanso.

Cuando lo dice con tanta franqueza, el corazón me empieza a latir con fuerza otra vez, mi respiración se acelera y asiento mientras un violento escalofrío me recorre. —¿Te quedarás conmigo? —pregunto, con la voz sonando alarmantemente pequeña y aniñada.

—Por supuesto —promete, acomodándose en la cama a mi lado y rodeándome los hombros con el brazo mientras me acurruco contra su costado.

El calor de la ducha y la tela gruesa de mi albornoz resultan acogedores, el brazo de Leo es fuerte y tranquilizador, y el agotamiento se asienta sobre mí como una manta espesa una vez más. Cierro los ojos y, a los pocos segundos, siento que me deslizo hacia la oscuridad.

~

Me arden los pulmones mientras lucho por respirar; la sensación sofocante de ahogarme hace que el pánico se apodere de mi mente mientras trago agua sin pensar. El terror me atenaza al sentir que mi bebé sufre dentro de mí, que su pequeña vida se apaga. Unos sollozos horribles y desgarradores solo aceleran mi destino, pero no puedo detenerlos, porque la idea de perder a mi hijo es una tortura insoportable.

Puedo ver la luz sobre mí, el sol brillando a través de la superficie del agua, pero cuanto más intento alcanzarla, más rápido me hundo. A mi alrededor todo es oscuridad fría y húmeda, una tumba acuática ansiosa por tragarme entera.

—¡No! —grito, debatiéndome violentamente, y me incorporo de golpe, con el corazón martilleando al despertar bruscamente de mi pesadilla.

——Tranquila, Sora. Estás a salvo. —Unos brazos fuertes me envuelven, apretándome con firmeza contra un pecho gloriosamente sólido, y la voz tranquilizadora de Leo aplaca mi pánico—. Te tengo —dice, igual que hizo después de sacarme del agua—. Te tengo.

Me mece lentamente mientras me giro y hundo la cara en su pecho, respirando hondo el olor salado de su piel cálida. Está ligeramente áspera por el agua del lago que se le ha secado encima, porque me ha dejado acaparar la ducha y no ha debido de separarse de mi lado mientras dormía.

Poco a poco, mi ritmo cardíaco empieza a calmarse, mi respiración se suaviza y giro la cabeza para orientarme. —Está oscuro fuera —observo—. ¿Cuánto tiempo he dormido?

—¿Quizá cinco horas? —sugiere suavemente, con su mano fuerte acariciándome el pelo de forma reconfortante—. Estamos de vuelta en el puerto. Todos los demás se han ido, pero no he querido despertarte.

Conmovida por su preocupación, levanto la cabeza para encontrarme con sus ojos. —¿Te has quedado aquí esperándome?

Una suave sonrisa curva sus hermosos labios y, aunque no dice nada, no hace falta que lo haga para que yo lo entienda. Se me derrite el corazón y las lágrimas me escuecen en los ojos. Quizá Leo nunca lo confiese, pero se preocupa por mí. Se preocupa por mí lo suficiente como para lanzarse tras de mí cuando caigo por la borda. Cuidó de mí cuando más lo necesitaba, pero más que eso, me protegió, me priorizó... incluso cuando yo no estaba despierta para verlo.

Nunca me he sentido tan amada.

Inclinándome despacio, presiono mis labios contra los suyos, disfrutando de la forma en que se amoldan a los míos. Su mano acuna suavemente mi mejilla, sus dedos fuertes se separan para

curvarse alrededor de la parte posterior de mi cabeza y, mientras me apoyo contra su pecho, me atrae más cerca.

Mi corazón se agita ante la naturaleza sensual del beso. Es suave y cauteloso, incluso tierno, pero ese fuego que él enciende en mi interior empieza a crecer rápidamente y, a pesar de todo por lo que he pasado, quiero más. Acaricio con mi lengua el contorno de sus labios y Leo suelta un gemido bajo.

Entonces se gira, tumbándome de nuevo en la cama para quedar él apoyado sobre un brazo mientras se inclina sobre mí. Se lo agradezco, porque todavía me siento físicamente agotada, pero eso no detiene el temblor de emoción en lo profundo de mi vientre, y mi interior se tensa al sentir su polla, dura y urgente contra mi cadera.

—Te deseo —susurro contra sus labios, deslizando mis dedos por los duros surcos de su abdomen y enroscándolos en la toalla que todavía lleva envuelta en la cintura.

Otro gemido profundo vibra desde su pecho, despertando mi cuerpo y poniéndome la piel de gallina en la nuca.

—No estoy seguro de que sea una buena idea —rasguea, aunque sus caderas se balancean hacia delante como si su cuerpo estuviera listo para rebelarse.

—Por favor, Leo —susurro, mirándolo a sus ojos de chocolate fundido.

—*Cazzo, è impossibile resisterti* —gruñe, y el sonido sensual de sus palabras en italiano me estremece.

Se tumba encima de mí, reclamando mis labios con brío, y mi pulso se acelera mientras le devuelvo el beso con desesperación.

LEO

La necesidad de sostener a Sora, de sentirla, de reclamarla, de saber que está a salvo, viva y que es enteramente mía, me consume mientras la beso. Desde el momento en que la vi desaparecer bajo el agua, mis instintos protectores se han disparado, y mi necesidad de asegurar que esté bien ha anulado todos mis demás instintos básicos.

Pero cuando dice que me desea, nada en la faz de la tierra podría impedirme obedecerla.

Aun así, me aterra la idea de romperla.

Nunca me había preocupado lo frágil que podía ser una vida hasta hoy. He necesitado estar a punto de perder a Sora para darme cuenta de que me destrozaría por completo. Verla allí tumbada sin vida en la cubierta, escuchar el sonido vacío de su corazón detenido... casi acaba conmigo.

No sabía que alguien pudiera tener tanto poder sobre mí.

Pero ahora, con Sora atrapada bajo mi cuerpo, con su aliento caliente recorriendo mi piel desnuda y su calor filtrándose en mi pecho, sé que nunca volveré a ser el mismo.

A pesar de las advertencias de mi padre de no acercarme a Sora, de su insistencia en que no es más que una herramienta para mantener

a los Tanaka bajo nuestro control, me he enamorado de ella por completo. Intenté mantener las distancias porque sabía que mi atracción por ella podría traerme problemas.

Me convencí de que podría limitarlo a lo físico, de que podría tratarla como a cualquier otra de las mujeres que he usado para mi placer, pero en algún momento del camino me enamoré, y el miedo que me atenazó al verla debatirse en el agua hoy lo ha confirmado.

Esta mujer —esta mujer cautivadora, exasperante y testaruda— es mi razón de existir.

Antes me arrancaría el corazón que verla morir.

Y ahora que estoy seguro de que está bien, ahora que me suplica esa conexión que ansío desesperadamente, no puedo esperar para enterrarme en su interior. Sus dedos tiran de la toalla envuelta en mi cintura, soltándola para que caiga a un lado, y mientras encuentra los cordones de mi bañador, presiono besos ardientes por la curva de su cuello.

Le abro el albornoz, dejando a la vista el revelador bañador de una pieza negro que me ha estado volviendo loco toda la mañana, y se lo quito lentamente, exponiéndola centímetro a centímetro. Los pezones de Sora se erizan, endureciéndose en suaves puntas a medida que los libero del traje de baño aún húmedo. Tomándome un momento para adorarlos, apreso uno entre mis labios, mientras rodeo su otro pecho con la palma de la mano y amaso su suave carne.

Sora gime, arqueando la espalda hacia mí, y mi miembro late con anticipación. Me cuesta todas mis fuerzas soltar sus pechos perfectos para terminar de quitarle el bañador. Me echo hacia atrás para admirar su cuerpo perfecto y esbelto por un momento antes de bajarme el bañador por las caderas.

Mi polla queda libre, dura y ya supurando por estar dentro de ella. Los ojos de mi esposa recorren hambrientos mi cuerpo, con su

mirada oscura entornada y cargada de lujuria de una forma que me asegura que desea esto tanto como yo.

Se incorpora, separando los muslos para ofrecerme una vista tentadora de su sexo mientras me busca, con sus mechones oscuros cayendo sobre su hombro. Me inclino, sosteniendo la parte posterior de su cabeza con la mano mientras uno nuestros labios.

Sabe a dulce salado y, cuando su lengua sale para enredarse con la mía, mi pulso late con fuerza por reclamar cada parte de ella. Lentamente, la guío de nuevo hacia la cama, manteniendo nuestros labios sellados en un beso abrasador mientras me arrodillo entre sus muslos.

—Tan malditamente perfecta —gruño contra sus labios, apoyando un brazo contra la cama mientras dejo que mi otra mano siga las curvas de su cuerpo hasta el nacimiento de sus muslos.

Acaricio con los dedos su hendidura y Sora suelta un gemido. Ya está empapada por la excitación, su cuerpo está ansioso por recibirme, y mi miembro late con anticipación, rozando su suave piel.

—Dime que quieres esto —susurro, agarrando la base de mi dureza y frotando la punta entre sus pliegues sedosos.

Sora gime, moviendo las caderas con avidez mientras sus manos suben para rodear mi nuca. —Quiero tu polla dentro de mí —solloza —. Por favor, Leo. Haz que me corra.

Dios, cómo me gusta oír palabras sucias salir de esos dulces labios rosados. Nada suena más excitante que mi joven e inocente esposa suplicándome que se la follen. Pero esta noche es algo más que eso. No solo la estoy poseyendo. No solo busco mi placer, ni siquiera satisfacer el suyo.

Quiero enterrarme en ella y sentir la vida pulsando por sus venas. Quiero descubrir lo viva que puede llegar a estar. Quiero que sepa que ni siquiera el cielo podría ser tan bueno como quedarse aquí en

la tierra conmigo. Y quiero asegurarme de que no se atreverá a dejarme así de nuevo.

Penetrándola pulgada a deliciosa pulgada, saboreo la forma en que se contrae a mi alrededor, con su cuerpo instándome a sumergirme más en sus profundidades.

Sora gime, hundiendo sus dedos en mi carne mientras arquea la espalda y sus pechos rozan mi pecho. —¡Oh, Dios, Leo! —jadea, moviendo las caderas para acoger más de mí en su interior.

Y cuando me hundo en ella hasta el fondo, un alivio electrizante me recorre la columna. Está pecaminosamente caliente y late a mi alrededor, su cuerpo cobra vida mientras nos hacemos uno.

—Te sientes tan *jodidamente* bien —gruño, mientras un escalofrío me recorre y le agarro la cadera, sujetándola a la cama. Me muevo lentamente dentro de ella, sintiendo cada pulsación de su cuerpo mientras me froto contra su clítoris.

La excitación fluye de su entrada ardiente, bañando su piel sedosa, y cada movimiento crea una fricción entre nosotros que electrifica el ambiente.

Hay algo en este momento con Sora que es tan crudo y real que me corta la respiración. Puedo sentir cada leve roce de nuestra piel mientras ella se mueve conmigo. Puedo saborear su excitación en el aire. Está temblando de nuevo, pero algo en la forma en que se aferra a mí dice que es por la pasión, por el deseo... no por el miedo.

—Eres mía, Sora —murmuro contra su piel mientras deposito besos por la curva de su cuello hasta el lóbulo de su oreja—. Mía para protegerte, defenderte y quererte. Mía para adorarte y consumirte. Mía para reclamarte y guardarte mientras me quede aliento.

Me hundo en ella con cada posesión que reclamo, reforzando mi conquista mientras me deleito con cada jadeo que escapa de sus labios.

—¡Sí! —jadea ella, con voz necesitada y temblorosa de placer.

—Prométemelo —le ordeno—. Prométeme que no volverás a asustarme así nunca más.

Sora abre los ojos de golpe, con una mirada suave y peligrosamente perceptiva mientras profundiza para capturar mi misma alma. —Lo prometo —susurra, con una voz tan tierna que destroza algo duro en mi interior.

—Dios, te quiero —gruño, reclamando sus labios con un beso ardiente mientras me entierro en ella hasta el fondo.

Nunca he conocido un sentimiento igual a este. Es como si toda la gravedad de mi mundo se hubiera desplazado. Nada más importa excepto la mujer que tengo en mis brazos. Sora. El ángel caído que tuvo la terrible desgracia de convertirse en mi esposa. Pero ahora que es mía, no hay forma de que la deje marchar.

He estado luchando contra esto demasiado tiempo, pero no puedo negar este sentimiento ahora que he pronunciado las palabras en voz alta. La quiero con una pasión que no sabía que poseía. Toda mi vida he estado huyendo. Huyendo de mi nombre, de mi herencia, de mis obligaciones y responsabilidades. He huido de las conexiones personales profundas —incluso con mis hermanos— porque me aterra lo que me pueda costar.

Pero ya no quiero huir más.

De Sora no.

Porque sé que el coste de renunciar a ella sería mucho mayor que el que tendré que pagar por mantenerla conmigo. Lo daría todo por ella: mi libertad, mi rebeldía, mi deseo de forjar mi propio camino en la vida. Si eso es lo que la mantuviera a salvo, renunciaría a todo por estar con ella.

Siento cómo se tensa a mi alrededor, con su cuerpo rindiéndose a la euforia de nuestra conexión. Sora jadea contra mis labios, con la

mandíbula caída mientras levanta la cabeza de la cama, y sus dedos se enredan en mi pelo, tirando de las raíces mientras sus músculos se contraen en torno a mí.

—Córrete para mí, *Cattiva* —susurro, con mi frente pegada a la suya mientras empujo en su interior, llevándola al clímax.

Sora grita, con el cuerpo estremeciéndose mientras se deshace bajo mi cuerpo. Su sexo se contrae rítmicamente contra mi longitud, instándome a derramar mi semilla en su interior, y aprieto los dientes mientras sigo follándola a través de su orgasmo palpitante, negándome a parar todavía.

—Buena chica —digo con voz ronca, ralentizando el movimiento mientras ella se desploma de nuevo sobre la cama, con los músculos relajándose a medida que los ecos de su orgasmo empiezan a desvanecerse—. Mi buena. Y perfecta. Princesa —la alabo, puntuando la frase con besos que recorro por su cuello.

Se estremece deliciosamente a mi alrededor, sus paredes se contraen como respuesta, y a Sora se le entrecorta la respiración mientras me mira con los ojos nublados por la lujuria.

—¿Me quieres? —susurra, como si acabara de asimilar mi confesión y aún no estuviera segura de haber oído bien.

Soltando un suave tarareo, me inclino para rozar mis labios con los suyos. —Te quiero más que a la vida misma —murmuro, deslizando mi brazo bajo sus caderas para poder presionarme más profundamente en su interior.

Sora arquea las cejas, separando los labios en un suave jadeo, y sus dedos se hunden en mi nuca. —Yo también te quiero.

Nunca pensé que unas palabras pudieran sonar tan dulces, pero viniendo de Sora, me excitan diez veces más que todas las guarradas que he conseguido que diga desde nuestra noche de bodas.

—*Cazzo* —gruño, con mi miembro latiendo dentro de ella mientras le robo otro beso ardiente.

SORA

Nunca pensé que escucharía a Leo decir que me quiere, y lo que eso provoca en mí va más allá de cualquier sentimiento que pudiera empezar a expresar. Pero sentir su respuesta cuando le digo que le quiero es la sensación más eufórica de toda mi vida.

Su beso es como una marca de fuego contra mis labios, ardiente y cargado de un deseo posesivo que me derrite por completo. Su miembro se endurece, hinchándose de forma increíble dentro de mí, y sé un segundo antes de que ocurra que se va a correr. La idea de que yo pueda llevarlo hasta ese punto —de que decirle que le quiero pueda hacer que se pierda dentro de mí— me lanza a mi segundo orgasmo explosivo de la noche.

El semen caliente inunda mi cuerpo mientras me deshago alrededor de Leo, mis paredes apretándolo con fuerza mientras insto a que cada última gota de su simiente llegue a lo más profundo de mis entrañas. Nunca supe que el amor pudiera sentirse así. Como si mi cuerpo y el suyo se hubieran convertido en uno, como si todas las barreras que nos separaban se hubieran desvanecido y lo único que quedara fuera una devoción pura e incondicional.

Leo me ha salvado la vida hoy.

Pero esto, esta noche, estar envuelta en sus poderosos brazos, esto es lo que hace que mi vida valga la pena.

Respiramos agitados juntos mientras él se queda quieto dentro de mí, su miembro palpitando en respuesta a mis estremecimientos finales mientras me aferro a él, manteniéndolo encima de mí. Pesa mucho, casi noventa kilos de puro músculo, pero el peso resulta deliciosamente satisfactorio. El firme colchón bajo mi cuerpo me confirma que no estoy soñando: estoy realmente aquí, a salvo en su abrazo.

Leo me planta un tierno beso en la frente y, lenta y suavemente, se sale de mí. —Vamos a llevarte a casa —sugiere, con voz cálida y ronca.

Asintiendo, me incorporo y miro alrededor de la habitación. No me apetece mucho volver a ponerme el bañador y el caftán, pero no he traído ropa de repuesto. Como si me leyera el pensamiento, Leo sonríe con picardía y va al armario, cerca del baño, para sacar un albornoz de rizo suave y limpio. Me lo lanza y luego rebusca en los cajones hasta encontrar un bañador limpio y una camiseta que se pone sin más.

—¿Lista? —pregunta, inclinándose como para cogerme en brazos.

—Puedo caminar —insisto, sintiendo el calor subirme a las mejillas.

—¿Estás segura? —pregunta él.

Asiento y deslizo mi mano en la suya, diciéndole en silencio lo que quiero. Sus dedos se cierran sobre los míos, cálidos y reconfortantes, y me acompaña hacia la puerta vigilándome de cerca, como si pensara que me voy a desplomar en cualquier momento.

—Estoy bien, de verdad —insisto cuando llegamos al borde del yate.

Sinceramente, lo que más me preocupa es mi bebé. Esa pesadilla me ha dejado un miedo inquietante de que algo vaya mal, pero no quiero soltarlo así como así. No cuando por fin parece que las cosas entre Leo y yo están en un buen momento. Si descubre que sabía que estaba embarazada y se lo estaba ocultando, no puedo imaginar cuánto terreno podríamos perder. Mañana iré al médico para una

revisión y se lo diré a Leo en cuanto esté segura de que el bebé está bien.

Leo me rodea la cintura con un brazo mientras bajamos juntos al muelle. Dios, qué bien sienta tener los pies en tierra firme otra vez. No sé si volveré a subirme a ese dichoso barco.

Un coche nos espera a la entrada del astillero y Leo me abre la puerta antes de entrar detrás de mí. Se está portando como un perfecto caballero, como siempre. Pero ahora hay algo mucho más íntimo en su comportamiento. Es como si la rigidez de sus gestos hubiera desaparecido. Siento que ha habido un cambio importante en nuestra relación. De repente, y de la mejor de las maneras.

Mientras el coche sale del aparcamiento, Leo me pasa un brazo por los hombros, atrayéndome hacia su costado para besarme la coronilla.

Siento un revoloteo de mariposas en el estómago que me provoca un escalofrío por la espalda.

Si morir es lo que ha hecho falta para unirnos, no puedo decir que me arrepienta de lo ocurrido. Este es el sentimiento que esperaba tener la primera vez que lo vi: una conexión que no tenga en cuenta el resentimiento entre nuestras familias, una oportunidad de encontrar la felicidad verdadera y honesta a pesar del conflicto que amenaza con separarnos.

Aun así, todavía no he abordado el tema del que nadie quiere hablar.

A pesar de los progresos que hayamos podido hacer Leo y yo hoy, lo ocurrido hoy entre Kenji y yo, en todo caso, no ha hecho más que dañar la alianza.

—No he podido hacerlo —admito, bajando la mirada hacia mi mano apoyada en el regazo. Me apoyo un poco más contra el costado de Leo, esperando que no se aparte una vez que se lo cuente.

—¿No has podido hacer qué? —pregunta suavemente. Su barítono profundo envía una corriente eléctrica por mi cuerpo.

—Hacer entrar en razón a Kenji. Lo intenté. De verdad que lo hice —insisto, girando la cabeza para suplicarle a Leo con la mirada—. Es que él... tiene una forma de sacar de quicio a la gente.

Leo suelta una risita, un sonido que provoca una oleada de excitación en mis entrañas, y aprieto los muslos al ser intensamente consciente del hecho de que no llevo bragas —no llevo nada— debajo del albornoz.

—¿Ah, sí? —bromea Leo. Me inunda el alivio al darme cuenta de que probablemente ya sepa que he fracasado y no está enfadado—. ¿Quieres contarme por qué decidió tirarte por la borda? —sugiere con un tono algo más afilado.

El estómago me da un vuelco de nervios y me lamo los labios, tragando saliva con esfuerzo. Los ojos de Leo siguen el movimiento, haciendo que mi corazón se acelere mientras se detienen en mi boca. Quizá las experiencias cercanas a la muerte lo vuelven a uno más ardiente. Pero desde que Leo me devolvió a la vida, soy excesivamente consciente de su presencia, de su tacto. Incluso su proximidad hace que sienta un nudo en la barriga.

—Bueno, yo... como te he dicho, Kenji estaba intentando sacarme de mis casillas. Y no sé qué me pasó, pero simplemente... estallé.

—¿Estallaste? —presiona Leo, buscando detalles.

El calor me inunda las mejillas al recordar lo sucedido. Aunque Kenji se lo mereciera, todavía me avergüenza haber perdido los estribos de esa manera. —Le di una bofetada —admito, con la cara tan roja que estoy segura de que el rubor me llega hasta la raíz del pelo.

La diversión curva las comisuras de los labios de Leo, y sus ojos oscuros brillan con una satisfacción silenciosa.

—¿No estás... enfadado? —pregunto, sintiendo todavía que el terreno es inestable entre nosotros en lo que respecta al conflicto familiar.

Leo se ríe entre dientes. —No. No estoy enfadado. En todo caso, estoy orgulloso de que te hayas enfrentado a tu hermano.

El alivio disipa la tensión de mis hombros y sonrío cuando la mano de Leo sube para atrapar mi barbilla entre sus dedos.

—Y tengo toda la intención de darle una lección a Kenji por atreverse a ponerle la mano encima a mi mujer.

El calor se acumula en la parte baja de mi vientre por la forma en que dice *mi mujer*. Es peligrosamente posesivo y, por primera vez, no deseo nada más que pertenecer a Leo en cuerpo y alma.

Este nuevo lado suyo es un cambio radical respecto a antes, cuando estaba dispuesto a utilizarme para darle una lección a Kenji. Ahora se siente protector conmigo, y eso significa para mí más de lo que jamás imaginé. Nunca he tenido a nadie que velara por mí de esa manera. Ni mi madre, desde luego tampoco Kenji, y ni siquiera mi padre.

Y mientras miro a Leo a los ojos, veo una pasión ardiente que prende fuego a mi cuerpo.

Lenta y suavemente, baja sus labios hacia los míos.

No importa que me haya hecho correrme hace nada, dos veces. En cuanto me besa, me cuesta horrores quedarme sujeta en mi asiento durante el trayecto a casa. Lo mismo parece ocurrirle a Leo, que me desabrocha el cinturón de seguridad y me agarra por las caderas para sentarme encima de él. Mi albornoz se abre mientras me pongo a horcajadas sobre sus muslos musculosos; el cinturón de rizo no es rival para la pasión con la que me atrae hacia él.

Tengo que mantener la cabeza inclinada para no rozar el techo del coche, pero apenas importa mientras me lanzo a por más, con los

labios ávidos por saborearlo. Sus manos bajan por mis muslos hasta encontrar la abertura de mi albornoz y luego vuelven a subir lentamente por donde vinieron, sus dedos presionando mi piel suave y provocando escalofríos a su paso.

Después sus grandes palmas rodean mi trasero, atrayéndome hacia él para que pueda sentir lo duro que se ha vuelto por mí otra vez.

Podría recibir a este hombre dentro de mí cada día por el resto de mi vida y seguiría sin tener suficiente de él. Incluso cuando estábamos en nuestro momento más frío y distante, la química estaba ahí. Pero ahora, después de oír que me quiere, después de ver hasta dónde llegaría para protegerme, esa atracción está en un nivel totalmente diferente.

Ni siquiera me importa que su chófer esté a pocos palmos de nosotros, sentado al volante. Haré lo posible por estar callada por él. Pero no puedo quitarle las manos de encima a Leo. Y no quiero hacerlo.

Moviendo las caderas, me froto contra su dureza, estremeciéndome al sentir cómo pulsa contra mi clítoris a través de la fina tela de su bañador. Enredando los dedos en su pelo, pego mi pecho al suyo, disfrutando del calor que emana de él. Ojalá estuviéramos piel con piel, pero no llegaré al extremo de quitarle la camiseta con alguien más en el coche.

En cambio, saboreo el gusto de sus labios, entrelazando mi lengua con la suya mientras lo beso profunda y ferozmente, con una necesidad devoradora que me quita el aliento.

Las manos de Leo me exploran a su vez, sus brazos se deslizan por debajo del albornoz sin quitármelo para darme cierta sensación de pudor, aunque estemos siendo completamente indecentes. Pero sentirle explorando mi carne, acercándome más mientras amasa mi cuerpo como si fuera plastilina, me hace jadear.

Tardo unos segundos en darme cuenta de que el coche no se ha detenido por un semáforo. El sonido de la palanca de cambios poniéndose en punto muerto se registra vagamente en mi mente, y me quedo helada cuando el chófer de Leo se aclara suavemente la garganta.

—Ya estamos en casa, señor —dice, y luego abre su puerta para salir al exterior con la mayor discreción posible.

Sin aliento, Leo y yo compartimos una risa, con nuestros labios a escasos centímetros de distancia.

—¿Entramos? —pregunta—. ¿O prefieres que haga que te corras primero?

Sus ojos bailan juguetones mientras empuja sus caderas contra las mías para enfatizar sus palabras, y yo suelto un gemido.

—No me tientes —gimo, soltándole el pelo y pasando la mano por sus hombros hasta su pecho—. Llévame dentro antes de que pierda la cabeza por completo.

Tarareando con diversión, Leo saca las manos de mi albornoz, cerrándolo y ajustando el cinturón una vez más. Luego me rodea las caderas con un brazo y abre la puerta del coche.

—Leo, ¿qué haces? —susurro, apretando mis brazos y piernas alrededor de él mientras sale por la puerta sin soltarme.

—Te llevo dentro —promete, incorporándose.

Mi albornoz cae holgadamente alrededor de mis caderas pero se mantiene cerrado arriba, lo que significa que Leo es lo único que oculta la mitad inferior de mi parte delantera, y él sonríe diabólicamente mientras me alza más en sus brazos y me besa el cuello.

Dios mío, va a ser mi perdición.

Pero si este es el camino al infierno, estoy más que dispuesta a seguirlo.

30

LEO

—Nos ha dejado en ridículo tirándose por la borda tras su mujer de esa manera.

La mirada fría de mi padre me alcanza desde el otro lado del escritorio de su despacho para apretar mi garganta como un puño, sofocando la réplica que me quema en la lengua como el ácido.

Sabía que esta reunión no iba a ser agradable.

Especialmente cuando he dejado a mi mujer durmiendo en nuestra cama, en la otra punta de la casa, para venir a escuchar al don insistir una vez más en lo mismo.

—¿Cómo vamos a usar a la chica Tanaka como arma si le importa más ella que a su propio hermano? —exige saber, apoyando las palmas en su escritorio y levantándose para inclinarse sobre él en su furia.

Pero él no es el único que está cabreado.

—No la llame así —afirmo con frialdad.

—¿Llamarla cómo? —se mofa.

—«Esa chica Tanaka». Ahora es Sora Chiaroscuro, mi *mujer*. Y ya es hora de que deje de meter las narices en nuestros asuntos. Usted fue quien puso en marcha toda esta farsa. Es su plan el que nos

está estallando en la cara, tal como dije que pasaría, porque los Tanaka no quieren una alianza. Kenji no quiere esta asociación. De hecho, desde el primer día, ha hecho todo lo posible por sabotearla. Pero está demasiado cegado por la arrogancia para verlo.

Mi padre tartamudea, con el rostro enrojecido mientras me levanto para enfrentarme a él en el campo de batalla.

—*Él la tiró por la borda* —gruño—. Cuando no había nadie cerca a quien pudiera herir excepto a ella. No es una herramienta que pueda usar porque a Kenji no le importa. Habría dejado que se ahogara. Hizo su jugada y fracasó. He terminado de seguir sus órdenes.

Poniéndome en pie, me doy la vuelta para irme, dispuesto a dejarlo todo atrás si es lo que tiene que pasar.

—No me dé la espalda, muchacho —gruñe mi padre—. ¿Cree que solo porque sea mi primogénito no voy a reemplazarlo?

Girando sobre mis talones, vuelvo a apoyar las palmas en su escritorio, encarándome con él. —Hágalo. Lo reto.

El silencio se extiende entre nosotros; la vena de la sien de mi padre late mientras considera su próximo movimiento.

Pero a medida que pasan los segundos, sé que no lo hará.

Puede que no sienta remordimientos si me matara, pero sentiría las repercusiones ahora que me ha nombrado el inminente nuevo don.

Revocar eso ahora no solo causaría un torbellino en nuestra familia. Lo haría parecer débil ante el *capo dei capi* y ante cada uno de nuestros aliados.

—Su tiempo ha terminado, viejo —sentencio con frialdad—. Ahora mando yo, le guste creerlo o no, y tengo la intención de hacer las cosas a *mi* manera como cabeza de esta familia.

La furia cruza el rostro de mi padre, pero un rastro de miedo perdura tras sus ojos. —Ha olvidado cuál es su lugar —advierte, irguiéndose

cuan largo es.

—¿Y cuál es exactamente? ¿Bajo su bota? Estoy harto de ser su reposapiés.

—Su lugar es a mi lado, *aprendiendo* a ser un buen líder, no teniendo rabietas como un niño pequeño. Quizá darle una esposa fue un error. Es evidente que la nueva responsabilidad se le ha subido a la cabeza —espeta—. Tal vez deberíamos devolverla, ya que de todos modos no nos sirve de nada. Podrá casarse con una buena esposa italiana cuando llegue el momento adecuado.

Una carcajada histérica brota de mi pecho ante lo absurdo de su sugerencia.

Mi padre, el mismo que prácticamente me metió este matrimonio por la garganta, quiere enviar a Sora de vuelta con su familia ahora que he tomado todo lo que ella tenía para ofrecer, ahora que he visto la clase de familia a la que tendría que volver, ahora que sé lo imposible que sería para mí vivir sin ella.

Ahora quiere cambiar de opinión.

—¿Ahora quiere dejar que me salga con la mía? ¿Ahora que lleva viviendo en esta casa, durmiendo en mi cama más de un *mes*? Es increíble. Y yo que pensaba que algún día querría mi opinión, pero lo único que busca es un buen soldadito. Bueno, seguro que le alegrará saber que no tengo emociones, que no tengo capacidad para enamorarme, que estoy dispuesto a usar a mi mujer para lo que la familia necesite; después de todo, nuestro matrimonio solo tenía como fin manejar a la familia Tanaka como a marionetas. ¿No era así? Entonces, ¿qué debería importarme si la devolvemos? —Respiro con dificultad al final de mi arenga, con el pecho agitado mientras cierro los puños, usando hasta la última gota de autocontrol para no lanzarme sobre el escritorio de mi padre y estrangularlo.

—Eso sería un comienzo —confirma mi padre, con una sonrisa que no logra ocultar su malicia apenas velada.

—Bueno, puede olvidarlo. Estoy cansado de bailar al son de su música. Quiere fingir que las emociones nos hacen débiles, que los vínculos nos dejan vulnerables, pero la fuerza que veo en Sora me ha mostrado la verdad de todo. Con ella, podría mover montañas. No es más que un viejo patético que va a morir solo. —Mi voz es baja ahora, pero no por ello tiene menos fuerza, y noto el momento exacto en el que el golpe da en el blanco.

La cabeza de mi padre se echa hacia atrás y entorna los ojos mientras me doy la vuelta para marcharme una vez más.

—Se acabó. Ha terminado —dice con frialdad—. Si cree que no nombraré a Giovanni mi heredero en su lugar, ha sobrestimado gravemente su posición, Leonardo.

Con la mano en el pomo de la puerta, miro hacia atrás sobre mi hombro. —Bien. Deberías hacerlo. Para empezar, nunca quise ser el Don. No es un honor, es una obligación que usted, padre, me impuso. Estoy harto de las peleas, del derramamiento de sangre, del conflicto, ¿y todo para qué? ¿Para que pueda gobernar los bajos fondos de Chicago? No es precisamente un reino que valga la pena reclamar. —Suelto una mueca de desprecio, con todo mi amargo resentimiento saliendo a la superficie al decir por fin lo que pienso—. ¿Sabe? Miko es el afortunado por no haberse ganado nunca el amor de usted; él no tiene que esforzarse ni rebajarse fingiendo estar agradecido por los grilletes que nos pone.

El don palidece, la furia desaparece de su rostro cuando desmonto su farol y pongo sobre la mesa mi mano ganadora. Porque estoy dispuesto a jugármela. Estoy listo para alejarme de esta vida y llevarme a Sora conmigo. Si corremos lo suficiente y lo bastante rápido, confío en que podré escapar de cualquier penitencia que mi padre pretenda cobrarme.

—¿Cree que dejaré que se marche sin más? —amenaza.

—No, pero le aseguro que nada de lo que diga hará que me quede.

Dicho esto, abro de un tirón la puerta del despacho y salgo furioso.

SORA

Me despierto envuelta en una calidez reconfortante y suelto un ronroneo de satisfacción. Las suaves mantas están enredadas en mis pies y la luz del sol se filtra por las cortinas, proyectando suaves franjas doradas sobre mi almohada.

El aroma a sal se aferra a las sábanas, mezclándose con la fragancia familiar de Leo, con sus notas de ciprés y limón.

Pero cuando alargo la mano para buscarle, me encuentro con que el espacio a mi lado está vacío. Parpadeo con la vista nublada, extendiendo un brazo sobre el lado frío de la cama. Me doy la vuelta para quedar boca arriba y sonrío mientras miro al techo.

Lo ocurrido anoche se reproduce en fragmentos ante mis ojos: las risas tenues mientras me llevaba a la casa vestida solo con mi albornoz, entrando a trompicones en su suite y cerrando las puertas por los pelos antes de llevarme a la cama; sus dedos rozando mi piel mientras nos desnudábamos bajo las sábanas; su beso, que se hizo más profundo, se demoró y me incendió el alma.

Se tomó su tiempo conmigo, como si quisiera adorar cada centímetro de mi cuerpo.

No hubo distancia, ni una fría formalidad; solo estábamos él y yo, como si por fin estuviera empezando algo real entre nosotros. Me

toco los labios, capaz de sentir todavía el rastro de su boca sobre la mía.

Por primera vez desde que se concertó este matrimonio, no me siento como la moneda de cambio de nadie.

Me siento deseada, elegida; no por política, ni por poder, sino por ser yo.

Me incorporo y me presiono el vientre con una mano.

Se me acelera el pulso, pero no por miedo.

Por primera vez, una sensación de ilusión florece en mi estómago al pensar en decírselo a Leo.

De repente, nuestro bebé no me parece una consecuencia o un deber, sino una pequeña y perfecta señal del amor inesperado que crece entre nosotros.

Pero antes de decir nada, necesito estar segura de que todo va bien.

La caída de ayer fue considerable: la zambullida en el agua fría y el pánico que me oprimió los pulmones mientras luchaba por salir a la superficie.

Leo me había sacado de allí, me había envuelto en sus brazos y se había quedado conmigo toda la noche, como si temiera que pudiera desvanecerme de nuevo.

Aun así, ¿y si le ha pasado algo al bebé? ¿Y si se ha quedado sin oxígeno demasiado tiempo?

Leo ha dicho que mi corazón dejó de latir, que dejé de respirar el tiempo suficiente como para estar muerta.

Y si mi vida se detuvo, aunque fuera por un breve instante, no tengo ni idea del daño que eso podría haber causado al feto.

Una ansiedad fría se me clava en el vientre y desecho el pensamiento. No puedo pensar así.

Solo necesito que me examine un médico y me asegure de que el bebé está bien.

Eso es lo único que importa ahora mismo.

Salgo de la cama, me pongo un vestido de verano holgado y me calzo unas manoletinas.

Alguien del servicio de la casa sabrá a quién llamar. Y en cuanto esté segura de que todo está en orden, se lo diré a Leo.

Esta noche.

La esperanza burbujea en mi interior ante la idea, una emoción nerviosa y vertiginosa.

Nunca hemos hablado de si quiere ser padre, aunque sé que estaba preparado para esa eventualidad. Y, de repente, tengo muchísimas ganas de ver su reacción.

Salgo al pasillo; el amplio corredor está en silencio en la calma de media mañana.

El aire huele ligeramente a café exprés y madera encerada. Ni voces, ni movimiento, solo el sonido de mis pasos mientras avanzo por el pasillo, asomándome a las habitaciones para ver si encuentro a alguna de las criadas.

Tampoco hay rastro de Leo, pero probablemente haya tenido una reunión temprano y haya preferido no despertarme.

Dirigiéndome hacia el comedor, espero encontrarme con alguna de las criadas antes de cruzarme con cualquiera de los hermanos Chiaroscuro o con el don. Estoy cruzando el vestíbulo cuando oigo unas voces —bajas, tensas— que vienen del pasillo, hacia el despacho de Don Augusta.

Me detengo y el pulso se me acelera cuando oigo la voz de Leo, baja y cortante, atravesando la sólida madera de la puerta del despacho de su padre.

Algo va mal.

Sé que no debería escuchar a escondidas, pero se me hace un nudo en el estómago al pensar en lo que ocurrió ayer y en mi papel en ello.

Si las tensiones con mi familia han aumentado por mi culpa, debería saberlo. Quizá pueda hacer algo para arreglarlo.

—Tal vez deberíamos devolverla —sugiere Don Augusta con voz dura y fría—. Dado que no nos sirve para nada. Ya podrás casarte con una buena esposa italiana cuando llegue el momento.

Se me hiela la sangre.

Devolverla. No nos sirve. Una buena esposa italiana.

Me quedo petrificada, con los oídos zumbando mientras pego la espalda a la pared fuera del despacho. Mi corazón late con tanta fuerza que estoy segura de que alguien me va a oír. Debería marcharme. *No* debería estar escuchando. Pero mis pies no se mueven.

Entonces Leo suelta una carcajada. No es la risa que yo conozco, esa risa baja y tentadora que se le escapa cuando lo pillo por sorpresa con algo divertido.

Esta risa es hueca, amarga. Resuena con una frustración que creía que habíamos superado.

—¿Ahora quiere dejarme hacer las cosas a mi manera? —suelta Leo —. ¿Ahora que lleva viviendo en esta casa y durmiendo en mi cama más de un *mes*? Es usted increíble. Y yo que pensaba que algún día querría saber mi opinión, pero lo único que busca es un buen soldadito. Bueno, pues seguro que le alegrará saber que no tengo sentimientos, ni capacidad para enamorarme; que estoy dispuesto a usar a mi mujer para lo que la familia necesite... después de todo, nuestro matrimonio solo tenía como objetivo convertir a la familia

Tanaka en marionetas. ¿No era eso? Así que, ¿qué más me da que la enviemos de vuelta?

El suelo se inclina bajo mis pies y doy un traspié hacia atrás.

Todo ha sido una farsa. Nuestro matrimonio, las noches de pasión. Leo me dijo que me quería anoche, pero hoy está más que dispuesto a mandarme a paseo.

¿Ha sido todo mentira?

Cuando le miré a los ojos, no dudé de sus sentimientos. Pero quizá sea incluso mejor que yo ocultando sus verdaderas emociones. Pensaba que habíamos dejado atrás la fachada.

Pensaba que tal vez, solo tal vez, Leo y yo habíamos encontrado algo real.

Pero estaba equivocada. Tan estúpida y ciegamente equivocada. Con el corazón en un puño, me doy la vuelta para volver de puntillas al vestíbulo. Y entonces, echo a correr.

No me detengo hasta que llego a nuestra suite, con la respiración entrecortada y un dolor en el pecho como si algo en mi interior se estuviera desmoronando. No puedo respirar.

Es una agonía saber que el hombre al que amo solo me estaba usando para su familia, para ganar control y poder sobre la mía. Si tan solo supiera que eso serviría de bien poco. Después de lo de ayer, su padre debió de darse cuenta. *No nos sirve para nada.*

Y mientras tanto, yo me estaba enamorando de él.

Me presiono el estómago con una mano temblorosa.

La ilusión que sentía esta mañana por contarle lo de nuestro hijo parece ahora una broma pesada. *¿Qué hago? ¿Me quedo? ¿Finjo que no he oído nada? ¿Finjo que no ha destrozado algo sagrado dentro de mí? ¿O huyo?*

Pienso en mi familia, en la casa en la que no he puesto un pie desde la boda, y en mi madre, con la que apenas tuve ocasión de hablar ayer antes de caer de cabeza por la borda del yate.

No siempre estamos de acuerdo, pero ella es lo más parecido que tengo a una confidente en este mundo. Ya es hora de que le haga una visita.

La finca de los Tanaka está igual que siempre: muros fríos revestidos de tradición, silencio envuelto en tensión, tranquilidad disfrazada de indiferencia.

Cruzo la puerta como un fantasma, medio esperando que me impidan el paso.

Pero me dejan entrar.

Mi madre me recibe en el salón, perfectamente compuesta con su vestido cruzado azul marino, sin un solo pelo fuera de lugar. Me observa con atención, como intentando averiguar por qué he vuelto. ——No esperaba verte —dice. Sin abrazos. Sin calidez. Solo una constatación.

—Necesitaba hablar con alguien —digo en voz baja, sin atreverme a mirarla a los ojos—. Me... me vendría bien un consejo.

Enarca una ceja, pero no me interrumpe, y yo me hundo en el cojín frente a ella, retorciéndome los dedos en el regazo.

—Estoy embarazada —digo.

La habitación se queda en silencio. Por un momento, creo que podría mostrar alguna emoción: alegría, sorpresa, preocupación. Algo.

Pero cuando habla, sus palabras me golpean como una bofetada. —No se suponía que te quedaras embarazada tan pronto.

—¿Qué? —Estoy convencida de que he debido de oír mal.

—Por Dios, Sora. Apenas llevas allí un mes. ¿Es que te metiste en la cama con él a la mínima oportunidad? ¿Es que ni siquiera *intentaste* mostrar algo de moderación? Un hijo debía ser una contingencia a largo plazo, no una complicación inmediata.

¿Una complicación? La miro fijamente, con el corazón cayéndome hasta el fondo del estómago. —Pero... este matrimonio fue idea suya. Para detener la guerra. ¿Qué pensaban que pasaría si tomaba un marido? ¿Que no querría tocarme? ¿Que le parecería bien la idea de no consumar el matrimonio? He pasado semanas soportando a una familia que me odia. ¡Pero se supone que esto era por nuestra familia, así que intenté que mi matrimonio funcionara!

Suspira. —Tu misión era asegurar la alianza, no engendrar un hijo que te vincule a ellos de forma irrevocable.

Algo se rompe en mi interior y, de repente, me siento absolutamente sola en este mundo. No soy un peón en su partida de ajedrez. Soy la pelota de tenis que se disputan en la pista. Nadie me quiere. Solo estoy aquí para ser utilizada en su retorcido juego por el poder.

—Van a morir, Sora —continúa, tan calmada como si estuviera hablando del tiempo—. Los Chiaroscuro están acabados. Su reinado ha llegado a su fin. Y cuando hayamos matado hasta al último de ellos, ya no tendrás que estar casada con ese bruto.

Se me revuelve el estómago y la sangre se me hiela en las venas. —¿De qué estás hablando?

—Ya hay un plan en marcha. Admito que nos llevó más tiempo del que me hubiera gustado llegar a un acuerdo con los Murray. Probablemente podríamos haber evitado todo este asunto del embarazo si hubieran dejado de andarse con rodeos. Pero tu visita no podría haber llegado en mejor momento. Tu padre tenía la intención de sacarte de la mansión Chiaroscuro durante el ataque, pero de esta forma es menos arriesgado. Te quedarás aquí hasta que todo termine y, una vez que hayan desaparecido, nos encargaremos de tu pequeño... problema. —Sus ojos se desvían

hacia mi vientre, con una expresión de desagrado que curva sus labios—. Te someterás a un aborto, discretamente, y cuando llegue el momento, buscaremos a alguien más adecuado para que te cases.

No puedo respirar. Las paredes se me echan encima. Mis manos se dirigen volando a mi vientre mientras mi instinto protector se activa con toda su fuerza. —No.

Mi madre levanta la barbilla. —Esta no es tu decisión, Sora. Tú perteneces a esta familia.

—*No* voy a matar a mi bebé —le espeto, alzando la voz—. No puede obligarme.

Sus ojos se endurecen. —Cuida tu tono. Nunca debiste dejarte llevar por las emociones en este asunto. Has olvidado cuál es tu papel.

—No he olvidado nada —susurro—. Excepto quizá lo desalmada que es en realidad.

Ni siquiera parpadea. Se limita a hacer un gesto y, antes de que pueda reaccionar, dos guardias aparecen en la puerta.

—Sora se quedará aquí —les dice con voz cortante—. Llevadla a su habitación y mantenedla allí.

—No —vuelvo a decir, esta vez más alto, retrocediendo ante ellos—. No pueden hacer esto.

Pero ya se están acercando.

Y me doy cuenta, con aterradora claridad, de que he caído en una trampa.

La finca de los Chiaroscuro ya está bajo ataque. Lo sé en mis huesos, incluso antes de que las conversaciones en susurros lo confirman.

Mi familia no estaba intentando alcanzar la paz con los Chiaroscuro.

Están intentando aniquilar a la familia de Leo por completo. Y yo les he dado la oportunidad perfecta para hacerlo, porque Leo y su padre no lo verán venir.

Creen que llevan la voz cantante, que han estado manipulando a mi familia, cuando la realidad es que ellos eran los engañados desde el principio. Al igual que yo.

Mi mente proyecta una imagen nítida de Leo ante mis ojos y se me rompe el corazón.

Va a morir.

Y, a pesar de todo —a pesar del dolor, la traición y las palabras huecas que dijo anoche—, no quiero que muera.

Las lágrimas me queman los ojos y se desbordan por mis mejillas; me desplomo en el suelo, con una mano apretada contra mi vientre.

He llegado a quererle.

Mucho más de lo que pretendía.

Más de lo que jamás pensé que podría.

Puede que me haya utilizado, pero aun así vi el lado bueno que hay en él.

Seguí viendo al hombre que hay tras la rabia, al hijo atrapado en el fuego cruzado de las expectativas de su padre.

Vi la manera en que me miraba, como si fuera la única mujer del mundo; sentí cómo me apartaba el pelo de la cara cuando creía que estaba dormida.

Recuerdo cómo me abrazaba cuando me despertaba de mis pesadillas.

No sé si me quiere. Quizá no. Quizá no sea capaz.

Pero no quiero que muera.

No quiero que nuestro hijo crezca sin conocerle jamás. Y desde luego, no voy a dejar que mi familia gane.

No de esta manera.

LEO

La adrenalina me corre por las venas. Siento como si me hubiera quitado un peso enorme de encima mientras regreso a nuestros aposentos para buscar a Sora.

Ahora que me he librado de los grilletes de mi herencia, de la carga de las expectativas de mi padre, me siento audaz, feroz y, por fin, *libre*. Lo único en lo que puedo pensar es en recoger a Sora y salir de aquí.

Pero las puertas de nuestro apartamento ya están abiertas cuando llego a ellas, y entro frunciendo el ceño. Ella nunca las deja abiertas, y sé que yo no lo hice al salir. La habitación está en silencio, inmóvil.

—¿Sora? —llamo, dirigiéndome al dormitorio.

La cama está vacía, las sábanas revueltas por nuestra apasionada noche juntos, y se me inflama el pecho al pensar en Sora y yo envueltos en los brazos del otro, en la intimidad tras habernos confesado nuestro amor.

No veo la hora de empezar una vida con ella; una nueva, lejos de todos los engaños y mentiras, de la sangre y la violencia.

Nunca hemos hablado de algo tan drástico como irnos de Chicago por completo, pero conozco a Sora.

Puede que sea leal a su familia, pero no quiere esta vida más que yo.

Hago un rápido barrido por las habitaciones, solo para confirmar que Sora no está aquí, y luego me dirijo hacia el comedor de desayuno.

La casa está vacía, mis hermanos probablemente se dedican a sus asuntos del día, el servicio es invisible mientras realiza sus tareas. Al entrar en el comedor, compruebo que también está desierto.

¿Dónde demonios está?

Mi impaciencia se debe enteramente a la energía inquieta que se acumula en mi interior mientras mi deseo de dejar atrás este agujero infernal sigue creciendo.

Finalmente, me cruzo con Alfonzo y lo detengo.

—¿Has visto a Sora hoy?

—La *signora* ha salido no hace mucho —dice, arqueando sus canosas cejas mientras mira hacia la puerta principal.

—¿Ha salido? ¿A dónde ha ido? —Sora rara vez sale de casa, y nunca sin decírmelo.

—Yo... creo que a visitar a sus padres, *Signore* —responde Alfonzo, con voz vacilante—. Ha pedido un coche.

Se me cae el alma a los pies. Pero difícilmente puedo culparla por querer verlos.

Después de lo de ayer, es probable que Sora quiera demostrarle a su familia que está bien; tal vez no a Kenji, pero sí a sus padres.

No fui del todo cordial en la forma en que los despedí, negándome a dejarles entrar en el camarote del yate por si la despertaban.

—Gracias, Alfonzo —digo, y con un asentimiento, me doy la vuelta. Me sorprenden los planes espontáneos de Sora, pero no quiero entrometerme en su camino.

No tendré más remedio que esperar.

Podremos hablar de ello cuando llegue a casa, pero necesito decírselo a alguien, y Miko es la primera persona que me viene a la mente.

Giro bruscamente a la izquierda y me dirijo hacia las escaleras que llevan al ala de Miko en la casa.

Lo encuentro a mitad del pasillo, vestido con su habitual e impecable traje negro, con los ojos clavados en el móvil mientras lee algo al caminar.

Sé que bajo la chaqueta lleva al menos cuatro cuchillos diferentes, otros dos sujetos a los tobillos y una pistola en una funda cerca del pecho.

Así es Miko, siempre listo para pelear; y aun así, parece vestido para impresionar, tal como nos enseñó nuestro padre.

Antes de que pueda decir nada, los ojos de Miko se clavan en los míos y sus cejas se elevan.

No suelo venir a buscar a mi hermano.

Normalmente es al revés, por lo general porque el *don* le ha encargado a Miko que me localice para poder darme un sermón.

—¿Te has perdido, hermano? —se burla, guardando el móvil en el bolsillo mientras acorta la distancia entre nosotros.

Resoplo—. Ni mucho menos. Por primera vez, siento que me he encontrado a mí mismo. Pero no encuentro a Sora, y necesitaba decírselo a alguien, así que eres mi afortunado número dos.

—Me siento honrado —dice con tono monocorde—. ¿Pero dónde está tu mujer? ¿Ya la has espantado?

—Ja. Si yo fuera capaz de eso, se habría ido hace mucho tiempo.

—Es resistente, ¿verdad?

—Hum.

El murmullo de diversión suena peligrosamente afectuoso, incluso para mí, y Miko me lanza una mirada de curiosidad.

—Es importante para ti, ¿no? —observa.

—Es mi esposa —señalo.

—Sí, pero esto es otra cosa. Te he visto con muchas chicas. Sé cuándo tienes algo físico. Pero con Sora eres diferente. Eres protector con ella.

Bufo, pero el escepticismo se desvanece rápidamente cuando pienso en mi comportamiento de las últimas semanas.

Mis celos irracionales cuando oí a Gio hacerla reír, el saltar al agua cuando vi que se había caído por la borda, incluso el renunciar a mi herencia esta mañana y marcharme después de que mi padre sugiriera que debía deshacerme de ella... cada decisión precipitada que he tomado ha sido para mantenerla a mi lado.

Miko se detiene para mirarme mientras el silencio se prolonga entre nosotros, y yo me giro hacia mi hermano adoptivo.

—¿Qué está pasando, Leo? —insiste.

Suspirando, me froto la nuca, sabiendo que estoy a punto de soltarle una bomba a mi hermano—. Yo...

Un estruendo masivo retumba por todo el terreno, sacudiendo los cimientos de la casa, y giro la cabeza para buscar el origen del inesperado ruido.

—Eso ha sonado como si viniera de la puerta principal —observa Miko, y yo asiento.

¿Qué causaría tal estrépito? ¿Y por qué?

Otro estruendo rotundo resuena a nuestro alrededor, las vibraciones me erizan el vello de la nuca, y el siguiente chirrido de metal contra

metal me pone los dientes de punta.

Entonces, unos pasos bruscos resuenan por el suelo de mármol bajo nosotros. Miko y yo intercambiamos una mirada y salimos disparados hacia las escaleras, corriendo para encontrar la causa del disturbio.

Los miembros del servicio corren de un lado a otro por la entrada, con expresiones de pánico y movimientos apresurados.

Varios de los guardias apostados alrededor de nuestra propiedad entran precipitadamente por la puerta principal, casi derribando a Alfonzo al irrumpir en el interior.

—¿Qué está pasando? —exijo, caminando con determinación hacia ellos.

—Estamos bajo ataque —jadea un hombre, con el rostro pálido y la frente sudorosa—. Han derribado la verja principal, señor; ya están dentro de los límites de la propiedad.

—¿Quiénes? —pregunto, al llegar a la puerta principal.

—¿Por lo que he podido ver? Los irlandeses, los rusos... los japoneses.

—¿Qué? —gruño, lanzándole al hombre una mirada furiosa.

Un cristal estalla a mi izquierda y alguien grita cuando un cóctel mólotov vuela por la ventana, explotando en una ráfaga líquida de llamas contra la pared. Miko me pasa de largo, saliendo intrépidamente para evaluar la situación mientras el servicio se estremece a mi alrededor, agachándose para cubrirse.

No hay disparos, al menos todavía no, lo que me indica que, por mucho que no quiera creerlo, los Yakuza lideran el asalto.

Su destreza en el combate cuerpo a cuerpo y con armas blancas significa que probablemente han matado al resto de los hombres

apostados en la entrada principal. Por eso han conseguido derribarla sin iniciar un tiroteo.

Y al salir al porche delantero, puedo ver la tormenta infernal que se avecina.

Pyotr Novikov y sus hombres son los responsables de las bombas caseras que estallan por nuestras ventanas a un ritmo alarmante, prendiendo fuego a cada superficie inflamable en la fachada de la casa.

Parece que los Murray también han entrado en la contienda; esos bastardos que incitan a mi hermano Sandro a sus fosas de lucha cada semana como si fuéramos amigos. Están apaleando a cualquiera que se les ponga por delante.

Y al mando de la ofensiva está Kenji.

Se asoma por la puerta abierta de su todoterreno, golpeando el techo con la palma de la mano mientras grita en japonés, y el Escalade se detiene derrapando al pie de nuestra escalinata, salpicando grava con la fuerza suficiente para alcanzarme.

—Vuelve adentro —ordena Miko, reapareciendo a mi lado. Pone una palma enorme contra mi pecho y me empuja hacia atrás.

—Ni hablar. Voy a matar a ese bastardo —gruño—. Si no hubiera estado tan preocupado por Sora, ayer mismo habría estrangulado a Kenji en nuestro yate.

Pero ahora que se ha presentado en mi puerta, rompiendo nuestra alianza de un plumazo, me niego a dejarle dar un solo suspiro más.

—¿Llevas arma? —exige Miko, sin dejar de empujarme hacia atrás, y cuando este gigante de hermano adoptivo decide usar toda su fuerza, no puedo resistirme.

—No necesito un arma. Lo mataré con mis propias manos.

—Ya, bueno, él sí tiene una, así que vas a necesitar algo más que eso para acercarte. —Miko me da otro empujón, y esta vez no me resisto, porque tiene razón. No puedo matar a Kenji si estoy muerto.

Con un gruñido, me doy la vuelta hacia la entrada y corro hacia mi despacho, donde guardo mi arma más cercana. La casa es un caos, parte del servicio intenta apagar los incendios que se propagan rápidamente mientras otros parecen más preocupados por encontrar una forma de seguir con vida.

—¿Qué demonios está pasando? —exige mi padre al salir de su estudio, dirigiéndose hacia la entrada principal.

—Estamos bajo ataque —gruño—. Tus marionetas han conseguido cortar sus hilos, y ahora Kenji está en nuestro jardín delantero con un convoy de armas.

No me molesto en dar más explicaciones mientras recorro los últimos metros hasta la puerta de mi despacho y la abro de golpe, dirigiéndome al escritorio.

Es entonces cuando empieza el tiroteo.

Sospecho que intentaban mantener el ataque en silencio el mayor tiempo posible para evitar la interferencia de la policía. Pero a estas alturas, nuestros guardias restantes han sido alertados y, sin duda, Miko se ha hecho cargo de matar a tantas víboras traidoras como encuentre.

Cogiendo varias pistolas de la caja fuerte de mi escritorio, me enfundo tres, comprobando cada una para asegurarme de que están cargadas.

Pero al agarrar la cuarta, oigo el sonido característico de un arma amartillándose desde el umbral.

—Demasiado lento, Chiaroscuro.

Sé que es Kenji antes de incorporarme para mirarlo a los ojos, y se me revuelve el estómago porque el hecho de que haya conseguido

burlar a Miko probablemente signifique que mi hermano ha muerto. La furia hierve en mi interior y convierte mi sangre en lava fundida.

—Maldito traidor —gruño, con la mano temblando por el deseo de dispararle, pero sé que no seré capaz de levantar mi arma, amartillarla y disparar en el tiempo que él tardaría en matarme—. Sabía que harías una estupidez así. Eres una vergüenza para el nombre Tanaka.

—¿Ah, sí? ¿Y qué te hace pensar que mi familia no apoya plenamente lo que estoy haciendo ahora mismo? —pregunta, dando otro paso hacia el interior de la habitación mientras mantiene su arma apuntándome—. ¿Crees que me arriesgaría a destruir a tu familia sin la bendición de mi padre? ¿Sin la bendición de Sora?

Siento como un puñetazo en el estómago cuando Kenji pronuncia su nombre y, por un momento, no logro dar sentido a sus palabras. —Sora no... —empiezo, pero ni siquiera sé qué intento decir porque la idea de que Sora me traicione escapa a mi comprensión.

—¿Sora no qué? ¿Elegir a su familia antes que a ti? ¿No querría que matáramos al hombre que la *humilló* en numerosas ocasiones?

La culpa me oprime el pecho mientras el estómago se me desploma como una piedra. Fui un completo imbécil al principio. Puedo admitirlo. Pero realmente pensaba que lo habíamos superado. —Es mi esposa. No me engañaría de esa manera —gruño, con el corazón martilleando.

—Es hasta tierno que pensaras que mi hermana te fue fiel alguna vez —se burla Kenji—. ¿Creías que se quedaría contigo para siempre? ¿Que era solo una buena esposita Yakuza que te mostraría los lujos de una existencia civilizada? *Baka*. Sora está a salvo en la finca Tanaka, esperando ansiosamente a que vaya a decirle que te he matado.

Kenji se acerca acechante, buscando una mejor posición, pero yo parezco incapaz de moverme.

Solo puedo obligar a mis pulmones a inhalar y exhalar. Porque en algún lugar de mi mente, las piezas empiezan a encajar y sé que no miente.

Alfonzo dijo que Sora se había ido a casa a visitar a su familia. Lo hizo sin previo aviso y mientras yo no estaba para hacer preguntas.

¿Lo sabía? ¿Se estaba marchando antes del ataque?

El momento es demasiado perfecto para significar otra cosa, y darme cuenta es como una daga clavada en el corazón.

Siento como si el suelo se hubiera abierto bajo mis pies; la única verdad que impulsó mi elección de abandonar a mi familia se desmorona como arena.

Si hubiera sabido cómo acabaría esto, nunca habría renunciado a mi puesto de *don*. Nunca habría dejado a mis hermanos solos para solucionar este lío.

Con Sora, por fin pude ver un camino diferente para mi futuro. Sin ella, el mundo de repente se siente frío y carente de sentido.

—De rodillas, *Don Leonardo* —se burla Kenji, sacando mis pensamientos de mi pozo de desesperación para devolverme a mi cruda realidad—. Y las manos donde pueda verlas.

No importará que Sora me haya arrancado el corazón si estoy muerto. No importará que le haya fallado por completo a mi familia. Sufrirán igual. Ese pensamiento despierta en mi interior una furia que me llena del deseo ardiente de destruir a Kenji, cueste lo que cueste. No necesito sobrevivir a lo que viene después. Solo necesito que él muera.

Soltando la pistola que está en el cajón abierto de mi escritorio, me agacho para hacer lo que dice.

Mis manos quedan cerca de mis hombros, mis rodillas tocan el suelo mientras el acero frío me presiona la sien.

El instinto de supervivencia es poderoso, y la nueva descarga de adrenalina que inunda mis venas solo aviva el deseo ardiente de derramar la sangre de Kenji.

El hermano de Sora suelta un murmullo divertido mientras se cierne sobre mí: —No sé cómo la familia Chiaroscuro se ha mantenido en la cima tanto tiempo. A las otras familias hubo que convencerlas mucho más de lo que pensaba porque todas os tienen miedo, miedo de la violencia que podríais desatar sobre sus cabezas. Pero vuestra familia se ha vuelto débil, arrullada por una falsa sensación de seguridad tras demasiados años en lo más alto. Y ahora es un placer informarte de que tu tiempo se ha acabado, mandamás. Ahora es mi turno.

Las palabras resuenan extrañamente en mi mente, demasiado parecidas a lo que le he dicho a mi padre esta mañana para mi tranquilidad.

Y una vez más, me recuerda el ciclo interminable de violencia que hace girar las ruedas de nuestro mundo. Nunca habrá una resolución final.

Pero me niego a dejar que Kenji gane.

—Le daré recuerdos de tu parte a mi hermana —dice con frialdad.

Y ante la advertencia de una fracción de segundo de que este es el final, me muevo como el rayo, girando sobre mis rodillas, bajando la cabeza y alzando las manos contra las muñecas de Kenji para desviar su arma.

Una detonación ensordecedora llena la habitación cuando la pistola se dispara a escasos centímetros de mi cabeza.

La bala se aloja en el techo de mi despacho mientras estrello mi hombro contra el plexo solar de Kenji, derribándolo.

Puedo ver el destello de miedo en sus ojos mientras mis manos se cierran alrededor de la pistola para arrebatársela. Pero él no la va a

soltar tan fácilmente.

Rodamos por el suelo, golpeándonos contra los muebles mientras nos turnamos la ventaja en rápida sucesión.

Aplico todos mis años de entrenamiento en combate, uso los codos, las rodillas e incluso la cabeza para atacar cualquier punto débil de su cuerpo, pero Kenji también es un luchador experto.

Luchamos golpe tras golpe, con la pistola inmovilizada entre nosotros mientras me esfuerzo por mantenerla apuntando lejos de mí.

Sé que si le doy un solo centímetro, estaré muerto. Pero si logro cambiar su posición, aunque sea un poco, todo lo que tendré que hacer será apretar el gatillo.

—*¡Kusotare!* ¡Muere! —gruñe Kenji, perdida la compostura, con el rostro rojo mientras una vena le late en la sien.

Entonces, el arma se dispara.

SORA

La ventana chirría mientras la abro a la fuerza y el cálido aire estival entra de golpe como una ráfaga de libertad. Me tiemblan las manos, no por el frío, sino por el terror que me golpea con cada latido del corazón.

Si me pillan, volverán a encerrarme. Si no me marcho ahora, Leo morirá.

Miro hacia atrás por última vez; los guardias siguen apostados fuera, en el pasillo. Mi madre pensó que me había doblegado. Que encerrarme en este cuarto y quitarme el móvil sería suficiente para impedirme intentar avisarle.

Pero no comprende quién soy. No sabe qué es lo que me importa por encima de todo. El bebé. Leo. Aunque él me haya utilizado, aunque nunca le haya importado de verdad, a mí *sí* me importa. Y no dejaré que muera. No puedo.

Me descuelgo por la ventana y me dejo caer al jardín; las rodillas golpean con fuerza la tierra blanda. Hago una mueca de dolor, pero me levanto de un salto y me deslizo entre las sombras de la finca como solía hacer de niña. El portón lateral no tiene vigilancia, tal como esperaba. Mi padre siempre ha tenido un punto ciego en lo que respecta a su estanque de carpas favorito.

Una vez que me veo libre del muro, echo a correr. Va a ser un reto volver a casa sin teléfono ni medios para pagar a nadie. Pero tengo que intentarlo. Aunque eso signifique caminar los once kilómetros.

Para cuando alcanzo los límites de la propiedad de los Chiaroscuro, el crepúsculo empieza a oscurecer el horizonte. No hay luces de policía que tiñan la oscuridad que cae rápidamente, y un atisbo de esperanza se instala en mi vientre. Quizá, solo quizá, he llegado antes de que empezara la lucha. Es posible que mi hermano haya querido esperar al amparo de la noche antes de actuar.

Entonces veo el humo. Unos densos hilos negros se enroscan hacia el cielo como un presagio oscuro, apenas visibles en la tenue luz de la tarde. Se me encoge el corazón.

No. No, no, no.

Recorro los últimos pasos a toda prisa y me ahogo con un sollozo. Las puertas principales han desaparecido. Han saltado por los aires. Una de ellas cuelga de una sola bisagra, retorcida como una extremidad rota. Hay cuerpos esparcidos por el camino de entrada. Hombres a los que reconozco, hombres que habían jurado proteger a la familia Chiaroscuro, yacen boca abajo en la grava, con la sangre tiñendo el suelo bajo ellos. Y mientras avanzo lentamente entre sus cuerpos sin vida hacia la casa, la fría y horrorosa verdad cala en mí. La razón por la que la policía no está aquí es porque alguien les ha pagado para que se mantengan alejados. Nadie vino a detener esto. Y lo peor de todo…

Mi familia ha hecho esto.

Al llegar al final del largo camino, se me detiene el corazón ante la imagen. La fachada de la mansión Chiaroscuro —lo que solía ser como un castillo de cuento de hadas, con sus arcos de piedra y sus enredaderas— prácticamente ha desaparecido; tres cuartas partes se han derrumbado en una pila de escombros y cenizas. Las llamas lamen los cimientos de la casa que yo había empezado a considerar mi hogar. Hay cristales hechos añicos que brillan sobre la tierra

quemada. Los muros de piedra, antes impenetrables, están agrietados y ennegrecidos. El humo emana de cada rincón de la propiedad.

Todavía resuenan disparos esporádicos a lo lejos, pero es innegable el silencio que subyace a todo. Mientras contemplo el horror que mi familia ha provocado, un miedo gélido me recorre la espalda.

He llegado tarde.

Es casi demasiado para que mi mente lo procese: el hecho de que no hay ninguna posibilidad de que Leo haya sobrevivido a esto. *Leo.* Se me rompe el corazón, y los pedazos ya fragmentados estallan en un millón de pequeñas esquirlas al pensar en cuánto ha cambiado todo en un solo día. Anoche mismo estaba en brazos de Leo, finalmente dispuesta a contárselo todo. Estuve a punto de hacerlo.

Presiono con una mano temblorosa mi vientre, protegiendo el pequeño secreto enterrado bajo mi piel, y una feroz negación cobra vida en mi pecho. Leo no puede estar muerto.

—Leo —susurro—. Leo… por favor.

Tropiezo al avanzar, con los pies resbalando en el hollín y la sangre, con los ojos escocidos por el humo, las lágrimas y la incredulidad mientras cruzo los restos de la puerta principal. El vestíbulo principal está destrozado, el imponente techo se ha derrumbado por un lado y los escombros aún humean. Creo que grito su nombre, pero el viento me lo arranca de la garganta.

Está muerto. Todos están muertos. *Oh, Dios, ¿qué ha hecho mi familia? ¿Qué he hecho yo?*

Solo tengo un segundo de advertencia por el sonido de cristales rotos crujiendo bajo el zapato de alguien antes de que me agarren por detrás. Entonces, una mano fuerte se cierra sobre mi boca, ahogando mi grito. Me debato, dando patadas, arañando.

—Cállate —gruñe el hombre, y entonces me estampa contra la pared de lo que solía ser el ala este mientras me inmoviliza contra los ladrillos chamuscados.

Se me corta la respiración al levantar la vista y encontrarme con ese rostro devastadoramente atractivo y terriblemente furioso. —¡Leo!

Se me quiebra la voz al pronunciar su nombre de nuevo, pero sale amortiguada bajo su palma. Se me saltan las lágrimas de alivio y reprimo un sollozo mientras él baja la mano lentamente, pero mantiene el antebrazo presionado con firmeza contra mis clavículas y la base de mi garganta.

—¡Estás vivo! Pensé… Pensé…

Tiene la cara manchada de ceniza y sangre, el pelo oscuro revuelto, la camisa rota y el pecho agitado. Y la mirada de sus ojos no es de alivio. Ni siquiera es de ira. Es de traición. La furia emana de él como un rayo que me abrasa la piel. —Tienes mucho valor —escupe, presionándome con más fuerza contra la pared—. ¿Qué coño haces aquí?

El corazón me martillea; de repente tengo la boca completamente seca. —He… He venido a avisarte. No sabía que iban a—

—¿A qué? ¿A masacrar a toda mi familia? —gruñe, y todo rastro del amor y la ternura de anoche ha desaparecido.

—Te lo juro, Leo, no lo sabía —jadeo—. Acabo de escapar—

—¿Has *escapado*? —Se ríe amargamente—. ¿Qué pasa, pretendes decirme que casualmente te han tenido encerrada todo este tiempo?

—Así ha sido —insisto.

—¿De verdad esperas que me crea eso? —gruñe con los ojos letales: negros, ilegibles, fríos—. No te molestes en mentir, Sora. Tu hermano me lo ha contado todo. Justo antes de que le metiera una bala en las tripas.

Me estremezco, pero no aparto la mirada. —¿Kenji está… muerto? —Una tristeza inexplicable se instala en mi pecho. Mi hermano era un hombre cruel. Leo tenía todo el derecho —todas las razones— para matarlo. Aun así, no puedo evitar detestar cuánta muerte y destrucción se aferran a este mundo en el que vivimos.

Leo se mofa. —Y si me quedaba la menor duda de que no estabas involucrada, la expresión de tu cara acaba de confirmarlo. Nunca me fuiste leal, ¿verdad? Has sido la pequeña espía de tu familia todo este tiempo.

El pulso me tiembla mientras sus ojos arden con un odio renovado. —No lo sabía. Te lo juro —susurro, sintiendo por primera vez que Leo podría ser realmente capaz de matarme.

Suelta una carcajada amarga y se aparta de mí de un empujón como si lo hubiera quemado. —Claro. Igual que tampoco te casaste conmigo para poder hacer el papel de esposa perfecta en mi cama y pasar información hasta que llegara el momento oportuno.

—Eso no fue lo que pasó.

—¿Ah, no? —Su voz es de hielo—. ¿Entonces cómo es que te dio por desaparecer justo en el momento perfecto, antes del ataque? No hace falta ser un genio para atar cabos, Sora. Puede que no sea el hombre más brillante, pero no soy idiota.

—¡Fui a pedir ayuda a mi familia! —grito con la voz quebrada—. Pensé que me protegerían… —Me detengo, y las palabras se me quedan grabadas en la garganta como espinas. No puedo hablarle del bebé. No ahora. No cuando me mira como si fuera una traidora.

El rostro de Leo se tuerce, interpretando la vacilación como una confesión de culpabilidad. —¿Protegerte de qué? —exige—. ¿De mí?

—Tenía miedo —susurro; la verdad se me escapa antes de que pueda tragármela—. No sabía en quién podía confiar.

Su risa es aguda y carente de humor. —Pero en ellos sí confiaste. Siempre lo hiciste.

—Ya no confío en ellos —espeto—. ¿Crees que estaría aquí si lo hiciera?

—No deberías estar aquí en absoluto —gruñe—. A menos que hayas venido a morir.

Las palabras me golpean como un puñetazo en el estómago y me estremezco. No porque crea que va a matarme, sino porque sé que una parte de él desea hacerlo de verdad.

—No lo harías —susurro, con el pulso latiendo erráticamente mientras le planto cara.

—¿Y por qué no? —exige él con voz plana y letal.

—¡Porque me encerraron! —grito, con la desesperación aumentando —. ¡Querían controlarme, Leo! Nunca les importé, no de verdad. Pero *tú* sí me importas *a mí*. He vuelto para avisarte. Tienes que creerme.

Él tuerce el gesto. —No tengo por qué creerme nada de lo que salga de tu boca mentirosa. Mis hombres han muerto. Mi hogar ha desaparecido. Y tu familia ha hecho esto. Así que no, no te debo mi confianza. Ni te debo *piedad*.

Doy un paso atrás, temblando mientras mi espalda vuelve a tocar el ladrillo frío, y Leo me sigue, con una expresión amenazante mientras acerca su rostro a escasos centímetros del mío.

—Pero tendré piedad contigo. Solo por esta vez —sisea.

Me agarra del brazo y me arrastra por las ruinas. Tropiezo con ladrillos y cristales rotos. Mis piernas están demasiado débiles para luchar. Me lleva a través de lo que solía ser el vestíbulo y me empuja hacia el umbral desmoronado.

—Vuelve con tu familia —dice—. Diles que nos veremos pronto.

Niego con la cabeza, ahogándome en un sollozo. —No puedo.

—¿Por qué? —espeta él—. ¿Porque quieres quedarte a rebuscar entre los restos?

Aprieto los labios, reprimiendo la verdad. Quiero gritársela, contárselo todo, pero no le hará cambiar de opinión. No ahora. Especialmente ahora no. Si le dijera que llevo a su hijo, solo me lo echaría a la cara, me diría que miento o que intento engañarlo de alguna manera. No puedo darle otra arma con la que destrozarme.

Pero mientras el silencio se prolonga entre nosotros, veo cómo la convicción crece en sus ojos.

—Si vuelvo a verte, Sora… no lo dudaré. —La voz de Leo es baja, venenosa.

Y cuando se da la vuelta para marcharse, siento como si me arrancaran el corazón del pecho, decidido a irse con él.

—Leo —susurro, en una última e interrumpida súplica. Pero ya ni siquiera sé qué estoy pidiendo. *¿Perdón? ¿Protección? ¿Una razón para seguir viva?*

Leo gira la cabeza para mirarme por encima del hombro, con el asco reflejado claramente en el rostro. —Adelante, Sora, intenta retenerme más tiempo. Suéltame más de tus bonitas mentiras. He terminado de creérmelas.

—No me importa lo que creas —digo con voz temblorosa—. Solo quería que vivieras.

Durante un momento, se hace el silencio. Solo se oye el suave siseo de las llamas que mueren.

Los hombros de Leo caen, como si la lucha lo hubiera abandonado, y suena casi dolido cuando pronuncia sus palabras de despedida. —La próxima vez que nuestros caminos se crucen, te mataré.

Mi corazón se hace añicos, de forma limpia y definitiva, mientras él se da la vuelta y se aleja, dejándome sola entre los escombros.

No sé cuánto tiempo me quedo allí parada. Lo suficiente para que el humo me escueza en los ojos. Lo suficiente para que me fallen las rodillas y mi cuerpo se desplome contra el suelo como algo desechado. Apoyo la frente en las rodillas y lucho contra los sollozos que intentan subirme por la garganta.

No tengo nada. Sin familia. Sin aliados. Sin hogar. Y ahora, sin marido. Solo un secreto enterrado bajo mis costillas y un mundo que nos quiere a ambos muertos.

Finalmente, me obligo a ponerme en pie. Tengo que moverme. No sé a dónde iré, pero no puedo quedarme aquí.

Pero me doy cuenta demasiado tarde. He permanecido al descubierto demasiado tiempo. Debería saber mejor que nadie lo que ocurre tras un asalto hostil, pero estaba tan abrumada por el dolor que no pensé en que los últimos disparos cesaron hace un rato.

Se me da un vuelco el corazón al sentir unos dedos en mi pelo y el mundo a mi alrededor cobra nitidez cuando se cierran con fuerza, tirando de mi cabeza hacia atrás mientras una mano ruda se cierra sobre mi boca. Me sacuden hacia atrás contra un pecho ancho y poderoso, solo que esta vez sé que no es el de Leo.

—Vaya, vaya —ronronea mi captor en un inglés con acento ruso mientras otros dos hombres corpulentos y con barba salen de entre las sombras—. Mirad lo que tenemos aquí, muchachos.

Me debato, pero la mano en mi pelo me da un tirón doloroso mientras su otra mano se rodea mi garganta. Me zumban los oídos cuando el flujo de sangre y oxígeno se corta al instante.

Los dos hombres que tengo delante se ríen y sus sonrisas perversas me advierten de que esto es solo el principio de los horrores que están por venir.

—¿La esposita de Chiaroscuro? Es más guapa de lo que esperaba —dice uno.

—Vamos a arreglar eso —suelta el otro, sacando un cuchillo.

Intento gritar, pero no sale ningún sonido mientras me arrastran hacia las sombras.

LEO

La casa está en ruinas. Siento el sabor de la sangre al fondo de la garganta mientras trepo por los escombros para escapar por el ala este; me duelen las costillas con cada respiración después de horas luchando contra Kenji y el ejército que ha guiado hasta nuestras puertas.

El humo emana de los restos de lo que antaño fue una estructura imponente, denso y aceitoso, dejando vetas negras en las paredes blancas inmaculadas.

Las llamas todavía lamen el extremo más alejado del pasillo, y el cristal cruje bajo mis zapatos al pasar por encima de lo que solía ser un aplique de pared. Ahora todo está demasiado callado. Demasiado quieto.

La emboscada ha terminado. Hemos perdido. Y, aun así, lo que más me duele es cómo han terminado las cosas con Sora. Nunca me di cuenta de lo mucho que me tenía enganchado hasta que la verdad salió a la luz.

Pero ahora que sé que todo fue una actuación, que cada mirada inocente y cada caricia suave eran puro teatro —igual que esa máscara perfecta que lleva en público—, me siento completamente destrozado.

Le permití entrar. Derribó todas mis defensas y, del mismo modo que su familia ha aniquilado a la mía, la traición de Sora me ha destripado por completo.

No sé quién sigue vivo.

He perdido la cuenta de nuestras bajas, el número de hombres que yacen muertos porque nos pillaron totalmente desprevenidos.

Debería correr, si es que quiero sobrevivir. Pero no puedo irme hasta que encuentre a mis hermanos. Hasta que sepa qué ha sido de ellos.

—¡Leo!

Me giro hacia el sonido de mi nombre y el corazón se me detiene en el pecho. Una silueta avanza pesadamente a través del humo: hombros anchos, brazos fornidos, el rostro manchado de hollín y sangre. El alivio me invade como una ola gigante.

—Miko —susurro.

Mi hermano me estrecha en un abrazo brusco, con la mano aferrada a mi nuca como si temiera que fuera a desvanecerme. Durante un momento, ninguno de los dos habla.

—Lo han matado —dice Miko, con voz baja y ronca—. He visto cómo ocurría. No he podido llegar a tiempo. Nuestro padre ha muerto.

Cierro los ojos; el alivio que siento contrasta fuertemente con la cruda verdad que acaba de soltarme.

Debería estar triste porque, a pesar de todo, Augusta era mi padre, pero estaba tan sumamente aterrorizado de que pronunciara el nombre de uno de mis hermanos que solo puedo sentirme dichoso de que no haya sido así. —¿Dónde están Gio y los gemelos? —pregunto—. ¿Están bien?

Miko no responde de inmediato. Su expresión se ensombrece. —Están vivos —responde de forma ambigua, y se me encoge el estómago. Porque no ha dicho que estén bien—. Vamos —murmura,

señalando con la cabeza hacia el ala este—. Tenemos que movernos. La casa ya no es segura.

Nos abrimos paso entre los restos, esquivando vigas que caen y rodeando charcos de sangre.

Intento no pensar en los cadáveres. Intento no pensar en lo fácil que fue franquear la puerta principal, en lo rápido que colapsaron nuestras defensas.

Cuando llegamos al pasillo que conduce a lo que queda del apartamento de Raf, los veo.

Raf está sentado en el suelo, con la mirada perdida, el rostro pálido y los labios ensangrentados. Sandro está agachado a su lado, murmurando algo en voz baja y constante.

Gio está de pie detrás de ellos, flanqueado por dos de nuestros guardias supervivientes. El alivio me golpea de nuevo al ver a mi familia viva. Dañada, pero viva.

—¡Leo! —Gio se adelanta y me da un fuerte abrazo—. Estás bien. Pensábamos que...

—Haría falta algo más que esto para acabar conmigo —digo con voz rasposa.

—Tenemos que irnos. Ahora —dice Miko—. Este lugar está comprometido. Si se están reagrupando, volverán para terminar lo que han empezado.

—El yate —digo sin pensar.

Todos me miran.

—Está abastecido. Es defendible. Los veremos venir y podemos escapar por el agua.

Miko asiente. —Sí. Bien.

No perdemos el tiempo. Raf no dice ni una palabra mientras lo ayudamos a ponerse en pie. Se apoya en el hombro de Sandro como si fuera lo único que lo mantiene erguido. Todavía tiene el pañuelo apretado en la mano.

Para cuando llegamos a los muelles, mi cuerpo está gritando de dolor. La sangre me empapa el brazo por un corte superficial en el que no me había fijado.

El yate brilla bajo la luz de la luna como si fuera la salvación, el último vestigio intacto de nuestro imperio, y subimos a bordo en silencio.

No tardamos mucho en reunir a nuestras escasas fuerzas restantes en el camarote principal del yate; todos están sombríos y magullados.

Las aguas oscuras del lago Michigan gimen bajo nosotros, constantes y profundas, mientras el yate permanece amarrado al muelle del astillero, listo para zarpar en cualquier momento. Me parece mal estar aquí.

Este barco siempre fue un símbolo de riqueza, familia e indulgencia. Ahora es nuestro escondite. Nuestro único refugio.

Miko es el primero en hablar. —Hemos perdido más que la casa —murmura, mirando el agua como si fuera a tragárselo—. El don ha muerto —confirma para que todos lo oigan.

Gio solo asiente, con expresión solemne. Frente a mí, Sandro traga saliva con dificultad y alarga la mano para sostener a Raf, que se está desmoronando.

Raf siempre ha sido el inteligente, el de la lengua afilada, siempre listo con una respuesta rápida. Pero en este momento, parece un cascarón vacío.

—¿Dónde está Genevieve? —pregunto, dándome cuenta por primera vez de que la mujer de mi hermano no está, y se me forma un nudo

de hielo en el estómago ante la expresión de agonía que cruza el rostro de mi hermano pequeño.

—Le... le cortaron el cuello —la voz de Raf se quiebra, cargada de dolor—. No llegué a tiempo, y simplemente... ni siquiera dudaron.

Sandro no dice nada.

Se limita a mantener la mano en el hombro de Raf mientras lo sostiene.

Se me parte el corazón por Raf. Puede que yo no viera qué era lo que a Raf le gustaba tanto de Genevieve, pero me mata verlo sufrir así, sabiendo que su pérdida es similar a la que yo estoy padeciendo; solo que a su mujer se la arrebataron en contra de su voluntad. Y ella se ha ido. Para siempre.

—Lo siento, Raf —murmuro, tragándome el nudo de la garganta mientras intercambio una mirada con Miko.

Su expresión es igual de lúgubre, sus ojos azules afilados por el arrepentimiento, como si el hecho de no haber podido detener este ataque él solo hiciera que todo fuera su culpa. Todos somos un desastre. Manchados de sangre, quemados y apenas respirando. Pero al menos estamos juntos.

La mayoría, al menos. Me inclino hacia delante, apoyando los codos en la mesa mientras sostengo la frente con las manos, con los pulgares presionando las sienes.

Se me cierra la garganta cuando me invade la culpa. He fallado a mis hermanos por completo.

He fallado a mi familia, y sobre todo a mi padre. Y aunque nuestra relación se basaba en la disputa y el resentimiento, aunque él y yo no parecíamos estar de acuerdo en casi nada, odio que mis últimas palabras hacia él fueran de despecho.

—Discutí con él —digo en voz baja—. Con padre. Nuestras últimas palabras fueron de pelea. Le dije que me marchaba. Le dije que no

quería el imperio.

Nadie habla. El silencio es un juicio que me merezco.

—Iba a irme con ella —continúo, apretando los dientes.

—Leo... —empieza Gio, pero niego con la cabeza.

—No. No lo hagas. Estaba dispuesto a abandonaros a todos. Sabía desde el principio que no debía confiar en los Tanaka. Intenté que entrara en razón y luego caí en el mismo engaño, en las mismas mentiras. Nos dejé completamente vulnerables.

Miko se aparta de la ventana.

Sangra por el hombro, con un parche hecho con una camisa rota, pero me sostiene la mirada con firmeza. —No podrías haber detenido esto. Ninguno de nosotros podría haberlo hecho. ¿Crees que unos minutos más habrían cambiado las cosas? Leo, venían a por sangre. Tenían un plan. Tú no has causado esto, Leo. Hemos tenido problemas con la Yakuza durante décadas. Creo que solo el don creía de verdad que un matrimonio podía solucionarlo.

—Él pensaba que podíamos utilizarlos. Pero todo este tiempo nos han estado manipulando. El momento elegido —digo con la mandíbula tensa—. La forma en que entraron... Todo estaba coordinado. Sabían exactamente cuándo atacar. —Cierro los puños con fuerza—. Sora se fue justo antes del ataque.

Miko se yergue, tensando la espalda mientras frunce profundamente el ceño.

—Fue a ver a su familia. Sin avisar. Sin dar explicaciones.

Gio duda. —¿Crees que estaba compinchada con ellos?

Se me retuerce el corazón. —Kenji dijo que sí. Dijo que ella lo sabía. Que estaba esperando a que él fuera a decirle que yo había muerto. —El dolor es punzante. No puedo ocultarlo—. La amaba —admito en

voz baja—. De alguna manera... me enamoré de ella. Y ella nos vendió.

Gio aparta la mirada. Sandro maldice entre dientes.

Pero Miko me estudia en silencio. Luego, finalmente, habla. —No me lo trago.

Levanto la vista.

—Vi cómo te miraba. Eso no era fingido. Dijera lo que dijera Kenji... no creo que ella participara en esto. Quizá huyó. Quizá cometió un error. Pero no creo que quisiera que esto ocurriera.

Niego con la cabeza. —Se marchó.

Miko finalmente rompe la tensión. —O tal vez estaba intentando detenerlo. ¿Has pensado en eso?

Parpadeo, sin decir nada.

Porque quiero creerle, y me da miedo lo que significará si lo hago. Las palabras de Sora resuenan en mis oídos, helándome la sangre al considerarlas bajo el punto de vista de Miko. *—Nunca se han preocupado por mí, no de verdad. Pero tú sí me importas. He vuelto para avisarte—.* ¿Y si Sora no mentía? ¿Y si su familia la engañó igual que a nosotros?

—*Cazzo* —murmuro, pasándome los dedos por el pelo.

—¿Qué pasa? —pregunta Miko.

—Ella volvió —afirmo mientras la imagen completa me golpea como un camión—. Me dijo que su familia la retenía contra su voluntad, pero volvió con la esperanza de avisarnos.

—Espera, ¿cuándo fue eso? —pregunta Gio, frunciendo el ceño.

—No mucho antes de encontrarme con Miko —se me cae el alma a los pies al recordar mis últimas palabras para ella—. Le dije que la mataría si volvía a verla. No puedo creer que hiciera eso. No puedo

creer que simplemente la dejara allí. Aunque nos traicionara... nunca debí dejarla vulnerable. Debería haberme asegurado de que estaba a salvo.

Unos golpes en la puerta del camarote nos hacen levantar la cabeza a todos. Uno de nuestros hombres, Marco, entra; está pálido y con los ojos muy abiertos.

—¿Qué ocurre? —pregunta Miko.

Marco traga saliva. —La Bratva. Tienen a Sora.

La habitación se queda en silencio.

Siento como si el suelo diera vueltas a mi alrededor y me agarro a la mesa con los nudillos blancos mientras me pongo en pie de un salto. —¿Qué?

—Los rusos. Se la han llevado. Uno de nuestros exploradores lo ha visto. La arrastraban hacia la parte trasera de la propiedad. He dejado a Alfonzo siguiendo sus movimientos, pero por lo que parece... lo que sea que tengan planeado para ella no es nada bueno.

Me quedo sin aire en los pulmones, como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago.

Siento los ojos de Miko fijos en mí. —Leo...

—La dejé —susurro—. Simplemente la dejé allí.

Nadie habla.

—¿Dónde están ahora? —pregunto con voz ronca.

Marco consulta su teléfono buscando una actualización y me da el nombre de un cruce en el antiguo distrito de almacenes que los rusos solían controlar antes de que los hiciéramos retroceder hace unos años.

—Voy a buscarla —afirmo, y mis pies me llevan hacia la puerta antes incluso de que sea consciente de que me muevo.

—Leo...

—No intentéis detenerme.

Miko da un paso adelante, tranquilo pero firme. —No vamos a detenerte —dice, tranquilo pero firme—. Pero nosotros también vamos.

Mis hermanos asienten, incluso Raf, cuyos ojos aún brillan de dolor. —No abandonamos a la familia.

Algo se quiebra en mi pecho. Puede que Sora me haya traicionado, o puede que no. Sea como sea, no dejaré que la maten.

No mientras yo siga respirando.

SORA

Me han tapado los ojos antes de lanzarme al interior de una furgoneta. He perdido la noción del tiempo; no sé cuánto tiempo llevamos conduciendo ni qué distancia hemos recorrido. El asiento de cuero bajo mi cuerpo está pegajoso por algo; sangre, supongo, aunque no sé si es mía.

Tengo las muñecas sujetas a la espalda con bridas. Cada bache en la carretera me provoca un dolor punzante en el vientre, y lo único en lo que puedo pensar, una y otra vez, es: *Por favor, que no le pase nada al bebé.*

Leo no me quiere. Lo ha dejado perfectamente claro. Pero la criatura que crece en mi interior... este bebé nunca ha pedido nada de esto. Y si tengo que gatear entre las llamas para protegerlo, lo haré.

La furgoneta por fin se detiene con un chirrido y me preparo para el impacto, con el aliento contenido en la garganta.

Una puerta se abre ruidosamente. Unas manos rudas tiran de mí hacia delante y la venda se me sube un poco por la frente, revelando un almacén.

Sombrío. Frío. Húmedo.

Vigas de acero. Suelos de hormigón.

Uno de los hombres —un tipo enorme, calvo y con una cicatriz irregular que le divide el labio— me agarra del brazo y me arrastra. El corazón me late con fuerza.

—Tenía usted razón, Lenka. Esto será mejor, sin tener que mirar por encima del hombro para asegurarnos de que los Yakuza nos vigilan —dice el cabecilla del grupo, lanzándome una mirada lasciva mientras tropiezo tras él, apenas capaz de mantenerme en pie—. Ahora podemos tomarnos nuestro tiempo con ella.

Por lo que he podido deducir, se suponía que los Bratva eran aliados de mi familia. Al menos, eso es lo que pensaba. *¿Pero ahora?* Ahora me miran como si no fuera más que un juguete. Parece que ese acuerdo solo duró hasta que los Chiaroscuro cayeron.

—Es más peleona de lo que parece —murmura el de la cicatriz, empujándome hacia una silla—. Mirad si lleva algo encima.

Uno de ellos me cachea bruscamente mientras otro me ata los tobillos a las patas de la silla. Sigo con las manos esposadas a la espalda. La sala está inusualmente fría, pero el sudor me recorre la columna vertebral.

—Está limpia —confirma el hombre de la espesa barba negra, irguiéndose para colocarse junto a sus tres compañeros.

—Entonces, ¿qué queremos hacer con ella? —pregunta la más baja y robusta, con una sonrisa maliciosa extendiéndose por su rostro.

—El *pakhan* ha dicho que demos ejemplo con ella y que dejemos su cuerpo en algún lugar donde el nuevo don no deje de encontrarla, si es que alguna vez vuelve a aparecer.

Se me hace un nudo en el estómago y se me pone la piel de gallina ante el significado de sus palabras.

Porque bajo la promesa de tortura y muerte inminentes, capto un dato clave. «Si el nuevo Don vuelve a aparecer» indicaría dos cosas. Leo no solo sobrevivió al ataque; escapó, y su padre no.

Aunque no debería ser el asunto más urgente en mi mente, me inunda el alivio. Y saber que Leo está a salvo me da el impulso de valor que necesito para intentar encontrar una salida a mi nefasta situación.

Tengo la voz ronca, pero aun así consigo hablar para captar su atención. —A Leo no le importo. Estáis perdiendo el tiempo.

El hombre de la cicatriz ladea la cabeza. —Qué extraño. Eso no es lo que ha dicho tu hermano.

—Lo que sea que os haya dicho, miente. Me marché. Leo me dijo que no volviera nunca, que me mataría él mismo si lo hacía.

—Y aun así —murmura, acercándose—, se lanzó al agua para salvarte cuando podría haber dejado que te ahogaras. Eso no parece indiferencia, ¿verdad?

Me estremezco y él sonríe levemente.

Pero tengo que seguir intentándolo. —Si queréis hacer daño a Leo, estáis malgastando vuestros esfuerzos conmigo.

—¿Crees que esto va de esfuerzos? —Su voz se endurece—. Los Chiaroscuro humillaron a nuestro clan. Se llevaron lo que no les pertenecía, y ahora vamos a quitárselo todo. Su territorio, su hogar y a sus bonitas mujercitas.

El ruso de barba negra suelta una carcajada; su regocijo hace que se me erice la piel y un pavor gélido me inunda las venas.

—Ya hemos matado a la rubia —dice.

Oh, Dios mío, Genevieve. No estábamos especialmente unidas, pero fue una de las pocas personas que intentó que me sintiera bienvenida en el hogar de los Chiaroscuro desde el principio.

—Sí, lástima que los Yakuza acabaran con ella rápido —responde el ruso robusto.

—¿Pero la cara que puso su marido cuando lo hicieron? Mmm —. Mi cuarto captor, un hombre más delgado con ojos azul pálido y sin alma, sonríe mientras emite un sonido de profunda satisfacción.

—Y esta vez, lo haremos con calma, disfrutándolo.

Se acercan, rodeándome mientras me miran con una anticipación absoluta. El pánico me oprime el pecho y busco cualquier forma de disuadirlos, aunque sea una mentira.

—Mi familia vendrá a por vosotros —digo rápidamente—. No dejarán que os salgáis con la vuestra si me matáis. Soy demasiado valiosa.

—¿Valiosa? —El hombre cicatrizado suelta una carcajada áspera—. Ahora no eres más que el juguetito de Leonardo Chiaroscuro. Puede que fueras valiosa antes de que él te tocara, pero nadie va a querer las sobras de otro.

—Además —añade el hombre de barba negra—, ¿quién dice que se enterarán de que hemos sido nosotros los responsables de tu desaparición? Te podría haber pasado cualquier cosa caminando por un campo de batalla de esa forma.

Se me revuelve el estómago y el corazón golpea contra las costillas en su intento de huir. —Por favor —susurro—. Estoy embarazada.

Pero los hombres se limitan a sonreír con desprecio. Uno de ellos se ríe.

La expresión del hombre de la cicatriz no cambia. —¿Y?

—Os lo ruego —digo—. Si me matáis, mataréis a mi bebé.

El hombre de la cicatriz se pone en cuclillas frente a mí con una sonrisa cruel. —¿Crees que eso te hace menos objetivo, pequeña puta de la mafia? Llevas dentro a la próxima generación de la calaña Chiaroscuro. Eso significa que mueres *dos veces*.

—¡Leo ni siquiera lo sabe! —grito, con el pánico subiéndome por la garganta—. No se lo he dicho.

El hombre barbudo se ríe entre dientes. —No te preocupes, encanto. Nos aseguraremos de prenderte una nota en el pecho. ¿Quién sabe? Quizá llore cuando se entere. Pero al final, morirá como el resto. Y tu bebé nunca llegará a respirar.

—Sois unos animales —siseo, con el miedo y el odio superando mi sensatez mientras arremeto con la única arma que me queda.

El hombre de la cicatriz me propina un revés con la mano abierta.

El mundo da vueltas y me zumban los oídos mientras la sangre me llena la boca. Me obligo a no sollozar, a pesar de que el miedo y el dolor amenazan con consumirme.

Pero no le daré el placer de saber lo aterrorizada que estoy.

Me palpita la brecha, se me hincha la mejilla y retuerzo las muñecas frenéticamente, intentando zafarme del plástico afilado que me aprieta mientras mi mente vuela.

Puede que Leo no me quiera. Puede que nunca lo haya hecho. Pero si hay una mínima posibilidad de que sepa lo que han hecho... si sabe que estoy aquí...

¿Vendría a por mí?

No. No lo haría. No después de todo.

La única salida es que yo encuentre la manera, y no voy a dejar que le hagan daño a mi bebé.

—¿Por dónde empezamos? —pregunta el ruso robusto, ensanchando su sonrisa.

El de ojos pálidos y sin alma saca su cuchillo, haciendo que se me pare el corazón. —Yo digo que veamos qué hay debajo del vestido de la putita, ya que nadie deja el tema.

El de la cicatriz se ríe entre dientes. —Me gusta cómo piensas, Gleb.

LEO

El desguace al que nos ha traído Alfonso apesta a aceite y a podredumbre. Está oculto en los límites del distrito industrial, rodeado de edificios vacíos y silencio.

Es el tipo de lugar al que la gente viene a desaparecer. Y en algún lugar tras estos muros de acero, la Bratva cree que ha ganado. Creen que han capturado un trofeo que me pondrá de rodillas.

Pero solo han desatado sobre sus cabezas una furia a la que no van a sobrevivir.

Asiento una vez a Miko mientras levanta su arma, listo para asaltar su escondite. Sandro y Gio nos cubren mientras Raf se mantiene tras de mí como una tormenta, con los ojos ardiendo con la misma sed de venganza que me corroe por dentro desde que me enteré de que se habían llevado a mi mujer.

Pensé que odiaba a Sora. Pensé que nos había traicionado. Pero me equivoqué. Y ahora que sé que la tienen ellos, voy a destruir hasta el último de esos bastardos.

Hago la señal y mis hermanos y yo avanzamos con pies silenciosos, listos para entrar en acción en cuanto la encontremos.

El corazón me golpea contra las costillas mientras avanzo, confiando ya solo en el instinto, con los ojos escaneando el entorno y la

respiración entrecortada al llegar a la puerta del almacén donde Alfonso dijo que se habían llevado a Sora hace menos de una hora.

Estoy más que agradecido por la rapidez mental de mi mayordomo y de Marco. Sin ellos, no habría tenido ni la más mínima oportunidad de llegar aquí a tiempo. Pero solo puedo esperar no haber llegado demasiado tarde.

Incluso si Marco nos localizó rápido y sabíamos exactamente adónde ir, Sora lleva en manos del enemigo más de una hora, y en ese tiempo pueden pasar muchas cosas. La idea hace que se me revuelva el estómago.

Lo que más deseo es entrar a saco, disparando a diestro y siniestro para liberarla, pero tengo que ser cuidadoso, tomarme mi tiempo, o Sora podría quedar atrapada en el fuego cruzado. Ni siquiera sé dónde ni cómo la tienen retenida.

Entonces oigo su voz asustada.

—Mi familia vendrá a por ustedes —dice, y su voz asustada me detiene en seco—. No dejarán que se salgan con la suya si me matan. Soy demasiado valiosa.

Miko y yo intercambiamos una mirada y nos acercamos sigilosamente a la puerta mientras hago una señal a mis hermanos para que se posicionen para una entrada rápida y silenciosa.

—¿Valiosa? —Alguien suelta una carcajada brusca desde el interior del almacén—. Ahora no eres más que el juguetito de Leonardo Chiaroscuro. Puede que fueras valiosa antes de que él te tocara, pero nadie va a querer las sobras de otro.

La sangre me hierve ante sus palabras, una rabia posesiva se hincha en mi interior ante la sola idea de que cualquier hombre toque a Sora.

—Además —añade otro—, ¿quién dice que alguna vez sabrán que nosotros fuimos los responsables de tu desaparición? Podría haberte

pasado cualquier cosa caminando por un campo de batalla como este.

Levanto la mano, listo para irrumpir, pero la súplica de Sora me deja helado.

—Por favor —exclama, apenas lo suficientemente alto para que la oiga—. Estoy embarazada.

Alguien se ríe mientras mi mente da vueltas y el oxígeno desaparece de mis pulmones.

Me zumban los oídos, ahogando las palabras que siguen mientras el pulso me ruge en la cabeza. *¿Sora está embarazada?*

Detrás de mí, Gio me agarra del hombro, sacudiéndome con brusquedad de mi aturdido vórtice de incredulidad.

La conversación que tiene lugar dentro del almacén vuelve a mis oídos con una nitidez absoluta de repente.

¿Crees que eso te hace menos objetivo, pequeña puta de la mafia? Llevas dentro a la próxima generación de la basura Chiaroscuro. Eso significa que morirás *dos veces*.

El pánico que impregna las siguientes palabras de Sora me cae encima como un jarro de agua fría.

—¡Leo ni siquiera lo sabe! —grita—. No se lo dije.

Alguien suelta una risita. —No te preocupes, amor. Nos aseguraremos de prenderte una nota en el pecho. ¿Quién sabe? Quizá llore cuando se entere. Pero al final, morirá como el resto. Y tu bebé nunca llegará a respirar.

Sora sisea algo que no llego a captar y el sonido característico de la carne golpeando violentamente contra la carne hace que se me nuble la vista de rojo. Los despedazaré, miembro a miembro, si alguno de ellos se ha atrevido a ponerle una mano encima a mi mujer.

—¿Por dónde empezamos? —oigo, pero ya estoy en movimiento, lanzándome hacia delante con un odio ciego, mi estrategia de sigilo demolida mientras mi rabia me impulsa con una sed de sangre temeraria.

Miko abre la puerta de par en par y entramos en la sala como uno solo mientras un hombre delgado se cierne sobre Sora, con una cuchilla en la mano. —Yo digo que veamos qué hay debajo del vestido de la zorrita, ya que nadie se calla sobre el tema.

Un ruso con la cara llena de cicatrices se ríe. —Me gusta cómo piensas, Gleb —dice, aparentemente ajeno a nuestra presencia; pero todos se van a enterar muy rápido ahora.

Sora gime, apretando los ojos y girando la cabeza mientras oigo el sonido de tela desgarrándose, y el mundo se estrecha.

Toda la sangre de mi cuerpo me sube a los oídos y arremeto hacia el sonido, levantando mi arma mientras busco un tiro limpio que no ponga en riesgo a mi mujer.

La habitación estalla en movimiento; los cuatro rusos están demasiado aturdidos para reaccionar al principio mientras mis hermanos y yo caemos sobre ellos sin dudarlo.

El hombre delgado se gira, echándose a un lado lo suficiente como para que yo tenga una visión completa de Sora por primera vez.

Está atada a una silla, con el vestido rajado, la mejilla izquierda floreciendo con un hematoma reciente y sangre en el labio.

El hombre delgado tiene un cuchillo y se me cae el alma a los pies mientras mi instinto de proteger a Sora me grita que lo elimine antes de que pueda usarlo.

Los ojos de Sora se abren de par en par, dilatándose cuando nuestras miradas se cruzan. —Leo...

Eso es todo lo que oigo antes de levantar mi arma y disparar al hombre del cuchillo en la cabeza. Cae al instante.

Los otros gritan mientras estalla el caos.

El corpulento intenta alcanzar una pistola, pero Raf interviene y le dispara en el pecho.

Miko abate al de la barba negra con un tajo brutal en la garganta. Sandro placa al cuarto, aporreándolo contra el cemento mientras le pulveriza la cara en cuestión de segundos.

La pelea termina tan rápido como empezó. Entonces solo queda el silencio ensordecedor y el sonido de los sollozos entrecortados de Sora.

Me caigo de rodillas frente a ella, con el corazón rompiéndose al ver su rostro, magullado, ensangrentado, pero viva. —Sora —susurro, buscando sus ataduras.

—Has venido —solloza—. De verdad has venido...

Todo su cuerpo tiembla. Apenas puedo ver a través de la nube roja que nubla mi visión.

Tiembla con tanta fuerza que temo que se desmaye, pero sigue intentando hablar, moviendo los labios incluso mientras llora.

—Intenté advertirte —susurra—. Leo, te lo juro... no sabía lo que estaban planeando. Yo no... nunca habría dejado que ellos...

La callo llevándome una mano a su cara, acunando su mandíbula, con cuidado de no tocar el hematoma. —Lo sé —susurro—. Ahora lo sé.

Sus ojos se llenan de nuevo, desbordándose de incredulidad. —¿Cómo? —consigue decir.

—Mis hermanos me hicieron entrar en razón. —Miro por encima del hombro hacia ellos mientras los cuatro se ponen en pie para inspeccionar el almacén, buscando cualquier amenaza restante—. Estaba demasiado enfadado para verlo, demasiado asustado para

enfrentarme a la verdad. He sido un idiota. Lo siento muchísimo, Sora.

Llora con más fuerza, pareciendo superada por toda la situación, y me muero de ganas de abrazarla, pero primero tengo que liberarla.

Cogiendo la cuchilla del ruso, corto las bridas de sus muñecas y tobillos y luego la atraigo suavemente a mis brazos.

Se aferra a mí como si yo fuera lo único que la mantiene unida a la realidad.

Tal vez lo sea. No me importa. Escondo la cara en su pelo y me limito a inspirar su aroma tranquilizador.

—Dios, lo siento, princesa. Lo siento muchísimo. ¿Puedes perdonarme?

Asiente contra mi pecho, apretando los dedos en mi camisa mientras se aferra a mí y llora, e incluso si no ha pronunciado las palabras, el alivio que me produce su respuesta es tan intenso que casi me hace caer de espaldas.

Pero a medida que el impacto y el caos en mi mente empiezan a asentarse lentamente, algo que me ronda la cabeza sale a la superficie.

—¿Sora? —pregunto suavemente, apartándome un poco—. Antes, cuando estabas suplicando a esos cerdos... Dijiste... ¿Estás...? —No soy capaz de pronunciar la palabra. Porque si está embarazada, eso significaría que lo sabía desde hace tiempo y no me lo dijo.

—¿Embarazada? —susurra ella, mirándome con ansiedad a través de sus pestañas espesas y oscuras. Luego asiente, muy levemente—. Lo sé desde hace un tiempo. Iba a decírtelo... de verdad, iba a hacerlo. Pero entonces te oí… hablando con tu padre. Y pensé… — Se aparta lo suficiente para mirarme directamente a la cara, con los ojos muy abiertos por el dolor recordado—. Pensé que no me querías.

—¿Qué? —pregunto, frunciendo el ceño por la confusión y la incredulidad. No alcanzo a comprender cómo ha podido pensar eso y, después de lo de anoche, no veo cómo podía quedar ninguna duda en su mente.

Me he pasado horas pensando que era *ella* la que no *me* quería. Y si me oyó hablar con mi padre, debe saber todo lo que sacrifiqué por ella... por nosotros.

—Dijiste que yo no era útil. Que solo era una herramienta más en el juego y que no sentías nada por mí. No podía... —Su voz se quiebra —. No podía quedarme, Leo. No si eso significaba criar a nuestro hijo en un lugar donde yo solo fuera una moneda de cambio. Así que fui a ver a mi familia para aclarar las cosas. Pero cuando llegué allí, todo se fue al garete. Ellos... dijeron que nuestro matrimonio fue una estratagema desde el principio. Que no debía quedarme embarazada, que debía abortar y volver a casarme cuando tú hubieras muerto…

Se me encoge el corazón mientras Sora solloza y la atraigo más hacia mí, horrorizado por lo que le dijo su familia y por lo que ella creyó haber oído. Recuerdo vívidamente mi conversación con el don.

Puedo recordar perfectamente las palabras que dije, pero sacadas de contexto, entiendo por qué las interpretó de esa manera.

En ese momento estaba siendo sarcástico, señalando lo poco realistas que eran las expectativas de mi padre, pero para Sora, sonaron como una verdad que le había ocultado.

¿Y cómo podía pensar otra cosa cuando pasé la primera mitad de nuestra relación tratándola exactamente como la herramienta que dije que era?

—Estaba... —Trago un nudo doloroso en la garganta mientras busco las palabras para explicarme—. No decía nada de eso en serio, Sora. Intentaba señalar lo ridículas que eran las expectativas de mi padre. Le dije que no me importaba el imperio —insisto—. Que estaba

harto de jugar con sus reglas. Renuncié a todo. A mi herencia, a mi papel como don. No quería nada de eso si significaba que no podía tenerte a ti, así que cuando me obligó a elegir, lo dejé todo.

Ella contiene el aliento. —¿Lo hiciste?

Asiento. —Intentaba protegerte, Sora. No pretendía que sonara como si... como si no importaras. Eres lo único que me importa.

Las lágrimas vuelven a correr por sus mejillas. Nunca la he visto llorar así, nunca la he visto tan emocionada y deshecha. Ni siquiera después de que casi se ahogara. Pero ahora hay entre nosotros una honestidad cruda, una verdad demasiado dolorosa para evitarla.

—Pensé que te había perdido —susurro.

—Casi lo haces —dice ella con voz temblorosa—. Y si no hubieras venido cuando lo has hecho... nuestro bebé...

Junto mi frente con la suya.

—Nunca dejaré que mis dudas vuelvan a ponerte en peligro —juro —. Ni a ti ni a nuestro hijo. Pase lo que pase. Te lo juro.

Suelta un suspiro tembloroso, con los dedos enroscados en el cuello desgarrado de mi abrigo. —¿Qué pasará ahora?

—He terminado con esta vida —digo en voz baja—. Si vienes conmigo... si quieres... nos iremos. Podemos dejarlo todo atrás: la Mafia, la sangre, el legado. No quiero nada de eso. Solo te quiero a ti. Y quiero que nuestro hijo crezca libre de toda violencia.

Sus ojos se agrandan. —¿Lo dejarías todo?

—¿Por ti? —murmuro—. ¿Por nuestro bebé? Haría cualquier cosa.

SORA

Por un instante, no puedo respirar. Las palabras de Leo quedan suspendidas en el aire entre nosotros.

El sabor cobrizo de la sangre todavía me recubre la lengua y me duele la cara por el golpe recibido, pero todo eso se desvanece en el momento en que él me mira así. Como si yo fuera lo único que queda en su mundo a lo que vale la pena aferrarse.

—Quiero algo real contigo —dice, con voz más suave ahora pero no menos firme—. Si todavía me quieres. Si estás dispuesta a dejar todo esto atrás conmigo, te lo juro, pasaré el resto de mi vida intentando ser el hombre que tú y nuestro hijo os merecéis.

Una lágrima se me escapa por la mejilla antes de que pueda evitarlo. —Leo…

Todo en mi interior quiere decir que sí. Por Dios, sí. Quiero correr y no mirar atrás jamás. Pero el mundo del que venimos no te suelta tan fácilmente.

—¿De verdad crees que podemos desaparecer sin más? —pregunto con voz temblorosa—. ¿Que podemos alejarnos de todo esto y simplemente… vivir?

Él no vacila. —Lo creo.

Quiero creerle. Pero hay un peso en mi pecho que no se quita. Escudriño su rostro, desesperada por algo más. —¿Y tú estarías bien con eso? ¿Después de lo que le pasó a tu padre? ¿Después de que mi familia te robara tanto?

Antes de que Leo pueda responder, Miko interviene detrás de él, con su voz grave, potente y segura mientras da un paso adelante. —Nosotros nos encargaremos.

Gio asiente a su lado, con sus ojos oscuros brillando con una satisfacción sombría. —Siempre has odiado la política, Leo. Los juegos de poder. Para empezar, nunca quisiste ser el Don. Todos lo sabíamos, y ahora que nuestro padre ha muerto, nadie va a impedir que te marches. Deja que nosotros nos ocupemos de los traidores. No vamos a permitir que lo que le pasó a la mujer de Raf quede impune… ni lo del Don, aunque fuera un capullo.

Eso me arranca una risa inesperada mientras el hermano más afable de Leo suelta la fría y cruda realidad.

—Además —añade Sandro, con voz más suave—, vas a ser padre. Eso lo cambia todo.

Leo mira a sus hermanos, tensando la mandíbula como si no supiera muy bien cómo discutir con ellos. Un músculo le tiembla en la mejilla mientras procesa todo y, entonces… lentamente… asiente. —¿Estáis seguros? —pregunta en voz baja.

—Estamos seguros —responde Miko sin dudar—. Nosotros nacimos en este mundo, Leo. Pero tú… tú nunca estuviste destinado a morir en él.

Se me encoge el corazón al oír eso. Nunca me había dado cuenta de todo lo que Leo había estado cargando en silencio, de cuánto odiaba el legado que le habían impuesto.

Leo se vuelve hacia mí. —He terminado, Sora. Con la violencia, con el derramamiento de sangre. Quiero paz. Para mí, para ti y para nuestro hijo.

Y de repente, los muros que tanto me había esforzado por mantener alrededor de mi corazón se derrumban.

Antes de que pueda decir nada, un zumbido agudo interrumpe el momento.

Leo saca el teléfono del bolsillo cuando se ilumina con un nombre que me hiela la sangre. Es mi padre.

Un escalofrío me recorre la espalda y se me revuelve el estómago. —Cógelo —susurro.

Él toca la pantalla, poniendo el altavoz mientras sostiene el teléfono entre nosotros.

—*Signor* Tanaka, esta es una sorpresa no muy agradable.

—Chiaroscuro —gruñe mi padre—. No sé cómo lo ha conseguido, pero quiero a mi hija de vuelta. Ahora.

—Me temo que no va a ser posible —dice Leo tajante.

Mi padre se mofa. —Sora sigue siendo yakuza. Sigue siendo de nuestra sangre y nos pertenece. Ella lo sabe tan bien como yo, así que, aunque intente quedársela, no durará para siempre. Volverá.

Me acerco, alargando la mano hacia el teléfono. —No. No lo haré.

Se produce un largo silencio al otro lado. Luego: —Está cometiendo un error. Mataron a su hermano, Sora. Son animales…

—El único error que he cometido ha sido confiar en usted —le espeta—. Usted me mintió. Me usó. Y cuando más lo necesité, me vendió como si fuera moneda de cambio.

—¿Le daría la espalda a su familia por él?

—Sí —digo con más seguridad de la que he sentido en toda mi vida.

Pasa otra larga pausa antes de que mi padre vuelva a hablar, con la voz fría y afilada como el cristal. —Entonces no vuelva llorando a mí

cuando él la destruya por completo. Ya no es bienvenida aquí. No es hija mía.

La comunicación se corta.

Se me cae la mano al costado. Debería sentirme desolada, puede que incluso destrozada, pero en su lugar… me siento libre. Por primera vez en mi vida, no estoy atrapada en un legado que no elegí. No soy el peón de nadie, la hija de nadie, la herramienta política de nadie. Soy solo yo… y soy suya.

Leo me rodea con sus brazos, con una mano presionando suavemente mi espalda baja mientras la otra acuna mi mejilla. —¿Estás bien?

—Ahora lo estoy —susurro.

Detrás de nosotros, Gio se aclara la garganta suavemente y nos giramos para encontrar al resto de los hermanos de Leo observando, silenciosos y serios. —¿Todo bien? —pregunta.

Asiento. —Sí.

Miko asiente secamente, acercándose. —Me alegro de que estés bien —dice, y rápidamente desvía la mirada, recordándome que mi vestido está destrozado.

Suelto rápidamente a Leo para cerrarme la tela alrededor del cuerpo.

—Cubriremos las salidas —dice Gio, con la mirada también cuidadosamente apartada—. Tomaos el tiempo que necesitéis.

Los hermanos de Leo se escabullen sin decir una palabra más, dándonos espacio, y Leo me ayuda a ponerme en pie lentamente, sosteniéndome cuando me tambaleo por la debilidad de mis rodillas. Luego se quita la chaqueta del traje para envolverme con ella.

—Te tengo —promete Leo, pasando un brazo por mi cintura para pegarme a él—.

Esa frase tan familiar me calienta el corazón.

Porque sé que me tiene.

Siempre.

Contra todo pronóstico, me ha mantenido a salvo.

Me ha salvado la vida de muchísimas maneras.

Y confío en que podrá protegernos a mí y a nuestro bebé, sin importar los obstáculos que se interpongan en nuestro camino.

—Saldremos de la ciudad —dice—. Iremos a algún lugar seguro, un sitio tranquilo. Luego haremos que os revisen a ti y al bebé.

Inclina la cabeza para robarme un beso, y es como si me alcanzara un rayo: cegador, eléctrico y absorbente.

Ya no hay vacilación en él, no hay muros. Lo pone todo en ese beso —su disculpa, su devoción, su esperanza— y yo le entrego todo a cambio.

Para cuando nos separamos, me falta el aire y el corazón me late con fuerza contra las costillas mientras le miro a los ojos. —Te quiero —susurro.

Se echa un poco hacia atrás, lo justo para mirarme a los ojos, con el pulgar acariciándome la mejilla, y su expresión se suaviza con algo reverencial. —Yo también te quiero —murmura—. Más que a nada.

Las siguientes horas pasan como un borrón. Los hermanos menores de Leo limpian el almacén, encargándose del desastre que dejamos atrás mientras Miko nos lleva a su yate para cargarnos de provisiones para el viaje.

Cuando llegamos al muelle, Miko le entrega a Leo un teléfono de prepago junto con un sobre lleno de efectivo. —Tenéis unas treinta y seis horas antes de que la Bratva empiece a cazar de nuevo. Hasta que hayamos terminado de ocuparnos de esos traidores, es mejor que mantengáis un perfil bajo.

Leo asiente, buscando mi mano y entrelazando nuestros dedos. —Lo haremos.

Cuando salimos del almacén, el aire exterior es fresco y acogedor; el sofocante calor del verano ha desaparecido, igual que los confines del mundo que estamos dejando atrás. Me siento más ligera de alguna manera.

Como si el peso de dos imperios se hubiera quitado por fin de mis hombros.

Conducimos durante horas; primero en un coche, luego en otro, cambiando de vehículo en un aparcamiento remoto donde nadie pueda rastrearnos.

En algún momento me quedo dormida, vencida por el agotamiento.

Pero cuando me despierto, nos estamos deteniendo en un pequeño motel de carretera en la costa, con el sol empezando a asomar por el horizonte.

Leo me ayuda con cuidado a salir del coche, rodeándome con sus manos con delicadeza. —¿Seguro que no quieres ir a un hospital?

—Estoy bien —digo—. Lo prometo. Iremos al médico en cuanto haya tenido oportunidad de ducharme y descansar. —Sobre todo, solo quiero saber que el bebé está bien, pero ninguna consulta estará abierta a estas horas, y me siento bien aparte del latido de mi mejilla amoratada y el labio partido. No necesito un hospital.

Leo no discute, pero veo la tensión en su mandíbula. La culpa. El miedo. Todavía se culpa a sí mismo por no haber llegado antes.

Nos instalamos en la habitación del motel y me quito el vestido arruinado para entrar en la ducha, dejando que el agua caliente se lleve la sangre y el miedo.

Cuando salgo, envuelta en una bata de rizo raída en comparación con la de felpa de su yate, Leo me está esperando.

Está sentado en el borde de la cama con la cabeza entre las manos, y se me encoge el corazón al ver la tensión de su emoción en la curva tensa de su espalda.

Levanta la vista en el momento en que me oye, con los ojos llenos de algo que no alcanzo a nombrar mientras se incorpora.

—Ven aquí —murmura, buscándome.

Voy hacia él, hundiéndome en sus brazos y acurrucándome contra su pecho mientras su mano se posa instintivamente en mi vientre.

Se queda en silencio un largo rato antes de hablar.

—¿Cuánto tiempo hace que lo sabes?

—¿Que estaba embarazada? —susurro—. Poco más de una semana.

—¿Por qué no me lo dijiste? —El dolor es evidente en su tono, y la culpa hace que se me apriete el estómago.

Debería habérselo dicho desde el principio.

Tantas cosas podrían haber salido de otra manera si lo hubiera hecho. Pero no estaba segura de que lo nuestro fuera real como para arriesgarme.

—Todavía no estaba segura de que lo nuestro fuera de verdad. No hasta lo del yate… Y luego quería asegurarme de que el bebé estuviera bien antes de decirte nada —cierro los ojos, hundiendo la cara en su hombro—. Iba a decírtelo anoche. Entonces te oí hablar con tu padre y me dolió tanto que solo… necesitaba espacio para pensar. Pero cuando llegué a casa de mis padres, bueno, ya conoces el resto de la historia.

Me abraza más fuerte, con sus brazos fuertes y reconfortantes; el sonido de su corazón es música para mis oídos. —Lo siento. Por todo.

—Yo también lo siento.

Una sonrisa triste adorna su hermoso rostro mientras se inclina hacia atrás y acuna mi mejilla ilesa con tanta ternura que me llega al alma. —No tienes nada por lo que pedir perdón —me asegura.

Y nuevas lágrimas me escuecen en los ojos. Asiento, con el corazón henchido de alivio y un amor desbordante.

Leo se inclina para besarme, lento y profundo, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

Y quizá lo tengamos.

Quizá este sea el comienzo de algo nuevo, algo precioso y emocionante.

No sé qué nos depara el futuro. Pero sé que ya no le tengo miedo. No con Leo a mi lado.

Y mientras me derrito en sus brazos, me doy cuenta de algo con absoluta claridad. Sobrevivimos.

¿Y ahora? Ahora podemos vivir la vida que queremos… juntos, solo yo, Leo y nuestro bebé.

Contra todo pronóstico y a pesar de nuestro comienzo accidentado, hemos encontrado la felicidad juntos.

Me he enamorado de mi marido por completo y no puedo esperar a pasar el resto de mi vida a su lado.

EPÍLOGO

SORA

Un año después

Fuera, el viento agita los árboles. En algún lugar de la calle, el perro de un vecino ladra una vez y se queda callado mientras el sol se oculta tras el horizonte.

Dentro se oyen los sonidos apacibles de una casa llena de amor mientras descanso en el sofá, con una taza en la mano, observando cómo Leo mece a la pequeña Aiko en sus brazos.

Le susurra suavemente, con la voz cargada de afecto mientras intenta dormirla. Pero ella no está por la labor esta noche y suelta gritos de alegría, agitando sus rechonchos puñitos en el aire.

Dios, está precioso así.

Doy un sorbo a mi té, escuchando a medias la familiar sinfonía doméstica que se ha convertido en la banda sonora de nuestras noches.

Fuera, las luciérnagas parpadean perezosas en el aire crepuscular, y el último aliento del verano flota dulce y denso en la brisa que entra por la ventana abierta de la cocina.

De fondo, suena bajito una lista de reproducción indie en el altavoz de la esquina de la habitación. Nuestro perro, un cruce de golden retriever llamado Vito —idea de Leo—, está despatarrado bajo la mesa de centro, moviendo la cola de vez en cuando.

Vivimos en el tipo de lugar que nunca imaginé para mí, un tranquilo callejón sin salida en las afueras de Chicago.

Tenemos una casa blanca de dos plantas con contraventanas azul marino y un porche delantero, hortensias en el jardín y una valla de madera que necesita una mano de pintura.

No tiene un jardín zen, ni hectáreas de terreno, ni un gran salón ni un salón de baile para agasajar a innumerables invitados de alto nivel, pero no necesito nada de eso. Tengo todo lo que podría desear aquí mismo, en esta habitación.

Hace un año, Leo y yo nos ahogábamos en sangre y traición. Nuestro amor nació en el fuego, envuelto en sospechas, enredado en mentiras que ninguno de los dos eligió.

A ambos nos obligaron a contraer un matrimonio que estábamos seguros de no querer, convencidos de que no existía ninguna realidad en la que pudiéramos ser felices juntos.

Pero logramos salir a rastras de un mundo del que pocos escapan, y ahora, cada vez que veo a Leo sosteniendo a nuestra hija o haciendo muecas tontas que le arrancan esa risita contagiosa, sé que todo valió la pena.

Me pilla mirándolo y sonríe con esa arrogancia encantadora mientras le brillan sus cálidos ojos marrones. —No me digas que te estás volviendo a enamorar de mí —me toma el pelo—.

Pongo los ojos en blanco y le lanzo un cojín, luego me río porque tiene razón. —Me enamoro de ti constantemente —confieso, sintiendo que me arden las mejillas al pensar en la suerte que tengo de ser su esposa.

Leo hace que la vida doméstica sea sexy de algún modo, y resulta tremendamente injusto. Por otra parte, supongo que soy yo quien más se beneficia de ello, teniendo en cuenta que soy la única a la que parece interesado en llevarse a la cama.

Y cuando se inclina para robarme un beso, no puedo enfadarme con él. Me hormiguean los labios y siento un aleteo de emoción en el estómago mientras sus labios se demoran lo justo para que el corazón me dé un vuelco.

—¿Por qué no vas a ponerte algo cómodo? —sugiere—. Y yo acostaré a esta fierecilla.

Sé exactamente a qué se refiere con «algo cómodo» y no es una camiseta ancha y un pantalón de chándal.

Me dan ganas de saltar de emoción y, de repente, a pesar del cansancio de ser madre primeriza, estoy totalmente despierta.

Pero también conozco a Aiko y, cuando está disfrutando de la atención de su padre, no hay ninguna posibilidad de que se duerma sin dar guerra.

—Si te la dejo a ti, te tendrá recitándole nanas toda la noche —bromeo. Él se ríe, asintiendo—. Anda, dámela. Puedes venir con nosotros —sugiero.

Aiko todavía está tierna y blandita, pero a sus tres meses, sus ojos están empezando a oscurecerse, pasando de un azul marino profundo a un café intenso, y brillan de felicidad mientras busca mi cara cuando la cojo en mis brazos.

—Hola, mi niña feliz —susurro, atrapando su diminuto puño y besándolo mientras la acuno.

Aiko me dedica su sonrisa desdentada y vuelve a balbucear. Se me derrite el corazón.

—¿Es hora de dormir? —susurro, meciéndola lentamente mientras me dirijo a las escaleras.

Detrás de mí, oigo cómo Leo silba a Vito, guiándolo hacia la cocina, donde tiene una buena cama y agua para pasar la noche.

Mientras subo los escalones, mi dulce hijita me mira con una alegría tan inocente que me rompe el corazón, y sé que estos momentos preciosos son la razón por la que me siento tan bendecida por ser madre.

Para cuando llego al segundo piso, Leo ya me ha alcanzado y abre la puerta del cuarto del bebé para dejarnos entrar. Me hundo en la mecedora para darle el pecho a Aiko una última vez antes de que se duerma.

Leo sonríe con dulzura mientras la observa mamar, con un rostro tan tierno que hace que me enamore de él un poco más.

Ha desaparecido el frío y duro jefe criminal que amenazó con matarme si no rompía nuestro compromiso.

Y aunque el hombre que lo sustituyó sigue siendo peligrosamente atractivo y rebosante de potentes músculos, nunca soñé que un hombre tan intimidante pudiera ser un padre tan dulce, cariñoso y maravilloso, tan diferente de mi propio padre... y del suyo.

No sé de dónde ha sacado ese instinto paternal, pero a Leo le sale de forma natural, y verle ejercer de padre es lo que más me gusta del mundo.

Sé que Aiko está cansada cuando empieza a beber más despacio y se le van cerrando los ojos hasta quedarse dormida en mis brazos.

Se me inunda el pecho de amor mientras intercambio una mirada silenciosa con Leo, y él se levanta de su asiento en el arcón de los juguetes para ayudarme a incorporarme.

Juntos, acostamos a nuestra hija con cuidado en la cuna y la arropamos junto a su conejito de peluche favorito.

Luego salimos de puntillas de su habitación como dos niños grandes escabulléndose de clase. Leo cierra la puerta suavemente, rodeándome con un brazo mientras me planta un beso en la sien.

Me apoyo en él, adorando la forma en que sus brazos se enroscan automáticamente alrededor de mi cintura.

—Se te da muy bien esto de la paternidad, ¿sabes? —susurro.

Él se ríe entre dientes. —Ni de lejos tan bien como a ti —asegura. Luego su voz se vuelve más baja y ronca de emoción al admitir—: Nunca pensé que querría esto, ni que tendría la oportunidad de tener una familia a la que amar.

Levanto la barbilla para mirarlo. Su expresión es seria ahora, con los ojos oscuros e impenetrables, y el peso de su pasado todavía brilla en sus profundidades.

Pero entonces me aparta el pelo de la cara y me besa en la frente, y de repente, la pesadez desaparece.

—A veces, todavía me parece un sueño —murmuro después de un rato.

Él asiente, de acuerdo, con sus dedos trazando círculos perezosos a lo largo de mi columna vertebral. —¿Piensas alguna vez en ello? ¿En nuestra antigua vida? ¿En lo que pasó?

—Todo el tiempo —admito—. Pienso en aquel almacén. En la expresión de tu cara cuando viniste a buscarme. En la forma en que me sostuviste, como si fuera algo preciado.

—Lo eres —dice con sencillez—. Siempre lo has sido. Solo que no lo vi de inmediato.

Apoyo la mejilla en su pecho, con el corazón doliéndome de la mejor manera posible. —Ahora eres diferente —digo suavemente.

Él suelta una risita. —¿Te refieres a aburrido y suburbano?

Niego con la cabeza. —No. Se te ve más ligero, más feliz.

Asiente despacio, rozando con su barbilla la parte superior de mi cabeza mientras suelta un suspiro, como si llevara años conteniéndolo. —Alejarme de la familia no fue fácil. Pero fue lo correcto. Nunca quise ser como él. Solo que siempre pensé que tenía que serlo. Y entonces apareciste tú...

Deja la frase en el aire y, cuando levanto la vista para encontrarme de nuevo con sus ojos, descubro que me mira como si yo hubiera colgado las mismísimas estrellas en el cielo.

—Tú me diste una salida —termina—. Una razón para ser algo más.

Poniéndome de puntillas, le planto un suave beso en los labios. —Eso lo hiciste tú solito.

—No —murmura contra mi boca—. Lo hice por nosotros.

Sus labios reclaman los míos de nuevo, con más profundidad esta vez, y el calor que ha estado gestándose entre nosotros toda la noche finalmente empieza a desbordarse.

Su mano se enreda en mi pelo, mientras la otra busca mi cadera para pegarme con firmeza contra él, y el gesto me corta la respiración.

—Creo que ya va siendo hora de que te lleve a la cama —gruñe, haciéndome retroceder; mi vientre se contrae por la anticipación y se me acelera el pulso.

Avanzamos a tropezones por el pasillo hacia el dormitorio como si la propia gravedad nos atrajera.

La ropa va quedando atrás como migas de pan mientras nuestras risas contenidas se mezclan con gemidos suaves.

Y para cuando Leo me deja caer sobre la cama y cubre mi cuerpo con el suyo, siento que ardo por dentro.

No tenemos prisa. Ya nunca la tenemos, no porque no queramos, sino porque ahora podemos tomarnos nuestro tiempo. No hay amenazas acechando, ni traiciones esperando a estallar entre nosotros, ni fantasmas pisándonos los talones. Solo nosotros.

La boca de Leo está en todas partes, ardiente, apasionada y pecaminosamente placentera mientras me adora como si fuera algo sagrado. Y cuando su punta hinchada encuentra mi intimidad palpitante, ya estoy al borde del clímax.

—Dime que me quieres, princesa —jadea.

—Por favor, Leo —gimo, arqueándome hacia él mientras muevo las caderas—. Te deseo tanto.

Y cuando presiona para entrar en mí, enterrándose hasta el fondo en mis profundidades, un gemido profundo y agónicamente satisfecho escapa de mis labios. Nos movemos juntos —lentos, ardientes, embriagadores— y se siente como una promesa.

Me besa la clavícula, la mandíbula, los labios. —Te quiero, *Cattiva* —susurra, y las palabras caen como seda sobre mi piel—. Te querré hasta mi último aliento.

Mi corazón se contrae con una felicidad tan feroz que resulta casi dolorosa. —Yo también te quiero —susurro, mientras el placer me recorre y mis emociones se enredan con mis sentidos, prendiendo fuego a mi alma.

Este es el final perfecto que nunca imaginé. No sabía que podía enamorarme de un marido al que no quería, pero ahora estoy segura de que no podría vivir sin Leo.

Él es el ancla de mi barco, mi razón de ser, y sé sin asomo de duda que estoy exactamente donde debo estar.

EPÍLOGO EXTENDIDO

MIKO

Una intensa satisfacción me recorre cuando el corpulento ruso se desliza lentamente de mi hoja, con la mano aún aferrada a la tela de mi camisa mientras lucha por mantenerse en pie.

Pero incluso mientras se aferra a mí, puedo ver cómo la luz abandona sus ojos.

Si algún hombre ha merecido morir a mis manos, es este cabrón, y observo cómo se desploma de rodillas hecho un ovillo, mientras su sangre vital se encharca alrededor de su cuerpo por los numerosos agujeros que le he hecho.

Pero aún se aferra a la vida; su mirada afilada me observa con tal asombro y furia que parece querer volver a ponerse en pie.

—Con los Chiaroscuro no se juega —gruño, moviendo mi brazo en un arco que le abre la garganta en una profunda sonrisa carmesí.

Cae hacia atrás; un ahogo gorgoteante escapa de él mientras su último aliento sale a toda prisa de sus pulmones.

Respirando con dificultad, me alzo sobre él. Hacía tiempo que no encontraba a nadie que estuviera a mi altura de esa manera.

Aparte de mi hermano Sandro, nadie me llega a la suela de los zapatos en lo que a habilidades de combate cuerpo a cuerpo se refiere, pero este cabrón me ha hecho sudar la gota gorda, a pesar de tener un poco de barriga.

Era grande en todos los sentidos de la palabra.

Y ahora está muerto.

Inclinándome para limpiar la hoja en el hombro de su camisa, respiro hondo, calmando mi corazón. El sonido de un suave chillido hace que levante la vista para encontrarme con unos impactantes ojos azules que me observan desde debajo de la mesa del comedor.

La reconozco de inmediato, incluso estando agachada en las sombras, hecha una bola por el miedo.

Anika Novikov.

Es la clásica belleza rusa: con un cabello rubio pálido que le cae hasta los hombros en suaves ondas, una piel de porcelana tersa y delicada, pómulos altos que enmarcan una nariz recta y pequeña, y labios rojos y carnosos que están ligeramente entreabiertos para dejar ver el pequeño hueco entre sus dos dientes delanteros.

Sus ojos azul cielo están redondos por el espanto y se sobresalta en cuanto nuestras miradas se cruzan.

—Sal de ahí —le ordeno.

Entonces, varios hombres de los Chiaroscuro entran en la habitación; los gemelos, Sandro y Raf, entre ellos.

—Ha costado lo suyo, pero hemos barrido toda la propiedad —dice Raf—. Han sufrido pérdidas considerables. Todo miembro de la Bratva que sigue vivo ha huido.

—Bien —gruño sombríamente—. Voy a tomar el control de su cuartel general.

Raf sonríe con sorna, mirando alrededor del lujoso comedor de concepto abierto y estilo moderno. —Parece el lugar perfecto para ponerse cómodo hasta que podamos reclamar nuestro hogar.

Sandro observa el hermoso despliegue de desayuno que aún reposa sobre la mesa y coge una tira de bacón con su mano manchada de sangre. —Mmm, glaseado con arce. Parece que el antiguo *pakhan* tiene un buen chef.

—Bueno, estamos de suerte, hermano, porque a partir de ahora cocinará para nosotros —bromea Raf.

Por el rabillo del ojo, capto la expresión horrorizada de Anika mientras nos observa desde el lado de la habitación por donde ha

salido gateando de debajo de la mesa.

Viste un elegante vestido azul con estampado floral, mangas sueltas y una falda con volantes que termina por encima de sus rodillas; parece lista para algo más formal que un simple desayuno en casa.

Y la forma en que el color del conjunto resalta sus ojos envía una sacudida de deseo por mi cuerpo.

Solo he coincidido con la esposa del Pakhan de los Novikov una vez, en un evento benéfico, y, cuando no sabía a quién pertenecía, me había interesado bastante por conocerla.

Una punzada de culpa me aprieta el estómago porque, ahora que su marido ha muerto, Anika está esencialmente entre la espada y la pared.

El hombre que juró protegerla se ha ido, sus fuerzas se han dispersado a los cuatro vientos, y no soy el único Chiaroscuro que busca sangre.

Puede que yo esté al frente de la carga para aniquilar a los traidores que destruyeron el hogar de mi familia adoptiva, pero eso no significa que tenga un control absoluto sobre los hombres.

Solo un don tiene esa clase de poder, y con Leo escondido y sin una opción clara sobre quién ocupará el lugar de don Augusta, estoy seguro de que habría algunos en nuestras filas que se tomarían la libertad de violar a la mujer del *pakhan* de los Novikov solo para dejar clara una cosa.

Maldita sea, incluso sus propios hombres podrían intentar tomarla en la caótica situación tras haber depuesto a su líder.

Después de todo, ¿qué mejor manera hay de arrebatarle el poder a un hombre que reclamando todo lo que le pertenece?

Si no hago algo para proteger a Anika de ese destino, es probable que la despedacen tras este asalto.

Y se me revuelve el estómago al pensar en algo tan hermoso y delicado siendo destrozado como una muñeca atrapada entre niños que se pelean.

—También me quedo con la viuda de Pyotr —afirmo con autoridad, alzando la voz para que los hombres que entran en la habitación oigan mi declaración.

Cuanta más gente sepa que está bajo mi protección, menos probable será que intenten algo, porque nadie toca mis cosas. No se atreverían.

Me dirijo hacia Anika, dispuesto a marcar mi territorio y ponerla bajo mi protección.

Mentiría si dijera que no me recorre un escalofrío por el cuerpo al pensar en hacerla mía.

Lo haré de la forma correcta —la forma honorable— y me casaré con ella primero. Pero hasta entonces, y hasta que la sed de sangre se calme, no la perderé de vista. Podría confiar mi vida a los hombres de Chiaroscuro, pero, aparte de mis hermanos adoptivos, no confiaría la de ella a ninguna otra alma.

Anika levanta la barbilla, con un destello de miedo y desafío cruzando sus refinados rasgos.

Sin duda, la idea de estar con el hombre que mató a su marido le resultará abominable. Pero aprenderá a vivir con ello, y estoy seguro de que comprende que la alternativa sería un destino mucho más espantoso.

Por un instante fugaz, percibo los seductores aromas de canela y rosa al acercarme a ella; entonces, sin previo aviso, Anika sale disparada.

Es tan inesperado que me detengo en seco, con el cuerpo tensándose instintivamente mientras la veo cruzar la habitación con una velocidad impresionante.

Dobla la esquina en un abrir y cerrar de ojos, y el sonido de la risa de Raf es lo que me saca de mi asombro.

—Más vale que corras, Miko, si quieres atrapar a tu nueva novia —se burla.

¿Qué demonios cree que está haciendo?

Sin embargo, no tengo tiempo para preguntas, y Raf tiene razón. Si no me muevo, podría escapárseme de las manos. Y sabe Dios qué le pasaría entonces.

Con un resoplido exasperado, echo a correr.

CONTINUARÁ.

Consigue la historia de Miko y Anika aquí.